

# ***EL MARXISMO DEL SIGLO XXI***

***Redescubriendo y repensando el  
marxismo***

***José López***

***[joselopezsanchez.wordpress.com](http://joselopezsanchez.wordpress.com)***

***Agosto de 2013***



*Los oscurantistas de cualquier generación están constituidos principalmente por los que practican la metodología dominante.*

Whitehead.



# Prólogo

Este libro (de libre distribución, como todos mis libros y artículos, disponibles todos ellos en mi [blog](#)) recopila las ideas relacionadas con el marxismo que he ido desarrollando a lo largo de mis diversos escritos. Básicamente he retomado material de mis anteriores libros [¿Reforma o Revolución? Democracia](#) y [Manual de resistencia anticapitalista](#), así como de mis artículos [Relativizando el relativismo](#) y [Democracia vs. Oligocracia](#). El objetivo es doble: por un lado divulgar el marxismo (según mi visión, que yo creo que es la correcta, pero reconozco que no es la única), y por otro, criticarlo constructivamente para intentar hacerlo avanzar.

Y es que quien desea cambiar profundamente la sociedad actual, si practica el librepensamiento (práctica imprescindible para buscar la verdad y transformarla), inevitablemente, debe toparse tarde o pronto con el marxismo. Y esto es así porque el marxismo, a pesar de sus carencias y contradicciones, a pesar de sus aplicaciones prácticas distorsionadas (a las cuales también contribuyeron sus errores teóricos), es la mejor teoría revolucionaria desarrollada hasta la fecha. Y lo es porque para transformar la sociedad en primer lugar hay que comprenderla bien. Una vez que uno descubre o redescubre el marxismo comprende mucho mejor la sociedad humana porque el marxismo es la ciencia aplicada a la sociedad humana. Marxismo es ante todo librepensamiento y método científico. Cuando uno tiene ocasión de contrastar entre sí las distintas teorías que intentan explicar el funcionamiento de nuestra sociedad, uno puede comprobar que la teoría marxista supera con mucho a sus rivales. Concuera mucho más con lo que uno vive en el día a día.

Cuando yo empecé a escribir, allá por el año 2007, tras el famoso incidente verbal entre el Rey Juan Carlos I de España y el ya desaparecido líder bolivariano Hugo Chávez, el famoso “¿Por qué no te callas?”, yo sólo conocía de lejos al marxismo, tenía la típica imagen de él que tiene la mayor parte de la gente. Pero ese famoso incidente verbal a mí me despertó, me indignó hasta tal punto la manera en que fue tratado en los medios de “comunicación” de masas de mi país (España), que no pude evitar empezar a investigar por Internet. Supongo que tarde o pronto habría despertado de una u otra forma. A mí me pasó tras ver cómo trataba el Borbón a un jefe de Estado en una reunión internacional. En determinado momento, me topé con un libro que me disparó hasta el infinito esa ansia (que permanecía en estado de hibernación) por saber, por comprender, por conocer mejor la realidad que vivía. Ese libro se titula “Un Rey golpe a golpe” y es de libre distribución. Así, poco a poco, o no tan poco a poco, pues en unos pocos años he leído más que en toda mi vida, fui indagando, leyendo por aquí, por allá, hasta toparme con el marxismo. Empecé, por fin, a conocerlo de primera mano, en vez de por lo que se decía de él. Me leí muchos de los escritos originales (en español, obviamente, pues yo no sé alemán). Es decir, acudí a las fuentes originales del marxismo, además de leer a algunos de sus magníficos divulgadores. Fui descubriendo lo que era en verdad el marxismo. Pero no sólo esto, no me conformé con leer pasivamente todo lo que descargaba de Internet, sino que me propuse hacerlo de manera activa, de manera crítica. Yo, un simple

trabajador (aunque con cierta formación), un ciudadano corriente, se propuso, modestamente, humildemente, pero sin complejos, intentar aportar algo al marxismo, intentar ver qué podía ser válido de él en la actualidad y qué había que desechar de él. No me conformé con repetir como un loro lo que ya se dijo hace más de un siglo. No me conformé con ser un “espectador” más de las ideas que se cuecen en pos de una sociedad más libre y justa, sino que me propuse participar en dicho proceso, aportar mi granito de arena. No sólo leía y leía sino que empecé a hacer anotaciones y a escribir. A medida que leía escribía, y a medida que escribía leía. Yo viví en primera persona el proceso dialéctico mediante el cual la lectura y la escritura se realimentan mutuamente, yo sufrí en mis propias carnes (en mi propia mente, mejor dicho) la conversión de la cantidad en calidad, mi conciencia se disparó en muy poco tiempo.

Yo pienso que el marxismo no sólo puede revitalizarse enormemente con las aportaciones de ciertos intelectuales, sino que también, quizás más, con las aportaciones de los trabajadores, los cuales estamos ahora más formados que nunca (este “problema” ya están intentando corregirlo las élites) y tenemos, por primera vez en la historia, acceso fácil a cualquier tipo de escrito a través de Internet (este “problema” también intentarán corregirlo las élites, aunque no se ve muy bien cómo pueden lograrlo). No sólo puede aportar al marxismo el catedrático desde su cátedra, sino, incluso más, el trabajador que sufre a diario la explotación capitalista. Este obrero mental que escribe estas líneas así lo ha intentado. La verdad no sólo está en los libros, está sobre todo en la realidad que se vive. La mejor fuente de conocimientos, que no la única (pues la lectura es también esencial), es la práctica. Ésta es la juez suprema de toda teoría. El método científico podemos, debemos, practicarlo cada ciudadano, cada trabajador, en nuestra vida cotidiana. No es patrimonio de ningún sesudo científico encerrado en su laboratorio, es patrimonio de la humanidad entera. El mejor “laboratorio” es la calle, la empresa. Quienes conocemos mejor cómo funciona el capitalismo somos los trabajadores, quienes lo sufrimos cada día, cuya “cátedra” es la empresa capitalista. Si complementamos las diversas fuentes de conocimiento, recordando siempre que la realidad práctica es la que manda (pero que es interpretable, que podemos estar equivocados en su interpretación), si adoptamos una mente abierta, inquieta, que huya de sectarismos, de dogmatismos, de simplismos, si juzgamos a las ideas por sí mismas, si prescindimos de los prejuicios, si somos insistentes en la difícil búsqueda de la verdad, si..., poco a poco las puertas de la verdad se nos van abriendo, vamos comprendiendo realmente el mundo en el que vivimos y por tanto vamos viendo de manera concreta cómo puede irse transformando.

Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria decía Lenin muy acertadamente (lo cual no le eximió de cometer también grandes errores). Yo estoy convencido de que la teoría revolucionaria del siglo XXI se nutrirá en parte del anarquismo, de las ideas de la Ilustración, pero sobre todo del marxismo, el cual será el epicentro de dicha teoría. Ésta no será sólo el marxismo del siglo XXI, pero girará en gran parte en torno a él. Por esto es imprescindible, en primer lugar, pero no en último, comprender bien las bases del marxismo, para a continuación criticarlo de manera constructiva, lo cual significa retomar sus aciertos e intentar corregir sus errores, sus contradicciones. Nada (ni nadie) es perfecto, pero debemos aspirar a la perfección. Ésta nunca la alcanzaremos, pero cuanto más la busquemos, más avanzaremos. Parfraseando a Eduardo Galeano: *La utopía está en el horizonte. Me acerco dos*

*pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré. Entonces, ¿para qué sirve la utopía? Para eso: sirve para caminar.* Cámbiese la palabra “utopía” por “perfección” y esta hermosa cita seguirá siendo válida. El camino en busca de la utopía deberemos recorrerlo en el mundo de la práctica al mismo tiempo que en el de la teoría. La Revolución habrá que irla pensando a medida que la vayamos practicando y viceversa. Pero, antes de partir (tal vez el camino ya lo hayamos comenzado a recorrer, aunque tímidamente todavía en los principios de este siglo XXI), como mínimo, debemos tener claro el gran objetivo a largo plazo, los objetivos a más corto y medio plazo, como etapas intermedias en el largo camino de la transformación social, y deberemos proveernos de cierto vehículo para recorrer dicho sendero hacia la utopía. El objetivo a largo plazo no puede ser otro que una sociedad más libre, más justa, donde todos los seres humanos tengan las mismas oportunidades de sobrevivir con dignidad, de ser felices, de realizarse con todo el potencial que tienen. Una sociedad así debe superar el sistema capitalista. Como he dicho ya en muchos de mis escritos, el vehículo no puede ser otro que la auténtica democracia, la más amplia y profunda posible, la cual deberá evolucionar continuamente. Para recorrer dicho camino no nos debe preocupar si tal o cual idea es “marxista” o no, sino si es correcta o no. Para ello deberemos aplicar el método científico, retocando la teoría en base a los resultados prácticos. La práctica se nutre de la teoría y al mismo tiempo la realimenta.

Si quisiéramos sintetizar en pocas palabras qué es el marxismo, en una simple “ecuación”, podríamos decir que es materialismo *dialéctico*, más determinismo *débil*, más relativismo *relativo*. Yo creo que estos tres conceptos (los cuales están relacionados entre sí) son los pilares en los que se sustenta, constituyen el “trípode” en el que se apoya, toda la teoría marxista. Todas sus ideas son una consecuencia de esta visión de la realidad que es en verdad el marxismo. Éste, incluso, no se limita a analizar la realidad humana, sino que la realidad general, el marxismo es también una concepción del mundo, una cosmovisión. Es más, el marxismo aspira a transformar la realidad humana. Su razón de ser es cambiar conscientemente la sociedad. De poco nos sirve conocer las leyes fundamentales de la historia humana si no intentamos también cambiarlas.

Este libro está dividido en cuatro capítulos. En el primero se habla del materialismo dialéctico y del materialismo histórico (el cual es la aplicación a la sociedad humana del primero). El marxismo es casi sinónimo de materialismo dialéctico. Si éste no se comprende no puede comprenderse el marxismo. La dialéctica (materialista) es el principal ingrediente de la teoría marxista. En el segundo capítulo se habla del determinismo y del voluntarismo. En el tercero del relativismo. En este tercer capítulo yo ya empiezo a criticar al marxismo, o al menos a cierta interpretación del mismo. Tanto el anarquismo como el marxismo, aunque por distintos motivos, cometieron errores de fondo en cuanto a la aplicación del relativismo. Errores que explican en parte la mala praxis. El fracaso de las experiencias prácticas de inspiración marxista o anarquista no puede explicarse satisfactoriamente tan sólo por errores estratégicos, tácticos, por traiciones personales o por el contexto, también existían errores ideológicos profundos en la teoría revolucionaria en la que se basaron dichas experiencias. Finalmente, en el cuarto capítulo, de manera muy resumida explico el

principal error ideológico del marxismo, según mi opinión: el concepto de la dictadura del proletariado. Este concepto, además de tener una envoltura lingüística inadecuada, peligrosa, en verdad atentaba contra las bases del propio marxismo. Usando el método marxista, el cual es esencialmente válido, es posible despojar al marxismo de sus principales contradicciones, siendo la madre de todas ellas la idea de la dictadura del proletariado.

Te invito, lector, a que leas este libro de manera activa, crítica, a que contrastes suficientemente lo dicho por mí con las fuentes originales del marxismo así como con otras interpretaciones del mismo, pues yo no pretendo ser el guardián ideológico de ninguna ideología. Nada más lejos de mi intención. Te invito también a leer a sus críticos. Yo he intentado usar un lenguaje sencillo y claro, como en todos mis escritos. Yo no sé expresarme de otra manera. He procurado ser ameno en mis explicaciones, asentar bien las ideas, aun a costa de ser reiterativo. Lo más importante es que adoptemos una actitud sana de librepensamiento, de apertura de mente. No juzguemos a las ideas por sus etiquetas sino que por sus contenidos. No prejuzguemos. No nos dejemos impresionar por las autoridades intelectuales. Atrevámonos a leer directamente aquellos libros demonizados por las élites intelectuales. No pensemos que un simple trabajador, como quien escribe estas líneas, no puede aportar nada. Tú, lector, juzgarás si lo dicho en este libro aporta algo o no. Tal vez tú puedas retomar mi trabajo y mejorarlo, ampliarlo, corregirlo. Tal vez mi trabajo sea desechable. Por lo menos yo lo he intentado. Tan sólo te pido que des una oportunidad a este libro, que empieces a leerlo. La revolución social del siglo XXI, tan necesaria para revertir la involución que estamos viviendo, depende de cada uno de nosotros, los ciudadanos corrientes. La emancipación del proletariado debe ser obra (no sólo práctica sino que también teórica, individual y colectiva) del propio proletariado.

El marxismo del siglo XXI se nutrirá en portentosa cuantía del marxismo original, pues éste sentó las bases de la ciencia social, ¡pero no podrá obviar todo lo acontecido en el siglo XX! Como decía Rosa Luxemburgo, *la autocrítica más despiadada, cruel y que llegue al fondo de las cosas, es el aire y la luz vital del movimiento proletario*. La ciencia no puede evolucionar sin cuestionamiento, sin considerar lo ocurrido en la práctica. Redescubramos y repensemos el marxismo. ¡Pero de manera crítica, no dogmática! Seamos fieles al espíritu de sus padres. Pues Marx y Engels fueron ante todo librepensadores, científicos sociales. Científicos que no se conformaron con estudiar la sociedad humana fríamente, desde la lejanía, como hacen tantos y tantos intelectuales, sino que intentaron cambiarla, se implicaron en la práctica revolucionaria. La razón de ser del marxismo es la transformación de la realidad en busca de una sociedad mejor. El marxismo es por encima de todo una guía para la acción revolucionaria. Es a ese espíritu de los creadores del marxismo, sobre todo, al que debemos intentar ser fieles. Es en base a ese espíritu que debemos criticar constructivamente al marxismo para que pueda avanzar y resurgir con fuerza.

José López, Agosto de 2013

<http://joselopezsanchez.wordpress.com/>





# Índice

|  |            |
|--|------------|
| <b>1) El materialismo histórico.....</b>           | <b>8</b>   |
| <b>2) Voluntarismo vs. Determinismo .....</b>      | <b>64</b>  |
| <b>3) Relativizando el relativismo.....</b>        | <b>110</b> |
| <b>4) Democracia vs. Oligocracia.....</b>          | <b>150</b> |
| <b>Apéndice A: El materialismo dialéctico.....</b> | <b>158</b> |
| <b>Apéndice B: Las tesis sobre Feuerbach .....</b> | <b>169</b> |
| <b>Apéndice C: El comunismo según Marx.....</b>    | <b>172</b> |
| <b>Bibliografía recomendada .....</b>              | <b>177</b> |



# 1) El materialismo histórico

*La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo, maestro de gremio y oficial – en una palabra, opresores y oprimidos en perpetua oposición – han llevado una lucha ininterrumpida, ya sea secreta, ya sea abierta, y que acababa siempre o bien en una transformación revolucionaria de toda la sociedad, o bien en la ruina común de las clases en lucha. Karl Marx & Friedrich Engels.*

Antes de nada, para quien no tenga nociones sobre *materialismo dialéctico* (también conocido como *dialéctica materialista*), en el apéndice A de este mismo libro se lo describe brevemente. Además, en el apéndice B he incluido el documento escrito por el propio Marx titulado *Las tesis sobre Feuerbach*, que sintetiza el pensamiento marxista, su método, el materialismo dialéctico. Asimismo, en el apéndice C se resume qué era el comunismo para el padre del marxismo.

El materialismo histórico no es más que la aplicación del materialismo dialéctico para la historia humana. Si no se comprende el materialismo dialéctico es imposible comprender la teoría marxista. Aunque, paradójicamente, Marx desarrolló primero el materialismo histórico y luego lo completó con la dialéctica de Hegel puesta del revés (aproximadamente). Marx se desprendió del idealismo de su predecesor. Para la dialéctica materialista el pensamiento no determina la realidad, sino, al revés, la realidad el pensamiento. En verdad, más en concreto, mejor dicho, el materialismo dialéctico nos dice que el pensamiento forma parte de la realidad, que lo inmaterial está enraizado en lo material, que las ideas y las condiciones materiales de existencia son dos aspectos de lo mismo, están íntimamente relacionadas, aunque, en última instancia, todo viene determinado por lo material. Sin materia no hay ideas. Pero las ideas también influyen en lo material. Aunque cronológicamente hablando el materialismo histórico precedió al dialéctico, éste completó a aquél hasta convertirse en su base. Por otro lado, tal como afirma Henri Lefebvre en su libro *El materialismo dialéctico: aunque Marx no prosiguió nunca su proyecto, de una exposición de su metodología dialéctica, y si bien él no empleó nunca las palabras "materialismo dialéctico" para designar su doctrina, los elementos de su pensamiento son incontestablemente los que expresan estos términos.*

Engels, en el entierro de su compañero de batallas y amigo, resume de esta manera la principal aportación de Marx:

*Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, del mismo modo descubrió Marx la **ley del desarrollo de la historia humana**: el hecho tan sencillo, pero encubierto hasta ahora bajo una proliferación de ideologías, de que los hombres deben ante todo comer, beber, tener un techo y vestirse antes de practicar la política, la ciencia, el arte, la religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios materiales inmediatos para la subsistencia, y con ello, el grado de desarrollo económico alcanzado en cada*

*caso por un pueblo, o en un determinado período, constituye la base a partir de la cual se desarrollan las instituciones del Estado, las concepciones jurídicas, el arte, e incluso las representaciones religiosas de los hombres, y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo.*

Marx en el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política* nos describe los principales postulados del materialismo histórico, como así nos los compila Michael Burawoy en su trabajo *El marxismo como ciencia*:

- 1) *Para que haya historia, los hombres y mujeres deben transformar la naturaleza en medio para su supervivencia, es decir deben producir sus medios de existencia. “En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una etapa definida del desarrollo de las fuerzas productivas”.*
- 2) *La “base económica” o modo de producción define los límites de variación de la superestructura. “El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre el que se erige una superestructura legal y política y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político e intelectual en general”.*
- 3) *Un modo de producción se desarrolla a través de la interacción de las fuerzas productivas (cómo producimos los medios de existencia) y las relaciones de producción (cómo se apropia y distribuye el producto del trabajo). “En una cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes... De formas de desarrollo de las fuerzas productivas estas relaciones de producción se vuelven trabas suyas. Se abre así una época de revolución social”.*
- 4) *La lucha de clases es el motor de la transición de un modo de producción a otro. “Con el cambio del fundamento económico la entera inmensa superestructura es más o menos rápidamente transformada. Al considerar esas transformaciones debe siempre distinguirse entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que pueden determinarse con la precisión de la ciencia natural, y las formas legales, políticas, religiosas, estéticas o filosóficas -en suma ideológicas- en las que los hombres toman conciencia de este conflicto y luchan para resolverlo”.*
- 5) *Una transición exitosa sólo puede darse cuando se cumplen las condiciones materiales. “Ningún orden social perece jamás antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben en él. Y nuevas y más altas relaciones de producción nunca aparecen antes que las condiciones materiales de su existencia han madurado en el seno de la propia sociedad antigua”.*
- 6) *La historia es progresiva en la medida en que acompaña la expansión de las fuerzas productivas. “A grandes rasgos el modo de producción asiático,*

*antiguo, feudal y moderno burgués pueden considerarse épocas progresivas en la formación económica de la sociedad”.*

- 7) *El comunismo marca el fin de los antagonismos sociales y el comienzo de la emancipación de los individuos. No hacemos ya la historia empujados desde atrás sino consciente y colectivamente. “Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagonica del proceso social de producción - antagonica no en el sentido del antagonismo individual, sino del que surge de las condiciones sociales de vida de los individuos-. Al mismo tiempo las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. En consecuencia con esta formación social se cierra la prehistoria de la sociedad humana”.*

Henri Lefebvre en su magnífica *Introducción al marxismo* propone sustituir *marxismo* por *materialismo dialéctico*, pues realmente lo que se llama habitualmente *marxismo* corresponde con una cierta concepción del mundo:

*¿Cuáles son las grandes concepciones del mundo que se postulan actualmente? Son tres, y sólo tres.*

1) La **concepción cristiana**, formulada con gran rigor y claridad por los grandes teóricos católicos. Reducida a lo esencial, se define por la afirmación de una jerarquía estática de seres, actos, «valores», «formas» y personas. En la cima de la jerarquía se halla el Ser Supremo, el puro Espíritu, el Señor-Dios. Esta doctrina, que trata, en efecto, de dar una visión de conjunto del universo, fue formulada con máxima amplitud y rigor en la Edad Media. Los siglos posteriores agregaron poco a la obra de Santo Tomás. Por razones históricas que requerirían un estudio especial, la teoría de la jerarquía se adecuaba particularmente a la Edad Media (no porque la jerarquía estática de personas haya desaparecido desde entonces, sino porque era más visible, más oficial que posteriormente).

*Esta es la concepción medieval del mundo, cuya validez se postula aún en nuestros días.*

2) Viene a continuación la **concepción individualista** del mundo. Aparece con Montaigne, a fines de la Edad Media, en el siglo XVI; durante cerca de cuatro siglos, hasta nuestros días, muchos pensadores han formulado o reafirmado esta concepción con numerosos matices. No agregaron nada a sus rasgos fundamentales: el individuo (y no ya la jerarquía) aparece como la realidad esencial; poseería la razón en sí mismo, en su propia interioridad; entre esos dos aspectos del ser humano –lo individual y lo universal, es decir, la razón— existiría una unidad, una armonía espontánea, lo mismo que entre el interés individual y el interés general (el de todos los individuos), entre los derechos y los deberes, entre la naturaleza y el hombre.

*El individualismo trató de sustituir la teoría pesimista de la jerarquía (inmutable en su fundamento y cuya justificación se halla en un «más allá» puramente espiritual) por una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y las funciones humanas. Históricamente, esta concepción del mundo corresponde*

*al liberalismo, al crecimiento del Tercer Estado, a la burguesía de la belle époque. Es pues esencialmente la concepción burguesa del mundo (aunque la burguesía declinante la abandone actualmente y se vuelva hacia una concepción pesimista y autoritaria, y por lo tanto jerárquica, del mundo).*

3) Por último viene la **concepción marxista** del mundo. El marxismo se niega a establecer una jerarquía exterior a los individuos (metafísica, pero, por otra parte, no se deja encerrar, como el individualismo, en la conciencia del individuo y en el examen de esa conciencia aislada). Advierte realidades que escapaban al examen de conciencia individualista: son estas realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas (el trabajo, la acción); sociales e históricas (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales, etcétera).

*Además, el marxismo rechaza deliberadamente la subordinación definitiva, inmóvil e inmutable, de los elementos del hombre y de la sociedad entre sí; pero no por eso admite la hipótesis de una armonía espontánea. Comprueba, en efecto, la existencia de contradicciones en el hombre y en la sociedad humana. Así, el interés individual (privado) puede oponerse, y se opone con frecuencia, al interés común; las pasiones de los individuos, y más todavía de ciertos grupos o clases (y por lo tanto sus intereses) no concuerdan espontáneamente con la razón, el conocimiento y la ciencia. Para expresarlo con mayor generalidad: no existe la armonía que grandes individualistas como Rousseau creyeron descubrir entre la naturaleza y el hombre. El hombre lucha contra la naturaleza; no debe permanecer pasivamente a su nivel, contemplarla o sumergirse románticamente en ella; debe, por el contrario, vencerla, dominarla mediante el trabajo, la técnica, el conocimiento científico, y es de este modo como llega a ser él mismo.*

*Quien dice contradicción dice también problema por resolver, dificultades, obstáculos —por lo tanto lucha y acción—, pero también posibilidad de victoria, de paso adelante, de progreso. En consecuencia, el marxismo escapa tanto al pesimismo definitivo como al optimismo fácil.*

Las contradicciones están por doquier. La naturaleza es en sí misma contradictoria. La ley dialéctica de la unidad y lucha de contrarios estipula precisamente esto. El ser humano es por naturaleza contradictorio. Es imposible no ver contradicciones en cualquier persona, sociedad o ideología. La única manera de no verlas es autorreprimiéndonos, no queriendo verlas. Muchos marxistas, presos del dogmatismo, parten de la hipótesis de que las ideas de Marx o de Engels son perfectas, están libres de errores. Lo cual es un grave error. Flaco favor le hacen al marxismo, que así se estanca, se apolilla. Aunque digan incluso que el marxismo no es un dogma, ellos, contradiciéndose a sí mismos, no le encuentran ningún error. Y no lo encuentran porque ni siquiera lo buscan. Ellos se contradicen a sí mismos cuando al mismo tiempo que dicen que no son dogmáticos se autoproclaman como “marxistas”. Yo no me declaro marxista, aunque esté de acuerdo con muchos de los postulados del marxismo, con su esencia más profunda, con su concepción del mundo y de la sociedad humana. Pero yo tampoco me libro de las contradicciones. El lector podrá encontrar, con toda seguridad, más o menos contradicciones en este mismo libro. La

cuestión radica en esmerarse en minimizarlas, o, por lo menos, en suavizarlas. Pero la perfección no existe. Aunque debemos aspirar a acercarnos a ella. En esto consiste avanzar. Y para ello es imprescindible practicar todo lo posible el librepensamiento, el que nos libera de los dogmatismos, de los prejuicios, de las cadenas mentales que nos limitan el pensamiento. Ese mismo librepensamiento que usó, en mayor o menor medida, pero desde luego un mínimo (más que sus contemporáneos), cualquier gran pensador de cualquier época, incluidos Marx o Engels. Ese librepensamiento que hay que maximizar, pero que nunca logramos del todo. Los errores de ciertas ideas o teorías son superados con más librepensamiento que sus creadores. Esa actitud es condición necesaria pero no suficiente. Además se necesita ciertas aptitudes y cierto contexto. Pero sin esa intención, no hay nada que hacer. Marx superó a Hegel en cuanto a la dialéctica porque practicó más librepensamiento que él, entre otros motivos (entre ellos el contexto social). Nosotros, en este siglo XXI, debemos superar a Marx o a Engels, practicando más librepensamiento que ellos. Superar no significa desechar sus teorías por completo, desechar por desechar, sino buscar imperativamente sus contradicciones e intentar resolverlas.

Si no detectamos las contradicciones no podremos superarlas. Si no las buscamos, si partimos de la premisa de que no las hay, no podremos encontrarlas. El impulso por encontrar la verdad, por detectar y corregir contradicciones, debe ser suficiente, hasta el punto de superar los dogmas, de cuestionar las bases, las hipótesis de partida. Pero no de cualquier manera. Cuestionar algo no significa automáticamente darlo por falso. Significa, precisamente, no darlo automáticamente como verdadero. No darlo automáticamente por falso o por verdadero. Por lo menos en cierto momento, sobre todo cuando las aplicaciones prácticas basadas o inspiradas en ello han fracasado. Las experiencias prácticas de las ideas nos dan pistas sobre la necesidad de cuestionarlas. Aunque, luego, finalmente, en el proceso de recuestionamiento catalizado por las experiencias prácticas, no encontremos errores fundamentales en las ideologías o teorías, no podemos descartarlos de antemano, como así hacen muchos marxistas cuando analizan las experiencias prácticas. No cuestionar en lo más mínimo al marxismo, o cuestionarlo sólo superficialmente, es contradecir al método científico en el que se basaron sus autores, es no continuar su labor, es frenarla, es traicionar el mismo espíritu del marxismo. Al cuestionarlo, asentaremos algunas de sus verdades, tal vez las esenciales, y le despojaremos de sus errores, que seguro los tiene pues sus autores eran seres humanos, que nunca son perfectos. Por lo menos lo intentaremos. Así el marxismo se somete a la esencia de la dialéctica, de que todo cambia y fluye, en la cual se basó. Así, el marxismo, cualquier ideología, evoluciona, no muere. Analizando sus contradicciones internas, el marxismo puede resurgir con mucha fuerza, puede sufrir la ley dialéctica de la conversión de la cantidad en calidad, asimismo la ley dialéctica de la negación de la negación nos dice que ideas que aparentemente han sido desacreditadas o negadas hacen su reaparición, pero a un nivel superior, enriquecidas por las nuevas experiencias y descubrimientos. Tras haber sido negado por las experiencias prácticas (por cierta interpretación simplista e interesada de los acontecimientos históricos), pero también tras haberse imposibilitado su evolución ideológica (al haber sido adoptado como un dogma por muchos "marxistas", al haber convertido éstos algo vivo en muerto, algo dinámico en estático), puede resurgir con inusitada fuerza, siempre que forcemos su evolución, siempre que empecemos por analizar sus contradicciones. Las experiencias prácticas nos



proporcionan la posibilidad de replantear la teoría marxista. No aprovechar esa posibilidad atenta contra los principios más elementales del propio marxismo: la dialéctica y la ciencia. ¡El marxismo tiene mucho que aportar, no debemos ni podemos permitir que muera!

Muchos marxistas que dicen aplicar el método marxista (el materialismo dialéctico) para cualquier cosa, se niegan a aplicarlo para con el mismo marxismo. ¿No es esto una gran y profunda contradicción? Ven contradicciones por todos los sitios, pero no en el propio marxismo. Y no las ven porque no miran. Ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Acusan a los demás de ser contradictorios (y en esto llevan razón), pero ellos son también muy contradictorios. Todos sucumbimos ante nuestro ego, en mayor o menor medida. El principal obstáculo para encontrar la verdad, es la actitud, el no buscarla suficientemente. Todos caemos ante dicho obstáculo. Aunque no de la misma manera ni con la misma intensidad. La búsqueda de la verdad sólo puede realizarse *colectivamente*, liberándonos de nuestros respectivos egos. Un ego sólo puede ser combatido con otro ego. Si escuchamos a otros podemos superar nuestros prejuicios. Unos pueden tomar el relevo a otros. Algunos de los principales enemigos del marxismo son muchos marxistas presos del dogmatismo. Así como Hegel sentó las bases de la moderna dialéctica (*moderna* porque la dialéctica ya la “inventaron” hace tiempo los griegos), el filósofo alemán no pudo superar sus prejuicios idealistas y tuvo que ser Marx, quien partiendo del gran trabajo de Hegel, le diera la vuelta a su dialéctica convirtiéndola en el *materialismo dialéctico*. Y esto pudo hacerlo Marx porque superó los prejuicios de su antecesor, porque le cuestionó. Cuestionar no significa negar por completo, ciegamente, sino estudiar sin prejuicios para separar los aciertos de los errores. De manera similar, muchos marxistas, presos de sus prejuicios, de una interpretación insuficiente del marxismo, dogmática, metafísica, víctimas de una incomprensión de su filosofía más profunda, imposibilitan el avance del marxismo. Se convierten, sin querer, en los sepultureros del marxismo, de las bases de la ciencia revolucionaria. ¡La ciencia revolucionaria debe seguir adelante! No reconsiderar la teoría, no tener en cuenta las experiencias prácticas, es estancarse, es permitir, incluso contribuir a, la muerte del marxismo. La única ideología que ha abierto seriamente las puertas de la transformación social.

Conectar los efectos con las causas más superficiales pero también con las más profundas, es la esencia del método dialéctico. El materialismo histórico no es más que la aplicación del materialismo dialéctico para la sociedad humana, para su historia.

Plejánov en su obra *El materialismo histórico* nos explica en qué consiste el modo de pensar metafísico:

*Un metafísico considera y estudia los objetos unos tras otros, e independientemente unos de otros. Cuando siente la necesidad de elevarse a una visión de conjunto, considera los objetos en su acción recíproca y ahí se mantiene; no va más lejos y no puede ir más lejos, pues los objetos siguen para él separados los unos de los otros por una especie de abismo, dado que no tiene ninguna idea del **desarrollo** que explica su origen ni de las **relaciones** que existen entre ellos.*

Engels en su trabajo *Anti-Dühring* nos resume de manera magistral lo que significa el materialismo dialéctico, cuando lo aplica para explicar el surgimiento del socialismo a partir del capitalismo:

*Por su contenido, el socialismo moderno es, ante todo, **el producto de la toma de conciencia**, por una parte, de las oposiciones de clase que reinan en la sociedad moderna entre poseedores y no poseedores, asalariados y burgueses, y, por otra parte, de la anarquía que reina en la producción. Pero, por su forma teórica, aparece en un principio como una **continuación** —que se quiere más consecuente— de los principios establecidos por los grandes filósofos de las luces en la Francia del siglo XVIII. **Como toda teoría nueva, el socialismo ha debido empezar por vincularse al fondo de ideas pre-existentes, y tan profundamente que sus raíces se internan en los hechos económicos.***

Para Engels el socialismo moderno es, ante todo, el *producto* de una toma de conciencia. Es decir, las ideas socialistas preceden a sus realizaciones prácticas. El socialismo que se implementará, o se intentará implementar, es *efecto* de las ideas socialistas, que a su vez son *efecto* de la toma de conciencia de unas nuevas condiciones materiales (en verdad de la agudización de sus contradicciones al desarrollarse dichas condiciones) y que también son en cierta medida *influidas* por ideas que las antecedieron (la Ilustración). Las ideas también pueden ser causas y no siempre efectos. Las ideas también influyen además de ser influidas. Las condiciones materiales de existencia también pueden ser efectos y no siempre causas. Lo material también es influido además de influir. Pero si buscamos las causas *últimas* siempre nos topamos con los hechos económicos, con lo material. Todo está *enraizado* en lo material. El materialismo dialéctico combina el materialismo (que dice que las causas son las materiales) con la dialéctica (que dice que lo inmaterial también se convierte en causa, que todo está interrelacionado con todo). El idealismo decía que las causas eran *siempre* las ideas. El materialismo (metafísico) que las causas eran *siempre* las materiales. El materialismo dialéctico dice que las causas son *a veces* las condiciones materiales, *a veces* las ideas, la mayor parte de las veces ambas, y en *última instancia siempre* las condiciones materiales. En la concepción de la dialéctica materialista las ideas y las condiciones materiales de existencia no están separadas de manera estanca, no se oponen las unas a las otras (como así lo estaban en el modo de pensar metafísico), sino que ambas forman parte de la realidad, son dos formas en que ésta se expresa. En el pensamiento *metafísico* están separadas y confrontadas, son independientes. En el pensamiento *dialéctico* están íntimamente relacionadas, conforman un todo, estipulando el *materialismo* dialéctico que la *base* de todo es la realidad física, *material*.

En *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Engels nos explica la razón por la cual existen leyes en la historia de la sociedad humana, que si bien emanan de la voluntad consciente de los seres humanos, por decirlo de alguna manera, también escapan al control absoluto de los individuos:

*La historia del desarrollo de la sociedad difiere sustancialmente, en un punto, de la historia del desarrollo de la naturaleza. En ésta —si prescindimos de la reacción ejercida a su vez por los hombres sobre la naturaleza—, los factores*

que actúan los unos sobre los otros y en cuyo juego mutuo se impone la ley general, son todos agentes inconscientes y ciegos. De cuanto acontece en la naturaleza —lo mismo los innumerables fenómenos aparentemente fortuitos que afloran a la superficie, que los resultados finales por los cuales se comprueba que esas aparentes casualidades se rigen por su lógica interna—, nada acontece por obra de la voluntad, con arreglo a un fin consciente. En cambio, **en la historia de la sociedad, los agentes son todos hombres dotados de conciencia, que actúan movidos por la reflexión o la pasión, persiguiendo determinados fines;** aquí, nada acaece sin una intención consciente, sin un fin deseado. Pero esta distinción, por muy importante que ella sea para la investigación histórica, sobre todo la de épocas y acontecimientos aislados, no altera para nada el hecho de que **el curso de la historia se rige por leyes generales de carácter interno.** También aquí reina, en la superficie y en conjunto, pese a los fines conscientemente deseados de los individuos, un aparente azar; **rara vez acaece lo que se desea,** y en la mayoría de los casos los muchos fines perseguidos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo. Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines que se persiguen con los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin perseguido, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las apetecidas. Por eso, en conjunto, **los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes.**

Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia. Importa, pues, también lo que quieran los muchos individuos. La voluntad está movida por la pasión o por la reflexión. Pero los resortes que, a su vez, mueven directamente a éstas, son muy diversos. Unas veces, son objetos exteriores; otras veces, motivos ideales: ambición, “pasión por la verdad y la justicia”, odio personal, y también manías individuales de todo género. Pero, por una parte, ya veíamos que **las muchas voluntades individuales que actúan en la historia producen casi siempre resultados muy distintos de los perseguidos** —a veces, incluso contrarios—, y, por tanto, **sus móviles tienen una importancia puramente secundaria en cuanto al resultado total.** Por otra parte, **hay que preguntarse qué fuerzas propulsoras actúan, a su vez, detrás de esos móviles, qué causas históricas son las que en las cabezas de los hombres se transforman en estos móviles.**

*Esta pregunta no se la había hecho jamás el antiguo materialismo. Por esto su interpretación de la historia, cuando la tiene, es esencialmente pragmática; lo enjuicia todo con arreglo a los móviles de los actos; clasifica a los hombres que actúan en la historia en buenos y en malos, y luego comprueba, que, por regla general, los buenos son los engañados, y los malos los vencedores. De donde se sigue, para el viejo materialismo, que el estudio de la historia no arroja enseñanzas muy edificantes, y, para nosotros, que en el campo histórico este viejo materialismo se hace traición a sí mismo, puesto que acepta como últimas causas los móviles ideales que allí actúan, en vez de indagar detrás de ellos, cuáles son los móviles de esos móviles. La inconsecuencia no estriba precisamente en admitir móviles ideales, sino en no remontarse, partiendo de ellos, hasta sus **causas determinantes**.*

[...]

*Por tanto, si se quiere investigar las fuerzas motrices que —consciente o inconscientemente, y con harta frecuencia inconscientemente— están detrás de estos móviles por los que actúan los hombres en la historia y que constituyen los verdaderos resortes supremos de la historia, **no habría que fijarse tanto en los móviles de hombres aislados**, por muy relevantes que ellos sean, **como en aquellos que mueven a grandes masas, a pueblos en bloque, y, dentro de cada pueblo, a clases enteras; y no momentáneamente, en explosiones rápidas, como fugaces hogueras, sino en acciones continuadas que se traducen en grandes cambios históricos**. Indagar las causas determinantes de sus jefes —los llamados grandes hombres— como móviles conscientes, de un modo claro o confuso, en forma directa o bajo un ropaje ideológico e incluso divinizado: he aquí el único camino que puede llevarnos a descubrir las leyes por las que se rige la historia en conjunto, al igual que la de los distintos períodos y países. **Todo lo que mueve a los hombres tiene que pasar necesariamente por sus cabezas; pero la forma que adopte dentro de ellas depende en mucho de las circunstancias**.*

[...]

*Pero mientras que en todos los períodos anteriores la investigación de estas causas propulsoras de la historia era punto menos que imposible —por lo compleja y velada que era la trabazón de aquellas causas con sus efectos—, en la actualidad, esta trabazón está ya lo suficientemente simplificada para que el enigma pueda descifrarse.*

El materialismo histórico tiene por objeto, precisamente, el descubrimiento de dichas leyes, de las causas determinantes de los acontecimientos, de las causas propulsoras de la historia. Con el método marxista, la historia humana, que hasta entonces se nos aparecía como una concatenación de casualidades, como algo caótico, enigmático, se nos vuelve verdaderamente cognoscible. El aparente azar da lugar a cierto orden. El enigma empieza a resolverse. El materialismo histórico no sólo dice que es posible encontrar cierto orden en la historia de la sociedad humana, nos dice además cuáles son las causas determinantes, primigenias, nos dice dónde buscar: en las

*circunstancias*, en las relaciones *sociales* entre los individuos que conforman la sociedad, además de en las ideas o en las voluntades de los individuos. El materialismo histórico dice, en esencia, que las causas de los acontecimientos históricos son, en última instancia, materiales, están en la Tierra, y no en el Cielo, en la propia historia humana y no en algo externo a ella. Nos dice que es posible comprender la *dinámica* de la sociedad humana si comprendemos las leyes generales que la gobiernan. Pero esto no quiere decir que dichas leyes sean exactas. El ser humano no es una máquina. La sociedad humana no se comporta de manera *totalmente* determinista, pero tampoco de manera completamente azarosa, aleatoria. Las leyes de la sociedad humana son, por fuerza, probabilísticas. No podemos hablar de certeza, sino de *posibilidad*. La sociedad tiene sus *tendencias*, sus contradicciones, las cuales pueden ser conocidas, pero dichas tendencias no se resuelven siempre de la misma manera. El libro de la historia no está escrito de antemano, pero es posible conocer su gramática. Es posible escribirlo conscientemente, pero hasta cierto punto, dentro de unos límites. No hay un solo futuro posible, pero tampoco hay infinitud de posibilidades. La historia humana no se hace sola, la hacen los seres humanos, pero éstos no la pueden hacer controlándola por completo. Sin embargo, conociendo las leyes de la sociedad humana, dicho control aumenta considerablemente. Con el marxismo, no sólo es posible *conocer* mejor la historia, sino que se nos abre las puertas para poder *hacerla* de manera más consciente. Gracias al materialismo histórico, la sociedad humana puede empezar a tomar las riendas de su propio destino, aunque siempre dentro de unos límites. En verdad que estos límites se atenúan notablemente con el método marxista, pero no desaparecen.

En su obra inconclusa *Dialéctica de la naturaleza*, Engels nos resume en qué consiste el materialismo histórico, además de recordarnos la mutua dependencia entre lo material y lo inmaterial, la interdependencia entre el ser humano y su entorno:

*Mediante la combinación de la mano, los órganos lingüísticos y el cerebro, y no sólo en el individuo aislado, sino en la sociedad, se hallaron los hombres capacitados para realizar operaciones cada vez más complicadas, para plantearse y alcanzar metas cada vez más altas. De generación en generación, el trabajo mismo fue cambiando, haciéndose más perfecto y más multiforme. A la caza y la ganadería se unió la agricultura y tras ésta vinieron las artes del hilado y el tejido, la elaboración de los metales, la alfarería, la navegación. Junto al comercio y los oficios aparecieron, por último, el arte y la ciencia, y las tribus se convirtieron en naciones y Estados. Se desarrollaron el derecho y la política y, con ellos, el reflejo fantástico de las cosas humanas en la cabeza del hombre: la religión. Ante estas creaciones, que empezaron presentándose como productos de la cabeza y que parecían dominar las sociedades humanas, fueron pasando a segundo plano los productos más modestos de la mano trabajadora, tanto más cuanto que la cabeza encargada de planear el trabajo pudo, ya en una fase muy temprana de desarrollo de la sociedad (por ejemplo, ya en el seno de la simple familia), hacer que el trabajo planeado fuese ejecutado por otras manos que las suyas. Todos los méritos del rápido progreso de la civilización se atribuyeron a la cabeza, al desarrollo y a la actividad del cerebro; **los hombres se acostumbraron a explicar sus actos por sus pensamientos en vez de explicárselos partiendo de sus***

**necesidades** (las cuales, ciertamente, se reflejan en la cabeza, se revelan a la conciencia), **y así fue como surgió, con el tiempo, aquella concepción idealista del mundo** que se ha adueñado de las mentes, sobre todo desde la caída del mundo antiguo. Y hasta tal punto sigue dominándolas todavía, hoy, que incluso los investigadores materialistas de la naturaleza de la escuela de Darwin no aciertan a formarse una idea clara **acerca del origen del hombre** porque, ofuscados por aquella influencia ideológica, no alcanzan a ver **el papel que en su nacimiento desempeñó el trabajo**.

Los animales, como ya hemos apuntado, hacen cambiar con su acción la naturaleza exterior, lo mismo que el hombre, aunque no en igual medida que él, y estos cambios del medio así provocados repercuten, a su vez, como hemos visto, sobre sus autores. **Nada, en la naturaleza, ocurre de un modo aislado. Cada cosa repercute en la otra, y a la inversa**, y lo que muchas veces impide a nuestros naturalistas ver claro en los procesos más simples es precisamente el no tomar en consideración **este movimiento y esta interdependencia universales**.

Más adelante en ese mismo libro Engels comenta:

**El animal utiliza la naturaleza exterior e introduce cambios en ella pura y simplemente con su presencia, mientras que el hombre, mediante sus cambios, la hace servir a sus fines, la domina. Es esta la suprema y esencial diferencia entre el hombre y los demás animales; diferencia debida también al trabajo.**

**No debemos, sin embargo, lisonjearnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Ésta se venga de nosotros por cada una de las derrotas que le inferimos. Es cierto que todas ellas se traducen principalmente en los resultados previstos y calculados, pero acarrear, además, otros imprevistos, con los que no contábamos y que, no pocas veces, contrarrestan los primeros.**

[...]

Todo nos recuerda a cada paso que el hombre no domina, ni mucho menos, la naturaleza a la manera como un conquistador domina un pueblo extranjero, es decir, como alguien que es ajeno a **la naturaleza**, sino que **formamos parte de ella con nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, que nos hallamos en medio de ella y que todo nuestro dominio sobre la naturaleza y la ventaja que en esto llevamos a las demás criaturas consiste en la posibilidad de llegar a conocer sus leyes y de saber aplicarlas acertadamente.**

No cabe duda de que cada día que pasa conocemos mejor las leyes de la naturaleza y estamos en condiciones de prever las repercusiones próximas y remotas de nuestras ingerencias en su marcha normal. Sobre todo desde los formidables progresos conseguidos por las ciencias naturales durante el siglo actual, vamos aprendiendo a conocer de antemano, en medida cada vez mayor, y por tanto a dominarlas, hasta las lejanas repercusiones naturales, por

lo menos, de nuestros actos más habituales de producción. Y cuanto más ocurra esto, **más volverán los hombres, no solamente a sentirse, sino a saberse parte integrante de la naturaleza y más imposible se nos revelará esa absurda y antinatural representación de un antagonismo entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo, como la que se apoderó de Europa a la caída de la antigüedad clásica, llegando a su apogeo bajo el cristianismo.**

¡Y esto lo dice Engels en el año 1875! Su pensamiento dialéctico le permite comprender fácilmente el ecologismo. ¡El marxismo también es ecologista! El propio Marx dice en *El Capital*:

*En la agricultura, lo mismo que en la manufactura, la transformación capitalista de la producción parece no ser otra cosa que el martirologio del productor; el medio de trabajo, apenas la forma de domar, explotar y empobrecer al trabajador; la combinación social del trabajo, la opresión organizada de su vitalidad, su libertad y su independencia individuales. La dispersión de los trabajadores agrícolas en superficies más extensas quiebra su fuerza de resistencia, en tanto que la concentración aumenta la de los obreros urbanos. En la agricultura moderna, al igual que en la industria de las ciudades, el crecimiento de la productividad y el rendimiento superior del trabajo se adquieren al precio de la destrucción y la aniquilación de la fuerza de trabajo. Además, cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso, no solo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el de despojar el suelo. Cada progreso en el arte de acentuar su fertilidad durante un tiempo, un progreso en la ruina de sus recursos duraderos de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país, por ejemplo Estados Unidos, sobre la base de la gran industria, más rapidez presenta el desarrollo de ese proceso de destrucción. Por consiguiente, **la producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: la tierra y el trabajador.***

La dialéctica nos permite ser conscientes de que *influimos* en la naturaleza y de que ésta *influye* también en nosotros. Esto ya lo sabían, por supuesto, todas las tribus primitivas que vivían en contacto *directo* con el mundo natural. Pero no del modo tan consciente en que puede llegar a saberse cuando el ser humano adopta el pensamiento dialéctico que, además, le permite *conocer las leyes naturales y saber aplicarlas acertadamente*. El marxismo ya preveía las posibles consecuencias ecológicas de un desarrollo incontrolado (como es el que provoca inevitablemente el capitalismo, la anarquía económica). Sólo cuando las nefastas consecuencias de nuestro desarrollo empezaron a ser evidentes (esperemos que no irreversibles) en la naturaleza, allá por los años 60 del pasado siglo XX, la humanidad empezó a concienciarse seriamente sobre el problema ecológico. Sin embargo, aún en nuestros días los hay quienes lo niegan. Y, lo que es peor, aun siendo conscientes del problema, no se toman las medidas necesarias. El capitalismo salvaje está poniendo en peligro de extinción al planeta y a todas las especies vivas que habitan en él, incluido el ser humano. ¡El capitalismo atenta contra la sociedad humana y su hábitat! El capitalismo no sirve a los intereses generales, incluso atenta contra ellos, contra los más elementales, como la supervivencia. El materialismo histórico, es decir, el

materialismo dialéctico aplicado a la sociedad humana, ya preveía a mediados del siglo XIX el problema ecológico que ahora padecemos en el siglo XXI. Cuando una teoría es capaz no sólo de explicar el presente o el pasado, sino que, además, permite entrever el futuro, es que entonces, muy probablemente, es válida. Una teoría científica que explica satisfactoriamente la realidad y que incluso la prevé mejor que otras teorías o modos de pensar, ha de ser forzosamente considerada como la mejor. Esto es la esencia del método científico. En la ciencia la realidad manda, ésta es la que lleva a cabo la selección natural de las mejores ideas, aquellas que mejor concuerdan con la práctica, con lo observado realmente.

Como ya mencioné, Marx en el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política*, nos resume de una manera bastante clara la concepción materialista de la historia. Vale la pena reproducir íntegramente el famoso párrafo:

*Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio la luz en 1844 en los Anales franco-alemanes, que se publicaban en París. Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de 'sociedad civil', y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. **El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.** Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas,*



religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las **contradicciones de la vida material**, por el **conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción**. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Marx demostró la validez de su método, sucintamente explicado en las líneas anteriores, explicado más extensamente sobre todo en el capítulo primero de *La ideología alemana*, analizando el sistema económico burgués en la obra mencionada *Contribución a la crítica de la economía política* y sobre todo en *El Capital*. Sus análisis de ciertos episodios históricos como *El 18 brumario de Luís Bonaparte* o *La guerra civil en Francia*, están impregnados de materialismo histórico. Engels, en su libro *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, al cual añadió en el apéndice un documento de apenas dos páginas titulado *Las tesis sobre Feuerbach* escrito por Marx para su autoesclarecimiento, sistematizó el método materialista dialéctico para explicar la historia de la sociedad humana. Así como Marx no pudo dedicar suficiente tiempo para explicar su método, el materialismo histórico, sustentado en la dialéctica materialista, probablemente desbordado por todo su trabajo teórico y práctico (no olvidemos que no pudo acabar su principal obra *El Capital*), Engels, afortunadamente, sí pudo desempeñar una importante labor pedagógica.

Henri Lefebvre en *Introducción al marxismo* nos explica de esta manera tan sencilla (aquí es cuando alguien demuestra su verdadero talante pedagógico: en la capacidad de expresarse de manera sencilla, en la capacidad de ser entendido por cualquiera) en qué consiste el materialismo histórico:

*Aunque es verdad que en el curso de su desarrollo la conciencia y el pensamiento se liberan de las relaciones inmediatas y locales (relaciones simples con el medio), jamás se separan de ellas. ¡Admitirlo sería aceptar la ilusión ideológica e idealista! La extensión y la profundización de la conciencia,*

la aparición y el fortalecimiento del pensamiento racional se hallan también condicionados por las relaciones sociales (por el desarrollo de las comunicaciones y el cambio, por la vida social que se organiza y se concentra en las grandes ciudades comerciales e industriales etcétera). ¿Pero qué son esencialmente esas relaciones sociales? Ciertamente son, y así se nos presentan, sobre todo en nuestra época, extremadamente complejas. ¿Es posible separar de su entrelazamiento relaciones fundamentales? ¿Es posible distinguir, para usar una metáfora, pisos o sedimentos sucesivos sobre una base?

Marx y los marxistas afirman que sí. Hay relaciones fundamentales; **el edificio de toda sociedad reposa sobre una base**. En una casa, ciertamente, lo que importa son los pisos, las piezas habitables. ¿Pero es ésta una razón para despreocuparse de la base y de los cimientos, para olvidar que estos cimientos determinan la forma, la altura, la estructura del edificio, es decir, las grandes líneas esenciales (aunque dejando indeterminados los múltiples detalles y más aún las ornamentaciones)? Pensar de otro modo es creer que se puede comenzar una casa por el techo y terminarla por la base. Pensar que en una sociedad las ideas son fundamentales, es creer que porque las ventanas son necesarias y dan luz a las piezas constituyen la causa de la casa. **Las relaciones fundamentales para toda sociedad son las relaciones con la naturaleza. Para el hombre la relación con la naturaleza es fundamental, no porque siga siendo un ser de la naturaleza (interpretación falaz del materialismo histórico) sino, por el contrario, porque lucha contra ella.** En el curso de esta lucha, pero en las condiciones naturales, arranca a la naturaleza lo que necesita para mantener su vida y superar la vida simplemente natural. ¿Cómo? ¿Por qué medios? Por el trabajo, mediante los instrumentos de trabajo y la organización del trabajo.

Así y sólo así los hombres producen su vida, es decir superan la vida animal (natural), aunque no pueden evidentemente liberarse de la naturaleza por un decreto soberano. Los hombres no superan la naturaleza más que dentro de ciertos límites, y en las condiciones determinadas por la naturaleza misma (clima, fertilidad del suelo, flora y fauna naturales, etc.).

**Las relaciones fundamentales de toda sociedad humana son por lo tanto las relaciones de producción.** Para llegar a la estructura esencial de una sociedad, el análisis debe descartar las apariencias ideológicas, los revestimientos abigarrados, las fórmulas oficiales, todo lo que se agita en la superficie de esa sociedad, todo el decorado: debe penetrar bajo esa superficie y llegar a las relaciones de producción o sea las relaciones fundamentales del hombre con la naturaleza y de los hombres entre sí en el trabajo.

[...]

Las relaciones superiores y complejas que se expresan en la cultura implican y presuponen las relativamente simples relaciones de producción; esas relaciones complejas no pueden introducirse desde afuera en la estructura de

una sociedad; no pueden por lo tanto separarse de ella y estudiarse aisladamente.

**El desarrollo de las fuerzas productivas, sus grados, niveles alcanzados, tienen por lo tanto una importancia histórica fundamental:** constituyen el fundamento del ser social del hombre en un momento dado, y, por consiguiente, de las modalidades de su conciencia y de su cultura.

Engels en una carta a José Bloch escrita en 1890 (cuando Marx ya había muerto) tiene que aclarar la concepción materialista (dialéctica) de la historia por parte del marxismo:

Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante en la historia es, **en última instancia**, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca nada más. Si alguien desnaturaliza esta posición en el sentido de que el factor económico es el único determinante, lo transforma en una frase hueca, abstracta, absurda. **La situación económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura:** las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados – las Constituciones establecidas una vez la batalla ganada por la clase victoriosa, etc., - las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, teorías políticas, jurídicas, filosóficas, concepciones religiosas y su desarrollo ulterior en sistemas dogmáticos, **ejercen igualmente su acción sobre el curso de las luchas históricas y, en muchos casos, determinan de modo preponderante su forma. Hay interacción de todos estos factores**, en el interior de la cual el movimiento económico acaba por abrirse camino como una necesidad, a través de una multitud infinita de contingencias (es decir, de cosas y de acontecimientos cuya ligazón interna entre sí es tan lejana o tan difícil de demostrar que podemos considerarla como inexistente y no tomarla en consideración). Si no, la aplicación de la teoría a cualquier período histórico sería, a fe mía, más fácil que la resolución de una simple ecuación de primer grado.

**Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición**, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres.

[...]

La historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; **son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras**, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante --el acontecimiento histórico--, que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro,

*y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha ocurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales --cada una de las cuales aparece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas, que son, en última instancia, circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad)-- no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean = 0. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella.*

Plejánov ya advertía en 1896 sobre la interpretación simplista que se hacía del materialismo histórico por parte de muchos marxistas:

*En el terreno de la ideología hay muchos fenómenos que sólo se pueden explicar **indirectamente** por la influencia del movimiento económico. Es algo que olvidan frecuentemente no sólo los adversarios, sino también los partidarios de la teoría histórica de Marx.*

[...]

*Si los filósofos del siglo XVIII recordaban que el hombre es un producto del medio ambiente social, negaban a la “opinión pública”, la cual, según decían, regía al mundo, toda influencia sobre ese medio. Su lógica tropezaba a cada paso con uno u otro aspecto de esta antinomia. El materialismo dialéctico la resuelve fácilmente. **Para los materialistas dialécticos la opinión de los hombres dirige efectivamente el mundo**, puesto que en el hombre, como dice Engels, “todas las fuerzas motrices de sus acciones deben necesariamente pasar por su cerebro, transformarse en móviles de su voluntad”. **Esto no impide que la “opinión pública” tenga sus raíces en el medio social y, en último análisis, en las relaciones económicas; asimismo, no impide que toda “opinión pública” dada envejezca en cuanto el modo de producción que la ha creado empieza a envejecer. La economía forma a la “opinión pública” que, a su vez, dirige al mundo.***

Muchos marxistas en la actualidad cometen el mismo error que los filósofos del siglo XVIII que, presos de un materialismo metafísico, negaban la “opinión pública”, es decir las ideas como posibles causas, por lo menos inmediatas. Esos marxistas aplican un materialismo insuficiente consistente en buscar sólo las causas más inmediatas, superficiales, directas, de los acontecimientos y dado que son materialistas se preocupan sólo de las condiciones materiales, sobre todo de las económicas. Niegan las influencias de las ideas porque se olvidan de que éstas a su vez están enraizadas en las condiciones materiales. Esos marxistas no profundizan, se quedan en la superficie. De esta manera pecan ellos mismos de idealistas pues aíslan las ideas de las condiciones materiales, se olvidan de que todas las ideas se enraízan en las condiciones materiales de existencia. Pecan de metafísicos, pues se olvidan de la interrelación entre los factores, se olvidan de que las causas se convierten en efectos y viceversa, se olvidan de que las condiciones materiales de existencia actuales son también influenciadas por las del pasado (que en el presente toman también la forma

de ideas), se olvidan de que las ideas del presente son influenciadas por las condiciones materiales del presente. Se olvidan de que las condiciones materiales de existencia se transforman en ideas y viceversa. Las ideas y las condiciones materiales de existencia son en verdad dos formas de lo mismo. Como dice Plejánov: *La idea no es otra cosa que la materia trasladada y traducida en el cerebro humano*. Si hacemos un símil con la ciencia física, podemos equiparar las ideas a la energía y las condiciones materiales a la materia. Como demostró Einstein, la energía y la materia son dos formas de lo mismo, se intercambian. Esto se resume en su famosa ecuación  $E=mc^2$ . Lo mismo podemos decir de las ideas y de las condiciones materiales de existencia, con la salvedad de que en *última* instancia el origen está en la materia. Lo que nos dice el materialismo dialéctico, un materialismo más elaborado, más evolucionado, es que la *fuerza* de todo es lo material, pero que lo material se transforma en inmaterial y éste en material, y así sucesivamente. Negar la influencia de las ideas es negar al propio marxismo, es tergiversarlo. Marx dijo que *cuando una idea se apodera de las mentes de las masas, se convierte en una fuerza material*. Los materialistas metafísicos se olvidan de que las ideas no son más que otra forma de materia. Por tanto, al analizar los acontecimientos sólo se preocupan de ciertas condiciones materiales (las que en el momento de su análisis aún no han tomado la forma de ideas) y se olvidan de otras (las que han tomado forma de ideas). El materialismo *dialéctico* tiene en cuenta la interrelación entre las ideas y las condiciones materiales de existencia por un lado, y la influencia del pasado sobre el presente, por el otro lado. Da explicaciones mejores de los acontecimientos porque tiene una visión de *conjunto*, porque considera *todas* las partes y sus *relaciones*, porque considera la naturaleza *dinámica* de la historia.

Como nos recuerda György Lukács en *Historia y conciencia de clase*, lo que distingue al marxismo respecto de la ideología y “ciencia” burguesas es su concepción totalizante, además de en el hecho de enraizarlo todo, en última instancia, en lo material, en la economía en el caso de la sociedad humana:

***No es la preponderancia de los motivos económicos en la explicación de la historia lo que distingue de manera decisiva al marxismo de la ciencia burguesa; es el punto de vista de la totalidad.*** La categoría de la totalidad, la dominación, determinante y en todos los dominios, del todo sobre las partes, constituye la esencia que el método de Marx ha tomado de Hegel y que él transformó de manera original para convertirlo en fundamento de una ciencia totalmente nueva. La separación capitalista entre el productor y el proceso global de la producción, la fragmentación del proceso de trabajo en partes que dejan de lado el carácter humano del trabajador, la atomización de la sociedad en individuos que producen sin plan y sin concierto, etc., todo esto tenía necesariamente que ejercer también una influencia profunda en el pensamiento, la ciencia y la filosofía del capitalismo. Y lo que hay de fundamentalmente revolucionario en la ciencia proletaria, no es sólo que ella oponga a la sociedad burguesa contenidos revolucionarios, sino que es, en primerísimo lugar, la **esencia revolucionaria del método en sí**. El remado de la categoría de totalidad es el portador del principio revolucionario en la ciencia.

*El carácter revolucionario de la dialéctica hegeliana —sin perjuicio de los contenidos conservadores que tiene en Hegel— ya había sido reconocido*

muchas veces antes de Marx, sin que pudiera desarrollarse, partiendo de ese conocimiento, una ciencia revolucionaria. Solamente con Marx pudo la dialéctica hegeliana devenir, según la expresión de Herzen, un «álgebra de la revolución». Pero no ocurrió así simplemente en virtud de la inversión materialista. Más bien se puede decir que el principio revolucionario de la dialéctica hegeliana sólo pudo manifestarse en esa inversión y por ella porque fue salvaguardada la esencia del método, es decir, el punto de vista de la totalidad, la consideración de todos los fenómenos parciales como momentos del todo, del proceso dialéctico captado como unidad del pensamiento y de la historia. **El método dialéctico en Marx apunta al conocimiento de la sociedad como totalidad.** Mientras que la ciencia burguesa atribuye, bien sea, por realismo ingenuo, una «realidad», bien sea, de manera «crítica», una autonomía a las abstracciones —necesarias y útiles desde el punto de vista metodológico para las ciencias particulares— que resultan por una parte de la separación entre los objetos de la investigación y, por otra, de la división del trabajo y de la especialización científicas, el marxismo, en cambio, rebasa esas separaciones elevándolas y bajándolas al rango de momentos dialécticos. El aislamiento —por abstracción— de los elementos tanto de un dominio de investigación como de grupos particulares de problemas o de conceptos en el interior de un dominio de investigación, es ciertamente inevitable. Sin embargo, lo decisivo es saber si ese aislamiento es solamente un medio para el conocimiento del todo, es decir, si se integra siempre en un justo contexto de conjunto que él mismo presupone y requiere, o bien si el conocimiento —abstracto— del dominio parcial aislado conserva su «autonomía», sigue siendo un fin para sí. Para el marxismo, en último análisis, no existen ciencia jurídica, economía política, historia, etc., autónomas; solamente hay una ciencia, histórica y dialéctica, única y unitaria, del desarrollo de la sociedad como totalidad.

**El punto de vista de la totalidad no determina solamente al objeto, también determina al sujeto del conocimiento.** La ciencia burguesa —de manera conciente o inconciente, ingenua o sublimada— considera siempre los fenómenos sociales desde el punto de vista del individuo. Y el punto de vista del individuo no puede llevar a ninguna totalidad; todo lo más puede llevar a aspectos de un dominio parcial, las más de las veces a algo solamente fragmentario: a «hechos» sin vinculación recíproca o a leyes parciales abstractas. La totalidad sólo puede plantearse si el sujeto que la plantea es también una totalidad; si el sujeto, para pensarse él mismo, se ve obligado a pensar el objeto como totalidad. Este punto de vista de la totalidad como sujeto, solamente las clases lo representan en la sociedad moderna. Marx, quien considera todo problema desde este ángulo, particularmente en *El Capital*, ha corregido aquí a Hegel (el cual vacila todavía entre el punto de vista del «gran hombre» y el del espíritu abstracto del pueblo) de una manera aún más decisiva y fecunda —aunque mucho menos comprendida por sus sucesores— que en la cuestión del «idealismo» o el «materialismo».

La economía clásica, y todavía más sus vulgarizadores, han considerado siempre la evolución capitalista desde el punto de vista del capitalista individual

y por eso se han enredado en una serie de contradicciones insolubles y de falsos problemas. En *El Capital*, Marx rompe radicalmente con este método. No es que él considere —como un agitador— cada momento directa y exclusivamente desde el punto de vista del proletariado. Una actitud tan unilateral sólo podría dar origen a una nueva economía vulgar con signos, por decirlo así, invertidos. Más bien es que él considera **los problemas de toda la sociedad capitalista como problemas de las clases que la constituyen, la clase de los capitalistas y la de los proletarios, captadas como conjuntos**. En qué medida se proyecta así una luz enteramente nueva sobre una serie de cuestiones, cómo surgen nuevos problemas que la economía clásica no podía siquiera percibir y aún menos resolver, cómo quedan reducidos a nada muchos de esos falsos problemas, son cuestiones que no podemos estudiar aquí, pues estas líneas sólo tienen por objeto el problema del método. Sólo queremos llamar insistentemente la atención sobre las dos condiciones previas de un tratamiento verídico —y no lúdico, como en los epígonos de Hegel— del método dialéctico, sobre la exigencia de la totalidad a la vez como objeto puesto y como sujeto ponente.

La historia de la humanidad, por lo menos hasta el presente, tal como nos explica Marx, como consecuencia de aplicar su método, el materialismo dialéctico, es ante todo la historia de la lucha de clases. Lo cual tampoco significa que los individuos no pinten nada. En su concepción metafísica del materialismo, muchos marxistas que analizan la historia obvian algunos factores que aunque se pueda discutir si son los más importantes o no, también cuentan. Me refiero al hecho de que ciertos individuos influyen en los acontecimientos históricos de manera nada despreciable. A este respecto dejemos que Plejánov nos explique en qué medida los individuos influyen en la historia, como así hace en su libro *El papel del individuo en la historia*:

*La causa determinante de las relaciones sociales reside en el estado de las fuerzas productivas. Este estado depende de las particularidades individuales de diferentes personas, únicamente, en el sentido de una mayor o menor capacidad de tales individuos para impulsar los perfeccionamientos técnicos, descubrimientos e inventos.*

[...]

*Pero ninguna otra particularidad probable garantiza a personas aisladas el ejercicio de una influencia directa en el estado de las fuerzas productivas y, por consiguiente, en las relaciones sociales por ellas condicionada, es decir, en las relaciones económicas. Cualesquiera que sean las particularidades de un determinado individuo, éste no puede eliminar unas determinadas relaciones económicas cuando éstas corresponden a un determinado estado de las fuerzas productivas. Pero las particularidades individuales de la personalidad, la hacen más o menos apta para satisfacer las necesidades sociales que surgen en virtud de unas relaciones económicas determinadas o para oponerse a esta satisfacción.*

[...]

*Gracias a las particularidades de su inteligencia y de su carácter, las personalidades influyentes pueden hacer variar el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares, pero no pueden alterar su orientación general, que está determinada por otras fuerzas.*

Por si queda alguna duda sobre la importancia del individuo y de los factores subjetivos en la historia, el marxista Alan Woods nos recuerda:

*Existen momentos históricos en que todos los factores objetivos necesarios para la revolución han madurado y, por tanto, el factor subjetivo —su preparación consciente, la dirección revolucionaria— se convierte en el factor decisivo. En esos momentos todo el proceso histórico depende de la actividad de un pequeño grupo de personas o, incluso, de un solo individuo.*

Gustave Le Bon, a pesar de tener una visión excesivamente idealista de la historia de la sociedad humana, es decir, a pesar de despreciar los factores objetivos frente a los subjetivos, y a pesar de su nada disimulada aversión al socialismo, dice algunas cosas interesantes en su libro *Psicología de las revoluciones* (el cual se centra sobre todo en analizar la Revolución francesa, para hacer una demoledora crítica de la misma), nos habla de la importancia de los factores psicológicos de las masas, de la importancia de los sentimientos, del credo:

*Una revolución puede, finalmente, hacerse credo, pero es frecuente que comience bajo la acción de motivos perfectamente racionales: la supresión de abusos intolerables, la eliminación de un gobierno despótico detestado o de un soberano impopular, etc.*

***Si bien el origen de una revolución puede ser perfectamente racional, no debemos olvidar que las razones invocadas para prepararla no ejercen una influencia sobre las masas hasta tanto no se hayan transformado en sentimientos. La lógica racional puede señalar los abusos que han de ser destruidos, pero, para movilizar a la multitud, hay que despertar las esperanzas de la misma.***

*Cualquiera que sea su origen, una revolución no produce resultados mientras no haya penetrado en el espíritu de la multitud. **Los acontecimientos adquieren formas especiales que resultan de la peculiar psicología de las masas.***

[...]

***La multitud, por ende, es el agente de la revolución; pero no es su punto de partida. La masa constituye un ser amorfo que no puede hacer nada y no hará nada sin una cabeza que la conduzca. Superará rápidamente el impulso una vez que lo haya recibido, pero jamás lo creará.***

*Las revoluciones políticas que tan fuertemente sorprenden a los historiadores son, con frecuencia, las menos importantes. **Las grandes revoluciones son las de las costumbres y las del pensamiento.** El cambiar el nombre de un gobierno no transforma la mentalidad de un pueblo. El derrocar las instituciones de un pueblo no reforma el espíritu de ese pueblo.*



*Las verdaderas revoluciones, aquellas que transforman los destinos de los pueblos, la mayoría de las veces se logran tan lentamente que los historiadores apenas si pueden señalar sus orígenes. El término de “evolución” es, por lo tanto, por lejos más apropiado que el de “revolución”.*

No en vano, decía el anarquista Alexander Berkman que *la revolución es meramente el punto de ebullición de la evolución.*

En su trabajo *El individuo y la historia*, el filósofo marxista Karel Kosic nos da su visión sobre la relación entre el individuo y la sociedad en la que vive:

*Si el individualismo es la prioridad del individuo sobre el todo y el colectivismo la sumisión del individuo a los intereses del todo, parece que estas dos formas son idénticas en un punto: las dos privan al individuo de la responsabilidad, el individualismo porque el hombre, en tanto que individuo, es un ser social; el colectivismo porque el hombre, incluso en el seno de una comunidad, es un individuo.*

[...]

*El individuo sólo puede intervenir en la historia, es decir, en los procesos y las leyes de continuidad objetiva, porque es ya histórico, y esto por dos razones: porque se encuentra siempre siendo ya de hecho el producto de la historia, y, al mismo tiempo, es potencialmente el creador de la historia.*

[...]

*El individuo no puede transformar el mundo más que en colaboración y en relación con los otros. Pero, tanto en el marco de una realización reificada, como en el momento de la transformación de la realidad en deseo o de una transformación realmente revolucionaria de la realidad, cada individuo en tanto que tal, tiene la posibilidad de expresar su humanidad y de conservar su independencia.*

Finalmente, Henri Lefebvre en su maravilloso trabajo *Introducción al marxismo*, el cual recomiendo encarecidamente, nos ilustra así sobre la relación dialéctica entre individuo y sociedad:

*Los seres humanos hacen su vida (social), su historia, y la historia general. Pero no hacen la historia en condiciones elegidas por ellos, determinadas por un decreto de su voluntad. Es cierto que desde los orígenes de la humanidad el hombre (social e individual) es activo, pero de ningún modo se trata de una actividad plena, libre y consciente. En la actividad real de todo ser humano hay una parte de pasividad más o menos grande, que disminuye con el progreso del poder y la conciencia del hombre, pero jamás desaparecerá por completo. En otros términos, **es necesario analizar dialécticamente toda actividad humana.** Actividad y pasividad se consignan en ella. **El individuo modifica, mediante su acción, la naturaleza y el mundo que lo rodean, pero soporta condiciones que de ningún modo ha creado:** la naturaleza misma, su propia naturaleza, los demás seres humanos, las modalidades ya establecidas de la actividad (tradiciones, herramientas, división y organización del trabajo,*

*etcétera). Debido a su misma actividad los individuos entran pues en relaciones determinadas, que son relaciones sociales. No pueden separarse de estas relaciones: su existencia depende de ellas, de igual modo que la naturaleza misma de su actividad, sus límites y sus posibilidades. Lo que equivale a decir que su conciencia no crea esas relaciones, sino que está, por el contrario, comprometida en ellas, y por lo tanto determinada por ellas (aunque la conciencia interviene realmente y puede a veces liberarse de esas relaciones, no lo hace más que para precipitarse en lo imaginario y la abstracción). Así, las relaciones en las cuales entra necesariamente, ya que no puede aislarse, constituyen el ser social de cada individuo; y **es el ser social quien determina la conciencia, no la conciencia quien determina el ser social.***

El sistema (social) hace al individuo, pero también el individuo hace al sistema. Los seres humanos somos al mismo tiempo los guionistas de nuestra historia y sus víctimas, autores y actores. El individuo, en suma, se relaciona *dialécticamente* con su entorno. El marxismo, al contrario de lo que piensa mucha gente, incluso muchos marxistas, no niega el libre albedrío, la libertad de la voluntad humana, simplemente la condiciona, la supedita al contexto, a lo material.

Un error de fondo del “marxismo reformista” fue el creer que la historia tiene un guión inevitable que se cumple a rajatabla, es decir, fue caer en un determinismo mecánico, en un materialismo metafísico, consistente en pensar que el socialismo surgiría inevitablemente a medida que el capitalismo fuese madurando, a medida que las condiciones materiales le fueran favorables, que la voluntad humana poco podía hacer frente al curso de la historia. Como podemos comprobar a principios del siglo XXI, el capitalismo, a pesar de sentar las bases del socialismo, a pesar de presentar una *tendencia* hacia el socialismo, por la agudización progresiva a largo plazo de sus contradicciones irresolubles, sin embargo, no conduce automáticamente al socialismo. Al contrario, el capitalismo tiende a asentarse a pesar de la agudización de sus contradicciones, las cuales se traducen en sus recurrentes crisis. El actual neoliberalismo demuestra que el capitalismo tiende, si no tiene enfrente ninguna fuerza social que lo pare, a radicalizarse. El socialismo deberá ser conquistado, no caerá del cielo. El capitalismo no caerá por sí solo, habrá que derrumbarlo. **Sin factores objetivos no habrá socialismo, pero tampoco sin factores subjetivos. La democracia burguesa impide, por lo menos obstaculiza seriamente, el camino al socialismo.**

Trotsky, ya en 1920 en su libro *Terrorismo y Comunismo*, el cual es una refutación de los escritos de Karl Kautsky (quien fue uno de los más importantes e influyentes teóricos del socialismo y de la Segunda Internacional), nos explica cuán absurda es esa visión mecanicista de la historia humana:

*Los políticos rutinarios, incapaces de abarcar en su complejidad, en sus contradicciones y discordancias internas el proceso histórico, se han figurado que la historia prepararía simultánea y racionalmente, en todos los lugares a la vez, el advenimiento del socialismo, de suerte que la concentración de la industria y la moral comunista del productor y el consumidor hubiesen podido evolucionar y madurar con los arados eléctricos y las mayorías parlamentarias. De aquí, la adopción de una actitud puramente mecánica frente al*

*parlamentarismo internacional, indicaba el grado de preparación de la sociedad para el socialismo, del mismo modo que un manómetro señala la presión del vapor. **Nada hay más absurdo, sin embargo, que esta representación mecánica del desenvolvimiento de las relaciones sociales.***

*Si de la producción, fundamento de las sociedades, nos elevamos a las superestructuras —clases, Estados, derechos, partidos, etc.—, puede establecerse que la fuerza de la inercia de cada escalón en la superestructura no se añade simplemente a la de los escalones inferiores, sino que, en ciertos casos, es multiplicada por ella. Como resultado, **la conciencia política de grupos que han fingido ser durante mucho tiempo los más avanzados, aparece en el período de transición como un obstáculo terrible al desenvolvimiento histórico.***

**El materialismo histórico no desprecia los factores subjetivos, los supedita a los objetivos.** De acuerdo con esta visión de la historia, la influencia de ciertos individuos no es despreciable, aunque tampoco es totalmente determinante. Podríamos discutir largo y tendido en cuanto a estas cuestiones, pero de lo que no cabe duda es que los individuos también ejercen cierta influencia en los acontecimientos históricos. Influencia que no puede desdeñarse. Podremos discutir sobre *cuánto* influyen, pero indiscutiblemente influyen. Por consiguiente, tan erróneo es suponer que la historia no depende *nada* de ciertos individuos que la protagonizan en mayor medida que sus congéneres, como decir que la historia viene marcada *exclusivamente* por ellos. Incluso en ciertos momentos, siempre que los factores objetivos estén suficientemente maduros, los factores subjetivos pueden ser decisivos, críticos.

El materialismo histórico viene a decir que las grandes líneas de los acontecimientos no dependen de individuos concretos sino de las relaciones sociales, de ciertas condiciones sociales, de ciertos factores objetivos del conjunto de la sociedad, más en concreto del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, pero también reconoce la influencia de ciertos individuos en dichos acontecimientos, aunque dicha influencia es acotada y está subordinada a las condiciones objetivas. Podríamos decir que los factores *sociales* provocan acontecimientos pero los individuos que los protagonizan influyen en la *manera* en que aquellos se producen, en el resultado de los acontecimientos.

El papel de los líderes revolucionarios no puede ser obviado, no debe ser infravalorado pero tampoco sobrevalorado. Y esto se puede decir en general de todos los factores de los que depende la historia en general. La cuestión para intentar comprender la historia radica en considerar *todos* los factores, por lo menos los principales, los más inmediatos y, a ser posible, además, dar la importancia relativa correcta a cada uno de ellos. Lo primero es más fácil, lo segundo es mucho más complicado. Como mínimo, debemos aspirar a tener en cuenta los principales factores. Pues bien, muchos analistas ni siquiera superan la primera etapa, obvian algunos factores evidentes. Ya sea el contexto social, ya sea el papel preponderante de ciertos personajes, ya sea las metodologías, las ideas en general. Algunos marxistas consideran ciertos factores cuando les conviene pero obvian esos mismos factores también cuando les conviene. Su metodología cambia en función de lo que quieran explicar. Cuando uno desea comprender algo, debe usar siempre la misma metodología, debe, por lo menos a

priori, considerar todos los factores, no debe cambiar el conjunto de factores a tener en cuenta. Un científico usa siempre la misma metodología, los mismos instrumentos, para analizar los fenómenos del mismo tipo. No usa el microscopio a su antojo, lo usa siempre para analizar objetos pequeños. En verdad el instrumento puede variar en función de lo analizado, pero no así la metodología. Para analizar la historia debemos emplear el materialismo histórico, por lo menos quienes creemos que es el mejor método para analizar *cualquier* episodio histórico. Si algunos de esos factores no cuentan, esto debe deducirse a posteriori, no debe establecerse a priori. En principio, inicialmente, siempre hay que considerar el contexto, los protagonismos personales y las ideas. Todos ellos. Los factores objetivos y los subjetivos. Ambos. Si alguno de ellos no explica algún fenómeno esto sólo puede saberse *tras* tenerlo en cuenta, *tras* analizar el susodicho fenómeno y ver que aquel factor no tiene nada que ver con él. *Tras*, y no *antes*. Muchos marxistas lo hacen *antes*. Sus conclusiones coinciden con sus suposiciones porque ni siquiera cuestionan éstas. Su método de análisis delata su poca objetividad.

Nadie es objetivo al cien por cien, pero algunos se alejan más de la objetividad que otros. Marx no hubiera podido analizar y diseccionar el capitalismo si no hubiera sido objetivo, si se hubiera autorreprimido, si hubiera aplicado su método, el materialismo dialéctico, a medias o de forma caprichosa, si hubiera partido de premisas intocables, si no hubiera cuestionado el pensamiento dominante de su época. Pero cuidado, ser *objetivo* no es lo mismo que ser *insensible*. Uno puede analizar la realidad objetivamente y como consecuencia de su análisis sacar ciertas conclusiones tendentes a intentar cambiar dicha realidad. Uno puede conocer la realidad y denunciarla. Precisamente, la filosofía de la *praxis* está más cercana a la verdad por su imperiosa necesidad de transformar la realidad descrita. No puede transformarse lo que no se conoce. Lo que no se pretende transformar no necesita ser tan conocido. Quien se mantiene alejado de la práctica, quien se muestra frío, distante, con la realidad, puede permitirse más el lujo de cometer errores. La filosofía de la *praxis* es más científica porque integra más la teoría y la práctica. La ciencia se basa esencialmente en el contraste entre la teoría y la práctica. El marxismo, al interrelacionar íntimamente la teoría y la práctica, al hacer la primera dependiente de la segunda, la cual es su razón de ser, al hacer que la teoría sea no sólo una descripción de la práctica sino que también un posible guión de ella, supone un enorme salto en las ciencias sociales. Con el marxismo la teoría y la práctica se relacionan dialécticamente, la teoría no es sólo influenciada por la práctica sino que la influencia, la teoría no es sólo la mera descripción de la práctica, sino que también la práctica viene determinada por la teoría. Con el marxismo las ciencias sociales se hacen realmente científicas. Con el marxismo la sociedad humana, por fin, se hace realmente cognoscible.

Plejánov en su mencionado libro *El papel del individuo en la historia*, nos advierte de lo erróneo de los dos extremos, tanto del que dice que los acontecimientos sólo dependen de ciertos individuos, como del que dice que los individuos no ejercen ninguna influencia:

*De este modo, particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan las características individuales de los acontecimientos históricos, y el elemento accidental, en el sentido que hemos indicado, desempeña siempre*

*algún papel en el curso de estos acontecimientos, cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, exactamente, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción. Los fenómenos casuales y las particularidades individuales de las personalidades destacadas son incomparablemente más patentes que las causas generales profundas. Los hombres del siglo XVIII pensaban poco en estas causas generales, explicaban la historia como resultado de los actos conscientes y las “pasiones” de las personalidades históricas. Los filósofos de este siglo afirmaban que la historia podría marchar por caminos totalmente diferentes bajo la influencia de las causas más insignificantes, por ejemplo, como consecuencia de que en la cabeza de cualquier gobernante comenzara a hacer de las suyas un “átomo” cualquiera.*

*Los defensores de la nueva orientación de la ciencia histórica se dedicaron a demostrar que la historia no podía seguir otro rumbo distinto al que ha seguido, a pesar de todos los “átomos”. Al intentar resaltar lo mejor posible la acción de las causas generales, pasaban por alto la importancia de las particularidades individuales de los personajes históricos. Para ellos, la sustitución de una personalidad por otra más o menos capaz, no modificaba en nada los acontecimientos históricos. Pero una vez admitida semejante hipótesis, nos vemos obligados a reconocer que el elemento individual no tiene absolutamente ninguna importancia en la historia y que todo en ella se reduce a la acción de las causas generales, de las leyes generales, del movimiento histórico. Esta idea se llevó a un extremo que no deja margen para la partícula de verdad contenida en la concepción opuesta. Por esta razón, precisamente, la concepción opuesta conservaba aún cierto derecho a la existencia. El choque de estas dos concepciones adquirió la forma de una antinomia, una de cuyas partes eran las leyes generales y la otra, la acción de las personalidades. Desde el punto de vista de la segunda parte de la antinomia, la historia aparecía como una simple concatenación de casualidades, desde el punto de vista de la primera parte, parecía que incluso los rasgos individuales de los acontecimientos históricos obedecían a la acción de las causas generales. Pero si los rasgos individuales de los acontecimientos se deben a la influencia de las causas generales y no dependen de las particularidades individuales de las personalidades históricas, resulta que estos rasgos están determinados por las causas generales y no pueden ser modificados por más que cambien estos personajes. La teoría adquiere así un carácter fatalista.*

De paso, Plejánov nos recuerda que no es posible explicar la historia humana simplemente, ni siquiera principalmente, por la “naturaleza humana” (explicación tan en boga todavía en nuestros tiempos):

*Actualmente, ya no es posible considerar a la naturaleza humana como la causa determinante y más general del movimiento histórico: si es constante, no puede explicar el curso, variable en extremo, de la historia, y si cambia, es evidente que sus cambios están condicionados por el movimiento histórico. Debemos reconocer que **la causa determinante y más general del movimiento histórico de la humanidad es el desarrollo de las fuerzas***

**productivas**, que son las que condicionan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres. **Al lado de esta causa general hay causas particulares**, es decir, la situación histórica en la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de una nación dada y que, en última instancia, en sí misma es creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otras naciones, es decir, por la misma causa general.

Finalmente, **la influencia de las causas particulares se compete por las causas singulares**, es decir, por las particularidades individuales de los hombres públicos y por otras “casualidades”, en virtud de las cuales, los acontecimientos adquieren, a fin de cuentas, su aspecto individual. Las causas singulares no pueden originar cambios radicales en la acción de las causas generales y particulares, que, por otra parte, condicionan la orientación y los límites de la influencia de las causas singulares. Pero, no obstante, es indudable que la historia tomaría otro aspecto si las causas singulares, que ejercen influencia sobre ella, fuesen sustituidas por otras del mismo orden.

También nos explica por qué los grandes personajes de la historia lo son:

*Un gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le convierten en el individuo más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época, surgidas bajo la influencia de causas generales y particulares. Carlyle, en su famosa obra sobre los héroes y la adulación, llama a los grandes hombres **iniciadores**. Es un nombre muy acertado. El gran hombre es, precisamente, un iniciador, porque ve más lejos que otros y desea las cosas más enérgicamente que otros. Resuelve los problemas científicos planteados por el proceso precedente del desarrollo intelectual de la sociedad, señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el desarrollo anterior de las relaciones sociales, toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades. Es un héroe. No en el sentido de que pueda detener o modificar el curso natural de las cosas, sino en el sentido de que su actividad constituye una expresión consciente y libre de este rumbo necesario e inconsciente. Ahí es donde reside toda su importancia y toda su fuerza, su importancia es colosal y su fuerza es tremenda.*

Lo importante es quedarnos con la idea de que la historia, en sus líneas generales, viene marcada por las necesidades *sociales*, pero también viene influida por ciertos *individuos*. Que esas necesidades sociales son en última instancia las materiales, pero que las ideas también tienen su importancia.

Para analizar cualquier fenómeno histórico hay, por consiguiente, que tener en cuenta *todos* los posibles factores, por lo menos los más influyentes: las condiciones materiales de existencia actuales, pero también las ideas (influidas en última instancia por las condiciones materiales de existencia presentes y pasadas), así como la influencia nada desdeñable de ciertas personas. Considerar sólo lo actual es romper la continuidad del tiempo, es desconectar el presente del pasado. Esto es lo que hacen muchos “marxistas” presos de un materialismo equivocado, anticuado. Todo influye en todo, desde el pasado hacia el futuro. Pero no todo influye en *igual* grado. Los factores

del pasado más remoto influyen menos que los del pasado más reciente, por regla general. No se pueden tener en cuenta todos los factores, no se puede uno remontar en el pasado remoto indefinidamente, puesto que esto sería una labor titánica. Pero cuantos más factores tengamos en cuenta mejor podremos explicar los acontecimientos. Como mínimo, hay que considerar las condiciones materiales presentes y las ideas contemporáneas, además de las más próximas en el tiempo, las del pasado reciente. Si sólo consideramos algunos de los factores, sólo lograremos explicaciones parciales. Cuando muchos marxistas sólo consideran el contexto de la época y se olvidan de las ideas, sólo explican en parte la degeneración de la Revolución rusa. Los idealistas burgueses se olvidan del contexto y también dan una explicación parcial, sin contar la falta de rigor y objetividad a la hora de analizar, presos como están (muchas veces inconscientemente) de la ideología dominante que impide el acercamiento a la verdad por el miedo de que ésta atente contra los intereses económicos de la clase dominante.

Pero no sólo hay que tener en cuenta los principales factores para intentar explicar la historia, también hay que considerar las *interrelaciones* entre ellos. Los acontecimientos históricos se producen por cierta *combinación* de causas, materiales e inmateriales, inmediatas y no tan inmediatas. El carácter *dialéctico* del materialismo histórico nos obliga también a intentar ver cómo unos factores realimentan a otros o bien se oponen a otros. No sólo hay que tener en cuenta al contexto, a los personajes influyentes y a las ideas, también hay que preocuparse de cómo todos ellos se *relacionan* mutuamente. Con un análisis parcial y estático, metafísico, no podemos comprender la historia y por consiguiente no podemos aprender de ella. Sólo podemos tener una comprensión muy limitada. Si queremos tener una comprensión suficiente de la historia debemos analizar ésta de manera dialéctica. La historia humana es ante todo dialéctica en acción.

El problema que tienen aquellos marxistas que no comprenden el materialismo dialéctico no consiste sólo en que no pueden analizar el pasado de manera correcta, completa, suficiente, con toda la potencialidad que proporciona el método marxista, consiste también en que dificultan enormemente la transformación de la sociedad, la construcción de un futuro mejor. Al caer en el materialismo metafísico, caen en un determinismo exacerbado, un fatalismo que les incita a no hacer nada, a pensar que los cambios vendrán por sí solos como consecuencia de cambios en el modo de producción. Lo que no se preocupan de saber es, a su vez, cómo se producirán los cambios en el sistema económico. Piensan que éstos ocurrirán espontáneamente, o que no están bajo nuestro control, que los individuos no podemos controlarlos *nada*. Al no considerar o comprender la dialéctica siempre piensan que el individuo no tiene nada que hacer, desprecian la voluntad humana. Para ellos los cambios sociales son totalmente independientes de la voluntad de los individuos, de las ideas.

Plejánov, una vez más, nos explica cuán errónea es la visión del marxismo como una teoría fatalista de la historia, recurriendo al mismo Marx:

*La humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver. Y, si se considera la cosa más de cerca, se descubrirá que el problema mismo sólo surge cuando existen las condiciones materiales para*

resolverlo o, por lo menos, cuando están a punto de darse. (Cita de Marx empleada por Plejánov).

Los materialistas metafísicos veían que los hombres están sometidos al yugo de la necesidad (“un bosque talado...”); el materialismo dialéctico muestra como ésta habrá de liberarlos.

Las relaciones burguesas de producción son la última forma contradictoria del proceso de producción social; contradictoria no en el sentido de una contradicción individual, sino de una contradicción que nace de las condiciones de existencia social de los individuos; sin embargo, las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver esta contradicción. Con esta formación social termina pues la prehistoria de la sociedad humana. (Cita de Marx empleada por Plejánov).

La teoría que se pretende fatalista de Marx es justamente la que por primera vez en la historia de las ciencias económicas pone fin a este fetichismo de los economistas que les hacía explicar las categorías económicas –el valor de cambio, el dinero, el capital– por la naturaleza de los objetos naturales y no por las relaciones de los hombres en el proceso de producción.

Y por si quedara alguna duda:

Las relaciones sociales tienen su lógica, en la medida que los hombres se encuentran en determinadas relaciones mutuas, ellos necesariamente sentirán, pensarán y obrarán así y, no de un modo diferente. Sería inútil que la personalidad eminente se empeñara en luchar contra esta lógica, la marcha natural de las cosas (es decir, la misma lógica de las relaciones sociales) reduciría a la nada sus esfuerzos. Pero si yo sé en qué sentido se modifican las relaciones sociales en virtud de determinados cambios en el proceso social y económico de la producción, sé también en qué sentido se modificará a su vez **la psicología social**, por consiguiente, **tengo la posibilidad de influir sobre ella**. Influir sobre la psicología social es influir sobre los acontecimientos históricos. Se puede afirmar, por lo tanto, que, en cierto sentido, **yo puedo, con todo, hacer la historia, y no tengo necesidad de esperar hasta que la historia “se haga”**.

Henri Lefebvre también combate la idea del fatalismo achacado al marxismo en *El materialismo dialéctico*:

**El marxismo está bien lejos de afirmar que la única realidad es económica y que hay una fatalidad económica absoluta.** Afirma, por el contrario, que el destino económico es relativo y provisional, que está destinado a ser superado, una vez que los hombres hayan tomado conciencia de sus posibilidades, y que esa superación será el acto esencial, infinitamente creador, de nuestra época.

Finalmente, así se expresaba Rosa Luxemburgo en *La crisis de la socialdemocracia*:



*El socialismo científico nos ha enseñado a comprender las leyes objetivas del desarrollo histórico. Los hombres no hacen su historia libremente. Pero la hacen ellos mismos. El proletariado depende en su acción del grado de madurez correspondiente al desarrollo social, pero **el desarrollo social no se produce, al margen del proletariado, es en igual medida tanto su motor y su causa, su producto y su resultado.** Su propia acción es parte codeterminante de la historia. Y si bien no podemos saltar por encima de ese desarrollo social, el desarrollo social no se produce al margen de sombras, podemos acelerarlo o retrasarlo.*

***El socialismo es el primer movimiento popular de la historia mundial que se ha puesto como objetivo, y está llamado por la historia a introducir en el hacer social de los hombres un sentido consciente, un pensamiento planificado y, por consiguiente, la acción libre.** Por eso Federico Engels califica a la victoria definitiva del proletariado socialista de salto de la humanidad desde el reino animal hasta el reino de la libertad. Este salto es resultado de ineluctables leyes de la historia, de millares de escalones de una evolución anterior penosa y demasiado lenta. Pero nunca podrá ser llevado a cabo si, de todo ese substrato de condiciones materiales acumuladas por la evolución, no salta **la chispa incandescente de la voluntad consciente de la gran masa del pueblo. La victoria del socialismo no caerá del cielo como algo fatal.** Sólo podrá ser alcanzada superando una gran cadena de tremendas pruebas de fuerza entre los viejos y los nuevos poderes, pruebas de fuerza en las que el proletariado internacional, bajo la dirección de la socialdemocracia, aprende y trata de tomar en sus propias manos el destino, de apoderarse del timón de la vida social, de dejar de ser un juguete pasivo de la historia para convertirse en su conductor clarividente.*

En la época de Rosa Luxemburgo la socialdemocracia era revolucionaria, todavía no se había producido la división entre su ala reformista (que finalmente fue la que se quedó con el nombre de *socialdemocracia*) y su ala revolucionaria. En el mencionado libro la gran revolucionaria alemana nos explica las auténticas causas de la Primera Guerra Mundial (aplicando de manera magistral el materialismo dialéctico), al mismo tiempo que denuncia la traición de los dirigentes socialdemócratas de su país a la causa proletaria. El marxismo no sólo no es fatalista, sino que nos proporciona las claves para ser dueños de nuestro propio destino, para transformar la sociedad. Por este motivo Marx y Engels ejercieron tanta influencia en la historia. La prueba más contundente y obvia de que el marxismo no es fatalista, de que no incita a la apatía, es que sus autores no sucumbieron ante ella. Todo lo contrario.

Esos marxistas que no comprenden en verdad el ABC del marxismo, el materialismo dialéctico, hacen mucho daño y contribuyen al desprestigio general y a la incomprensión de las ideas de Marx y Engels. Además, por su interpretación burda, dogmática, del marxismo, contribuyen a que no se pueda aprender de las experiencias prácticas basadas en él puesto que no son capaces de detectar los problemas ideológicos de la teoría revolucionaria marxista-leninista y, además, presos de su fatalismo, no luchan por intentar cambiar las cosas, caen en el peor error de todo revolucionario, la apatía, o bien, presos de su dogmatismo, luchan siempre de la misma manera, sin aprender de las experiencias prácticas, contribuyendo

notablemente a reproducir de nuevo los errores del pasado. Unos incumplen la razón de ser del marxismo: la lucha por una sociedad mejor. Por algo decía Marx que la peor lucha es la que no se hace. Y otros incumplen el método científico que obliga a reconsiderar la teoría, incluso las estrategias, en base a los resultados prácticos. Muchos “marxistas” contribuyen a que el marxismo como teoría se muera, pues la convierten en un dogma intocable, o contribuyen al derrotismo y al fatalismo, pues interpretan el materialismo histórico de manera metafísica, fatalista, colaborando de paso con la ideología burguesa dominante que tanto se esmera en evitar la revolución social. Uno se pregunta a veces si entre esos “marxistas” no tendremos a miembros de la quinta columna ideológica burguesa procurando por todos los medios que las peligrosas ideas del marxismo se desvirtúen. Aunque, indudablemente, también habrá muchos marxistas bienintencionados que simplemente no comprenden en su plenitud los principales postulados marxistas. No cabe duda de que la marginación de las ideas de Marx en los medios de comunicación y en los sistemas educativos no contribuye a su asimilación y comprensión. Hay que leer mucho y de manera muy activa para comprender y profundizar en el marxismo.

Cuanto más profundiza uno, más se concienza de las grandes aportaciones de Marx y de Engels. Tal vez éstos debieron haberse esmerado más en explicar y desarrollar sus postulados. Si no lo hicieron fue, probablemente, porque se vieron desbordados por todo el trabajo que hicieron y porque no trabajaron en las condiciones idóneas (debieron luchar contra la censura y la persecución política sistemáticas a las que fueron sometidos). Como nos recuerdan Maximilien Rubel y Louis Janover en su libro *Marx anarquista*, el autor de *El Capital* tenía pensado escribir un libro sobre el Estado proletario, que probablemente hubiera aportado mucha luz acerca del ambiguo concepto de la dictadura del proletariado, pero su larga enfermedad y su muerte se lo impidieron. De hecho, no pudo ni siquiera concluir su magna obra en la que disecciona al capitalismo. Según nos dice Eduardo Durán-Cousin en *Comunismo: Principio y fin de un sueño*, Marx retomó la expresión “dictadura del proletariado” de los socialistas franceses que se referían así al Estado, bajo la dirección de la clase obrera, surgido después del derrocamiento del poder político de la burguesía. Poco importa esto en verdad, el caso es que Marx recurrió a dicha expresión, pero no concretó suficientemente en qué debía consistir exactamente dicha dictadura proletaria. Por su parte, Engels no pudo, o no supo, desarrollar algunos de los postulados que a su amigo no le dio tiempo de concretar. Se “limitó” sobre todo a publicar las obras inconclusas de su compañero de batallas, a hacer pedagogía, a explicar y desarrollar el método marxista, el núcleo de la teoría marxista, el materialismo dialéctico y su “hermano gemelo” el materialismo histórico, y a intentar impedir la incipiente tergiversación de las ideas marxistas.

Mucha gente repite lo que dijeron Marx o Engels pero realmente no les comprende. Uno realmente sabe y demuestra si comprende cierto método de análisis cuando debe aplicarlo por sí mismo, cuando le toca analizar y no simplemente repetir análisis previamente hechos. Muchos marxistas con sus análisis demuestran que no comprenden realmente el método marxista, por lo menos que no lo comprenden suficientemente. Y no podemos excluir de este reproche a muchos ilustres marxistas, contemporáneos e históricos.

El materialismo histórico dice que las condiciones materiales de existencia concretas son las *principales* causas de los acontecimientos, pero no las únicas. Dice que el factor más *importante* para explicar la historia es el económico, ¡pero no el *único*! En general, el materialismo dialéctico dice que las ideas son muy influidas por las condiciones de existencia materiales, pero no dice que éstas sean las únicas que influyen, son las que *más* influyen. La forma que yo tengo de pensar viene muy influida por mis circunstancias, por la clase social a la que pertenezco, por mis experiencias vitales concretas, por mi físico (una persona sorda o muda pensará de forma distinta a mí), por mi país, por el momento histórico,..., por el contexto en el que vivo. Pero no por completo. La dialéctica dice que lo material influye en lo inmaterial, pero al revés también. El materialismo marxista dice que lo material influye *más* en lo inmaterial que al revés. El método marxista, la combinación del materialismo y de la dialéctica, el materialismo dialéctico, nos dice que los acontecimientos ocurren en *primer* lugar por la existencia de causas materiales concretas, por cierto contexto, pero también que hay una interrelación mutua entre las ideas y sus aplicaciones prácticas. Si usamos el método marxista no podemos obviar ambas cosas. Cualquiera de los dos extremos, recurrir *sólo* al contexto o *sólo* a las ideas, atenta contra el método marxista. El primero contra la dialéctica. El segundo contra el materialismo. El principal legado del marxismo fue su método y su espíritu científico.

La dialéctica dice que los efectos y las causas se intercambian, que todo se interrelaciona con todo en ambos sentidos, dentro de unos límites por supuesto (el futuro no influye en el pasado o en el presente, hasta cierto punto también pues las expectativas del futuro sí influyen en el presente). El materialismo dialéctico nos dice que todo depende, en *última* instancia, de lo material, dialécticamente no mecánicamente. En última instancia. Las ideas están enraizadas en las condiciones materiales de existencia, pero esto no significa que no puedan a su vez influir en las realizaciones prácticas. Negar esto sería contradecir la dialéctica, el sustento del marxismo. Negar la influencia de las ideas de la Ilustración en la Revolución francesa es equivalente a negar la influencia del marxismo-leninismo en la Revolución rusa. Lo que hace el marxismo no es negar esas influencias sino decir que la *principal, última*, causa de esas revoluciones reside en el sistema económico. El idealismo lo que hace es explicarlas *sólo* por las ideas. El marxismo lo que hace es explicarlas, *además, sobre todo*, por las condiciones materiales de existencia. Para el marxismo la *principal* causa de la Revolución rusa, como de cualquier revolución, como de cualquier acontecimiento histórico, reside en las condiciones materiales de existencia. El motor de la historia es la lucha de clases. Los factores objetivos son el detonante, constituyen el ingrediente fundamental de la sopa revolucionaria. La necesidad objetiva de cambio es la que manda. Sin ella no hay revolución, ni siquiera estallido social. Pero los factores subjetivos son también muy importantes (la conciencia, la estrategia, la organización, las ideas). De éstos depende cómo se hagan las revoluciones, su éxito o fracaso, incluso a veces el surgimiento de las revoluciones a partir de protestas populares inicialmente no revolucionarias. Sin necesidad *objetiva* de revolución no hay revolución o ésta es muy poco probable. Pero sin los factores *subjetivos* el estallido social, si es que se produce, no va más allá, la rebelión no da pie a la revolución o ésta fracasa. El marxismo no niega la importancia de los factores subjetivos en los acontecimientos, sino que la subordina a los factores objetivos, que son los que en última instancia mandan. El marxismo no niega la importancia de las

ideas, las supedita a la realidad objetiva. El marxismo no dice que las causas no puedan ser también ideológicas, dice que si indagamos más allá, si tiramos de la cuerda, si buscamos las causas más profundas, las causas de las causas, al final llegamos a causas materiales.

El materialismo dialéctico dice que las causas *últimas* son siempre materiales, pero no niega que haya otras causas más inmediatas que no sean materiales. Las ideas de la Ilustración son consecuencia de la emergencia del sistema capitalista de producción, de las contradicciones del sistema feudal que le precedió, lo mismo podemos decir del marxismo, que es consecuencia de la evolución del capitalismo, de sus contradicciones. ¡Pero esto no significa que las ideas no influyan, incluso decisivamente, en otras ideas, o en la realidad material! Las revoluciones socialistas no surgieron tras el marxismo por simple casualidad. Antes del marxismo no hubiera sido posible la Revolución rusa tal como aconteció, tal vez ni siquiera se hubiera producido de ninguna de las maneras. La Revolución francesa no surgió tras la Ilustración por casualidad. Hay una clara relación causa-efecto entre Ilustración y Revolución francesa por un lado y marxismo y Revolución rusa por el otro lado. Y a su vez entre ambos acontecimientos históricos. Las ideas de la Ilustración también influyeron en el marxismo. La Revolución francesa también influyó en la rusa. Pero, como nos dice el materialismo dialéctico, el ADN del método marxista, a su vez las ideas de las que se nutrieron esas revoluciones surgieron de las condiciones materiales objetivas del momento histórico.

El marxismo es también un producto histórico, un producto de la combinación de factores objetivos y subjetivos, un producto de la combinación de determinismo y libre albedrío. El marxismo es un producto de unos intelectuales llamados Marx y Engels que usaron sus capacidades intelectuales, sus posibilidades objetivas (el hecho de que fuesen burgueses que se podían dedicar al trabajo intelectual), que tuvieron sobre todo cierta actitud, pero dichos intelectuales no hubieran podido desarrollar sus teorías sin cierto contexto social, político, económico, tecnológico, científico, sin cierto contexto, en suma, material e ideológico. El marxismo, como toda idea o realización práctica humana, es un producto de la dialéctica de la sociedad humana. A medida que cambia el contexto, cambian las ideas, por lo menos en parte. De esto se deduce inmediatamente que el marxismo no puede ser algo estático, salvo si muere. Esto tampoco quiere decir que todas las ideas expresadas en el marxismo deban cambiar forzosamente, lo que significa es que alguna de ellas sí deberán hacerlo, aquellas que dependan de las circunstancias históricas, no así los principios más básicos, más atemporales. Y esto sin contar las exigencias del método científico: la teoría debe ajustarse a la práctica. Pero caer en un relativismo exacerbado es negar al propio relativismo. Al igual que con el determinismo, el marxismo estipula un relativismo *débil, relativo* (a pesar de que en ciertos momentos Marx y Engels caigan en un determinismo extremo). No todo es absoluto, válido para cualquier época o lugar, pero tampoco todo es relativo. En la naturaleza, y más aun si cabe en la sociedad humana, las cosas están mucho más interrelacionadas de lo que pueda parecer a primera vista. Desconectarlas es uno de los errores más graves que se puede cometer. Es no comprender la *esencia* de la naturaleza y de la sociedad humana: la dialéctica. Por consiguiente, negar las influencias de las ideas que inspiraron las revoluciones de cualquier índole atenta en primer lugar contra la dialéctica y en segundo lugar contra el

materialismo dialéctico, contra el corazón del marxismo. Supone sustituir el materialismo *dialéctico* por un materialismo basto, vulgar, supone seguir pensando de forma metafísica. Supone no comprender en verdad el marxismo, interpretarlo de una manera mecánica, simplista y burda. Supone vulgarizar el marxismo, en el peor sentido de la palabra. Quien no comprende el materialismo dialéctico no puede comprender el marxismo.

Incluso a veces las causas principales de cualquier acontecimiento no son las que lo decantan de una u otra manera. Que algo sea lo principal no significa que sea lo crítico. Un factor, aunque no sea el principal, puede hacer que la cantidad se convierta en calidad, puede afectar de manera decisiva al resultado global. La sal no es el ingrediente principal de la sopa pero puede hacer que el resultado global sea uno u otro. Demasiada sal estropea la sopa y demasiada poca la hace sosa. La sal, aun no siendo el principal ingrediente, aun no formando parte ni siquiera del conjunto de los principales ingredientes, es un ingrediente crítico, decisivo. La sal no es el principal ingrediente ni cuantitativamente ni cualitativamente. La sopa se compone principalmente de agua. Sin agua no hay sopa. Es obvio que hay muchos más ingredientes que la sal y en mayor cantidad. Pero la sal tampoco caracteriza a la sopa como tal, no es el ingrediente cualitativamente más importante, ni mucho menos. Tan es así que cuando se describe la receta de la sopa ni se la menciona, se presupone que habrá que echar algo de sal. Dos sopas con sal pueden ser muy diferentes en su composición y en su resultado. Pero incluso una misma sopa con o sin sal cambia radicalmente. Puede haber sopa sin sal, pero la sal, su exceso o su defecto, puede hacer que la sopa sea incomedible. La sal, ese ingrediente casi olvidado, afecta de manera decisiva en la sopa.

Aun admitiendo que el factor ideológico no sea el principal en los acontecimientos históricos, puede ser decisivo. Las ideas pueden hacer decantar la historia de una u otra manera. Una mala decisión en un momento crítico en el campo de batalla puede hacer perder la guerra. Aunque las causas principales, últimas, de la guerra sean materiales (la lucha de clases, la lucha por el control de la economía, la lucha por los recursos materiales), las ideas pueden tener un papel crucial en determinando momento.

Lo que estoy intentando demostrar en mis diversos escritos (por ejemplo, analizando el caso concreto de la URSS en [¿Reforma o Revolución? Democracia](#), del que se ha tomado la mayor parte de este capítulo) es que el concepto de la dictadura del proletariado es la sal del marxismo, que estropeó la sopa. ¡Es necesario corregir la sopa para que pueda ser comestible! La concepción del mundo y de la sociedad humana marxista, el materialismo dialéctico, es mucho más convincente que las concepciones existentes hasta la fecha, a las que se agarran todavía algunos intelectuales en la actualidad. No hay más que contrastar las explicaciones de algunos episodios históricos concretos dadas por las distintas visiones existentes, la materialista dialéctica con la idealista o la materialista metafísica, para comprobarlo. No hay más que analizar lo que nos ocurre en la actualidad para comprobar la vigencia de los principales postulados marxistas (la lucha de clases como motor de la historia, la naturaleza clasista del Estado actual, el progresivo deterioro del capitalismo con sus crisis cíclicas que amenazan con hacerlo colapsar cada vez más, el aumento de las desigualdades sociales, a pesar de ciertos periodos en los que disminuían,

etc.). Las tendencias generales, a largo plazo, del capitalismo postuladas por el marxismo se van cumpliendo, las podemos comprobar en la actualidad. Es verdad que se han producido altibajos, es verdad que el proletariado (entendido como todas aquellas personas que deben vender su fuerza de trabajo, es decir, la inmensa mayoría de la población) se ha complejizado. Pero, en esencia, en el fondo, a grandes rasgos, las predicciones de Marx siguen siendo válidas. Es verdad que Marx se equivocó en algunas de sus predicciones, como cuando suponía que la revolución socialista surgiría *primero* en los países capitalistas más avanzados. Pero sus errores secundarios no invalidan necesariamente sus aciertos primarios, que se haya equivocado en algunos detalles no tiene por que significar que lo haya hecho en las cuestiones generales. Muchos de sus críticos se agarran al hecho de que aún no ha colapsado el capitalismo, como predecía Marx que *podiera* ocurrir. Pero es que Marx no dijo *cuándo* iba a suceder eso, por supuesto ni siquiera sugirió el momento en que ocurriría, menos habló de corto plazo. Marx no era un adivino ni un profeta, era un científico. Ningún científico puede prever con toda exactitud nada (ni siquiera en las ciencias naturales), nada es determinista al cien por cien, siempre hay una componente de aleatoriedad. Con mayor razón en las ciencias sociales, en las ciencias inexactas. A largo plazo, el capitalismo se encamina hacia su autodestrucción. Ésta es una tendencia muy clara. Pero es sólo una *tendencia* derivada de la propia dinámica capitalista. Existen otras tendencias que pueden combatir dicha tendencia general, por lo menos temporalmente. La sociedad humana es muy compleja y es imposible predecir con exactitud ningún acontecimiento, pero con Marx se nos vuelve más cognoscible, es posible detectar *posibilidades*, incluso luchar por implementarlas. Sus leyes (no totalmente deterministas, no por lo menos en su sentido fuerte o absoluto) se nos hacen visibles.

Muchos “críticos” antimarxistas se olvidan de que el marxismo es una ciencia viva, por lo menos lo era cuando la izquierda estaba viva intelectualmente, es una ciencia que no ha dicho la última palabra, que no es cerrada. Como nos recuerda Ernest Mandel en su trabajo *El pensamiento de León Trotsky*, los acontecimientos históricos han demostrado que la lucha de clases no puede ser controlada por esquemas preconcebidos, por muy inteligentes que éstos sean. Ninguna ciencia social humana se rige por mecanismos cerrados e ineludibles. O lo que es lo mismo, no es posible aplicar un determinismo fuerte cuando hablamos de la historia humana. Muchos marxistas han caído, en mayor o menor medida, en dicho error, incluso en algunos momentos los propios Marx y Engels. Esa ciencia puede y debe revivir y seguir evolucionando. El marxismo lo que hizo fue, ni más ni menos, que sentar las *bases* de la ciencia revolucionaria, de aquella que nos permite comprender y por tanto transformar activa y conscientemente nuestra sociedad. Esa ciencia no está libre de errores ni de imprecisiones, pero en líneas generales se ha mostrado correcta, cuando se tienen en cuenta sus principales postulados y se los compara con los hechos históricos, en un rango temporal suficientemente amplio, hasta Marx, y desde Marx hasta nuestros días. La lucha de clases, el Estado clasista, el materialismo histórico, el materialismo dialéctico, el marxismo en general, nos ayudan a comprender mucho mejor los acontecimientos de nuestra sociedad. La realidad ha demostrado la vigencia y corrección de dichos postulados. Incluso muchos intelectuales antimarxistas, consciente o inconscientemente, han adoptado la concepción materialista de la historia de Marx. Ya nadie puede prescindir del factor económico para explicar cualquier hecho

histórico, salvo algunos “historiadores” que hacen el ridículo y nos quieren todavía seguir vendiendo la idea de que la historia es sólo un culebrón de reyes, zares, ministros, príncipes, condes, marqueses o agitadores rojos, o que es sólo una lucha *exclusivamente* idealista entre buenos y malos, entre ángeles y demonios, entre Jehová y Lucifer, entre unas ideas y otras. Si ahora Estados Unidos invade Irak, nadie puede evitar que la mayor parte de la gente piense en el petróleo existente en ese país árabe y los intereses económicos yanquis en la zona, a pesar de los discursos de “armas de destrucción masiva”, “lucha contra el terrorismo”, “guerra al eje del mal en nombre de Dios” o “la lucha por la democracia y la libertad”. Bellas y falsas *ideas*, tras las cuales se esconden simplemente intereses económicos *materiales*.

Como dice Eric Hobsbawm en su artículo *Marx y la Historia*:

*Marx sigue siendo la base esencial de cualquier estudio adecuado de la historia, porque —hasta ahora— sólo él ha intentado formular un enfoque metodológico de la historia como totalidad, y de concebir y explicar el proceso entero de la evolución social humana. En este sentido es superior a Max Weber, su único verdadero rival como influencia teórica para los historiadores, y en muchos aspectos un suplemento importante y correctivo. Una historia basada en Marx es inconcebible sin adiciones weberianas, pero la historia weberiana es inconcebible excepto en la medida en que toma a Marx, o al menos el *Fragestellung* marxista, como punto de partida. Si deseamos responder la gran pregunta de toda la historia —principalmente, cómo, por qué y a través de qué procesos ha evolucionado la humanidad, del hombre de las cavernas al astronauta, el detentador de la fuerza nuclear y el ingeniero genético— sólo podemos hacerlo formulando preguntas al estilo de Marx, aunque no aceptemos todas sus respuestas. Lo mismo se aplica si queremos responder la segunda gran pregunta implícita en la primera: por qué esta evolución no ha sido pareja y lineal, sino extraordinariamente desigual y combinada. Las únicas respuestas alternativas que han sido sugeridas formulan en términos de evolución biológica (la sociobiología), pero son evidentemente inadecuadas. Marx no dijo la última palabra —todo lo contrario— pero sí la primera, y todavía estamos obligados a continuar el discurso que él inauguró.*

Si deseamos responder a la gran pregunta de toda la historia, sólo podemos hacerlo formulando las preguntas *al estilo de Marx*, éste no dijo la *última* palabra pero sí la *primera*, debemos continuar el discurso que él inauguró. En cualquier caso lo que nunca hay que perder de vista es que el principal legado de Marx fue su método, es decir, el materialismo dialéctico (y su hijo el materialismo histórico). El marxismo es ante todo, sobre todo, materialismo dialéctico. Aunque sólo fuese por su método, el marxismo ya habría aportado mucho, ya no podría prescindirse de él. Pero Marx y Engels no se conformaron con inventar o descubrir la dialéctica materialista, con dar un importante paso en la filosofía y en la ciencia, en perfeccionar el método para buscar la verdad sobre la naturaleza o la sociedad humana. Ellos lo aplicaron para diversos casos concretos, de hecho, lo desarrollaron y perfeccionaron a medida que lo iban aplicando. Y no sólo eso, además, pasaron a la acción práctica. Quienes acusan a Marx de estar equivocado por sus errores puntuales en algunas de sus teorías no tienen en cuenta que dichos errores no invalidan necesariamente su método. Es como

acusar a un carpintero de que su martillo no vale porque el carpintero se ha equivocado al arreglar alguna silla. Si el carpintero, en base a su herramienta, ha demostrado que es capaz de arreglar varios muebles, a diferencia de sus competidores, aunque se haya equivocado al arreglar algunos de ellos, eso no demuestra necesariamente que su herramienta no valga. Una cosa es el método y otra el uso que se haga de él. Indudablemente el método debe irse perfeccionando. Pero los errores de su uso pueden ser debidos al método o no. Si el método demuestra que *siempre*, sea quien sea quien lo use, se producen grandes discrepancias entre lo previsto por él y la realidad observada, que en general es superado por otro método, entonces sí podemos descartar a dicho método como válido. El método marxista, es decir, el marxismo, debe seguir perfeccionándose, pero ha demostrado ser muy superior a otros métodos. Es más, no ha habido realmente métodos serios, es decir, científicos, que le hayan hecho la competencia. Que Marx se haya equivocado al hacer algunos de sus análisis o previsiones en base a sus herramientas metodológicas, no significa necesariamente que éstas sean inválidas. Al igual que Marx o Engels, muchos marxistas han utilizado el materialismo histórico o la dialéctica materialista más en general, es decir, el método marxista, de manera más o menos intensa, más o menos acertada, para explicar ciertos acontecimientos históricos, incluso para preverlos o intentar construirlos.

Por ejemplo, Trotsky vaticinó el posible colapso de la URSS en su libro *La revolución traicionada* escrito en 1936. Explicó por qué el Estado soviético estaba degenerando y que Rusia se encaminaba o bien hacia una revolución política para restaurar los principios marxistas-leninistas o bien hacia la restauración capitalista. Para Trotsky el problema radicaba en la degeneración burocrática del régimen soviético, y en el aislamiento de la revolución rusa en el mundo, problemas que ya el mismo Lenin advirtió poco antes de morir. Como Trotsky decía, la economía necesitaba la democracia como el ser humano el oxígeno. La falta de gestión democrática de la economía soviética la condenaba al estallido de una revolución política para instaurar el verdadero socialismo o al colapso que daría paso de nuevo al capitalismo, como finalmente así ocurrió. Si bien el análisis de Trotsky eludía su posible responsabilidad personal (y la de Lenin o el mismo Marx) en el surgimiento del estalinismo, pecando en esta cuestión de cierta insuficiencia en el método marxista de análisis de lo acontecido en la revolución rusa y en su degeneración, a pesar de esto, de la completa desvinculación que hacía del marxismo-leninismo respecto del estalinismo (hasta cierto punto comprensible para recalcar el argumento de que el estalinismo traicionaba los principios más básicos de dicha ideología), el análisis de Trotsky supera con mucho el de muchos intelectuales burgueses, contemporáneos al revolucionario ruso y actuales. Lo que no puede discutirse es que muchos marxistas previeron el posible colapso de la URSS, además de denunciar la separación del estalinismo respecto del marxismo-leninismo. Para muchos críticos del marxismo, estas predicciones o advertencias no existen. Por otro lado, Rosa Luxemburgo también previó incluso mucho antes, y de una manera más completa y convincente, el posible deterioro y colapso de la revolución rusa en su folleto inconcluso sobre dicha revolución escrito en 1918 y publicado algunos años después. El socialismo no podía prosperar sin democracia. Para los críticos del marxismo y del socialismo en general, los llamamientos a la imprescindible democracia de muchos marxistas, incluidas las referencias a ella de Marx, Engels o Lenin, no existen.



Dichos críticos se esmeran en presentar al marxismo y a todos sus acólitos como totalitaristas. Se esmeran en hacernos creer que el marxismo era, por definición, totalitario. Una de dos: o no han leído a Marx, pero se atreven a decir lo que decía, o lo han leído e inexplicablemente dicen lo contrario de lo que dice. En cualquier caso no parece que actúen de buena fe, honestamente, como mínimo no de manera muy prudente. Hablan sin saber, o, lo que es peor todavía, mienten descaradamente. Basta recordar algunas citas. Una de Marx: *El comunismo no priva al hombre de la libertad de apropiarse del fruto de su trabajo, lo único de lo que lo priva es de la libertad de esclavizar a otros por medio de tales apropiaciones.* Y otra de Engels: *El comunismo es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.*

Por si quedara alguna duda, Marx y Engels afirman, según nos dice Eduardo Durán-Cousin en *Comunismo: Principio y fin de un sueño*:

*Nosotros no somos de esos comunistas que destruyen la libertad personal y pretenden convertir al mundo en un inmenso cuartel o en una inmensa fábrica. Hay, indudablemente, comunistas que se las arreglan muy cómodamente negando y pretendiendo abolir la libertad personal, por entender que es incompatible con la armonía: a nosotros no se nos ha pasado jamás por las mentes comprar la igualdad con el sacrificio de la libertad. Tenemos la convicción... de que en ninguna sociedad puede la libertad de la persona ser mayor que en la basada sobre un régimen de comunidad.*

Marx estudia y denuncia la alienación a la que es sometido el ser humano en la sociedad capitalista, y en general a lo largo de la historia. Y no sólo eso, nos da las pautas para superarla. Al contrario de lo que afirman muchos “críticos” con el marxismo, Marx buscaba una sociedad más libre. Se podría discutir si la manera propuesta era la correcta o no, pero es indiscutible para todo aquel que se haya atrevido a leer los escritos demonizados de Marx y sus seguidores, que la razón de ser del marxismo es la búsqueda de una sociedad más libre, es decir, más justa. Muchos, por no decir la inmensa mayoría, de los críticos del marxismo no nos informan de que los marxistas reivindicaban otro tipo de democracia, no nos hablan de las críticas marxistas a la democracia burguesa. Para dichos críticos antimarxistas, marxismo, socialismo o comunismo es igual a dictadura, mientras que el capitalismo es democracia. Sólo hay una posible democracia: la burguesa.

A todo esto hay que añadir que el uso del ineficiente (en la guerra ideológica) concepto de la *dictadura* del proletariado le facilitó enormemente la tarea a los propagandistas capitalistas. La dictadura del proletariado, concepto a mi modo de ver erróneo y bastante inapropiado (¡bien que ha explotado este error la burguesía!), se usa de un modo descontextualizado y para justificar la visión de un Marx autoritario que busca un Estado totalitario. Pero cuando los burgueses hablan de la dictadura del proletariado se guardan muy mucho de decir que Marx usó esta expresión por contraposición a la dictadura burguesa disfrazada de democracia liberal. Bien que se guardan de decir que Marx reivindicaba sustituir el actual dominio burgués de la sociedad, del Estado, por la hegemonía proletaria, el actual dominio de unas minorías por el de la mayoría. Si domina la mayoría en vez de las minorías, ¿no es así más democrático el Estado? Bien que se olvidan de otras citas de Marx donde, inequívocamente, reivindica un Estado al servicio de la sociedad, en las antípodas del Estado totalitario estalinista: *La*

*libertad consiste en convertir al Estado de órgano superimpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella.* Si bien es cierto que en Marx existieron ciertas contradicciones, ambigüedades, imprecisiones, inconcreciones, “extrañamente”, cuando muchos “historiadores” burgueses hablan de Marx, esas contradicciones desaparecen como por arte de magia, siempre ellos se agarran a aquellas citas que pudieran ayudar para identificar *marxismo* con *estalinismo*. Asimismo, los anticomunistas más fanáticos acallan o reducen a la mínima expresión las críticas vertidas contra el estalinismo o sus gérmenes por reconocidos comunistas libertarios como Volin, Rudolf Rocker, Errico Malatesta, Emma Goldman o Alexander Berkman, entre otros muchos, o por reconocidos marxistas como Rosa Luxemburgo, Bertolt Brecht, Ernst Bloch, Isaac Deutscher, György Lukács o Ernest Mandel, entre otros muchos. O como Karl Kautsky, quien en su folleto *La dictadura del proletariado* critica la visión bolchevique de ésta, lo cual produjo una refutación de Lenin, *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*, acusando al alemán de traidor al marxismo por olvidar el carácter de clase de la democracia burguesa. O como Trotsky, quien discrepaba de Stalin por cuestiones mucho más profundas que las meras diferencias personales y previó mucho antes que mucha gente la posible caída de la Unión Soviética, la restauración capitalista.

No me resisto a incluir este pasaje de Ernest Mandel perteneciente a su *Introducción al marxismo*:

*El objetivo socialista que queremos alcanzar es la substitución de la sociedad burguesa basada en la lucha de todos contra todos por una sociedad comunitaria sin clases, en la cual la solidaridad social reemplace el deseo de enriquecimiento individual como móvil esencial de actividad, y en la cual la riqueza de la sociedad asegure el armonioso desarrollo de todos los individuos.*

*Lejos de querer «hacer iguales a todos los hombres», como pretenden los ignorantes adversarios del socialismo, los marxistas desean que sea posible, por primera vez en la historia humana, el desarrollo de toda la infinita gama de diferentes posibilidades de pensamiento y acción presentes en cada individuo. Pero comprenden que la igualdad económica y social, la emancipación del hombre de la necesidad de combatir por su pan de cada día, representa una condición previa para la conquista de esta verdadera realización de la personalidad humana en todos los individuos.*

*Una sociedad socialista exige, por tanto, una economía desarrollada hasta el punto de que la producción en función de las necesidades suceda a la producción por el beneficio. La humanidad socialista dejará de producir mercancías destinadas a ser intercambiadas por dinero en el mercado. Producirá valores de uso que se distribuirán a todos los miembros de la sociedad, con el fin de satisfacer a todas sus necesidades.*

*Una sociedad de este tipo liberará al hombre de las cadenas de la división social y económica del trabajo. Los marxistas rechazan la tesis según la cual algunos hombres «han nacido para mandar» y otros «han nacido para obedecer». Ningún hombre, por naturaleza, está predispuesto a ser minero toda su vida, ni fresador, ni conductor de tranvía. En cada hombre dormita el*

deseo de ejercer un determinado número de diferentes actividades: basta con observar a los trabajadores durante sus ocios para darse cuenta de ello. En la sociedad socialista, el alto nivel de cualificación técnica e intelectual de todo ciudadano le permitirá realizar durante su vida muchas tareas diferentes y útiles a la comunidad. La elección de la «profesión» dejará de ser impuesta a los hombres por fuerzas o condiciones materiales, independientes de su voluntad. Dependerá de su propia necesidad, de su propio desarrollo individual. El trabajo dejará de ser una actividad impuesta de la que se huye, para convertirse simplemente en la realización de la propia personalidad. **El hombre será finalmente libre en el sentido real de la palabra.** Una sociedad como ésa se esforzará por eliminar todas las fuentes de conflicto entre los hombres. Destinará a la lucha contra las enfermedades, a la formación del carácter del niño, a la educación y a las bellas artes los inmensos recursos que hoy se despilfarran en objetivos de destrucción y de represión. Eliminando todos los antagonismos económicos y sociales entre los hombres, eliminará también todas las causas de guerra o de conflictos violentos. **Únicamente el establecimiento en todo mundo de una sociedad socialista puede garantizar a la humanidad esta paz universal que se ha convertido en condición para la simple supervivencia de la especie en esta época de armas atómicas y termonucleares.**

El subrayado (o resaltado) es mío, como siempre. Se podrá discutir si ciertos métodos del marxismo son correctos o no, pero decir que el marxismo, o el socialismo en general, pretenden instaurar el totalitarismo más cruel habido y por haber es faltar a la verdad. ¡Es todo lo contrario! El faro hacia el que se dirige el socialismo es la libertad, la verdadera. Aquella que le permitirá al ser humano ser verdaderamente humano, completamente humano, que le permitirá liberarse de la animalidad, de la dura y continua supervivencia física. El socialismo es civilización, en su sentido más amplio y profundo. Con el socialismo, es decir con la democracia, la humanidad por fin alcanza la civilización, la humanidad por fin se hace plenamente humana. ¡Menos mal que uno ha podido contrastar con los escritos originales de Marx y de sus seguidores! ¡Qué importante es contrastar en primera persona! **Contrastar es la regla de oro en la búsqueda de la verdad.** Como dice Mario Salazar Valiente en *Marx y el estalinismo: atribuir a Marx la índole intrínseca del socialismo realmente existente es análogo a responsabilizar a Jesucristo de las acciones de la Santa Inquisición*. Se podrá achacar a Marx parte de la responsabilidad del surgimiento del estalinismo, que se nutrió en última instancia de los errores del marxismo, a través de los errores del leninismo, pero decir que las intenciones del marxismo eran desde el principio totalitarias es absolutamente falso. Se podrá discutir sobre si Marx y Engels cometieron o no tales errores, pero lo que se desprende en general de sus escritos es justo lo contrario de lo que fue el estalinismo, esto es indiscutible. Esto puede comprobarlo cualquiera accediendo directamente a los escritos marxistas. El marxismo buscaba, busca, la emancipación del proletariado y del conjunto de la humanidad. Esta emancipación es su razón de ser.

Igualmente, en su afán por identificar estalinismo con marxismo, el “socialismo real” con el comunismo, en su obsesión por enterrar definitivamente al comunismo, que realmente ni siquiera comenzó (como nos explica Claude Bitot en su magnífico e

imprescindible libro *El comunismo no ha empezado todavía*, uno de los análisis más serios que yo he podido leer del fracaso del socialismo en el pasado, así como de sus perspectivas de futuro, a pesar de que su autor caiga en cierto exceso de determinismo mecanicista, a pesar de que tienda a infravalorar los factores subjetivos), los propagandistas burgueses ocultan la opinión de muchos socialistas que decían en su día, que dicen ahora también, que el socialismo fracasó porque el capitalismo aún no estaba maduro, no había llegado todavía a su fase histórica de decadencia, no sólo en Rusia sino que incluso a nivel mundial. Esto podría explicar también por qué no tuvo éxito el intento de construir el socialismo, simplemente porque no había llegado aún su hora. Pero esta posible explicación, lógicamente, no interesa a quienes quieren vender la idea de que el capitalismo es eterno, el único sistema posible, el fin de la historia, de que el socialismo es irrealizable, de que nunca tendrá su hora.

Basta recordar algunas citas de los padres del marxismo que podrían explicar el fracaso del socialismo en el siglo XX. Como cuando Marx habla de la posibilidad de que el capitalismo sobreviva durante cierto tiempo a pesar de sus crecientes contradicciones porque aún no ha llegado su momento de extinción:

***Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen relaciones de producción nuevas y superiores antes de que hayan madurado, en el seno de la propia sociedad antigua, las condiciones materiales para su existencia. Por eso la humanidad se plantea siempre únicamente los problemas que puede resolver, pues un examen más detenido muestra siempre que el propio problema no surge sino cuando las condiciones materiales para resolverlo ya existen o, por lo menos, están en vías de formación.***

Como cuando explica las condiciones objetivas necesarias para que pueda surgir el comunismo:

***El desarrollo de las fuerzas productivas es la condición primordial e imprescindible del comunismo, pues la socialización de la miseria no podrá menos que resucitar los antiguos contrastes.***

O como cuando Engels advierte de la imposibilidad de superar una etapa que aún no ha llegado a su madurez:

*Lo peor que le puede llegar a suceder a un jefe de un partido extremo es verse obligado a tomar el poder en una época en que el movimiento no está maduro para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige la dominación de esta clase [...] Se encuentra colocado necesariamente ante un dilema insoluble: lo que puede hacer contradice toda su acción pasada, sus principios y los intereses inmediatos de su partido, lo que debe hacer es irrealizable.*

Según nos explica Isaac Deutscher:

*Tratar de imponer el control social sobre modos de producción que no sean intrínsecamente sociales es tan incongruente y anacrónico como mantener el*

*control privado o parcial de un proceso productivo que sea eminentemente social.*

Tal vez, el socialismo no podía aún prosperar a principios del siglo XX, especialmente en Rusia, donde el modo de producción capitalista, es decir, social, no era todavía el mayoritario. Todo esto es muy discutible y fue objeto de profundos y acalorados debates en el seno del propio marxismo en su época. La clave residía en saber si el capitalismo había llegado ya a un grado suficiente de madurez o no, analizado a nivel mundial. Para los bolcheviques, en 1917 sí había llegado a dicho grado de madurez en el mundo, aunque no en Rusia. Ellos esperaban que la revolución rusa fuese simplemente el preámbulo de la revolución socialista mundial, que debía surgir sobre todo en los países capitalistas más avanzados para prosperar globalmente. Parece evidente que si el capitalismo no llega a cierto grado de madurez entonces puede todavía sobrevivir por algún tiempo, entonces el terreno no está todavía suficientemente abonado para el socialismo, no tanto quizás en cuanto a la posibilidad de desarrollar la economía socialista, sino sobre todo en cuanto a la posibilidad de la revolución proletaria mundial disparada por los conflictos sociales. El capitalismo de finales del siglo XIX y principios del XX aún tenía mucho camino por delante, pero su carácter altamente agresivo provocó la rebelión proletaria. No cabe duda de que el capitalismo aprendió a autocontenerse para evitar el peligro comunista, pero tampoco cabe duda de que el capitalismo no puede resolver sus profundas contradicciones, simplemente porque son irresolubles, sólo puede suavizarlas o posponer la gran crisis final. A principios del siglo XXI, en realidad desde hace ya ciertas décadas, el capitalismo muestra claros síntomas de decadencia: crisis cada vez más intensas y frecuentes, crecimiento económico cada vez menor y cada vez más artificial, basado en burbujas especulativas y en el endeudamiento masivo de la población y de los Estados, progresiva pauperización de las clases populares, desempleo crónico y creciente, resurgimiento de las desigualdades sociales, aumento de la explotación, retroceso del Estado de bienestar y de los derechos sociales, agudización del problema ecológico, etc. Como dice Claude Bitot muy elocuentemente: *Entonces las agujas se pondrán completamente en hora. Los hechos mostrarán por sí mismos que la "sociedad de consumo", el "capitalismo con rostro humano" y otros vanos fetiches reformistas no eran más que un paréntesis en la vida del capital, transformándolos éste, en su evolución última, en mitos descoloridos.* La tendencia global del capitalismo es volver a sus inicios (el capitalismo en su forma moderna realmente surgió hace un par de siglos), es decir, el capitalismo se muestra cada vez más agresivo a medida que llega a su ciclo histórico final. Poco a poco, en pleno siglo XXI, nos vamos retrotrayendo al siglo XIX, por lo que respecta a las cuestiones sociales. En estas condiciones, a pesar de experiencias fracasadas de "socialismo", a pesar de la brutal tergiversación del marxismo, no es muy difícil prever un resurgimiento de las ideas socialistas y marxistas, pero dicho renacer no debe obviar las experiencias prácticas existentes desde su nacimiento original. El socialismo científico debe ser enriquecido por las experiencias prácticas acontecidas para seguir siendo científico. El socialismo sólo podrá llevarse a la práctica mientras sea científico. La falta de perspectivas de la economía capitalista mundial salta cada vez más a la vista. Pero tampoco podemos descartar que estemos en un ciclo, nadie sabe realmente si ya estamos en el callejón sin salida al que parece conducimos irremediablemente el

sistema capitalista. Aparentemente, parece que nos acercamos a él. Indudablemente, a medida que pasa el tiempo nos aproximamos más a él.

Podemos tener dudas en cuanto a si el capitalismo estaba ya suficientemente maduro en el mundo en la época de Lenin, pero parece lógico pensar que a medida que pasa el tiempo el capitalismo madura, es decir, se acerca a su fase agónica. Si en la época actual el capitalismo ya está suficientemente maduro, sin embargo, no se ve por ningún lado la posible revolución socialista, por lo menos en el primer mundo, es decir, allá donde el capitalismo, precisamente, está más avanzado. Es más, si el socialismo es un resultado casi inevitable, por lo menos su planteamiento, del desarrollo histórico objetivo del capitalismo, esto significaría que a medida que pasa el tiempo la revolución socialista debería ir entrando en agenda. Sin embargo, no parece que esto esté ocurriendo, más bien parece que esté ocurriendo justo lo contrario. La única explicación posible ante tal misterio es que el socialismo, cualquier revolución social, también necesita de los factores subjetivos. Si al desarrollo objetivo del capitalismo, con sus contradicciones crecientes, no le acompaña la concienciación y la organización del proletariado, el socialismo no deja de ser utópico, el socialismo no llama a las puertas del destino. A pesar de que en el momento de escribir este libro el mundo, especialmente la metrópoli capitalista, sufre una de las crisis económicas más profundas que se recuerda en las últimas décadas, comparable con el famoso crack de 1929, el hecho de que no haya perspectivas ideológicas, por la inercia del fracaso del "socialismo real" así como por el permanente adoctrinamiento capitalista de las masas, hace que el capitalismo no sienta, al menos por ahora, y ya llevamos varios años de crisis, un serio peligro de ser atacado, si exceptuamos ciertas amenazas puntuales en el patio trasero del imperio yanqui. Sin embargo, en el momento de escribir estas líneas, parece que, por fin, empieza a cuestionarse la democracia capitalista a gran escala incluso en Europa, sin bien no en nombre del socialismo, palabra que aún sigue siendo non grata para la mayor parte de la opinión pública. Tal vez aún le quede bastante mecha al capitalismo para estallar, o tal vez no. Tal vez la hora del socialismo se acerque por fin, pero una cosa está clara: el capitalismo no caerá por sí solo, y si lo hace puede arrastrar a toda la humanidad con él, la burguesía no renunciará a su poder, habrá que despojarla de él.

**El socialismo sólo podrá surgir y prosperar si se dan simultáneamente suficientes condiciones objetivas y subjetivas.** Sin condiciones objetivas suficientes, no surgirán las también necesarias condiciones subjetivas. Éstas están supeditadas a las primeras. Pero las primeras no garantizan automáticamente las segundas. Tan erróneo es caer en el voluntarismo (el cual equivale a sobreestimar lo subjetivo) como caer en el determinismo absoluto (el cual equivale a subestimar lo subjetivo). Lo objetivo condiciona lo subjetivo, pero no lo determina por completo, mecánicamente. Incluso lo subjetivo influye en lo objetivo. Nunca debemos perder de vista la *dialéctica* materialista. Lo objetivo es la *base* pero no el *todo*. Tal vez aún no haya una situación objetiva suficiente para despertar a las masas, lo cual también podría explicar ese misterio del que hablábamos. Pero, sin duda, una situación objetiva revolucionaria no conduce necesariamente a la revolución. Creer esto es caer en un determinismo fuerte, es caer en un materialismo metafísico, es despreciar las lecciones prácticas de la historia, es imposibilitar la revolución pues se prescinde de la voluntad humana, uno de sus ingredientes críticos. Tampoco puede perderse de vista

la importancia del *método* empleado para construir el socialismo. Las contradicciones del capitalismo conducen a su cuestionamiento, pero no necesariamente a su liquidación. Actualmente el capitalismo está siendo cada vez más cuestionado, sin embargo, a falta de sistemas alternativos en el horizonte, a falta de salidas ideológicas, dicho cuestionamiento no se traduce en hechos. Al menos, por ahora.

Como vemos, en cualquier caso, al margen del debate sobre cuándo el capitalismo puede dar lugar objetivamente al socialismo, deberemos tener clara la teoría revolucionaria para hacer la revolución, deberemos “trabajar” los factores subjetivos. En el análisis del fracaso del intento socialista en el siglo XX deben considerarse también los factores ideológicos y estratégicos que influyeron en él, es decir, los factores subjetivos, y no sólo los objetivos. No podemos pensar que el socialismo simplemente fracasó porque aún no había llegado su hora. El día que llegue su hora, aun admitiendo que todavía no haya llegado, habrá también que actuar de la manera acertada, y para ello debemos analizar si en el pasado así se hizo o no. **El análisis de los errores ideológicos, estratégicos y tácticos de la izquierda es ineludible. Si no aprendemos de los errores cometidos en el pasado, los nuevos intentos de implementar el socialismo volverán a fracasar. El fin del capitalismo no implica necesariamente el inicio del socialismo.** La humanidad puede entrar en un reino de barbarie si nadie lo remedia. El futuro de la humanidad parece ser: civilización o barbarie, socialismo o capitalismo. Incluso tampoco podemos descartar la posibilidad de la autoextinción. El destino no está escrito. El motor de la historia no tiene piloto automático. La historia tiene sus leyes y sus tendencias, pero la historia la hace en última instancia el ser humano, no el individual sino el social, no a su absoluto antojo, pues está fuertemente condicionado, pero la hace al fin y al cabo. Dichas leyes y tendencias, indudablemente, existen, pero no son rígidas ni absolutas. El ser humano no es una máquina perfectamente previsible. El factor sorpresa está limitado pero tampoco es nulo. El libre albedrío no es infinito, ni ilimitado. ¡Pero existe! El determinismo estipulado por el marxismo no es fatalismo. El marxismo le posibilita a la humanidad tomar el control de su propio destino, pero no se lo garantiza. Sienta las bases para que así sea, pero dichas bases deben ser todavía desarrolladas. El socialismo científico no ha hecho más que comenzar. Como toda ciencia, debe ser despojada de errores, debe ser completada y adaptada a las circunstancias presentes, debe evolucionar en el tiempo. Todo ello de acuerdo con las experiencias prácticas. Ésta es la esencia del método científico. Pero, y esto nunca hay que perderlo de vista, el socialismo científico, como cualquier ciencia humana, no es una ciencia exacta. Sin embargo, como toda ciencia, su exactitud puede mejorar. Precisamente cuanto más inexacta es una ciencia más margen tiene aún de mejora. Las ciencias humanas, muy retrasadas con respecto a otras ciencias, tienen mucho camino por delante. ¡Recorrámoslo!

La burguesía se aprovecha de los errores del marxismo para desvirtuarlo por completo y enterrarlo definitivamente. Nosotros, desde la izquierda transformadora, que no renuncia a la emancipación de la sociedad humana, lejos de negar sus errores, los proclamamos bien en alto y los intentamos corregir para, justo al contrario, intentar que el marxismo resurja como el ave fénix. Pero manteniéndonos fieles al espíritu y al método marxistas. A su razón de ser porque seguimos reivindicando una sociedad verdaderamente humana, que merezca el calificativo de civilizada. Y a su método, el

materialismo dialéctico, el método científico, porque a pesar de ciertos errores cometidos al aplicarlo, ha demostrado ser en líneas generales correcto. Estos mismos espíritu y método nos permiten intentar corregir los propios errores del marxismo. Con ese espíritu y ese método nació el marxismo, y sólo con ellos podrá resurgir y prosperar. El más importante legado de Marx (y de Engels) es sin lugar a dudas su espíritu y su método.

El marxismo, a pesar del empeño de la burguesía por enterrarlo definitivamente, por convertirlo en un mal recuerdo, en una pesadilla del pasado, sigue muy vigente. Mientras exista el capitalismo existirá el marxismo, sea cual sea su forma, sea cual sea su denominación. Mientras haya explotación habrá marxismo, pues éste busca exterminar aquella. Pero no sólo esto, la concepción marxista del mundo es un hito en el camino de la conquista de la Razón por parte de la humanidad. La burguesía sólo puede retrasar la adopción plena de la nueva concepción del mundo que trajo el marxismo. Pero así como la Iglesia no pudo impedir la nueva concepción heliocéntrica del Universo, la burguesía, tarde o pronto, no podrá evitar, o mejor dicho, le costará mucho, cada vez más, que las grandes aportaciones del marxismo sean adoptadas por el conjunto de la humanidad. La nueva concepción humanista de la sociedad humana, pues el marxismo reubica al ser humano en el centro de gravedad de su sociedad, acabará imponiéndose (si la humanidad sigue existiendo como tal), porque la verdad tarde o pronto se abre camino. Aunque no por sí sola, sino porque ciertas personas luchan por que así sea. La mentira requiere mucha labor de propaganda, la verdad mucha menos. La mentira intenta contener a la verdad, eludiendo el enfrentamiento con ella, pero en cuanto la verdad puede enfrentarse un poco con la mentira, incluso partiendo de una posición poco ventajosa, rápidamente la vence.

De hecho, muchas de las aportaciones del marxismo ya han sido asimiladas por el conjunto de la sociedad. El esqueleto ideológico del marxismo ha sido adoptado por la mayor parte de la gente, aunque ella no lo sepa. Aunque se piense que considerar las causas económicas de los acontecimientos históricos no tenga nada que ver con el marxismo. ¡Todo lo contrario! Antes del marxismo casi no existían las causas económicas. Ahora, cuando los gobiernos actúan como actúan, a pesar de los discursos, a pesar de que intenten convencernos de que lo hacen por el “interés general”, ya casi nadie tiene dudas de que en verdad lo hacen por los intereses *económicos* de los políticos y de los capitalistas que son sus amos, en beneficio de unas *clases* y en perjuicio de otras. *Causas económicas, lucha de clases, simbiosis, efecto mariposa, efecto dominó*, tienen que ver con o son, la esencia del marxismo, su legado más importante: el materialismo dialéctico. El vocabulario popular está repleto de términos marxistas. Lejos de lo proclamado oficialmente, la sociedad actual está impregnada de marxismo por todos sus poros. Ni la más fanática e insistente campaña antimarxista ha podido impedir que incluso quienes la protagonizan hayan sido notablemente influidos por el marxismo.

El filósofo norteamericano John Dewey, uno de los máximos exponentes de la corriente pragmática de los años 30 del siglo XX, a pesar de mostrarse distante respecto del marxismo, fue muy influido por éste. Sus escritos están plasmados de materialismo dialéctico. Cuando afirma, por ejemplo, que *los ideales, incluido el de una individualidad nueva y efectiva, se tienen que fraguar poco a poco a partir de las posibilidades que ofrecen una serie de condiciones existentes*, cuando dice que la



*estructura mental y moral de los individuos, así como los modelos de sus deseos e intenciones, cambian junto con los grandes cambios en la estructura social, cuando da enorme importancia a las condiciones sociales en que se desarrolla el ejercicio mismo de la individualidad, esto es, a las bases materiales de la vida social necesarias para que dicha propuesta de un nuevo tipo de individualismo pueda llegar a florecer, cuando reivindica el individuo social y critica la concepción clásica liberal del individuo abstracto aislado de la sociedad afirmando que sólo formando parte de una inteligencia común y participando en un mismo proyecto orientado al bien común, pueden los seres humanos realizar sus verdaderas individualidades y llegar a ser verdaderamente libres, cuando se empeña en combatir las desigualdades sociales, cuando reivindica otro tipo de democracia más participativa, es muy difícil no reconocer la larga sombra de Marx.*

El problema es que Dewey, como tantos filósofos liberales honestos, que también los hay y los hubo, no atacó a la raíz de los problemas que ellos mismos detectaron cuando vieron que muchos de los principios en los que se fundó la democracia liberal iban poco a poco siendo tergiversados: la economía, el modo de producción. Si bien llega a afirmar que *la democracia, contemplada como una idea, no es una alternativa a otros principios de la vida asociada. Es la idea misma de vida comunitaria. [...] Para que se realice, debe afectar a todos los modos de asociación humana, a la familia, a la escuela, a la industria, a la religión. Incluso en lo que se refiere a los medios políticos, las instituciones gubernamentales no son sino un mecanismo para proporcionar a una idea canales de actuación efectiva*, Dewey se centra en la práctica sólo en la educación, no llega a concretar cómo debe implementarse la democracia por ejemplo en la industria, cómo es posible hacerlo si se mantiene la propiedad privada de los medios de producción. Se olvida de que si el núcleo de la sociedad, como es la economía, funciona de forma totalitaria, la democracia acaba por desvirtuarse por completo en toda la sociedad. De hecho, los postulados de Dewey, por muy bienintencionados que fueran, no sirvieron de nada. Como los hechos han demostrado sobradamente, la democracia ha ido degenerando irremisiblemente. La educación (teórica, en las escuelas, en las academias, en las universidades), no cabe duda, es un factor primordial, pero no el único, ni siquiera el crítico. Esas *condiciones existentes* de las que hablaba Dewey incluyen a la educación, esto es obvio, pero también a la economía y a la política. El ciudadano debe desarrollar su moralidad democrática, no sólo aprendiéndola en las escuelas, sino que sobre todo practicándola en el día a día. Si dicho ciudadano se pasa la mayor parte de su tiempo en el trabajo, donde es sometido a la más férrea dictadura, dicho aprendizaje teórico se queda en papel mojado y se olvida. El espíritu democrático se aprende en la teoría pero también, sobre todo, en la práctica. La democracia debe desarrollarse dialécticamente considerando todos los factores que influyen en ella: políticos, económicos, ideológicos, etc. Sin perder de vista que las causas últimas son las materiales. No basta con jugar sólo con algunos de dichos factores. Y, por supuesto, descuidar el factor económico, el principal, es garantizar el fracaso del proceso democratizador. Mientras no se ataquen las causas profundas de las desigualdades sociales, éstas no desaparecerán, resurgirán tarde o pronto. Mientras los grandes medios de producción pertenezcan a unas pocas personas, no será posible una sociedad más libre y justa.

Dewey propugnó un nuevo tipo de liberalismo, a mitad de camino entre el capitalismo y el socialismo, abogaba por una mayor intervención del Estado, pero sin defender la propiedad pública de los medios de producción. En suma, defendía la socialdemocracia, la posibilidad de un capitalismo regulado, con rostro más humano. Dewey, a pesar de ser en gran parte influenciado por el marxismo, a pesar de compartir alguno de sus objetivos más básicos, no pudo aplicar hasta las últimas consecuencias el materialismo dialéctico, siguió impregnado de cierto idealismo filosófico. Pero, de lo que no cabe duda, es que muchos filósofos, incluso que se declaran antimarxistas, fueron influidos, en muchos casos de manera nada despreciable, por el marxismo. Esto demuestra la veracidad de muchos postulados marxistas, de sus principales, especialmente el materialismo dialéctico. El problema es que muchos intelectuales burgueses no se atrevieron, consciente o inconscientemente, a aplicar dicho método marxista hasta las últimas consecuencias, no fueron suficientemente coherentes con ellos mismos. Marx sí lo fue. A pesar de que también cometió ciertos errores, a pesar de que no pudo evitar ciertas contradicciones, en líneas generales fue coherente consigo mismo, tanto en el campo de la teoría como en el de la praxis. De aquí proviene su verdadera fuerza.

Los logros del marxismo se ocultan a la opinión pública para evitar que se lleve hasta sus últimas consecuencias sus postulados: el control de la humanidad de su propio destino. Quien realmente sí tiene muy en cuenta al marxismo son las clases dirigentes, por mucho que en su discurso oficial le nieguen toda veracidad. Ellas sí practican constantemente la lucha de clases, ellas sí saben que lo que mueve la historia son los intereses económicos, ellas sí usan la dialéctica para que la economía controle a la política y viceversa. Realmente algunos de los verdaderos marxistas practicantes son las clases dominantes. Y lo son porque si desean seguir controlando la sociedad a su antojo necesitan primeramente comprenderla y el marxismo es la mejor teoría hasta la fecha para entenderla. Como con cualquier otra ciencia, el conocimiento puede usarse de una u otra manera. La burguesía está usando algunos de los principales postulados marxistas para seguir controlando la sociedad, pero debe negar ante la opinión pública al marxismo porque éste también abogaba por que el proletariado sustituyera a la burguesía, por que el socialismo tomara el relevo del capitalismo. La burguesía niega la lucha de clases pero al mismo tiempo la practica intensiva y constantemente. Niega la dialéctica pero gracias a ella su control social se hace más sofisticado y eficaz. Niega la posibilidad de la dictadura del proletariado pero ella practica su dictadura burguesa disfrazada de democracia. Niega la posibilidad de controlar el devenir de la historia pero ella la practica día a día. La concienciación de la sociedad ahora no es tan difícil. Pero ahora tenemos otras dificultades. El desprestigio de las palabras *marxismo*, *anarquismo*, *socialismo* o *comunismo*. La tergiversación de la historia. ¡Y los errores cometidos por la izquierda! Pero aún contamos, desde la izquierda, con la palabra “mágica” *democracia*. En torno a ella podemos volver a concienciar y a luchar. Debemos imperativamente distanciarnos de los errores del pasado, pero primero debemos reconocerlos abiertamente para evitar volver a cometerlos.

Según la concepción dialéctica de la sociedad humana, nada es *totalmente* inevitable, nada ocurre de manera *absolutamente* certera. El marxismo nos dijo en líneas generales que en el capitalismo estaba la semilla de su propia destrucción, que *potencialmente* el capitalismo podría dar lugar a otro sistema, el socialismo, que la

sociedad tenía la *tendencia* de encaminarse hacia el comunismo. Pero no necesariamente que lo alcanzaría de manera certera. Cuando Marx dice que la lucha de clases es el motor de la historia, no dice que el resultado de esa lucha vaya a ser uno u otro, simplemente dice que existen contradicciones y por tanto tendencias opuestas. Él dijo, en todo caso, que la sociedad se encaminaba hacia el comunismo o hacia la barbarie, que el capitalismo o degeneraba o era superado por otro sistema. El comunismo no vendrá inevitablemente. Lo que es inevitable, al menos por ahora, en una sociedad contradictoria como la actual, es la lucha de clases. Esta idea ha sido *plenamente* confirmada por los hechos históricos. En el momento de escribir este libro, la lucha de clases ha vuelto a resurgir, en verdad siempre ha estado allí de fondo, pero con las crisis ya no puede pasar desapercibida, incluso se agudiza. Esto no significa, ni mucho menos, que dicha lucha vaya a producirse de tal o cual manera, ni que el resultado final sea uno solo posible. Si el proletariado no reacciona ante el acoso actual del capital, la sociedad se encaminará hacia la barbarie. Por el contrario, si el proletariado resiste y pasa a la iniciativa, la sociedad puede encaminarse a superar el capitalismo, y superar el capitalismo significa construir una sociedad basada en principios distintos al capitalismo, es decir, consiste, en primer lugar, en sustituir la propiedad *privada* de los medios de producción por la propiedad *social*. En primer lugar pero no en último lugar.

El marxismo no es fatalista, por lo menos no pretendió serlo (si bien es cierto que Marx y Engels se equivocaron en ciertos momentos al caer en un exceso de materialismo, como ellos mismos reconocieron, pero en líneas generales defendían el materialismo dialéctico, y no metafísico; bien es cierto que también cayeron en algunos momentos en un exceso de determinismo, contradiciéndose a sí mismos, aunque esto no lo hayan reconocido, pero en otros momentos dejaron bien claro que la historia la hacen los seres humanos). Que Marx y Engels hayan cometido ciertos errores (reconocidos o no por ellos mismos) no significa que no hayan dado con la verdad, a grandes rasgos. Que se hayan contradicho en ciertos momentos, no significa que no hayan aportado nada al conocimiento de la sociedad humana. Tan es así que Marx y Engels no eran fatalistas que se movilaron todo lo posible por construir *explícitamente* cierto futuro, tanto en el campo de la teoría como en el de la praxis. Ellos sabían que el socialismo no caería del cielo, no era algo inevitable. Lo que dijeron es que el capitalismo tenía una *tendencia* general, que había que conocer y aprovechar para acelerarla, para asegurar el surgimiento del socialismo *potencial* que existía dentro del capitalismo. Esa tendencia general descrita por el marxismo se nos va viendo confirmada con el tiempo, con *suficiente* tiempo. Que la burguesía haya retrasado el posible y probable (pero no seguro, nada es seguro en la historia humana) resultado final del sistema capitalista, no significa que ese momento no pueda o no vaya a llegar. De hecho, la burguesía actúa explícitamente, de manera muy activa, cuando el colapso amenaza: por ejemplo, como ha ocurrido en la presente crisis financiera, contradiciendo uno de sus dogmas básicos de no intervención en el mercado. El rescate de la banca ha sido el más grande de la historia. El capitalismo se nos va poco a poco quitando el disfraz: se basa en la apropiación *privada* de los beneficios y en la *socialización* de las pérdidas. La sociedad mantiene a los capitalistas. Trabajando para ellos, es decir, cediéndoles la riqueza generada socialmente. Y rescatándolos cuando se cargan la economía. Ellos son “responsables” para cobrar pero no para pagar. Si el sistema funciona es gracias a ellos, pero si falla es culpa de todos. La burguesía, que nos dice

que el capitalismo es el único sistema posible, que es eterno, contradiciéndose a sí misma, poniéndose en evidencia, lo rescata, lo sostiene continuamente. Impide que cualquier otro sistema le haga la competencia, tanto en el campo de la teoría como en el de la práctica. Se nos proclamaba cuando cayó el muro de Berlín el fin de la historia, el triunfo definitivo del capitalismo, pero éste se empeña en contrariar a sus apóstoles. Por tanto, si la burguesía lucha tenazmente para evitar el colapso del capitalismo que tanto le beneficia económicamente, el proletariado, las clases trabajadoras, deben, por su parte, luchar para superar el capitalismo, que tanto les perjudica, a pesar de ciertas concesiones o migajas que los capitalistas les proporcionen para evitar la revolución social. A largo plazo (cada vez menos largo) el capitalismo condena al proletariado a la miseria, a la inseguridad, a la intranquilidad, a la alienación. Condena incluso a la humanidad a su posible autodestrucción, física y mental (remito al libro [Las falacias del capitalismo](#)).

Al marxismo se le ha acusado de anticientífico, de ser una ciencia no neutral, etc. Pero, a pesar de todo, ha resistido las principales críticas. Es un ejercicio intelectual interesante conocer esas críticas y las réplicas. Quienes le acusan de no ser científico, no son capaces ellos mismos de explicar de manera más convincente la realidad observada, demuestran que sus postulados liberales concuerdan menos con lo observado que el marxismo. Quienes le acusan de ser una ciencia no neutral, porque según ellos la ciencia se debe limitar a interpretar el mundo y no a transformarlo, o porque la ideología es algo independiente de la ciencia, se “olvidan” de que el liberalismo, esa otra presunta ciencia económica oficial que nos rige en la actualidad, y desde hace ya cierto tiempo, no hace más que intervenir en la realidad de acuerdo con sus principales postulados, que “casualmente” siempre benefician a las clases privilegiadas de nuestra sociedad capitalista actual, se “olvidan” de que en toda ciencia los conocimientos adquiridos se usan para alterar la realidad, para mejorar nuestra existencia. La ingeniería no es más que el uso práctico de los conocimientos científicos (aunque a su vez realimenta a la ciencia; la ingeniería y la ciencia, es decir, la práctica y la teoría, se realimentan mutuamente; ¡esa omnipresente dialéctica!). Si hemos usado la ciencia para tener luz artificial, para poder desplazarnos más rápido, para combatir el frío, para tener una vida física más cómoda, ¿por qué no usar los conocimientos de la ciencia social, en la que el marxismo ha aportado mucho, para mejorar nuestra existencia social? ¿No es precisamente más importante usar nuestros conocimientos sobre nuestra sociedad para lograr que todos vivamos en condiciones más dignas, para, incluso, asegurar nuestra supervivencia como especie?

Como decía Engels:

*Las fuerzas activas en la sociedad obran exactamente igual que las fuerzas de la naturaleza —ciega, violenta, destructoramente—, mientras no las descubrimos ni contamos con ellas. Pero cuando las hemos descubierto, cuando hemos comprendido su actividad, su tendencia, sus efectos, depende ya sólo de nosotros el someterlas progresivamente a nuestra voluntad y alcanzar por su medio nuestros fines. Esto vale muy especialmente de las actuales gigantescas fuerzas productivas. Mientras nos neguemos tenazmente a entender su naturaleza y su carácter —y el modo de producción capitalista y sus defensores se niegan enérgicamente a esa comprensión—, esas fuerzas tendrán sus efectos a pesar de nosotros, contra nosotros, y nos dominarán tal*

*como detalladamente hemos expuesto. Pero una vez comprendidas en su naturaleza, pueden dejar de ser las demoníacas dueñas que son y convertirse, en manos de unos productores asociados, en eficaces servidores. Esta es la diferencia entre el poder destructor de la electricidad en el rayo de la tormenta y la electricidad dominada del telégrafo y del arco voltaico; la diferencia entre el incendio y el fuego que actúa al servicio del hombre. Con este tratamiento de las actuales fuerzas productivas según su naturaleza finalmente descubierta, aparece en el lugar de la anarquía social de la producción una regulación socialmente planeada de la misma según las necesidades de la colectividad y de cada individuo; con ello el modo capitalista de apropiación, en el cual el producto esclaviza primero al productor y luego al mismo que se lo apropia, se sustituye por el modo de apropiación de los productos fundado en la naturaleza misma de los modernos medios de producción: por una parte, una apropiación directamente social como medio para el sostenimiento y la aplicación de la producción; por otra parte, apropiación directamente individual como medios de vida y disfrute.*

Marx y Engels, así como muchos de sus discípulos, no sólo se contentaron con postular el materialismo dialéctico, lo demostraron analizando la realidad observada, contrastando con ella. El marxismo, en líneas generales, en mi opinión, es correcto, supuso un enorme paso adelante para comprender mejor la sociedad humana y para intentar mejorarla, un hito en el camino de la conquista de la Razón por parte de la especie humana, pero no está exento de errores, ambigüedades e imprecisiones. Flaco favor le hacemos, nos hacemos, si no intentamos extirparlos. Una de las causas del estado actual de la izquierda es la desorientación ideológica, y ésta ocurre porque hasta ahora no ha habido intentos serios de reconstruir la teoría revolucionaria. Cuando ésta estaba viva, entre otros motivos, fue posible intentar la revolución socialista. Ahora que está prácticamente muerta, y así lo está porque dicha teoría se ha convertido en dogma, porque no se aplica el método científico, gracias al cual se gestó, además de porque la burguesía se empeña por su propio interés en que se olvide para siempre (por lo menos por parte de aquellas clases populares que pueden usarla para emanciparse), es cuando la praxis revolucionaria es casi utópica, cuando no errática. Bien es cierto que la teoría marxista ha ido evolucionando en ciertos aspectos importantes (sobre todo en cuanto a la teoría económica y a la filosofía), pero no en aquellos más relacionados con la praxis revolucionaria, con la *transición* del capitalismo al socialismo, con la conquista del poder político. En los últimos tiempos el marxismo se ha distanciado de la *práctica* política, es decir, de su razón de ser, pues la sociedad sólo podrá transformarse mediante la *acción* política. No por casualidad afirmaron Marx y Engels que su doctrina era una guía para la *acción*. El marxismo a fines del siglo XX y principios del siglo XXI se recluyó en los círculos intelectuales, en las universidades, para distanciarse del proletariado, de las fábricas, de las empresas, de la realidad social. Se ha convertido en objeto de filósofos y economistas, y no de políticos, sindicalistas u obreros.

**Una de las principales causas de la degeneración del marxismo es su alejamiento de la praxis.** Dicha degeneración se hace evidente leyendo los escritos de muchos supuestos filósofos marxistas. Escritos que recuerdan a la pintura contemporánea, es decir, complejidad en las formas conviviendo con simpleza en el

fondo, con falta de contenido, mucho ruido y pocas nueces. Lo que le ha pasado en gran parte al marxismo es algo que le ocurre a toda la ideología y la cultura que surgen en el capitalismo de los últimos tiempos: el marxismo no se ha librado de la influencia de la decadencia ideológica del capitalismo, sustentada en su decadencia material. No puede compararse la claridad de ideas, al mismo tiempo que su profundidad, de los escritores clásicos del marxismo, con la pedantería de muchos académicos actuales que no pueden disimular su podredumbre intelectual, por mucho que camuflen su falta de ideas con palabras rimbombantes o altisonantes. Probablemente, ni ellos mismos comprenden lo que dicen, si es que pretenden decir algo. Es mucho más fácil comprender a Marx o a Engels, que aportaron mucho, que a muchos de sus supuestos seguidores y continuadores, que no han aportado prácticamente nada. Los padres del marxismo se expresaban de manera sencilla, sus escritos, en general, eran amenos. No podemos decir lo mismo de muchas plumas que se dedican en sus feudos universitarios a no aportar nada al marxismo, más que confusión y pedantería. Los escritos que salen de estas plumas son, francamente, insoportables. Hablan mucho para no decir nada, desde luego nada nuevo, y aburren solemnemente. Y, por supuesto, su lenguaje es ininteligible para el proletariado, incluso para los mismos intelectuales. Esto es una consecuencia lógica del alejamiento del marxismo de su lugar natural. Con estos nuevos “filósofos marxistas”, aislados de la realidad, la filosofía vuelve a sus peores vicios. A uno le viene a la mente aquello que decía Engels de que lo que no se sabe expresar es que no se sabe, cuando lee a muchos de esos escritores que no son capaces de expresarse de manera clara, tal vez porque realmente no tengan las ideas claras, esos escritores que parapetan su incapacidad intelectual con un lenguaje premeditadamente sofisticado con la esperanza así de no ser criticados, por no ser comprendidos, con incluso la esperanza de ser “adorados” por su “erudición” inaccesible al común de los mortales. Yo me pregunto cómo es posible que el mundo vaya tan mal con tantos “sabios” que pululan por los centros del saber de nuestro tiempo. Vivimos la época con más personas formadas de la historia y, sin embargo, no parece que esto impida que se vaya asentando la barbarie a la que nos encaminamos. ¡Qué lejos están esos “sabios” de Marx o de Engels! Tanto por lo que decían éstos, como por cómo lo decían y como sobre todo por lo que hacían. ¡Un abismo les separa! No es de extrañar que Marx y Engels hayan sido objeto de culto, incluso a su pesar. ¡Qué pocas veces se han conjugado la aptitud con la actitud! ¡Qué pocas veces se ha predicado con el ejemplo!

El marxismo, en líneas generales, ha perdido el Norte. Y lo ha perdido porque el marxismo, como filosofía de la praxis, necesita imperativamente nutrirse de la realidad social, y ésta no está en las universidades, por lo menos no *sólo* en ellas, está sobre todo en el modo de producción, en la economía, en las fábricas, en las empresas, en la calle. Esto no significa que el intelectual no tenga nada que decir o aportar, pero para hacerlo, para aportar algo útil, es decir, conocimiento y orientación sustentada en él, debe estudiar la realidad concreta, debe “ensuciarse” en el fango, debe entrar en contacto con el mundo del trabajo (pues éste es el centro de gravedad de la sociedad), como así hicieron los padres del marxismo. La universidad está en muchos aspectos alejada del mundo real. Bien lo sabe esto cualquier estudiante que tras largos años de aprendizaje en ella casi tiene que volver a empezar en la escuela de la vida. Y este alejamiento se nota mucho en los escritos de muchos catedráticos “marxistas”. No quiero decir con esto que el marxismo no deba estar y evolucionar también en el

mundo académico e intelectual, pero no debe estar o evolucionar *sólo* allí. Es más, nunca debe hacerlo sin estar en permanente e íntimo contacto con la realidad. Un marxismo recluido en los libros o en las cátedras no es marxismo. El marxismo se nutre del contacto directo con los obreros, con el proletariado. Cuando pierde dicho contacto se apolilla, se niega a sí mismo. Deja de ser materialista, se vuelve en cierto modo idealista, en el sentido filosófico de la palabra, pues las ideas se desconectan de la realidad material. El marxismo sólo puede seguir vivo si sigue en contacto con la vida. El marxismo sólo puede ser marxismo, sólo puede seguir siendo marxismo, sólo puede evolucionar, si practica el materialismo dialéctico, el cual es su piedra angular. ¿Y qué nos dice el materialismo dialéctico? Que en lo material está la *base* de todo, pero que lo material también es influido por lo inmaterial. Las ideas deben nutrirse fundamentalmente de las condiciones materiales de existencia, aunque las primeras también nutren a las segundas. Cuando las ideas pierden de vista la realidad dejan de ser conocimiento para convertirse en otra cosa, caemos en el idealismo, en puras elucubraciones de la mente humana. El marxismo busca, por encima de todo, *transformar* la realidad social. Y ésta no puede cambiarse sólo desde las cátedras o los despachos. Para transformar la realidad es ineludible estar en contacto con ella. El “marxismo de cátedra” ha perdido de vista la realidad porque no se preocupa de transformarla. Traiciona la principal razón de ser del propio marxismo.

El marxismo es la base de la ciencia revolucionaria al servicio del conjunto de la sociedad, de las clases populares, del proletariado. Mientras esté alejado de su “público”, de su “hábitat” natural, el marxismo sólo será una corriente filosófica, en el peor sentido de la palabra, formará parte de esa filosofía anterior a Marx, no será una guía para la acción, su filosofía estará presa de aquello que denunciaba Marx cuando decía que los filósofos se habían conformado con comprender la realidad sin aspirar a transformarla, su “filosofía” será una vuelta hacia atrás. La filosofía marxista, a diferencia de las que le precedieron, es una filosofía de la *praxis*. Esto no significa que no deba trabajarse la teoría, significa que no hay que perder de vista que la teoría es un medio y no un fin en sí mismo. El fin es la práctica. Y gracias a este fin, es realmente posible el conocimiento. El marxismo supuso un paso adelante en la posibilidad de que la humanidad se comprendiera a sí misma, precisamente, porque buscaba transformar la realidad. Quien más necesita comprender la realidad es quien desea cambiarla, quien se pega a diario con ella, no quien permanece ajeno o alejado de ella. Necesitamos volver a la razón de ser del marxismo para que éste pueda realmente evolucionar, para que pueda renacer con fuerza. **Debemos centrarnos en cómo transformar nuestra sociedad. Es necesario retocar la teoría marxista sobre todo por cuanto respecta a la lucha política para posibilitar la transición al socialismo. Y en dicha parte del marxismo el principal concepto a considerar es, sin duda, el de la dictadura del proletariado. Este concepto no fue suficientemente desarrollado por Marx y Engels en su día, y no ha sido suficientemente cuestionado hasta ahora, o se ha hecho de una manera excesivamente maniquea, para rechazarlo por completo o para aceptarlo tal cual fue postulado en su día. Alrededor de este concepto es donde el marxismo debe renovarse, alrededor del cual deben hacerse los mayores esfuerzos por hacerlo progresar.** De esta parte del marxismo, es decir, de la lucha política para transformar la sociedad, la cual es el centro de gravedad de la doctrina marxista, se han desinteresado la mayor parte de filósofos o economistas “marxistas”. Ellos sólo se han

preocupado de las partes puramente filosóficas o económicas de las ideas de Marx. Ellos se han acomodado en sus puestos de trabajo, se han adaptado a la sociedad capitalista, en vez de denunciarla y luchar contra ella, y se han puesto a desarrollar la teoría marxista en cuanto a todo aquello que se refiere a la hipotética futura sociedad comunista, pero se han olvidado de *cómo* hacer la *transición* desde la sociedad actual, es decir, se han olvidado de la parte *científica* del socialismo marxista. De hecho, así, se han convertido en nuevos utópicos. Con ellos el socialismo vuelve a ser utópico. Y es que el socialismo construido desde los despachos, desde las cátedras o desde las mentes “privilegiadas” sólo puede ser utópico. El socialismo sólo puede ser científico si se nutre de la realidad, si sus científicos salen de vez en cuando de sus laboratorios y hacen trabajo de campo. El socialismo no podrá ser construido sin las clases trabajadoras. Éstas deberán estar en permanente contacto con los intelectuales. El socialismo será un trabajo conjunto, en equipo, de toda la sociedad, de la mayor parte de ella, un trabajo en el cual la clase intelectual es sólo una parte del equipo, con un importante papel, pero no el *único*, ni siquiera el principal. Muchos marxistas se han olvidado de la lucha política, a ellos el Marx que fundó la Primera Internacional no les interesa, y otros muchos marxistas que no se han olvidado de ese Marx, sin embargo, se han olvidado de otro Marx, de aquel que reformulaba sus teorías en función de la práctica. Los unos se han olvidado de que la doctrina marxista es una guía para la *acción* y los otros de que dicha doctrina no es un *dogma*.

A principios del siglo XXI, con el recrudescimiento del capitalismo, poco a poco, el marxismo va volviendo a su lugar natural, al mundo real del trabajo, a la sociedad, a la política. ¡Pero no puede volver como si nada hubiese ocurrido en el último siglo! Muchos marxistas que no se han olvidado del leitmotiv del marxismo, sin embargo, han caído presos del dogmatismo, del que huía Marx, siguen aceptando y usando el concepto de la *dictadura del proletariado*, no se han replanteado la manera de implementarlo en la práctica, cómo evitar que degenera en la dictadura del partido único, en la dictadura contra el proletariado, ni siquiera se han replanteado la necesidad de cambiar la manera de defenderlo en la guerra ideológica. Ya va siendo hora de cuestionarlo seriamente, tanto en la forma como en el fondo, pero sin renunciar necesariamente en bloque a todo el marxismo. ¡Al contrario! Replantarlo es seguir fiel al espíritu más profundo del marxismo. Simplemente, porque el marxismo busca transformar la sociedad, ésta es su razón de ser. Simplemente, porque Marx, tras experiencias mucho más breves, como la de la Comuna de París que apenas duró un par de meses, se replanteó el concepto de la dictadura del proletariado. ¿No tenemos ahora más motivos que Marx para hacerlo? ¿No lo hubiera hecho Marx? Algunas corrientes marxistas ya lo han hecho de manera más o menos implícita. Pero esto es insuficiente, si queremos ganar la guerra ideológica, si queremos llegar a las masas, hay que reconocer explícita y contundentemente los errores del pasado. Hay que desmarcarse de ellos de manera clara y abierta. El hacerlo no tiene por que implicar el enterramiento definitivo de la teoría revolucionaria marxista. Por el contrario, el reconocer sinceramente ante la opinión pública los errores del marxismo, el decir que no todo él es coherente, permite recuperar aquellos postulados marxistas correctos, la inmensa mayoría, juega a favor del marxismo para que éste se convierta en el eje central de la nueva teoría revolucionaria que se necesita en nuestros tiempos. Sólo si extirpamos del marxismo sus errores más groseros podrá el marxismo resurgir con fuerza. Si a la gente le hacemos comprender que el marxismo es en



líneas generales correcto pero que contiene ciertos errores que hay que corregir, el marxismo podrá volver a tener credibilidad ante la opinión pública. Si nos agarramos a la idea de un marxismo impoluto, inamovible, estático, el marxismo seguirá impolutamente marginado, permanecerá inamovible y arrinconado, seguirá estáticamente enterrado ante las grandes masas, para beneficio de sus verdaderos enemigos: las minorías dominantes.

Y si queremos “purgar” al marxismo de sus errores más groseros, si queremos incluso combatir las tergiversaciones del mismo, es necesario volver a las fuentes, a lo que dijeron Marx y Engels, a reinterpretarlo a la luz de los acontecimientos posteriores a sus muertes, y sobre todo debe recurrirse al propio método marxista: el materialismo dialéctico, y especialmente el método científico. A pesar de que, como estoy intentando demostrar en este libro y en otros escritos míos, los padres del marxismo se equivocaron en el planteamiento del concepto de la dictadura del proletariado, no se podrá encontrar ninguna cita de Marx o Engels donde ellos asocien dicha dictadura con la de una vanguardia del proletariado. Cuando ellos pensaban en la dictadura del proletariado, no pensaban en un régimen de partido único dictatorial, al contrario, pensaban en una democracia obrera, de una amplitud y calidad superiores a la democracia burguesa. Basta recordar lo que decía Engels en *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*:

*De la idea blanquista de que toda revolución es obra de una pequeña minoría revolucionaria se desprende automáticamente la necesidad de una dictadura inmediatamente después del éxito de la insurrección, de una dictadura no de toda la clase revolucionaria, del proletariado, como es lógico, sino del contado número de personas que han llevado a cabo el golpe y que, a su vez, se hallan ya de antemano sometidas a la dictadura de una o de varias personas.*

*Como vemos, Blanqui es un revolucionario de la generación pasada.*

Para los padres del marxismo, el blanquismo es algo del pasado. Tal vez Marx y Engels deberían haber insistido más en la idea de que la dictadura del proletariado no era la dictadura de ningún partido o élite, pero desde luego, no se desprende de sus escritos que ellos defendieran un régimen de partido único, más bien lo contrario. ¿No se pareció demasiado la Revolución rusa de 1917 a una revolución de tipo blanquista? ¿No se vio influenciado Lenin por el blanquismo, a pesar de criticarlo? La Revolución bolchevique, indudablemente, no fue sólo obra de una minoría, fue una revolución popular, donde la inmensa mayoría del proletariado participó, sobre todo en las ciudades, no así tanto en el campo, en este sentido no fue una revolución blanquista. Pero, no cabe duda de que en dicha revolución la vanguardia tuvo excesivo protagonismo, no cabe duda de que dicho protagonismo fue aumentando en el tiempo, y no cabe duda de que dicho protagonismo desbocado le permitió a dicha minoría monopolizar el proceso de construcción del socialismo. El blanquismo latente, ya existente en la ideología leninista, sustentado en las imprecisiones, ambigüedades y contradicciones del propio marxismo, fue poco a poco a más hasta convertir el proceso de construcción del socialismo soviético en un proceso de carácter claramente blanquista. El germen blanquista existente en Lenin, y sus seguidores, fue regado por las duras circunstancias hasta crecer demasiado e imposibilitar la revolución. Una minoría se situó por encima de las masas, no para dirigir las y orientarlas, sino para

suplantadas, no para servirles, sino para servirse de ellas. La revolución rusa empezó siendo poco blanquista, pero donde ya había ciertas tendencias blanquistas, y acabó siendo plenamente blanquista. Siendo así, la revolución socialista no podía triunfar a largo plazo. Ninguna revolución blanquista puede prosperar sin degenerar.

Una revolución que pretenda beneficiar al conjunto de la sociedad debe ser protagonizada por toda la sociedad, por la mayoría, y no por ninguna minoría por muy ilustrada y bienintencionada que ésta sea. **La revolución consiste sobre todo en aplicar una metodología revolucionaria. El blanquismo no es un método revolucionario, al contrario.** El blanquismo puede servir, de hecho así lo hizo y así lo hace, a las clases minoritarias, pero no a las clases populares. La revolución burguesa fue posible con el blanquismo, a pesar de haber usado la vanguardia revolucionaria burguesa, en determinados momentos, a las masas proletarias, pero la revolución socialista nunca será posible con el blanquismo. De esto ya lo advertía Engels en 1874. La revolución socialista deberá implicar la participación de las masas y de una vanguardia, pero ésta no debe tener un protagonismo excesivo. Debe haber vanguardia, pero no demasiada vanguardia. Sin vanguardia no habrá revolución, pero con demasiada vanguardia la revolución dejará rápidamente de ser revolución. Como todo en la vida, **toda revolución, para que sea verdaderamente una revolución social, es decir, que implique un nuevo sistema social, necesita un delicado equilibrio, entre vanguardia y masas, entre espontaneísmo y conciencia, entre improvisación y preparación, entre factores objetivos y subjetivos, entre necesidad y voluntad, entre teoría y práctica, entre realismo e idealismo. Dicho equilibrio debe alcanzarse dialécticamente. Los extremos deben realimentarse mutuamente para alcanzar dicho equilibrio.**

Lo primero de todo es la teoría (influida por las condiciones materiales de existencia), la cual influirá en la práctica y a su vez será influida por ésta. En base a la teoría se han hecho intentos prácticos pero éstos deben hacer replantearnos aquella, para posibilitar una nueva praxis. Replantearse no es lo mismo que desechar por completo. No tiene por que implicar cambiar *toda* la teoría o buscar una *completamente* nueva que no reaproveche *nada* de la antigua. No necesariamente. En la actualidad, en algunos países ha surgido la revolución socialista, pero al mismo tiempo que lo intentan implementar, están repensando el socialismo, incluso éste está siendo influenciado por ciertas teorías más que dudosas, que suponen una ruptura radical con el marxismo, con la teoría más convincente que ha habido hasta el momento para comprender el capitalismo y por consiguiente para superarlo, la teoría que nos ha abierto la puerta para comprender en general nuestra sociedad y por tanto para tomar el control de nuestro destino. Dado que la teoría revolucionaria no está suficientemente desarrollada, dado que no se la ha adaptado suficientemente a los tiempos actuales, dado que todavía no se la ha retocado suficientemente en base a las experiencias prácticas, en esos países se está improvisando demasiado, con el peligro que ello conlleva. No se trata de volver a reconstruir de cero una teoría revolucionaria, sino de retocar la existente, que ha dado, a pesar de todo, algunos resultados interesantes, que explica como ninguna otra la historia humana y lo que está ocurriendo en la actualidad con el capitalismo. El marxismo debe ser considerado, pero también debe ser despojado de algunos de sus errores. ¡La teoría es el primer paso para la revolución! ¡Nunca debemos descuidar la teoría! ¡Sin teoría

revolucionaria no hay práctica revolucionaria! Ésta fue una de las principales lecciones que nos enseñaron los padres del socialismo *científico*.

## 2) Voluntarismo vs. Determinismo

Si deseamos conocer la realidad de nuestra sociedad para transformarla, **no hay que caer en el voluntarismo pero tampoco en el determinismo**. Los seres humanos estamos indudablemente muy condicionados por la sociedad en la que vivimos pero también tenemos cierto margen de libertad. Marx y Engels usaron su margen de libertad para intentar cambiar las cosas, además de comprenderlas. Si ellos hubieran pensado como muchos “marxistas” que las cosas cambian por sí solas inevitablemente (mejor dicho, en un solo sentido inevitablemente, sólo de una manera posible), como consecuencia de cambios en el modo de producción económica, ellos no se hubieran molestado en escribir el *manifiesto comunista* (tal vez, al margen de afinidades ideológicas, objetivamente, por su repercusión, el documento político más importante de la historia), no se hubieran molestado en luchar por cambiar EXPLÍCITAMENTE las cosas, por concienciar al proletariado, por crear la Internacional. ¿Puede ser alguien preso del determinismo cuando afirma que “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo: de lo que se trata es de transformarlo.” ? Yo creo que es evidente que no. Si alguien pretende transformar el mundo es porque piensa que no se transformará por sí solo.

Según expresa el marxista Henryk Grossman:

*En la teoría general de Marx, **ningún sistema económico, no importa cuán débil, colapsa por sí mismo en forma automática. Debe ser «derribado»**. El análisis teórico de las tendencias objetivas que llevan a la parálisis del sistema sirve para descubrir los «eslabones débiles» cual barómetros que indican cuándo el sistema está listo para ser cambiado. Pero incluso cuando ese punto es alcanzado, **el cambio sólo puede venir de la acción activa de los factores subjetivos**. Esta parte de su teoría Marx la desarrolló en el estudio de la lucha de clases (...). La llamada «necesidad histórica» no opera automáticamente, sino que requiere de la activa participación de la clase obrera en el proceso histórico. **Esta participación, sin embargo, en sí misma no es algo arbitrario, sino que se sigue de la presión de los factores objetivos**.*

Los factores objetivos constituyen la condición necesaria del cambio pero no son por sí mismos suficientes. Sin factores subjetivos tampoco hay cambio. **El cambio debe estar mínimamente, objetivamente, maduro en la sociedad, pero, además, debe forzarse explícitamente**. Y aquí es dónde entran los factores subjetivos. Marx, muy consciente de esto, se preocupó no sólo de los factores objetivos (de comprender la sociedad), sino que también de los subjetivos (de intentar transformar la sociedad) sin los que el cambio es imposible. Decir o insinuar, como hacen algunos “marxistas”, que el cambio en la sociedad humana es inevitable, que se producirá por sí solo, es despreciar lo que dijo e hizo el creador del marxismo. Dichos “marxistas” contradicen las palabras y los hechos de Marx. El que ciertas ideas u opiniones coincidan con Marx o no, a mí en particular no me quita el sueño, pero lo que no es serio es que algunos supuestos “marxistas” lo contradigan en su nombre. Que digan que no están de acuerdo con él, lo cual me parece muy legítimo, pero que no digan que eso

concuera con su “maestro” porque no es así. En algunas cuestiones yo estoy de acuerdo con el marxismo, pero en otras no. Es un ejercicio intelectual poco honesto poner en boca de personas ajenas cosas que no son ciertas. Es también posible, lógicamente, que uno esté equivocado, que interprete de forma errónea ciertas teorías o hechos, pero lo que no es serio es evitar a toda costa el ser cuestionado. La forma de saber quién está equivocado es debatiendo libremente, es posibilitando que todas las versiones sean cuestionadas y discutidas. Y algunos “marxistas”, precisamente aquellos que tienen interpretaciones más que dudosas de las teorías que dicen defender, se niegan en rotundo a admitir que sus interpretaciones no sean las únicas posibles. Sus interpretaciones, más que dudosas, son para ellos, indiscutiblemente, *las válidas*. Cuando, por el contrario, tienen mucha probabilidad de ser claramente incorrectas. Basta con recurrir a Marx y a otros marxistas para comprobarlo.

El determinismo provoca estoicismo. Y el voluntarismo ilusionismo. En el primer caso se tiende a no hacer nada puesto que se parte de la premisa de que el cambio es inevitable, por lo menos de que inevitablemente se hará en cierto sentido y no en otro, y surgirá espontáneamente. Es decir, quienes caen en el determinismo caen también en el estoicismo, en la apatía. En el segundo caso se tiende a creer que los cambios se producirán con el solo esfuerzo de unos pocos individuos. Quienes caen víctimas del voluntarismo se crean la ilusión de que el cambio se producirá con su único esfuerzo, piensan que basta con concienciar a la gente del cambio para que éste se produzca, independientemente de las estrategias, de las circunstancias, de la necesidad real de cambio, de la realidad. En este caso desperdician esfuerzo, puesto que si su esfuerzo no se ve acompañado de otros factores, no se produce el cambio tampoco. En ambos casos no se produce el cambio. En uno porque no se lucha activamente por el cambio, porque no hay esfuerzo. En el otro porque se lucha sin tener en cuenta las verdaderas posibilidades de éxito, porque hay demasiado esfuerzo inútil y mal encauzado, porque se lucha sin ton ni son. Tan malo es no luchar como luchar mal. Aunque, si me apuran, no luchar es incluso peor. Quienes interpretan que el marxismo estipula que el cambio surgirá inevitablemente como resultado del estallido de las contradicciones de la sociedad, se olvidan, no tienen en cuenta, que quienes postularon dichas ideas, además, lucharon activamente por el cambio, no esperaron a que éste surgiera espontáneamente. ¿Puede decirse que quien afirma que *la peor lucha es la que no se hace*, es víctima del determinismo, del estoicismo? Yo creo que es evidente que no. Marx y Engels fueron unos auténticos luchadores. Pocos intelectuales se han implicado como ellos a lo largo de la historia. Ellos no sólo lucharon por las ideas, sino también por las realizaciones prácticas de las mismas. Lucharon por cambiar el mundo. Al margen de lo acertados o no que fueron, indudablemente, su actitud fue heroica. ¿Hay lucha de mayor calado que intentar transformar la realidad? Por tanto, aquellos “marxistas” que desprecian o infravaloran la voluntad humana, se olvidan de que Marx, Engels y sus discípulos lograron lo que lograron gracias a su fuerza de voluntad, entre otras cosas. Cuando Marx dice que *la peor lucha es la que no se hace* está criticando directamente a dichos “marxistas”. Está diciendo que el determinismo es incluso peor que el voluntarismo, que no luchar es peor que luchar mal.

¿Es que Lenin, el líder de la revolución rusa, marxista de pro, cayó en el determinismo? ¿Puede alguien ser presa del determinismo cuando afirma que “la

revolución no se hace sino que se organiza”? ¿Es posible “organizar” la revolución prescindiendo de la voluntad humana? Recordemos alguna cita del revolucionario ruso:

*El desacuerdo entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que la persona que sueña crea seriamente en su sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, **trabaje escrupulosamente** en la realización de sus fantasías.*

Esta cita nos puede servir perfectamente para combatir el determinismo del que son presos algunos “marxistas”. Según éstos, los cambios son una consecuencia inevitable de la evolución del modo de producción. Más en concreto, para ellos, los cambios sólo pueden producirse, inevitablemente, en un solo sentido, pero no en otro. Si los cambios, inevitablemente, surgirán de una sola manera posible, ¿para qué preocuparse de soñar, de organizarse, de concienciar, de luchar? Lenin habla de los sueños. Es decir, no niega la utopía, entendida ésta como la aspiración a una sociedad mejor. Lenin, como Marx o como Engels, como cualquiera que aspira a una sociedad mejor, era también un idealista, en el sentido de buscar un ideal, de buscar una sociedad ideal. Lo que dice Lenin es que para que dichos sueños puedan realizarse se necesita no perder de vista la realidad. Viene a decir que tan importante es ser idealista (soñar) como realista (tener los pies en la tierra). Sin sueños el mundo no se transforma hacia uno necesariamente mejor. Pero sin tener los pies en la tierra tampoco, por cuanto sólo puede transformarse la realidad si primero se la conoce, si se la tiene en cuenta en todo momento. Lenin no niega que podamos explícitamente, voluntariamente, transformar la realidad. Al contrario. Nos da las pistas para que esto sea posible. Y entre dichas pistas dice que hay que fijarse atentamente en la realidad y que hay que *trabajar escrupulosamente* en la realización de los sueños. ¿Es posible *trabajar escrupulosamente* sin fuerza de voluntad? Es obvio que no. Quienes desprecian o infravaloran la voluntad humana, los factores subjetivos, desconocen lo que los padres de su “religión” afirmaban. No han comprendido nada, desde mi punto de vista. O tal vez sea yo quien no haya comprendido nada. El lector juzgará.

Aunque también es cierto que existen citas de Lenin o de Marx que parecen contradecir esto que acabo de decir. Nadie se libra de las contradicciones. Tampoco se libran los padres del marxismo. Aunque no hay que olvidar que muchas veces las citas fuera de contexto cambian de sentido. Cuando en algunos momentos Marx dice que el cambio es inevitable, esto lo hace para combatir la idea de que es imposible. Cuando uno debe defender cierto argumento de forma contundente tiende a radicalizarlo, a exagerarlo. Esto mismo lo reconoció Engels cuando intentó matizar algunas de las afirmaciones marxistas en cuanto a la importancia del factor económico. Cuando uno debe combatir el negro tiende a defender el blanco. Aunque la realidad no sea ni blanco ni negro, aunque la realidad sea más cercana al blanco, no es blanco por completo. Si alguien combate el pesimismo, el estoicismo, la idea de que no es posible otro sistema, tiende a decir justo lo contrario, que el cambio es inevitable. Esto, a mi modo de ver, es lo que les ocurrió a dichos intelectuales a la hora de defender sus ideas. Tendieron a exagerarlas premeditadamente para combatir las ideas radicalmente opuestas. Cometieron, además, el error de no matizar suficientemente sus postulados para evitar las malas interpretaciones.

**El voluntarismo**, como, por ejemplo, el socialismo utópico o ciertas corrientes anarquistas, **da excesiva importancia a la voluntad de los individuos, al libre albedrío, y el determinismo**, como, por ejemplo, ciertas interpretaciones (en mi opinión erróneas) del marxismo, **por el contrario, le da demasiada poca. El voluntarismo infravalora los factores objetivos favorables al cambio y sobrevalora los factores subjetivos, mientras que, por el contrario, el determinismo infravalora los factores subjetivos y sobrevalora los objetivos.** Para ilustrar estas ideas nada mejor que recurrir a algunas citas de Marta Harnecker, quien aborda estas cuestiones de una manera muy elocuente:

*El marxismo sostiene que, en las sociedades de clase no es el hombre o los hombres en general los que hacen la historia, sino las masas, es decir, las fuerzas sociales comprometidas en la lucha de clases. Ellas son el motor de la historia. Por no comprender el verdadero sentido de la teoría marxista de la historia y del papel que en ella desempeña la lucha de clases se cae frecuentemente en dos errores que son funestos para el movimiento revolucionario: el economismo o espontaneísmo, que predica la sumisión a las leyes del desarrollo económico, y el voluntarismo, que desconoce las condiciones objetivas mínimas necesarias para emprender una acción revolucionaria victoriosa.*

*El izquierdismo es una desviación voluntarista, subjetivista de la teoría marxista de la historia. En su base encontramos la misma problemática teórica que en la desviación economista, sólo que invertida. Ya no es el determinismo económico sino la voluntad de los hombres, de ciertos grupos revolucionarios y de sus héroes, quienes determinan la marcha de la historia. El voluntarismo pasa por alto la consideración de las condiciones mínimas necesarias para hacer la revolución. La inmadurez crónica afirmada por el economismo se transforma en el voluntarismo en madurez siempre ya dada de las condiciones revolucionarias. El servilismo a los intereses espontáneos de las masas, propio del economismo, se transforma aquí en desapego de las masas.*

*Ni el economismo – para el que la historia está marcada de antemano -, ni el voluntarismo – para el que la historia es fundamentalmente el producto de la voluntad de los hombres, de la voluntad revolucionaria de ciertos individuos desligados de las masas, pero convencidos de que éstas, socialistas en potencia, los seguirán apenas inicien la lucha revolucionaria -, hacen ningún análisis de las condiciones actuales de la revolución, de las clases, fuerzas sociales y relaciones de fuerzas existentes en cada país. Ambos matan las revoluciones antes de nacer pero por razones opuestas; el economismo porque confía en el espontaneísmo de las masas, el voluntarismo porque confía excesivamente en los hombres o en pequeños grupos de revolucionarios y descuida la preparación de una organización capaz de movilizar a las masas.*

**Hay ciertas interpretaciones demasiado simplistas o mecánicas del marxismo que tienden a adoptar una postura excesivamente determinista de la historia, del comportamiento de la sociedad.** Según esas interpretaciones del marxismo (el marxismo ha tenido diversas interpretaciones, a veces incluso contrapuestas en algunos aspectos), la economía lo determina todo por completo. Todo en la sociedad

es producto de la economía. Así, por ejemplo, las ideas son sólo producto del modo de producción. Para rebatir esa visión un tanto simplista del marxismo basta con recurrir a algunas citas de sus creadores:

*Los seres humanos hacen su propia historia, aunque bajo circunstancias **influidas** por el pasado.* Karl Marx.

*El modo de producción de la vida material **condiciona** los procesos de la vida social, política y espiritual en general.* Karl Marx.

No es lo mismo *influidas* que *determinadas*. No es lo mismo *condiciona* que *determina* por completo. ¿Es lo mismo decir *condiciona* que decir que todo viene fijado de antemano por la economía? ¿Significa esto que sólo la economía cuenta? ¿Por qué deducir a partir de esta aseveración que la economía siempre precede a las ideas ineludiblemente, que no hay a su vez una relación contraria, que las ideas no influyen en la economía?

Por cierto, el mismo error que cometen ciertos “marxistas” de caer en el economismo, en el determinismo más absoluto, lo cometen también los neoliberales cuando nos dicen que las leyes de la economía son las que son y no pueden cambiarse, que no hay más remedio que aplicar tales políticas porque la economía tiene sus leyes fijas, inmutables, contra las que no puede uno oponerse. Ambos tipos de “economistas” caen en el mismo error: obviar el hecho de que las leyes de la sociedad las hacemos, en mayor o menor medida, en última instancia, los propios humanos. A diferencia del Universo cuyas leyes no podemos nosotros más que conocer y utilizar, las leyes de la sociedad dependen, en última instancia, de los seres humanos, que tienen cierto margen de maniobra (no infinito desde luego, pero tampoco nulo) para modificarlas. Si esto no fuese así, ¿qué sentido tendría la política? Ciertos sectores “marxistas” están contagiados de este mismo afán neoliberal por exterminar la política. Incluso Marx y Engels cayeron, aparentemente, en ese error, en determinados momentos, probablemente para hacer hincapié en sus argumentos, como explico en el libro [Los errores de la izquierda](#).

Marx y Engels explican que las condiciones materiales de existencia, sobre todo las económicas, influyen notablemente en las ideas, pero no sé por qué ha de deducirse de esto que al revés no hay ninguna influencia. Las influencias son en ambos sentidos. Se puede discutir si más en un sentido que en otro. Y en este aspecto coincido con el marxismo en que las relaciones económicas influyen más en las ideas que al revés. Que Marx y Engels hayan tenido que recordar una de las direcciones de influencia, la principal, olvidada o negada por el idealismo, no significa, a mi parecer, que haya que pasar al otro extremo y decir ahora que sólo las ideas se nutren de las condiciones materiales. A su vez éstas también se nutren de las ideas. ¿No es esto, por cierto, más acorde con la dialéctica?

Y por si queda alguna duda ahí va la siguiente cita de Engels:

*Según la concepción materialista de la historia, el factor que **en última instancia**, determina la historia, es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo, hemos afirmado nunca más que esto. **Si alguien lo tergiversa, diciendo que el factor económico es el único determinante,***



**convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base... De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera, sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.**

El gran avance que aportaron Marx y Engels fue su enfoque científico, fue el materialismo en general y el histórico en particular (sin olvidarnos, por supuesto, del descubrimiento de la *plusvalía* en el capitalismo ni del desarrollo de la *dialéctica* de Hegel, perfeccionada por Marx). Pero hay que tener cuidado de no pasar de un extremo al opuesto. A veces para resaltar ciertos argumentos, para insistir en la importancia de algún factor importante, incluso principal, se tiende a darle demasiada importancia, hasta caer en el extremo de convertirlo en único. Al subrayar algo se tiende a sobrevalorarlo. Para combatir el hecho de que los oponentes lo infravaloran uno tiende a sobrevalorarlo. Éste es un error que el propio Engels reconoció que cometieron los creadores del marxismo:

**Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios, quienes lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos que participan en la interacción. Pero cuando se trata de presentar un trozo de la historia, esto es, de una aplicación práctica, el problema es diferente y no hay error posible. Sin embargo, desgraciadamente sucede demasiado a menudo que la gente cree haber comprendido perfectamente una teoría y cree poder aplicarla sin más desde el momento en que ha asimilado sus principios fundamentales, y aún éstos no siempre correctamente. Y no puedo librar de este reproche a muchos de los más recientes "marxistas", porque también de este lado han salido las basuras más asombrosas.**

Más claro agua. El propio Engels reconoce que hay interpretaciones incorrectas de las ideas suyas y de Marx. ¡Hasta las califica de *basura*! Se puede discutir en determinado momento qué interpretación del marxismo es correcta o incorrecta. Pero el peor error que puede cometerse es negar que haya diversas interpretaciones. Y, como consecuencia de esto, cometer el error de pensar que la interpretación que uno hace es la única posible, la válida. Este error lo cometen muchos "marxistas" presos de un dogmatismo que atenta contra el auténtico legado de sus "maestros". Porque, ante todo, Marx y Engels eran librepensadores. Porque, ante todo, eran científicos. Y muchos de sus supuestos "seguidores" ni son librepensadores ni poseen el más mínimo espíritu científico. Todo lo contrario. Han convertido el marxismo, unos postulados científicos con sus aciertos y sus errores, en dogmas religiosos intocables. Ellos contribuyen a sepultar al marxismo que tanto alardean de defender a ultranza. Basta recordar lo que decía Lenin, uno de los marxistas que realmente sí comprendió el marxismo, lo cual no le eximió tampoco de cometer errores:

**Defender la doctrina, que según la más profunda convicción es la verdadera, contra los ataques infundados y contra los intentos de corromperla, no significa, en modo alguno, ser enemigo de toda crítica. No consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo perfecto e intangible: estamos convencidos, por**

*el contrario, que **no ha hecho sino colocar la piedra angular de la ciencia que los socialistas deben desarrollar en todas direcciones, si es que no quieren quedar rezagados en la vida.***

Según Lenin, Marx no ha hecho sino colocar la *piedra angular* de la ciencia que hay que desarrollar. ¿Se está desarrollando el marxismo? ¿O está estancado? ¿Es posible desarrollar una teoría científica si se la convierte en dogma? ¿Es posible la evolución de las ideas sin su cuestionamiento? Al exagerar las ideas, al llevarlas hasta extremos absurdos, las ideas se desvirtúan. Algunos “marxistas”, con sus interpretaciones simplistas, exageradas, burdas, vulgares, del marxismo contribuyen decisivamente a su distorsión, a su muerte. Como decía Lenin en *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*:

***El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y de perjudicarla consiste en llevarla hasta el absurdo so pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la hace “exorbitante” (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y se extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo.***

**Muchos supuestos defensores del marxismo son, de facto, sus principales enemigos. Al exagerar algunos de sus postulados hasta límites absurdos contribuyen a su desprestigio.** Al decir, por ejemplo, que la economía lo es todo, que antecede a todo, al negar las influencias que a su vez recibe la economía de otros factores de la sociedad, como por ejemplo la política, al negar la interrelación entre el mundo de lo material y de lo inmaterial afirmando que la relación es de un solo sentido, al confundir *condiciona* con *determina*, al confundir *principal* con *único*, al contradecir a la dialéctica en definitiva, en la que se sustenta el marxismo, y sobre todo al imposibilitar el debate científico alrededor del marxismo (producto a su vez del espíritu científico de sus creadores), hacen que el marxismo pierda todo su sentido, hacen que no pueda evolucionar y por tanto sobrevivir. Dichos “marxistas” atentan contra el más profundo legado del marxismo: el espíritu científico, el librepensamiento. A veces, uno se pregunta si entre ciertos “marxistas” no hay enemigos del marxismo que desde dentro procuran combatir sus grandes aportaciones llevándolas hasta el ridículo con el fin de invalidarlo globalmente. Esto no quiere decir que haya que tachar de “contrarrevolucionarios” a quienes tengan una visión del marxismo distinta a la propia, significa que la única manera de saber qué interpretación es la correcta, la única forma de desenmascarar a los presuntos “infiltrados”, si es que los hay, es mediante el debate libre, de igual a igual. **La verdad sólo puede abrirse camino mediante el debate libre entre las posturas enfrentadas. Todas las ideas deben poder ser defendidas en igualdad de condiciones.** El peor error que puede cometerse es censurar, reprimir, obviar o marginar cualesquiera ideas. Imposibilitando el debate contribuimos a la distorsión de las ideas, es más, a su muerte. No es de extrañar que el “marxismo” degenerara tanto en el régimen estalinista. No es de extrañar que en la actualidad esté prácticamente muerto (a pesar de la vigencia de la mayoría de sus postulados). En los regímenes estalinistas se impuso cierta interpretación del marxismo (según mi modo de ver, errónea) y se impidió el debate que hubiera contribuido decisivamente a comprenderlo, a aplicarlo, a revitalizarlo. Con el estalinismo, el marxismo pasó de ser una ciencia a ser una religión. El estalinismo,

queriendo o sin querer, quién sabe, de hecho, finiquitó al marxismo. Al menos temporalmente.

Aún así, insisto, no sería muy extraño que en la guerra ideológica existieran quintas columnas con el fin de atacar a las ideologías desde su interior. En toda guerra el enemigo intenta infiltrarse en las propias líneas para dividir, para crear confusión, para desarmar. ¿Por qué no puede producirse esto también en la guerra ideológica? A todo esto hay que añadir algunos de los errores de Marx o de Engels que, sin querer, ayudaron al enemigo a distorsionar sus postulados. Ambos intelectuales debieron haberse esforzado más en dejar más claras sus ideas para impedir las malas interpretaciones. Éste fue uno de sus principales errores. Engels, muy consciente de esto, se dedicó los últimos años de su vida a intentar aclarar los principales postulados del marxismo, luchó por evitar su distorsión. Consciente de que Marx no pudo hacerlo pues su trabajo le desbordó, hasta tal punto de no poder terminarlo (*El capital* es una obra incompleta). Otro flaco favor que se le ha hecho al marxismo es no continuar la obra de Marx y de Engels. ¡Cuántos flacos favores se le han hecho al marxismo en nombre del marxismo!

**La libertad es a la vez el motor y el producto de la sociedad.** Toda realización práctica ha sido precedida de ideas (antes de hacer algo se necesita pensarlo y para pensarlo se necesita un mínimo de libertad de pensamiento), pero, a su vez, el contexto social, político y económico condiciona la forma de pensar de los individuos. La realidad influye en las ideas y a su vez éstas influyen en la realidad. Cualquiera de los dos extremos: el *idealismo* (que dice que sólo las ideas influyen en la realidad) y el *materialismo* (que dice que sólo la realidad influye en las ideas) son, bajo mi punto de vista, incorrectos, una simplificación excesiva. Marx y Engels, para combatir el idealismo, cayeron en un materialismo exacerbado. Como el mismo Engels reconoció, para subrayar la importancia del factor económico, negada por los ideólogos burgueses, se sobrevaloró dicho factor.

Según interpretan el marxismo ciertos “marxistas”, *es el avance físico, material y tangible el que siempre ha precedido y determinado la evolución de las ideas*. Pero yo me pregunto, ¿por qué se produce el avance físico, material y tangible? ¿Se produce espontáneamente? Con este tipo de afirmaciones muchos “marxistas” demuestran que en realidad no comprenden el marxismo porque para ello lo primero que se necesita es comprender un poco la dialéctica. Y la dialéctica dice muy claramente que las relaciones causa-efecto no son tan simples como esos “marxistas” plantean en ese tipo de afirmaciones. **La dialéctica dice que las cosas se interrelacionan mutuamente, que una causa es a su vez efecto, que un efecto es a su vez causa.** Como dice Alan Woods, reconocido marxista: *Las causas y efectos individuales se pierden en un vasto océano de interacciones, en que la causa se convierte en efecto y viceversa*. O como afirmaba en otras de sus citas: *Cada cosa influye todas las demás cosas, y a su vez es influenciada y determinada por las demás*. Esto no quiere decir que no podamos identificar las causas y los efectos, que no podamos incluso identificar el sentido principal de las relaciones entre las cosas, quiere decir que no hay que caer en el simplismo de afirmar que tal cosa es *siempre* la causa y tal cosa es *siempre* el efecto. Esto es válido también para el factor económico. Según lo interpreto yo, según ciertas interpretaciones menos simplistas, el marxismo no dice que todo dependa de la economía, que ésta determine al cien por cien todo en la sociedad, dice

que el factor *principal*, que no *único*, es la economía. Lo cual, dicho sea de paso, ya fue una gran aportación, pues hasta entonces el factor económico era ignorado por los intelectuales “burgueses”. Tampoco dice que las ideas sean *sólo* producto de las condiciones materiales de existencia, de la economía, dice que la economía *influye* en ellas mucho, que es su *principal* influencia, pero no la *única*. Ni tampoco niega el hecho de que las ideas sean a veces *causa* en vez de *efecto*.

¿Cómo se entiende sino la afirmación de Lenin, uno de los marxistas que realmente sí comprendió en esencia el marxismo (aunque en algunos aspectos tuvo ciertas interpretaciones peligrosas como con respecto al ambiguo concepto de la *dictadura del proletariado*), “sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria”? Las ideas son al mismo tiempo el motor y el producto de la sociedad. La teoría es a la vez el motor y el producto de la práctica. Las ideas provocan cambios materiales y a su vez los cambios materiales provocan cambios de mentalidad, que a su vez, con el tiempo, provocarán otros cambios materiales. Y así sucesivamente, incluso simultáneamente. En este razonamiento también podríamos haber partido de las condiciones materiales. En verdad, quizás, deberíamos haber partido de las condiciones materiales. ¿Pero quién puede asegurar si fue antes el huevo o la gallina? Pues bien, Marx y Engels demostraron que las condiciones materiales son la base, son la causa primigenia. Por esto sus teorías adoptaron el nombre de *materialismo*. Para que el ser humano pudiera desarrollar su inteligencia, debieron darse las condiciones *materiales* necesarias. Sin un cerebro de cierto tamaño, sin las manos, y sin unas necesidades reales, marcadas por las condiciones materiales de existencia, por el hábitat, probablemente, el homo sapiens no hubiera llegado a donde ha llegado. Ésta es la idea principal del materialismo defendida por el marxismo: las ideas, *en última instancia*, dependen de lo material. Sin lo material no podrían existir las ideas. Pero esto no quiere decir que, a su vez, si se quiere “posteriormente”, después del “instante” (que probablemente no fue tan puntual) en que se encendió la chispa de la inteligencia humana (disparada por lo material), las ideas no hayan influido en lo material. Probablemente, no hubo tal “instante” o nunca podremos saber cuándo se produjo. Lo que nos dice la dialéctica es que en determinado momento pudo producirse un salto cualitativo fundamental, como suele decirse “la cantidad se convirtió en calidad”. Esto ocurre muchas veces en la naturaleza. Por ejemplo, cuando el agua (a presión normal) llega a 100 grados centígrados pasa de ser líquida a gaseosa y cuando su temperatura baja por debajo de los 0 grados centígrados pasa del estado líquido al sólido. En 100 grados y en 0 grados se producen cambios de estado, sendos saltos cualitativos, en esas situaciones la cantidad se convierte en calidad.

Para entender en qué consiste la dialéctica, podemos hacer un símil con la bola de nieve: la nieve de la montaña contribuye a la bola de nieve (es decir, la nieve de la ladera *influye* en la bola que cae) pero la bola de nieve a su vez *influye* en la nieve de su entorno. Si no hay bola de nieve cayendo por la ladera de la montaña, la nieve del terreno por el que pasa no se ve alterada. Pero si tampoco hay nieve en el terreno por el que pasa la bola, entonces la bola de nieve tampoco se ve realimentada ni existiría. La bola de nieve y la nieve por la que pasa son *mutuamente* influenciadas. El copo de nieve por el que pasa la nieve es *causa* de que la bola de nieve vaya creciendo y a su vez la bola de nieve es *causa* de que el copo de nieve de la ladera deje de estar en la

ladera. O dicho de otra forma, la bola de nieve es el *resultado* de que haya nieve en la ladera y a su vez el que el copo deje de estar en la ladera para pasar a agregarse a la bola es *resultado* de que por ahí pase una bola que está cayendo. El copo y la bola son al mismo tiempo *causa* y *efecto*. Su relación es *mutua*. Se influyen *mutuamente*. Esto sólo puede comprenderse bien si se comprende bien qué es la dialéctica.

Y nunca hay que olvidar que la dialéctica fue el instrumento intelectual con el que Marx desarrolló sus teorías. Marx vino a decir, a mi entender, que fue primero la nieve y luego la bola. Que sin nieve no hay desde luego bola. Que la nieve es la materia prima. Pero esto no quiere decir que la bola no influya en la nieve, que la materia prima no pueda ser a su vez alterada, modelada. El marxismo dice que, *en última instancia*, lo que cuenta es la economía. Que ésta es la *base* de la sociedad. Es la *causa última* de las cosas que ocurren en la sociedad. ¡Pero no la *única*! Es la *nieve* del sistema social. Es la *materia prima* de la sociedad. Sin economía no hay sociedad. ¡Pero de ahí a deducir que la economía precede siempre a todo, que todo depende de ella, que las ideas son sólo producto de ella, hay un largo trecho! Es, insisto, no comprender el marxismo por no tener la base suficientemente sólida, por no comprender la dialéctica, por no comprender la dinámica de la sociedad. Por no comprender que en el momento en que se cae la bola de nieve, por efecto de la gravedad y de la acumulación de nieve, se crea una dinámica en la que los efectos y las causas se van sustituyendo unos a otros, realimentando unos a otros. La dialéctica nos permite tener una visión de conjunto, dinámica, del fenómeno analizado, ya sea la caída de la bola de nieve o la evolución de la sociedad humana. Y ciertos “marxistas”, por no comprender la dialéctica, no comprenden que sus apreciaciones son muy limitadas, son como fotografías estáticas de una película de video que es inherentemente dinámica.

Al ejemplo de la bola de nieve podemos sacarle incluso más jugo. En dicho fenómeno interviene también la gravedad. Sin ella tampoco se produciría tal fenómeno. Esto nos puede ayudar también a comprender la interrelación entre lo intangible y lo tangible. La gravedad no es tangible, sólo podemos percibirla a través de la acción que genera en la materia, en lo tangible. Así ocurre normalmente con todos los campos (la gravedad y los campos electromagnéticos), con la energía en general. La gravedad es *causa* de que la bola de nieve se caiga por la ladera de la montaña, de que la materia se desplace, pero, a su vez, la materia es *causa* de la fuerza de gravedad. La gravedad es a la vez *causa* y *efecto*. La gravedad provoca que la materia se agregue, que sea percible, que se desplace. Y, a su vez, la materia provoca la gravedad. Más exactamente, la fuerza de la gravedad depende de la cantidad de materia. La atracción entre dos cuerpos depende de las masas de dichos cuerpos y de su distancia. La materia y la gravedad se realimentan *mutuamente*. Sin materia no hay gravedad, no hay fuerza gravitatoria. Y la gravedad influye de tal manera en la materia que a medida que ésta se agrega, aumenta la fuerza gravitatoria, provocando a su vez que la materia se agregue todavía más. Los agujeros negros son el caso extremo de agregación de materia. Son estrellas que colapsan sobre sí mismas por efecto de la gravedad. Hasta tal punto que ni la luz escapa de su campo gravitatorio. Por esto son invisibles, por esto se llaman agujeros *negros*. Sólo pueden percibirse por los efectos que provocan en la materia circundante. Se sospecha, por ejemplo, que en los centros de las galaxias hay enormes agujeros negros supermasivos que hacen que, por efecto

del intenso campo gravitatorio que provocan, los millones de estrellas que componen las galaxias giren alrededor de ellos. La gravedad y la materia se relacionan *dialécticamente*. Aunque admitamos que la materia es la *base*, la causa *última* de la gravedad, la materia es a su vez *influida* por la gravedad. Se puede discutir si fue antes la gallina o el huevo, pero es indiscutible que la gallina y el huevo se interrelacionan mutuamente. Se puede discutir si la causa última es la gravedad o la materia (según las teorías más aceptadas de la física es la materia, Einstein demostró en su teoría de la Relatividad general que el campo gravitatorio es debido a la deformación del espacio-tiempo por efecto de la masa de los cuerpos), pero es indudable que ambas se interrelacionan mutuamente, que los efectos y las causas se intercambian. La materia provoca el campo gravitatorio y al mismo tiempo sucumbe ante él. La materia es al mismo tiempo causa y efecto. Y el campo gravitatorio es al mismo tiempo efecto de la materia y causa de que ésta se mueva y se agregue. El campo gravitatorio es también al mismo tiempo causa y efecto. Ambos se influyen. Sin materia no habría campo gravitatorio. La materia es la causa última, la base. Pero esto no impide que la materia sea también a su vez influida por la gravedad. La gravedad también provoca efectos en la materia.

La naturaleza, la realidad, está llena de ejemplos en que diversos factores, a veces aparentemente contrapuestos, entran en juego dialécticamente. **La realidad es dialéctica por naturaleza.** Todo sistema, del más simple al más complejo, del más pequeño al más grande, está compuesto de diversos elementos que se interrelacionan de forma más o menos compleja. Toda actividad está íntimamente relacionada con otras actividades que son a la vez causa y efecto. Todo acontecimiento influye y es influido, aunque no de cualquier manera. El pasado influye en el presente y el presente en el futuro, pero no al revés. El tiempo hace que las relaciones sólo puedan ser en un sentido determinado (del pasado hacia el futuro siempre). Pero, en un instante dado, las relaciones espaciales son, potencialmente, en todos los sentidos, aunque no por igual en todos los sentidos. El tiempo es algo que provoca asimetría en el Universo. Es una dimensión muy especial que ha sido y será objeto de mucho debate científico y filosófico. Los seres humanos, todos los seres, somos dialécticos, estamos compuestos de muchos elementos que se interrelacionan de forma dialéctica, las distintas partes de nuestro cuerpo se influyen mutuamente, la mente y el cuerpo también. Cada individuo de cualquier especie, además de ser él mismo dialéctico, se relaciona a su vez de forma dialéctica con su entorno, con sus congéneres, incluso con los seres de otras especies. ¡La dialéctica está omnipresente en la realidad, en la naturaleza, en el Universo, en todas las escalas, en todos los lugares, en todas las épocas! Aunque no por igual.

Todos los sistemas son dialécticos, pero no igualmente dialécticos. Cuanto más complejo sea un sistema, de cuantas más partes se componga, cuantas más complejas sean sus distintas partes, cuantas más complejas sean las relaciones entre las distintas partes, más dialéctico es. El ser humano es más dialéctico que otros seres. Su mente es más compleja y se relaciona de forma más compleja con su cuerpo. La sociedad humana es más compleja que las de otras especies. Los seres vivos son más complejos que la naturaleza muerta. Dialéctica equivale, por tanto, a complejidad. Cuanto más complejo es un sistema más difícil de conocerlo, menos predecible. La ciencia física es más exacta que la biología o las ciencias humanas

porque la naturaleza muerta es menos dialéctica que los seres vivos o la sociedad humana. Las relaciones dialécticas pueden ser “positivas” o “negativas”, de “atracción” o de “repulsión”. Dos factores pueden favorecerse mutuamente o, por el contrario, oponerse el uno al otro. Las contradicciones son un caso particular de relaciones dialécticas. Así como las retroalimentaciones. Cuando dos factores se relacionan de tal manera que cada uno de ellos favorece al otro, entonces hablamos de *realimentación*. En el caso de la bola de nieve, la bola y la nieve de la ladera se realimentan mutuamente. En este caso la relación causa-efecto es muy simétrica, bastante bidireccional. La bola de nieve influye en la nieve de la ladera, y viceversa. Y cuando, por el contrario, un factor se opone a otro, entonces hablamos de *contradicción*. Un obstáculo en el camino de la bola de nieve, por ejemplo una roca o un árbol, se opone a la bola y provoca que ésta detenga su caída o se desintegre. En este caso la relación causa-efecto es muy asimétrica, bastante unidireccional. El obstáculo influye en la bola y ésta prácticamente no influye en el obstáculo. *Prácticamente*. Pero influye algo. El árbol puede haber perdido algo de corteza o alguna rama al chocar la bola. La roca, sin embargo, no habrá sido casi alterada por el impacto. Sin embargo, si dicha roca sufriera muchos impactos de bolas de nieve, sí sería influenciada de forma más notable. El impacto de una bola es despreciable, pero no nulo. Incluso las piedras son modeladas, con el tiempo, por el agua. Esto es lo que llamamos erosión. Aunque algunas relaciones sean muy poco dialécticas (entendiendo por relación muy dialéctica aquella en la que las influencias mutuas son, ambas, importantes, es decir, una relación muy simétrica o bidireccional), siempre hay influencias mutuas, siempre hay algo de dialéctica. La dialéctica siempre está presente, aunque no siempre con la misma intensidad. Así pues, tenemos contradicciones y realimentaciones, y también tenemos relaciones más o menos simétricas. Las contradicciones pueden ser simétricas o asimétricas, así como las realimentaciones.

El estado de equilibrio de cualquier sistema es aquél en el cual los distintos factores que entran en juego se compensan mutuamente. La bola de nieve alcanza el reposo si choca con un obstáculo, o si llega a una zona llana y se detiene. En reposo con respecto a la Tierra. Porque el reposo es relativo a cierto sistema de coordenadas. La Tierra también se mueve. En verdad lo que cuenta en todo fenómeno son las contradicciones. Cuando la bola llega a la zona llana también se producen contradicciones. La fuerza de gravedad (que depende de la pendiente del terreno) disminuye progresivamente a medida que el terreno se allana y la fuerza de fricción o rozamiento (que depende de la rugosidad del terreno) entra en acción de tal manera que la bola se acaba deteniendo porque las fuerzas a favor del movimiento (la gravedad y la inercia) disminuyen progresivamente hasta que se igualan a las fuerzas en contra del movimiento (el rozamiento). Si no existiera rozamiento la bola seguiría moviéndose eternamente, aun en el terreno llano, por inercia. La bola se detiene en el rellano porque allí también se producen contradicciones, porque una fuerza disminuye y se acaba igualando a la opuesta. De esta manera la bola no sólo se detiene sino que deja de crecer porque las relaciones de realimentación desaparecen. Las contradicciones son las que provocan el movimiento o el reposo. Las relaciones de realimentación son una consecuencia de las contradicciones. Éstas son realmente las que marcan los acontecimientos. **Las contradicciones juegan un papel protagónico en la dialéctica, en la naturaleza, en la sociedad humana. Es la piedra angular de**

**la dialéctica.** La dialéctica estudia las contradicciones. Por esto Marx se preocupó tanto de conocer las contradicciones sociales. En ellas está la clave de la evolución de la sociedad humana. Identificando las contradicciones, identificamos los factores desencadenantes del cambio.

Cualquier sistema en reposo, mejor dicho en equilibrio, lo está porque las tendencias contrapuestas se igualan, porque todos los factores sumados se compensan entre sí. Cualquier alteración de dichos factores, incluso por pequeña que sea, puede romper el equilibrio, puede hacer que el sistema pase de una situación de reposo al movimiento, de un estado estático a otro dinámico, o al revés. Y, en función de qué factor se vea alterado, incluso de la intensidad y del sentido en que lo sea, pero también de la situación inicial de la que partamos, el sistema evoluciona de una manera u otra, en un sentido o en otro, con una velocidad u otra. **El cambio es por tanto consecuencia de la alteración de alguno de los factores que entran en juego en cualquier sistema. El cambio puede ser, además de provocado, realimentado o anulado jugando adecuadamente con los factores que intervienen en el sistema de que se trate.** En el caso de la sociedad humana, los factores que intervienen son, a grandes rasgos, la política, la economía, la tecnología, la ideología. Y, como en todo sistema dialéctico, como en todo sistema (todo sistema es más o menos dialéctico), todos estos factores se influyen mutuamente, aunque no de forma totalmente simétrica, no por igual. Un sistema en reposo, en equilibrio, no es necesariamente inmutable. Basta con identificar las contradicciones existentes para, al preponderar unos factores sobre los opuestos, hacer que el sistema cambie. Si quitamos la roca de la ladera de la montaña, la bola de nieve vuelve a caer. Si llevamos la bola de la zona llana a una pendiente, la bola caerá. Si en la zona llana construimos una pendiente la bola caerá por ella. Dependiendo de las circunstancias se pueden provocar ciertos cambios con mayor o menor dificultad. Más en concreto, dependiendo del tipo de equilibrio que haya. Cuando la bola ha sido detenida por un obstáculo de la ladera, el equilibrio es más débil, más inestable. Cuanto más estable es un sistema, cuanto más “sólido” es el equilibrio alcanzado, más difícil es provocar cambios, pero casi nunca es imposible.

**Cuando las contradicciones estallan, el sistema cambia. Las contradicciones estallan cuando se hacen intensas, cuando alguna de las tendencias contrapuestas sobresale mucho sobre las otras.** Cuanto más intensas sean las contradicciones, cuanto más sobresalga una de las tendencias sobre las opuestas, más probabilidades de que se produzcan cambios y de que éstos sean importantes. Todo esto depende también del equilibrio del que se parta, como dijimos. La bola de nieve se detiene cuando se topa con el obstáculo porque la oposición a su caída se dispara, estalla. En realidad, al caer por la ladera la bola ya sufría cierta resistencia para caerse, la fuerza de fricción del terreno de la ladera, fuerza que era muy pequeña y no impedía el avance de la bola. Si la nieve de la ladera está más dura, es decir, si la superficie por la que cae la bola es muy lisa, entonces esa fuerza es casi nula. Cuando la bola se topa con el obstáculo, las fuerzas de oposición a la caída de la bola se disparan, el sistema cambia, pasa del movimiento al reposo. Por el contrario, cuando quitamos el obstáculo, las fuerzas de oposición a la caída de la bola, de repente, disminuyen bruscamente, y se imponen las fuerzas favorables a la caída (la fuerza de gravedad). Las contradicciones estallan también en este caso, pero en sentido opuesto. Al estallar las contradicciones, es decir, al hacer que una de las tendencias



contrapuestas aumente notablemente sobre la otra, se produce el cambio. En un sentido u otro.

Esto es muy importante tenerlo en cuenta para combatir la idea de que un sistema no puede cambiar. **Que un sistema esté en equilibrio no significa que vaya a estarlo así eternamente. Casi siempre pueden producirse cambios, aunque no con la misma facilidad. De hecho, el cambio forma parte de la naturaleza.** El Universo, y todo lo que hay en él (sobre todo aquello que es más complejo, como la vida), siempre ha cambiado, siempre cambia (aunque esto a nosotros nos pase muchas veces desapercibido, aunque lo haga imperceptiblemente), y siempre cambiará. El tiempo influencia de una manera determinante. Con suficiente tiempo, todo cambia. El cambio sí parece inevitable. Mientras exista el tiempo, el cambio existirá. Podríamos decir que el tiempo y el cambio son casi sinónimos. El cambio es la manera en que el tiempo se hace perceptible. Así como la materia es la forma en que se expresa la energía, el cambio es la manera en que el tiempo se hace visible. Si no viéramos cambios, el tiempo, como concepto por lo menos, no existiría. El paso del tiempo, como el cambio, son por tanto inevitables porque vivimos en un Universo “temporal”, donde la dimensión del tiempo existe y tiene un gran protagonismo. Tan es así, que hablamos de espacio-tiempo, y no de longitud-anchura-altura-tiempo. De las cuatro dimensiones de nuestro Universo, el tiempo es muy especial. Sin embargo, aunque el cambio sea inevitable, no tiene por qué ocurrir indefectiblemente en cierto sentido. Por lo menos, no siempre. Menos todavía en el caso de la sociedad humana, donde los humanos somos protagonistas. Esto es muy importante tenerlo presente si deseamos cambiar la sociedad humana en cierto sentido. Todo apunta a que el cambio es ineludible, y en cuanto a esto no parece que los humanos podamos hacer mucho, pero podemos controlar el sentido y la intensidad del cambio, hasta cierto punto, por lo menos en la sociedad humana, donde tenemos más margen de maniobra.

Podemos hacer que la bola de nieve caiga más o menos rápido, que deje de caer, que vuelva a caer, pero no podemos hacer que la bola de nieve suba por sí sola la montaña, pues la fuerza de gravedad ahí está para impedirlo. Es decir, podemos jugar con los factores para provocar ciertos cambios, pero no podemos provocar otros cambios, todos los cambios posibles. Podemos tener en cuenta las leyes de la naturaleza para usarlas, pero no podemos alterarlas. Podemos conocer las reglas, podemos jugar en base a ellas, pero no podemos cambiarlas. Pero, sin embargo, a pesar de esto, podemos jugar algo, podemos provocar ciertos cambios, aunque con limitaciones. Y, si en el Universo, en el que somos apenas espectadores, ya tenemos cierto margen de maniobra para provocar ciertos cambios, ciertos acontecimientos, ¡cómo no vamos a tener margen, incluso más margen, en la sociedad humana, donde no sólo somos espectadores sino que actores, incluso los protagonistas! Los cambios sociales, como los cambios en el Universo entero, parecen inevitables, pero podemos controlarlos en cierta medida. Y sólo podremos conocer hasta qué punto podemos controlarlos si intentamos controlarlos todo lo posible. Como dice Murphy, *la única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlos en dirección a lo imposible.* **Debemos aspirar todo lo que podamos a controlar los cambios sociales, a ser dueños de nuestro propio destino, aunque sepamos que no podemos ser dueños absolutos.** A cuanto más aspiremos mejor, pues más lograremos. El destino no está totalmente escrito. Debemos intentar escribir el máximo número de líneas en

el libro de la historia de nuestra especie, aunque no podamos elegir la encuadernación, el tipo de papel o el color de la tinta. Cuando escribimos también estamos limitados y sin embargo somos muy creativos. Aunque todos (los que hablemos el mismo lenguaje) usemos las mismas palabras, no hay dos frases iguales, no hay dos libros iguales. Este libro no está escrito de antemano aunque tengamos las limitaciones del lenguaje, de la ortografía, de la gramática. **Las limitaciones no impiden el libre albedrío, lo canalizan.**

¿Es posible el juego sin reglas? Las reglas del juego posibilitan el juego. Sin reglas no hay juego. El juego consiste básicamente en, de acuerdo con ciertas reglas, producir unos acontecimientos u otros. Las reglas pueden limitar más o menos el juego, pueden posibilitar un juego más o menos dinámico, más o menos limpio, más o menos entretenido, más o menos predecible. Pero una cosa está clara: sin reglas no hay juego. El juego se define por sus reglas. Ahora bien, las reglas que posibilitan el juego pueden canalizar más o menos el libre albedrío. Unas reglas demasiado rígidas, demasiado numerosas, demasiado claras, demasiado coherentes, limitan mucho más el libre albedrío, restringen más el juego. Podemos discutir hasta qué punto las reglas limitan el juego. Pero si no hay reglas, no hay juego. Y este razonamiento puede aplicarse a cualquier juego, a cualquier sistema. Un sistema es un conjunto de partes interrelacionadas de acuerdo con ciertas reglas. El Universo, cualquier ser, cualquier sistema social, tienen sus reglas. ¿Es posible un Universo sin ciertas leyes? Si no existieran reglas, el conocimiento no haría lugar. La ciencia no haría lugar. Por lo menos, el Universo no sería cognoscible. Incluso, probablemente, no habría Universo. Por consiguiente, todo sistema tiene una parte de predictibilidad (porque tiene ciertas reglas) pero también una parte de aleatoriedad (porque las reglas no determinan por completo todos los acontecimientos posibles, simplemente limitan las posibilidades). Y esto es también válido para la sociedad humana. La diferencia entre unos sistemas y otros estriba fundamentalmente en qué reglas existen y en la proporción relativa entre la parte determinista y la parte aleatoria del funcionamiento de cada uno de esos sistemas. Esta proporción está estrechamente ligada a las reglas existentes. Pero sobre este asunto insistiremos un poco más adelante. Por ahora, quedémonos con la idea de que **la sociedad humana, como todo sistema, es dialéctica, tiene ciertas reglas que limitan las posibilidades de su evolución, pero no la determinan por completo**, al cien por cien. Esto está relacionado con la existencia del libre albedrío. Determinismo, dialéctica y libre albedrío son conceptos complementarios que intentan describir lo mismo.

**Cuanto más dialéctico es un sistema, más libre albedrío existe, menos determinista es su comportamiento.** Esto mismo puede decirse de otra forma: cuanto más complejo es estructuralmente un sistema (cuantas más partes tiene, cuanto más complejas son ellas y cuanto más se relacionan de forma compleja), de forma más compleja se comporta, es decir, de forma más aleatoria, el libre albedrío está más presente, los cambios están menos limitados. Los cambios están siempre limitados, pero dependiendo del sistema pueden estarlo más o menos. Y con el tiempo lo están cada vez menos. La naturaleza viva, por ejemplo, cambia de manera mucho más rápida que la naturaleza muerta. **Todo sistema evoluciona de forma más intensa y rápida cuanto más complejo es. Complejidad implica cambio.** Es más,

el cambio en todo sistema complejo se acelera. La complejidad se retroalimenta a sí misma.

Carl Sagan explicaba la evolución del Universo comparando toda la historia cósmica con un año de 12 meses, para hacernos una mejor idea de la escala temporal. El inicio de ese año es el Big Bang, la gran explosión que, según las teorías más aceptadas, marca el inicio del Cosmos. La Tierra se forma el 14 de septiembre. El 25 de septiembre aparecen las primeras formas de vida sobre nuestro planeta. El 30 de diciembre aparecen los primeros homínidos. A las 22:30 del último día del año cósmico, del 31 de diciembre, aparece el ser humano y a partir de esa hora se precipitan los acontecimientos. Toda la historia humana ocupa apenas los 10 últimos segundos del último día del año. En el último segundo del primer año cósmico y en el primero del segundo año cósmico, Sagan ubica la extensión de la ciencia y la tecnología humanas. Así, vemos claramente cómo la naturaleza muerta evoluciona de manera mucho más lenta que la vida. Mientras se necesitan casi 9 meses para que se forme la Tierra, la vida aparece tan sólo dos semanas después, el ser humano “surge” casi dos meses y medio después de la vida y toda nuestra historia se condensa en apenas 10 segundos. ¿Existe mayor prueba de la naturaleza cambiante del Universo, del diferente ritmo de cambio de sus distintas partes, de las mayores posibilidades de cambio de los subsistemas más complejos?

Si el Universo es indudablemente cambiante, la vida lo es todavía más, y el ser humano es el paradigma del cambio (al menos en nuestro rincón del Cosmos). Se podrá discutir sobre los *límites* del cambio, sobre si es *inevitable* que se produzca en cierto sentido o no, sobre si *puede* producirse en una dirección u otra, sobre si es más *probable* que se produzca de una manera u otra, pero el cambio, indiscutiblemente, se produce. El cambio forma parte, sin lugar a dudas, del ser humano y del Universo al que pertenece. Al menos así ha sido hasta ahora. El Universo no ha parado de cambiar, aunque no lo ha hecho a velocidad constante. La sociedad humana, igualmente, no ha parado de cambiar, aunque no siempre a la misma velocidad. Ni en la misma dirección. ¿O sí? A pesar de ciertos baches, de algunos altibajos, ¿la sociedad humana ha tendido hacia una sociedad más libre o, por el contrario, menos libre? De lo que no cabe duda es que la sociedad humana ha cambiado de forma mucho más rápida e intensa que el Cosmos. Por tanto, no tenemos ningún indicio en el que basarnos para decir que la sociedad humana no cambiará, no seguirá cambiando. Todo lo contrario. Todo apunta a que seguirá cambiando, incluso a que acelerará su cambio. A pesar de que haya habido ciertas variaciones puntuales, analizados los acontecimientos pasados en una escala temporal suficientemente amplia llegamos a la conclusión que acabo de exponer. La tendencia general es obvia. Y si la tendencia ha sido hasta ahora así, nada nos dice que no vaya a seguir siendo así, al contrario. Podremos dudar sobre si seguirá siendo así o no, pero no podemos afirmarlo rotundamente. Podremos dudar acerca de si seguirán los cambios, si se acelerarán o si se detendrán, pero no podemos saberlo de manera certera. Sólo podemos deducir que lo más *probable* es que sigan y se aceleren, como así ha sido hasta ahora. Nada nos indica que no vaya a seguir siendo así. No tenemos, por ahora, ningún indicador concluyente que nos diga que la tendencia vaya a cambiar, por lo menos inminentemente. Y esto es válido tanto para el Cosmos como sobre todo para la sociedad humana. Decir, como dicen muchas personas, presas del dogmatismo

imperante, que las cosas siempre han sido iguales y siempre seguirán iguales, es contradecir la historia, es desconocerla, es fijarse sólo en una ínfima parte de la misma, es tener muy poca amplitud de miras, es afirmar que el terreno es llano por fijarse sólo en una minúscula parte del mismo, es equivalente a decir que la Tierra es plana porque a nuestro alrededor la vemos plana, es ignorar el ADN del Cosmos, de la vida. **El Universo es cambio. El ser humano es cambio. Sin ninguna duda. Se podrá dudar sobre la naturaleza del cambio, sobre sus características, pero no sobre su omnipresencia.**

Queramos o no, la sociedad humana, como el Universo, parece estar condenada al cambio. No podemos escapar de la lógica de que todo cambia. Lo que no tenemos tan claro es si podemos jugar con dicha lógica, si somos capaces de dirigir de alguna manera el cambio, hasta qué punto podemos hacerlo. Lo que no tenemos tan claro es si nuestro destino es ineludible. Probablemente, como el mismo Cosmos, estamos condenados a extinguirnos. Parece muy poco probable que podamos escapar de la ley universal de que todo nace, se desarrolla y muere. Nuestra civilización, como el propio Cosmos, probablemente esté condenada a desaparecer. Este destino final, quizás, sea ineludible, forme parte de unas reglas básicas que no podemos alterar. Pero lo que, tal vez, sí podamos controlar es el momento en que nuestra civilización desaparezca y la forma en que lo haga. Debemos aspirar a posponer ese momento todo lo posible. Debemos procurar sobrevivir todo lo posible, como, por otro lado, es la razón de ser de todo ser vivo, el objetivo supremo de toda especie. Toda especie, todo ser vivo, busca prioritariamente sobrevivir de forma cada vez más eficiente. Busca no sólo seguir sino que también mejorar. El fin último de la vida es perpetuarse todo lo posible. Debemos, por tanto, intentar controlar nuestro destino todo lo posible, aunque el final, el último final, sea ineludible. Todas las personas sabemos que un día u otro moriremos y aun así luchamos por la supervivencia, por ser felices, por controlar nuestras vidas, aunque sepamos que no podemos escapar del final al que estamos condenados. La sociedad humana, igualmente, debe luchar por sobrevivir, por controlar su destino, aunque sospechemos que el destino final sea sólo uno posible. No podemos, quizás, escapar del final pero sí podemos, tal vez, elegirlo. No podemos, quizás, evitar la existencia de un principio y de un final, pero sí, tal vez, controlar algo lo que acontece entre medias. A ese clavo ardiendo debemos agarrarnos.

**El libre albedrío, así, se nos aparece como algo intrínseco a la vida. Está limitado por ciertas reglas básicas de la vida, pero al mismo tiempo forma parte de ésta.**

El libre albedrío sería casi inexistente para las grandes reglas, para las generalidades, pero, sin embargo, abundaría en las pequeñas reglas, en los detalles. Un río está condenado a recorrer su cauce. Pero no todas las gotas de agua pasan por los mismos sitios. Globalmente el río es determinista. Localmente es aleatorio. Mejor dicho, globalmente el río es *bastante* determinista y localmente *bastante* aleatorio. *Bastante* porque no lo son completamente. El cauce del río cambiará a lo largo de los años, pero de una manera más aleatoria. Las gotas de agua del río se comportan de forma bastante aleatoria, no es posible prever con exactitud por dónde pasarán, pero el abanico de posibilidades es limitado. Más allá del cauce del río, de sus límites, la gota, con toda seguridad, no pasará. El Universo, la sociedad humana, cualquier ser vivo, cualquier sistema, pueden así considerarse como entes donde a gran escala (espacial y temporal) predomina (aunque no por completo) el determinismo, pero a

pequeña escala (espacial y temporal) el libre albedrío. Los límites son *bastante* deterministas pero lo que ocurre entre ellos es *bastante* aleatorio. **El libre albedrío existe, pero dentro de unos límites. El libre albedrío está condicionado. No es absoluto, ni nulo. Cuanto mayor sea la escala considerada menos existe. Y, por el contrario, cuanto menor sea la escala considerada más hace acto de presencia.** Pero sobre esta cuestión hablaremos un poco más adelante con más detenimiento. Por ahora, quedémonos con la idea de que el libre albedrío forma parte de la vida misma, incluso del Cosmos.

**En la sociedad humana los cambios están menos limitados que en el Universo porque los humanos somos más complejos.** La naturaleza viva, consciente e inteligente, es más compleja que la naturaleza muerta. El Universo, con el tiempo, tiende a la complejidad. El tiempo es el catalizador de la complejidad. Con el tiempo el Universo produce materia, la materia adquiere conciencia, inteligencia, de tal forma que empieza a influir en el propio Universo de manera cada vez más notoria (hasta el punto en que una especie puede modelar, incluso exterminar su propio hábitat). De un sistema más simple, nacen y se desarrollan sistemas más complejos. En un sistema menos complejo aparecen subsistemas cada vez más complejos. Todo ello producto del tiempo, el constructor de complejidad del Universo. Con el tiempo el Universo se hace más dialéctico, el cambio está cada vez menos limitado, la entropía aumenta. El Universo tiende hacia el desorden. Es decir, hacia el caos. El libre albedrío aumenta. El cambio se retroalimenta a sí mismo. Como vemos, el cambio es inherente al Universo en que vivimos. Es más, es cada vez más inherente. Y ello es debido a la naturaleza dialéctica del Universo. La dialéctica se retroalimenta. La complejidad se realimenta a sí misma. El Universo es como la bola de nieve. Al menos, hasta ahora, se ha comportado como la bola de nieve que cae por la ladera de la montaña. No sabemos si la tendencia futura cambiará. Pero la que ha habido hasta el presente es clara.

Por todo ello, no debemos caer en la trampa ideológica de quienes niegan las evidencias científicas, en todas las ciencias. Evidencias que apuntan, todas ellas, a que **el cambio es inevitable pero controlable, cada vez más controlable.** Quienes afirman que el cambio es imposible, niegan la misma razón de ser del Universo y de todo lo que él contiene. Quienes dicen que el sistema social humano actual es el único posible ignoran el pasado, ignoran la evolución del Universo, de nuestro planeta, de nuestra especie, de nuestras culturas. Y quienes dicen que el cambio sólo es posible de cierta manera, ignoran que el cambio está cada vez menos limitado. Ignoran también el devenir de los acontecimientos a todas las escalas. ¡El cambio sí es posible! ¡El cambio es cada vez más posible! ¡El cambio es cada vez más controlable! Y esto se aplica sobre todo a aquellos sistemas más complejos, como la sociedad humana. **El cambio en la sociedad humana es, más que en ningún otro sistema que conozcamos, posible y controlable.**

Pero no es lo mismo *controlable* que *controlado*. **De lo que se trata es de saber si está controlado, y si es así, quiénes lo controlan y quiénes deben controlarlo.** Que sea controlable no significa que esté controlado ni que lo esté por quien debe estarlo. Quienes nos dicen que el cambio no es controlable son, precisamente, quienes lo están controlando. Nos venden la idea de que no es controlable porque tienen miedo de que el pueblo, la mayoría de la población humana, decida, por fin,

controlarlo. Las minorías dominantes de la sociedad humana actual tienen miedo de perder el control. Son dominantes porque controlan, hasta cierto punto claro, la sociedad y su evolución. Su razón de ser es, precisamente, la posibilidad de control. La misma posibilidad que ellos niegan es la que les hace estar donde están, ser lo que son. **La sociedad entera puede y debe tomar el control del cambio si quiere sobrevivir, y no sólo prosperar como especie. Y la única forma de tomar el control es mediante la *democracia*.** La democracia auténtica nos permitirá tomar el control del cambio a *toda* la humanidad, por su propio bien. ¡Debemos quitarles el control a quienes ponen en peligro a toda la especie por su egoísmo e irresponsabilidad! Pero, para ello, debemos ser primero conscientes de que el control es posible, por limitado que esté, y de que el control puede y debe ser tomado por *toda* la especie, no debe estar en manos de *ninguna* minoría.

Si el Universo en general tiende hacia el desorden, entonces, podría preguntarse el lector, ¿por qué intentar que la economía humana sea racional, ordenada? ¿Por qué luchar contra la anarquía productiva del capitalismo?

En primer lugar, podemos decir que el caos aparente del capitalismo no lo es tanto. Y esto se ve especialmente en momentos de crisis como el actual. La presente crisis tiene como principal causa técnica el modelo del neoliberalismo en que se ha basado la economía mundial en las últimas décadas. La desregulación de la economía, especialmente de la economía financiera, ha posibilitado las burbujas especulativas que ahora han estallado. El neoliberalismo no es un resultado natural e inevitable del capitalismo. Es un resultado probable. Y explicable. No creo que sea casualidad que cuando el modelo del presunto “comunismo” de la Unión Soviética y sus países satélites era ya un fracaso latente, anunciado, un secreto a voces, incluso antes de la caída del muro de Berlín y de la propia URSS, los gobiernos de Reagan en Estados Unidos y Thatcher en el Reino Unido impulsaran el capitalismo en su huída hacia delante. El fracaso del llamado “socialismo real” propició, por lo menos facilitó, el contraataque del capital en la lucha de clases. Contraataque llamado *neoliberalismo*. Éste supone una intensificación y aceleración de la dinámica capitalista. Si las crisis cíclicas son inevitables con el capitalismo, con el neoliberalismo dichas crisis son más frecuentes e intensas. Si en el capitalismo las desigualdades sociales son inevitables, en el neoliberalismo dichas desigualdades se disparan.

En segundo lugar, las medidas de los gobiernos capitalistas frente a la crisis actual, producto a su vez de decisiones gubernamentales en el pasado reciente, demuestran que el capitalismo es sostenido y realimentado activamente desde el poder político, al servicio del capital. El capitalismo tiende a su autodestrucción porque su lógica es inherentemente autodestructiva, tiende hacia el caos porque el libertinaje y la desregulación provocan desorden inevitablemente, pero al mismo tiempo los gobiernos posibilitan el propio desarrollo del capitalismo y evitan una y otra vez su colapso definitivo interviniendo decisivamente en la economía contradiciendo el principio fundamental en el que supuestamente se sustenta el capitalismo. Demostrando así, de paso, que es posible controlar la economía desde la política. Tanto ciertos “marxistas” como los liberales que niegan o minimizan la influencia de la política en la economía desdeñan el devenir de los acontecimientos, cierran los ojos ante la realidad. El Estado capitalista posibilita que las ganancias sean privatizadas, pero socializa las pérdidas. Interviene siempre a favor del capital. Por

tanto, ¿cómo puede asegurarse que no pueda intervenir de otra manera? ¿Por qué sólo puede intervenir de cierta forma y no de otra? El capitalismo existe gracias a la fuerza de voluntad de ciertas personas, de los capitalistas. Igualmente sólo podrá ser superado por la fuerza de voluntad de ciertas personas, de los anticapitalistas. El futuro depende de quién gane la lucha de clases, de quién lleve la iniciativa.

**La naturaleza clasista del Estado se delata especialmente bien en los momentos de crisis.** Así como se conoce de verdad a las personas cuando las cosas van mal, se conoce el verdadero rostro del Estado cuando hay serios problemas. No hay más que fijarse en las medidas de los gobiernos (tanto de “izquierdas” como de derechas) para “combatir” la crisis: contrarreforma laboral, aumento de los impuestos para las clases populares, reducción de salarios, congelación de pensiones, reducción de prestaciones sociales, retraso de la edad de jubilación, rescate masivo de la banca, etc. Y no hay más que ver las medidas que no se toman (recomendadas por ciertos economistas): restitución del impuesto de patrimonio, impuesto a la especulación financiera (tasa Tobin), lucha contra el fraude fiscal (con esta medida ya se obtendría el dinero necesario para cubrir el déficit del Estado provocado por el rescate de la banca, los técnicos de Hacienda españoles hace tiempo que denuncian la falta de voluntad política de los gobiernos para luchar contra el fraude fiscal de las grandes fortunas), abolición internacional de los paraísos fiscales (esto llevaría más tiempo pues requeriría una coordinación internacional, pero podría empezarse por impedir la evasión de capitales a dichos paraísos), subir los impuestos a los más ricos y bajarlos a los más pobres (es decir, invertir la tendencia de los últimos años, hacer los impuestos más progresivos), creación de una banca pública (con el dinero regalado a la banca privada para rescatarla ya se podría haber hecho, no sólo no se ha hecho esto sino que además no se controla el uso del dinero prestado, que no está siendo utilizado para aumentar el crédito a particulares y empresas), abolición de la monarquía (hay quienes plantean la eliminación de ciertos ministerios innecesarios, pero, extrañamente, se olvidan de la institución más inútil y cara), reducción drástica del presupuesto del ministerio de Defensa (España se gasta cada día 50 millones de euros en temas militares), retirada de las tropas de Afganistán, reforma de la ley de financiación de partidos políticos para que éstos gasten mucho menos y, de paso, no menos importante, para que sean independientes del poder económico, es decir, para mejorar la separación de poderes y la democracia. Etc., etc., etc. No sólo los gobiernos, incluso presuntamente de izquierdas, no toman estas medidas, sino que simplemente ni las consideran. Ni siquiera es posible ver estas sugerencias en los grandes medios de comunicación capitalistas. O si se ven es de Pascuas a Ramos. Según los grandes medios, las medidas tomadas por los gobiernos, a instancias de ciertos organismos (de tendencia claramente neoliberal), son las únicas posibles. Y para asentar este pensamiento único, se evita la difusión de las discrepancias, que las hay y cada vez más, en los grandes medios. Tan sólo se da voz sobre todo a pequeñas discrepancias, pero no a las más importantes, a las más interesantes.

Así, la mayor parte de la población se cree el cuento de que no hay otras políticas posibles. De esta manera, las medidas que se toman para supuestamente combatir la crisis no tienen nada que ver con las causas más inmediatas de la misma, que casi todo el mundo reconoce que están relacionadas con la desregulación de la economía financiera. En vez de regular la actividad financiera, se desregula el mercado laboral.

En vez de atacar a las causas de la crisis, se ahonda en sus efectos. Todo con tal de beneficiar cada vez más al insaciable capital. Las crisis se aprovechan para atacar a la clase trabajadora. Las medidas supuestamente tomadas para combatir las crisis son en verdad la continuación, la intensificación, de las políticas que las provocan. Ocurra lo que ocurra las recetas son siempre las mismas. Antes, durante y después de las crisis. Uno puede preguntarse: si esta interpretación que yo hago es incorrecta, si las medidas tomadas son las únicas posibles, si son las mejores, ¿por qué se acallan en los grandes medios de desinformación (vamos a llamarlos por su verdadero nombre) las voces discrepantes? Algunas de estas voces no pueden considerarse como anticapitalistas. Incluso reconocidos premios Nóbel de economía como Paul Krugman o Joseph E. Stiglitz, que además colaboraron con los gobiernos estadounidenses de Reagan y Clinton respectivamente, advierten que las medidas que están tomando muchos gobiernos, lejos de combatir la crisis, la están empeorando. Sin embargo, en los grandes medios no se sabe casi de estas discrepancias. No sólo no es posible escuchar las voces anticapitalistas en dichos medios sino que ni siquiera las voces de ciertas facciones del capitalismo como los neokeynesianos. El dogma neoliberal domina abrumadoramente. Se margina cualquier idea crítica con él. Cuando uno tiene razón, cuando cree que está en lo correcto, cuando desea encontrar las mejores soluciones, no teme el cuestionamiento, el enfrentamiento abierto y de igual a igual entre las distintas ideas, al contrario, lo busca. El hecho de que en los grandes medios no se nos muestre más que ciertas ideas, siempre las mismas, prioritariamente las mismas, debe hacernos sospechar de sus intenciones. Es muy difícil no llegar a la lógica conclusión de que quienes nos afirman que sus políticas son las únicas posibles son muy poco fiables, no actúan con honestidad. Como vemos, la intervención del Estado capitalista, del poder económico, de la prensa, es decisiva para el capitalismo. Más allá de retóricas, de demagogias, los poderes del Estado actúan prioritariamente a favor del gran capital y en contra de los intereses de los trabajadores, del conjunto de la ciudadanía. Nadie mínimamente informado y concienciado puede concluir nada distinto.

**El capitalismo no se hubiera podido desarrollar y mantener sin la intervención decisiva del poder político.** En verdad tenemos un capitalismo sostenido por el Estado, que se convierte en el padre protector del actual sistema económico. El Estado crea las condiciones legales para que el capitalismo se desarrolle (mercado libre y propiedad privada de los medios de producción), el Estado ejerce políticas económicas con la idea de facilitar el funcionamiento del capitalismo (privatizando empresas públicas, desregulando mercados, reformando el mercado laboral para beneficiar al capitalista) y el Estado lo salva cuando está a punto de colapsar (rescatando a la banca, pero no a los trabajadores). No olvidemos, por ejemplo, que en la actual Constitución española, se impone el modelo de libre mercado en su artículo 38. En la actualidad no podría implementarse, por ejemplo, el socialismo sin reformas constitucionales y no olvidemos que estas reformas necesitan ciertas mayorías importantes en los parlamentos. El capitalismo está blindado legalmente en nuestra “democracia”, en nuestro Estado “neutro”. Se acusa a ciertos países de imponer constitucionalmente el socialismo y aquí se nos impone el capitalismo. Sin la intervención activa del Estado, del poder político, detrás del cual se parapeta en verdad el capital, el capitalismo, probablemente, ya se habría extinguido. **El capitalismo se sustenta en un Estado capitalista.** Sin una infraestructura política



capitalista (una oligocracia disfrazada de democracia que impida el desarrollo de la democracia económica), sin unos medios de comunicación capitalistas (que impidan la competencia al pensamiento único capitalista), no habría capitalismo. Incluso, a pesar de la intervención insistente y activa del poder político, del poder económico y del cuarto poder, quizás, el capitalismo tarde o pronto colapse. O quizás no. O quizás colapse la propia civilización humana. Quizás el colapso del capitalismo arrastre a toda la especie humana. ¡No podemos permitirnos el lujo de esperar a que el capitalismo colapse por sí mismo porque tal vez lo haga arrastrando tras de sí a la propia civilización humana! **¡Debemos evitar que el colapso del capitalismo sea sinónimo de la autodestrucción de la humanidad!**

**Las fuerzas anticapitalistas deben luchar contra el poder económico y sus lacayos, el poder político y la prensa, para sustituir a tiempo el modelo económico actual por otro más racional.** El Universo tiende de forma *natural* hacia el caos, pero esto no significa que debemos aceptar como algo inevitable un sistema social caótico, esto no significa que no podamos aspirar a cierto orden en nuestra sociedad. Que el Universo tienda hacia el caos de forma *natural*, sin ninguna intervención, no significa que no pueda intervenir para contrarrestar dicha tendencia. Que vayamos hacia el caos significa que podemos tomar cada vez más el control porque las posibilidades son cada vez mayores, porque el libre albedrío aumenta. Se trata de que *toda* la humanidad tome el control de su destino. Que todo perezca en determinado momento no significa que no debemos luchar por posponer su muerte. Aunque no podamos evitar que nuestra civilización colapse, debemos luchar por retrasar todo lo posible su muerte. Es la ley de la supervivencia a la que debemos someternos. La vida busca en primer lugar perpetuarse. Que yo como individuo sepa a ciencia cierta que un día moriré no significa que renuncie a luchar, debo luchar para morir lo más tarde posible, para vivir mientras de la mejor manera posible. La humanidad debe luchar también por su supervivencia, física y mental. **La lucha anticapitalista es la lucha por la supervivencia de la humanidad porque el capitalismo está acelerando la autodestrucción de la humanidad y su hábitat.**

Volviendo al tema de la dialéctica, veamos algunos ejemplos cotidianos de relaciones dialécticas, que todos podemos percibir. Todo profesor sabe perfectamente que enseñando se aprende. Al enseñar necesitamos ordenar nuestras ideas, para exponerlas debemos comprenderlas mejor, y además, cuando los alumnos cuestionan o preguntan al profesor le obligan a entender mejor lo que debe explicar, le obligan a madurar sus ideas, a asentirlas, a profundizar en ellas. Toda persona que trabaje la mente sabe que para desarrollar las ideas es un buen ejercicio el ponerlas por escrito, el plasmarlas en papel. Las ideas y las palabras se relacionan dialécticamente. Son al mismo tiempo causa y efecto. Las ideas se traducen en palabras, y a su vez las palabras posibilitan el desarrollo de las ideas. ¿Sería posible el pensamiento sin el lenguaje? Tal vez sí, pero desde luego no sería posible desarrollar mucho el pensamiento sin un lenguaje apropiado. Lo tangible se relaciona dialécticamente con lo intangible. Lo material con lo inmaterial. Al materializar el pensamiento en palabras posibilitamos el desarrollo del propio pensamiento. Este mismo libro se ha escrito, como todos mis escritos, como cualquier escrito de cualquier autor, dialécticamente. A medida que he ido escribiendo mis ideas, éstas se han ido desarrollando y a su vez he plasmado en palabras las nuevas ideas más desarrolladas. Escribir y pensar se

realimentan mutuamente. El proceso de plasmar las ideas en el papel realimenta el proceso básico del desarrollo de dichas ideas y a su vez éste realimenta al primero. Escribir es causa y efecto. Pensar es causa y efecto. Pensar provoca que se escriba. Y a su vez, escribir provoca que se piense más. Tan es así que mi intención inicial era escribir un libro y ya voy por unos cuantos, además de escribir bastantes artículos.

Las propias ideas se realimentan también mutuamente. Cuando uno tiene cierta inspiración se produce una auténtica explosión de ideas, una cascada de ideas, una tormenta de ideas. Los anglosajones la llaman *brainstorming*. Incluso este término se utiliza para describir una técnica consistente en reunir a grupos de personas para producir ideas. El proceso creativo se retroalimenta a sí mismo. Es como una bola de nieve. Para escribir este libro, así como para escribir el resto de mis escritos, yo he experimentado ese proceso. Cualquier escritor lo experimenta. Las ideas, por tanto, también se relacionan entre sí dialécticamente. Lo mismo podemos decir con respecto a la actitud y las aptitudes. Ambas se realimentan mutuamente. La actitud permite mejorar y ampliar las aptitudes, y a su vez, el desarrollo de las aptitudes, no sólo el éxito en su desarrollo sino incluso también el fracaso, realimenta a la actitud. Cuando logramos algo por nuestra actitud, ésta aumenta. Cuando nuestras aptitudes mejoran, esto nos invita, nos anima, a seguir con la misma actitud, a incluso aumentarla. Los éxitos nos empujan por el buen camino. E incluso el fracaso nos invita a seguir intentándolo o a redirigir nuestros esfuerzos hacia otras aptitudes que sí puedan mejorarse con éxito. Los fracasos nos posibilitan, si no nos rendimos, si mantenemos una actitud elemental, cambiar de camino. Es muy difícil no encontrar ejemplos en la realidad, en la naturaleza, en nuestras vivencias cotidianas, en la sociedad humana, donde la dialéctica no entre en juego. Las relaciones de simbiosis entre especies animales y vegetales son otro magnífico ejemplo de dialéctica, así como cualquier ecosistema o el clima. La crisis económica que estamos padeciendo en la actualidad es una consecuencia del comportamiento dialéctico de la sociedad humana. El estallido de la burbuja financiera ha salpicado a toda la economía mundial, aunque, por supuesto, no todos los países ni todos los sectores de la economía han sido afectados por igual. Las burbujas especulativas son las bolas de nieve en las que se ha sustentado el crecimiento artificial de las economías capitalistas. Las burbujas, los efectos dominó, los efectos mariposa, son característicos de sistemas altamente complejos donde sus partes se interrelacionan de forma compleja, es decir, de sistemas muy dialécticos.

En este sentido, considerando la naturaleza dialéctica de las cosas, podríamos decir que las ideas y las realizaciones prácticas de los seres humanos son dos aspectos también de lo mismo. Las unas no existirían sin las otras. Dividir la moneda y separar la cara de la cruz es imposible. Pues bien, en esencia, esto es lo que hacen algunos “marxistas” cuando categóricamente aíslan la economía del resto de facetas de la sociedad humana y afirman que la economía precede *siempre* a todo lo demás. Así obvian el carácter dialéctico de la sociedad humana. Se puede discutir si la economía influye más en el resto de facetas de la sociedad que otras facetas o que al revés es influida más que lo que influye, pero lo que es obvio es que en la sociedad humana, como en la naturaleza, como en cualquier ser vivo, como en cualquier sistema complejo formado por partes que se interrelacionan de forma compleja, todo influye y es influido. Se puede ser más influido que influir, pero también se influye además de

ser influido. Se puede quizás identificar una causa última, "original", la base de la relación dialéctica. Pero esto no impide que dicha causa primaria no se convierta, en determinados momentos, en efecto. No impide que los efectos de dicha causa, de dicha madre de todas las causas, se conviertan en causas. Marx y Engels lo que dijeron es que la economía es la materia prima de la sociedad. Que es, en última instancia, el factor que más influye en el resto de factores. Pero esto no quiere decir que a su vez la economía no sea influida por otros factores. Y lo mismo podemos decir respecto de las ideas y las condiciones materiales de existencia. La interpretación del marxismo que hacen ciertos "marxistas", en el sentido de negar que haya ciertas cosas influidas por otras (por ejemplo, la economía o las condiciones materiales de existencia) atentan contra la dialéctica. Y no es probable que Marx o Engels hayan desarrollado sus ideas en contra de la dialéctica, que ellos mismos perfeccionaron a partir del trabajo de Hegel fundamentalmente. Todo lo contrario.

**El hecho de identificar la base de la sociedad, en general la causa última de cierta relación dialéctica, el factor determinante de cierto sistema, no significa que no pueda alterarse dicha causa.** Lo que significa es que si se desea cambiar profundamente el sistema habrá que tratar de atacar a la causa raíz del mismo. **Si deseamos cambiar el sistema social lo más importante es cambiar el sistema económico. Pero esto no significa que haya que esperar a que la economía cambie por sí sola, significa que hay que identificar las causas (aunque sean no "primarias") que pueden alterar la economía, los factores que influyen en la economía.** Si cambiamos sólo ciertas causas secundarias no cambiamos el sustento básico del sistema, podemos lograr ciertos cambios, pero éstos serán sólo parciales o temporales. La base de la sociedad es la economía. Mientras no haya democracia en la base de la sociedad, no habrá democracia en el resto de la sociedad. Por esto, en el fondo, la revolución liberal, consecuencia de la Revolución francesa, consecuencia a su vez de la Ilustración, no funcionó. Porque se limitó a intentar cambiar sólo el sistema político sin alterar en esencia el sistema económico. **La revolución política debe ser acompañada de la económica. Ambas deben realimentarse mutuamente.** La causa última de cualquier sistema debe ser el objetivo para cambiar el sistema. Si bien dicha causa última debe ser alterada desde el factor más fácilmente controlable. Para cambiar la sociedad debemos cambiar el sistema económico, pero debemos empezar por cambiar el sistema político para que desde la política se vaya poco a poco alterando la economía. Y a su vez los cambios en la economía deben realimentar los cambios en la política. Dicho de otra manera la democracia debe desarrollarse primero en el ámbito de la política para liberar a ésta de su sumisión a la economía. La economía debe estar al servicio de la política y la política al servicio de la sociedad en conjunto. Se trata pues en esas relaciones dialécticas entre política y economía, entre política y sociedad, de permutar las causas por los efectos, lo cual no es imposible de acuerdo con la dialéctica, más bien al contrario. **Si desarrollamos suficientemente la democracia política y realimentamos el desarrollo de la democracia, en determinado momento, la democracia llegará a la economía y el desarrollo de la democracia económica a su vez acelerará el desarrollo de la democracia política.**

Volviendo a nuestro símil de la bola de nieve. Si comprendemos cómo funciona el fenómeno de la caída de la bola de nieve por la ladera de la montaña, podemos

intervenir en los factores donde podamos influir, donde podamos tener cierto control, para controlar el fenómeno global según nuestros intereses. En el ejemplo de la bola de nieve la ley de la gravedad es un factor que no podemos controlar, escapa a nuestra voluntad, por mucho que nos empeñemos no podemos alterarla en lo más mínimo, sólo podemos tenerla en cuenta. Sin embargo, sí podemos controlar la caída de la bola. Podemos poner obstáculos en el camino para detener la caída de la bola por la ladera. Podemos frenar dicha caída. Pero también podemos acelerarla. Podemos alisar el camino (disminuyendo así el rozamiento) para que la bola caiga más rápido. Podemos añadir nieve para que crezca de tamaño. Podemos, por el contrario, quitar nieve en la ladera de la montaña para que la bola no crezca, incluso para que decrezca. En suma, identificar relaciones dialécticas entre las cosas nos permite jugar con dichas relaciones, hasta cierto punto, influyendo en aquellas partes que podemos influir, para alterar, hasta cierto punto también, el fenómeno global. Incluso pequeños cambios o la alteración pequeña en ciertas partes del fenómeno pueden producir grandes cambios. Si obstaculizamos la caída de la bola de nieve podemos erradicar el fenómeno. Una pequeña intervención en el fenómeno, en una de sus causas secundarias, no en la *última* o *primaria*, puede incluso poner fin al fenómeno. De esto se trata en la sociedad humana. De identificar la dinámica de la sociedad humana para alterarla influyendo en aquellos factores que podemos en cierta medida controlar. Pequeños cambios en alguna de las causas "secundarias", no "básicas", pueden alterar notablemente la sociedad. Esto sólo podremos saberlo a ciencia cierta probando, experimentando libremente. Mediante el método científico, que sólo será posible en el contexto de la auténtica democracia, podremos ir viendo cómo podemos ir cambiando la sociedad jugando con las distintas relaciones causa-efecto que intervienen en ella.

Para poder alterar globalmente un fenómeno debemos intervenir inicialmente en aquellas partes del mismo donde podamos maximizar nuestra influencia y donde podamos obtener resultados al más corto plazo. Una vez iniciados los cambios habrá que ir influyendo en los diversos factores con el objetivo final de alterar el factor principal. En el caso de la sociedad humana el factor principal es el modo de producción. Alguien que desee contribuir a cambiar el mundo que le ha tocado vivir, si desea cambiarlo realmente, si desea que sus esfuerzos no sean en vano, debe en primer lugar comprenderlo, debe identificar aquellas partes o factores en los que puede influir. Una persona por sí sola no puede cambiarlo. Pero con la fuerza de su voluntad puede contribuir al cambio, incluso, en casos excepcionales, puede influir notablemente. La historia de la humanidad ha estado marcada por ciertos individuos que han ejercido una influencia notable. Repito: que han ejercido una *influencia* notable. Esto es lo máximo a lo que puede aspirar cualquier individuo: a influir notablemente. Infravalorar la voluntad humana es despreciar dicha posibilidad de influencia. Sobrevalorar la voluntad es no considerar que lo máximo que puede lograr cierto individuo es influenciar, es despreciar el límite máximo de dicha influencia. El determinismo niega la posibilidad de influencia. El voluntarismo no considera que la influencia tiene un máximo. Si a dicha influencia no se suma cierto contexto, entonces la influencia es anulada o es estéril. Siempre tenemos de fondo la relación dialéctica individuo-sociedad. Si uno desea cambiar el sistema deberá trabajar en aquellas partes o factores que pueda controlar lo más directamente posible, lo más inmediatamente posible. Un individuo solo no puede controlar el modo de producción

de la sociedad. Pero sí puede estudiarlo, comprenderlo e intentar explicarlo a sus semejantes, intentar a su vez concienciar a sus conciudadanos de que otro sistema es posible y necesario. Y así, con el tiempo, dicho individuo puede contribuir decisivamente a cambiar dicho modo de producción. Por esto, personajes como Marx ejercieron tanta influencia. Porque, con su fuerza de voluntad, posibilitaron la concienciación de muchos ciudadanos y contribuyeron notablemente a cambiar la sociedad, o por lo menos a intentarlo.

Un individuo no puede por sí solo cambiar la sociedad, pero puede influir notablemente en sus semejantes hasta el punto en que entre todos ellos, gracias al esfuerzo de muchos ciudadanos, la sociedad pueda cambiar. **La sociedad no puede cambiar nunca sin la colaboración activa de muchos ciudadanos, de la mayoría, pero el cambio puede nacer en una sola persona.** El germen del cambio puede estar en una persona, pero dicha semilla debe sembrar un terreno suficientemente amplio. Sin semilla no hay cambio, sin la siembra masiva del terreno no hay cambio, y sin un terreno mínimamente fértil tampoco. El terreno son las condiciones objetivas. Y la semilla y la siembra las subjetivas. O bien dicho de otra forma, una persona puede cambiar su entorno hasta cierto punto, pero para que el cambio afecte a toda la sociedad, el cambio local debe hacerse global, debe exportarse a otras personas, a la mayoría de personas. Sin ideas, sin la concienciación, sin las estrategias adecuadas y sin un contexto favorable no hay cambios. Todos los factores cuentan, son todos ellos imprescindibles, aunque no por igual. Si el terreno es infértil no hay nada que hacer. Pero en cuanto el terreno es un poco fértil, ya hay posibilidades. Pero dichas posibilidades sólo pueden fructificar si se trabaja el terreno. Si mediante la voluntad humana lo conocemos, si vemos qué puede germinar en él y si nos esforzamos por cultivarlo de la manera adecuada. Cuanto más fértil sea el terreno menos habrá que trabajarlo, pero siempre hay que trabajarlo.

La siguiente cita del marxista Alan Woods ilustra perfectamente la influencia que pueden ejercer ciertos individuos:

*En la dialéctica, más pronto o más tarde, las cosas se transforman en su contrario. En las palabras de la Biblia, “los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros”. Lo hemos visto muchas veces, especialmente en la historia de las grandes revoluciones. Secciones previamente atrasadas y pasivas pueden ponerse al día de golpe. La conciencia se desarrolla mediante saltos bruscos. Esto se puede ver en cualquier huelga. Y en cada huelga podemos ver elementos de una revolución, aunque en un estado embrionario, no desarrollado. En este tipo de situaciones, **la presencia de una minoría consciente y audaz puede jugar un papel similar al de un catalizador en una reacción química.** En algunos casos, incluso **un solo individuo puede jugar un papel absolutamente decisivo.***

**Muchos supuestos “marxistas” realmente no comprenden el marxismo porque tampoco comprenden la dialéctica. Sin la base no es posible comprenderlo.** Se dedican a repetir como loros lo que dijo tal o cual persona, nos avasallan de presuntos “análisis” que no aportan nada nuevo, y son incapaces de explicar con palabras sencillas lo que significa el marxismo. Por esto caen, entre otras razones, en el dogmatismo. Por su incapacidad de comprensión. Y sobre todo por su actitud

petulante y prepotente de no reconocer que en verdad no lo comprenden. ¡Y encima pretenden imponer sus interpretaciones, posiblemente erróneas, como las únicas posibles, eluden el debate sobre las mismas y se dedican simplemente a censurar a quienes atentan contra sus dogmas! ¡Cuánto daño han hecho y hacen al marxismo esos “marxistas”! Como decía Einstein, *no entiendes realmente algo a menos que seas capaz de explicárselo a tu abuela*. O como decía Engels, *lo que no se sabe expresar es que no se sabe*. Esto podemos entenderlo mucho mejor si recordamos la relación dialéctica entre aprender y enseñar, entre las palabras y las ideas. Algunos “marxistas”, al no comprender en verdad, se dedican a repetir lo que dijeron ciertos personajes sin realmente comprenderlos, sin matizar, sin profundizar, sin dar ejemplos concretos y sencillos. Se dedican a repetir los datos tomados sin procesarlos. Se limitan a repetir lo que otros expresaron porque ellos no se saben expresar, porque en verdad no comprenden. No es lo mismo usar citas para reafirmar las ideas propias o para ilustrarlas, para desarrollarlas, que simplemente usarlas para evitar tener que expresarse por uno mismo, es decir, no es lo mismo usarlas como medio que como fin.

**Es por tanto esencial comprender bien la dialéctica si pretendemos cambiar la sociedad. Si no comprendemos cómo funciona la sociedad entonces es imposible cambiarla.** Pero si no entendemos tampoco en qué consiste la dialéctica tampoco podremos cambiar la sociedad porque ésta es esencialmente dialéctica. **Tanto el determinismo como el voluntarismo pecan de no comprender o no considerar la naturaleza dialéctica de la sociedad, de la relación entre el individuo y la sociedad.** Una vez que comprendemos bien lo que es la dialéctica, podemos emprender el camino para intentar cambiar la sociedad. Éste fue el gran aporte del marxismo. Estableció las bases para comprender la sociedad humana y consecuentemente para poder cambiarla. Pero, como toda ciencia, la ciencia revolucionaria debe proseguir su camino. Debe seguir desarrollando sus teorías mediante el método científico. Pero, insisto, lo más importante, lo primero, es comprender en esencia cómo funciona la sociedad humana. Una vez comprendido de verdad su funcionamiento elemental, entonces se abre la posibilidad de cambiarlo.

Como decía Engels:

*Las fuerzas activas en la sociedad obran exactamente igual que las fuerzas de la naturaleza —ciega, violenta, destructoramente—, mientras no las descubrimos ni contamos con ellas. Pero cuando las hemos descubierto, cuando hemos comprendido su actividad, su tendencia, sus efectos, **depende ya sólo de nosotros el someterlas progresivamente a nuestra voluntad y alcanzar por su medio nuestros fines.** Esto vale muy especialmente de las actuales gigantescas fuerzas productivas. Mientras nos neguemos tenazmente a entender su naturaleza y su carácter —y el modo de producción capitalista y sus defensores se niegan enérgicamente a esa comprensión—, esas fuerzas tendrán sus efectos a pesar de nosotros, contra nosotros, y nos dominarán tal como detalladamente hemos expuesto. Pero una vez comprendidas en su naturaleza, pueden dejar de ser las demoníacas dueñas que son y convertirse, en manos de unos productores asociados, en eficaces servidores. Esta es la diferencia entre el poder destructor de la electricidad en el rayo de la tormenta y la electricidad dominada del telégrafo y del arco voltaico; la diferencia entre el*

*incendio y el fuego que actúa al servicio del hombre. Con este tratamiento de las actuales fuerzas productivas según su naturaleza finalmente descubierta, aparece en el lugar de la anarquía social de la producción una regulación socialmente planeada de la misma según las necesidades de la colectividad y de cada individuo; con ello el modo capitalista de apropiación, en el cual el producto esclaviza primero al productor y luego al mismo que se lo apropia, se sustituye por el modo de apropiación de los productos fundado en la naturaleza misma de los modernos medios de producción: por una parte, una apropiación directamente social como medio para el sostenimiento y la aplicación de la producción; por otra parte, apropiación directamente individual como medios de vida y disfrute.*

Nótese la frase que hace referencia a la voluntad humana. Dice Engels que en cuanto descubrimos las leyes de la sociedad, en cuanto las comprendemos, *depende ya sólo de nosotros el someterlas progresivamente a nuestra **voluntad** y alcanzar por su medio nuestros fines.* **Quienes, en nombre del marxismo, niegan la importancia de la voluntad humana, en verdad no han comprendido lo que dice el marxismo.** Tanto quienes sólo consideran que basta con conocer las leyes de la sociedad pero no las usan, no recurren a la voluntad del cambio, sólo usan su voluntad para comprender la sociedad pero no para cambiarla, como quienes sólo consideran la voluntad para el cambio, sin preocuparse de conocer la realidad, imposibilitan cambiar la realidad. **Los cambios sólo pueden producirse si se cumplen ambas condiciones: si conocemos bien cómo funciona la sociedad, y si usamos nuestra voluntad no sólo para comprender la sociedad sino que también para transformarla.** Eso es lo que dice, en esencia, el marxismo. Todas sus teorías, todos sus postulados, tienen como objeto el conocer la realidad social humana y transformarla. El desarrollo de la dialéctica de Hegel, la disección del capitalismo, el manifiesto comunista, todas las ideas desarrolladas por Marx y Engels tienen como objetivo fundamental conocer el sistema actual para saber cómo transformarlo. No nos sirve de nada conocerlo si a continuación no intentamos cambiarlo. E intentar cambiarlo sin conocerlo es esforzarse en vano. **La comprensión de la sociedad es el medio para transformarla, no es un fin en sí mismo.** Como dijo Marx, *los filósofos se han limitado a interpretar el mundo: de lo que se trata es de transformarlo.* De lo que se trata es de transformarlo. Éste es para Marx el objetivo supremo de todo filósofo, de todo intelectual, de toda persona que se interesa por conocer la realidad humana. Es toda una declaración de intenciones. Todo un canto a la voluntad humana. A la capacidad del ser humano de protagonizar su destino. **Quienes renuncian a transformar la sociedad se olvidan de la razón de ser del marxismo.** Quienes en nombre del marxismo afirman que los cambios vendrán por sí solos, quienes renuncian a luchar por ellos activamente, quienes obvian la fuerza de voluntad, atentan contra el espíritu mismo del marxismo, traicionan su fin último. Cualquier anarquista, al margen de lo acertada o no que sea la forma que tenga de luchar por el cambio, es más fiel al espíritu del marxismo que esos “marxistas” presos del determinismo. Cualquier persona que lucha, que lo intenta, sintoniza más con el marxismo, con su fin primordial, que cualquier otra persona que está paralizada por el estoicismo, que se limita a ser espectadora de los acontecimientos.

Por esto es tan importante, primordial, esencial, comprender la **dialéctica**. **La dialéctica estudia el movimiento, la evolución, la interrelación dinámica entre las cosas, las contradicciones**. Por esto, da una visión más general de la realidad, más fidedigna. Porque la realidad es movimiento. El paso del tiempo influye en todo. Porque la realidad es un todo. Las distintas partes de cualquier sistema, sea éste un ser, una sociedad, el universo, se interrelacionan de forma dinámica, se influyen mutuamente. Nada está separado de nada por ninguna frontera estanca. Nada está libre de influir ni de ser influido. Por esto, no puede afirmarse, entre otras cosas, que *es el avance físico, material y tangible el que **siempre ha precedido y determinado** la evolución de las ideas*. Esto atenta contra los principios elementales de la dialéctica, de la realidad. Cuando Alan Woods dice que los procesos de evolución son como una *espiral abierta de desarrollo, en la que nada se repite nunca de la misma manera*, quiere decir que una causa se convierte en determinado momento en efecto y posteriormente este efecto vuelve a convertirse en causa. Las causas y los efectos se intercambian, pero al intercambiarse ya no son los mismos. Por ejemplo, las condiciones materiales influyen en las ideas, éstas se desarrollan e influyen en las condiciones materiales. Éstas eran causa, se convierten en efecto, son alteradas, y vuelven a ser causa, pero dichas causas ya no son las mismas que la causa original. Esto ocurre así porque los factores que entran en juego en una relación dialéctica van alterándose mutuamente, se van realimentando mutuamente. Los “marxistas” que hacen afirmaciones como la de más arriba no entienden la dialéctica, ignoran la naturaleza dialéctica de la sociedad, siguen impregnados del modo de pensar metafísico, no emplean el modo de pensar dialéctico, sin el que es imposible comprender de verdad el marxismo. Por esto tienden a banalizar el marxismo y, tal vez sin querer, a desprestigiarlo.

Por otro lado, y por no extenderme demasiado, ciertos “marxistas” presentan la forma de producirse los cambios en la sociedad de manera demasiado simple, estructurada, como si hubiera un guión dividido por etapas estancas entre sí. Primero esto y luego esto otro. Los cambios van surgiendo poco a poco, gradualmente. Las cosas en la realidad, y también en la sociedad humana, funcionan de forma dialéctica. Las etapas se entremezclan. El desarrollo de la sociedad es desigual, conviven distintos modos de producción (se considera que hay tal modo de producción en una sociedad cuando pasa a ser mayoritario, pero no suele ser el único por mucho tiempo), ciertas contradicciones siguen y no se resuelven como otras. **Unos factores realimentan a otros. Todo se interrelaciona con todo. Los factores se realimentan mutuamente, son a la vez, o si se quiere sucesivamente, causa y resultado**. La economía influye en la política pero también al revés. Las condiciones materiales influyen en las intangibles, como las ideas, pero también al revés. Si todo fuese tan mecánico como dicen algunos “marxistas” (que, según mi parecer, realmente no comprenden el marxismo), tan “lineal”, tan “unívoco”, en un solo sentido, la historia no existiría, el hombre sería sólo una víctima de ella y no su protagonista. No existirían las involuciones. Marx y Engels, a pesar de sus errores, que también los cometieron, tuvieron el gran mérito de poner las cosas en su sitio. De dar la importancia adecuada a las cosas. Demostraron lo que ahora nos parece a todos obvio: el contexto material *condiciona* notablemente, la economía es la *base* de la sociedad y por tanto es el *principal*, que no único, factor a tener en cuenta. Dieron la importancia que se merecía, premeditadamente olvidada, a la economía, a las condiciones materiales de



existencia. Pero ellos mismos cometieron el error, en determinados momentos, de darle demasiada importancia, de pasar de un extremo al otro, como ellos mismos reconocieron.

En definitiva, **los cambios sólo se producen si los factores objetivos y los factores subjetivos se dan en suficiente cuantía** (aunque no podemos saber a ciencia cierta cuál debe ser dicha cuantía mínima). Ambos tipos de factores son imprescindibles. Marx, Engels, Lenin o Trotsky comprendieron esto perfectamente. Por esto, además de preocuparse por conocer la realidad, por analizarla para ver si se cumplían los factores objetivos favorables al cambio, trabajaron tanto, activamente, con la fuerza de su voluntad, para aumentar la conciencia de clase, para organizarse, para hacer propaganda ¿Hubiera sido posible la revolución rusa sin la propaganda bolchevique? En definitiva, trabajaron para sumar a aquellos factores objetivos los factores subjetivos necesarios para posibilitar el cambio. **El cambio se produce también por la voluntad de los hombres**, por el uso de su margen de libertad, aunque, INDUDABLEMENTE, ésta no es infinita, no existe aisladamente en el mundo de lo intangible, es también un producto de las condiciones materiales de existencia. Pero las condiciones materiales no lo explican todo al cien por cien, de forma automática, no son totalmente determinantes, no son siempre causa. ¿Cómo se explica sino que Marx o Engels, que no eran proletarios, lucharan por la emancipación del proletariado? Sus condiciones materiales de existencia no eran precisamente favorables a dicha lucha. Engels era un burgués. ¿Cómo se liberó de sus condiciones materiales? Por su fuerza de voluntad. Porque los seres humanos, aunque condicionados, y mucho, por nuestras circunstancias, por el sistema en el que vivimos, por nuestra situación económica, podemos, a veces, “liberarnos” de las mismas, hasta cierto punto. Según lo veo yo, Marx y Engels no liquidaron el libre albedrío, simplemente lo limitaron, lo pusieron en su sitio, lo relativizaron, lo condicionaron.

Recordemos algunas citas de ambos intelectuales al respecto:

*La libertad no se realiza en la esfera del saber, sino en la realidad física.* Karl Marx.

*Hegel ha sido el primero en exponer rectamente la relación entre libertad y necesidad. Para él, la libertad es la comprensión de la necesidad. "La necesidad es ciega sólo en la medida en que no está sometida al concepto." La libertad no consiste en una soñada independencia respecto de las leyes naturales, sino en el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad, así dada, de hacerlas obrar según un plan para determinados fines. Esto vale tanto respecto de las leyes de la naturaleza externa cuanto respecto de aquellas que regulan el ser somático y espiritual del hombre mismo: dos clases de leyes que podemos separar a lo sumo en la representación, no en la realidad. **La libertad de la voluntad no significa, pues, más que la capacidad de poder decidir con conocimiento de causa.*** Friedrich Engels.

*Cuanto más libre es el juicio de un ser humano respecto de un determinado punto problemático, con tanta mayor necesidad estará determinado el contenido de ese juicio; mientras que la inseguridad debida a la ignorancia y que elige con aparente arbitrio entre posibilidades de decisión diversas y*

*contradictorias prueba con ello su propia libertad, su situación de dominada por el objeto al que precisamente tendría que dominar. **La libertad consiste, pues, en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza exterior, basado en el conocimiento de las necesidades naturales; por eso es necesariamente un producto de la evolución histórica.*** Friedrich Engels.

En ningún caso veo yo que ambos intelectuales nieguen la libertad del individuo, la voluntad humana, el libre albedrío. Sin embargo, ellos lo redefinen de alguna manera. Vienen a decir que la libertad, como las ideas en general, está condicionada por la realidad, por las condiciones materiales de existencia. En esto consiste básicamente su enfoque materialista. En dar preponderancia a lo material, en decir que lo material influye más en lo espiritual que al revés. En contra de lo que algunas interpretaciones del marxismo afirman, según yo interpreto, ni Marx ni Engels niegan el libre albedrío. Al contrario. Reafirman su existencia pero lo condicionan a lo material, a la necesidad. Combaten cierta concepción idealista del mismo. **No tenemos libre albedrío absoluto. Pero tampoco es nulo.**

De hecho, ellos lo practicaron para poder hacer su trabajo. Sin él no hubieran podido hacer lo que hicieron. De hecho, este mismo libro, como todos los libros, como cualquier obra u acto humano, es producto de la combinación entre las condiciones de existencia, tangibles e intangibles, de la sociedad del momento y el libre albedrío de los individuos. La sociedad actual ha posibilitado que los trabajadores estemos cada vez mejor formados, a pesar de que el objetivo no es que pensemos y razonemos sino que estemos bien entrenados para la labor técnica a desempeñar. Como decía Marx, *el sistema capitalista no precisa de individuos cultivados, sólo de hombres formados en un terreno ultraspecífico que se ciñan al esquema productivo sin cuestionarlo.* El problema para el capitalismo ha surgido en cuanto la tecnología se desarrolló de tal manera, hasta tal grado en que los trabajadores debieron ser cada vez mejor formados por cuanto el trabajo intelectual de las nuevas tecnologías así lo requería. El obrero mental necesita estar mejor formado, incluso mínimamente cultivado, para desempeñar su trabajo. Si bien aquella afirmación de Marx sigue siendo esencialmente válida, por lo menos en cuanto a las intenciones del capitalismo de formar mínimamente a los obreros con el único objetivo de que desempeñen su labor dentro del engranaje del sistema económico capitalista sin cuestionar a éste, el desarrollo de la tecnología ha obligado al capitalismo, muy a su pesar, a formar mejor a los trabajadores. Y esto ha producido como efecto secundario indeseado el que éstos piensen más y mejor, el que puedan concienciarse más y mejor, el que puedan cuestionar al esquema productivo para el que han sido entrenados, al menos potencialmente. Siempre en la sociedad hay tendencias contrapuestas, además de inercias. En este sentido, esa potencialidad de los trabajadores, ese peligro de que adquieran mejor y mayor conciencia, como resultado de estar mejor formados, es combatido con un control social más sofisticado y perfeccionado por parte de las élites a través de los medios de comunicación de masas fundamentalmente. Sin embargo, dicho control está siendo amenazado por, quizás, el segundo invento más importante de la humanidad tras la imprenta: Internet.

La revolución de las comunicaciones, sobre todo la que representa Internet, ha generado el peligro de la revolución social mundial. Peligro del que son muy conscientes las élites que nos dominan. La democratización de las ideas y de las

opiniones que representa la Red de Redes amenaza a las élites con la revolución política democrática, con la democratización de toda la sociedad. Parafraseando a Marx en su famoso *Manifiesto Comunista* publicado en el siglo XIX, podríamos decir que **en el siglo XXI un fantasma recorre el mundo: el fantasma de la auténtica democracia**. El desarrollo de la tecnología, en especial Internet, ha posibilitado que cualquier ciudadano corriente pueda acceder a cualesquiera ideas e informaciones, incluso que pueda expresar sus ideas y lanzar su mensaje en la botella para que otros ciudadanos de cualquier lugar del mundo puedan leerlo. Pero, además de un contexto, sobre todo tecnológico, más o menos favorable, mi libre albedrío ha hecho que yo decidiera usar las posibilidades técnicas que me brinda el sistema en cierto sentido, de cierta manera, con cierto objetivo. ¡Y justo en contra del uso promocionado insistentemente por los grandes medios de comunicación! El contexto tecnológico ha sido favorable para que yo escriba este libro, pero el contexto social, político, ideológico, desde luego, no. Es muy difícil, por no decir imposible, explicar esto de una manera convincente negando la existencia del libre albedrío.

Los grandes medios, especialmente la televisión, que se empeñan en demonizar a Internet, en banalizar su uso, que se empeñan en que la usemos sólo para cuestiones de menor importancia, no han podido impedir que cada vez más gente la use para informarse mejor, para concienciarse más y mejor, para incluso colaborar activamente. Yo, como tanta gente, como cada vez más gente, he decidido implicarme. No sólo “consumir” ideas e informaciones, sino que procesarlas, “emitir” también ideas. No sólo concienciarme más y mejor, sino que también contribuir a la concienciación de mis conciudadanos. Internet, la tecnología informática en general, posibilita no sólo el ser espectador, sino también actor. Es un medio, una tecnología, que fomenta la interactividad, la comunicación bidireccional, la actitud activa y por consiguiente también el activismo. Esto era casi imposible hasta ahora con la televisión, la radio y la prensa escrita tradicional. Si no existiera Internet, si no existieran las actuales posibilidades de la informática, si el capitalismo no hubiese llegado al estado al que ha llegado, este libro, casi con toda seguridad, no existiría. Pero si yo no tuviera cierto margen de maniobra, cierta soberanía personal, cierto poder de decisión propio, en definitiva, cierto libre albedrío, tampoco se hubiera escrito este libro. Este libro es, cómo no, producto de la relación dialéctica entre el individuo, en este caso quien escribe estas líneas, y la sociedad en la que vive. Y como la sociedad actual es también un producto de su evolución, como el presente es un producto del pasado, este libro es también un producto de la historia de la humanidad, como cualquier otro libro, como cualquier obra u acto de cualquier individuo. Es, en suma, el resultado lógico de un proceso histórico en el que tanto el contexto social como el libre albedrío de cada individuo juegan su papel.

Resultado lógico, pero no inevitable. Probable, pero no seguro. El libre albedrío, el uso que se haga de él, es el que hace que no sea inevitable, que no sea seguro. **Los cambios (a mejor) no son inevitables, no están garantizados**. Aun admitiendo que el cambio sea inevitable porque vivimos en un Universo cambiante por naturaleza, el sentido del cambio, a mejor o a peor, no es inevitable. De hecho, a lo largo de la historia, la humanidad no ha podido evitar el cambio, pero éste ha sido a veces a mejor y otras veces a peor. Hemos tenido revoluciones e involuciones. Sólo si la mayoría fomenta los cambios, como mínimo los apoya, por activa o por pasiva, serán

posibles. Sólo si la mayoría decide usar el libre albedrío de que dispone para cambiar las cosas, la sociedad cambiará. El trabajo que hagamos ciertas minorías para cambiar las cosas es estéril si las mayorías no se apuntan al cambio. Si, además, como ya dije, no existen también condiciones objetivas maduras para el cambio. **La sociedad evolucionará en un sentido o en otro dependiendo de quién lleve la iniciativa, si las minorías dominantes o las mayorías dominadas. Dependiendo, entre otras cosas, de quién haga un uso más intensivo de su libre albedrío, de su fuerza de voluntad. La iniciativa es hija de la fuerza de voluntad.**

Quien niega o minimiza la importancia de la fuerza de voluntad es porque no la ha necesitado. Que les pregunten a quienes han tenido que superar graves adversidades en su vida qué hubieran hecho sin su fuerza de voluntad. Que le pregunten al montañero, al deportista, al estudiante, al ingeniero, al científico, al artista, al artesano, al mañoso, qué hubiera hecho sin la suficiente perseverancia, sin motivación. Que les pregunten si es más importante la actitud o las aptitudes. La mayor parte de las veces en la vida es más importante la actitud, el esfuerzo, la fuerza de voluntad, que las aptitudes, el querer que el poder. Como decía Beethoven, *el genio se compone de dos por ciento de talento y noventa y ocho por ciento de perseverante aplicación*. Por supuesto que tampoco hay que caer en el extremo de pensar que con voluntad todo es posible. Pero sin suficiente voluntad es casi imposible hacer nada. Incluso la actitud desarrolla las aptitudes. Si uno tiene la actitud de humildad, de búsqueda activa permanente de la verdad, indudablemente, aprende más, desarrolla más sus aptitudes. Si uno *quiere*, indudablemente, con el tiempo, *puede* casi siempre más que si no *quiere*. **La actitud es la base. Sin ella no hay nada que hacer. Aunque sólo con ella tampoco basta. Es el ingrediente fundamental, pero no el único.** Quienes caen en el extremo de negar la importancia de la fuerza de voluntad de los seres humanos son quienes más imposibilitan el cambio, más incluso que aquellos ilusos que piensan que con la voluntad basta. Por esto Marx dijo que la peor lucha es la que no se hace.

**La verdad no está recluida en tal o cual teoría.** En el marxismo, en el anarquismo, en la socialdemocracia, en las ideas de la Ilustración, en el liberalismo, e incluso en ideologías tan deleznable como el fascismo, encontraremos diversas verdades. ¡Sí, incluso en el fascismo o en el nazismo! Por esto, mucha gente, entre ellos muchos trabajadores, sucumbieron ante él, y lo que es peor, quizás vuelvan a sucumbir en los tiempos que se nos avecinan. Porque sus mentiras, sus peligrosas mentiras, estaban, están, entremezcladas con ciertas verdades. Encontraremos verdades en unas teorías más que en otras. Pero la verdad no es monopolio de nadie. No existe la verdad absoluta. Y si existe, nadie es capaz por sí mismo de alcanzarla. **La verdad está distribuida, aunque no uniformemente distribuida.** Lo que para algunos es verdad para otros no lo es y viceversa. Hay ciertas verdades objetivas y otras subjetivas. Y esto es sobre todo cierto por cuanto respecta a las ciencias humanas, inherentemente inexactas. Si uno busca la verdad debe hacerlo en todos los sitios posibles. No debe cerrarse la mente. Marx y Engels desarrollaron sus teorías a partir de las teorías que les precedieron (como así ha sido siempre a lo largo de la historia), corrigiéndolas, ampliándolas, aportando a su vez nuevas ideas. Fueron muy influidos por las ideas de la Ilustración. Siempre mostraron gran admiración por, como decían ellos, “La Gran Revolución Francesa”. **La evolución intelectual es imposible sin la actitud**

**adecuada.** Muchos “marxistas” no tienen la actitud adecuada (de hecho tienen la opuesta a la que tuvieron los creadores de su nueva “religión”) y contribuyen notablemente a enterrar al marxismo, que tantas ideas correctas e interesantes aportó. Una teoría que no es corregida, que no es despojada de sus errores, que no es profundizada, ampliada, tarde o pronto, muere en el olvido. El mejor favor que se puede hacer para que sobrevivan los aciertos de dicha teoría es despojarla de los errores que la “ensucian”. **Cuestionar una teoría, ejercer una crítica seria y constructiva, reconocer sus aciertos pero también sus errores, es contribuir a su evolución, a que crezca, a que siga viva.**

Y uno de los grandes aportes del marxismo fue, sin duda, el enfoque dialéctico de la comprensión, y también de la transformación, de la sociedad humana. Teniendo en cuenta la naturaleza dialéctica de la sociedad, debemos jugar con la interrelación entre el individuo, entre la voluntad de los individuos, y las condiciones, el contexto que ellos se encuentran inicialmente. **La voluntad humana es el catalizador subjetivo del cambio.** Debemos partir de la voluntad (porque es el factor que más podemos controlar directa e inmediatamente), debemos intervenir primero influyendo en la voluntad de los individuos para a continuación ir alterando el contexto para que el desarrollo en espiral se produzca, para que la voluntad, causa inicial, se convierta también en efecto, para que el contexto pase de efecto a causa, y así sucesivamente. Dicho de otro modo, para que la voluntad se vea a su vez realimentada por el contexto y vuelva a realimentar sucesivamente a éste. El cambio es como la bola de nieve. Los factores que se interrelacionan deben realimentarse mutuamente en el sentido que deseemos. Como los cambios no se producen sólo mediante la voluntad de cada individuo, pero como tampoco ésta es nula, de lo que se trata es de encauzar dicha voluntad para construir el contexto adecuado que posibilite que los cambios se lleven a cabo, se realimenten a sí mismos. **La voluntad puede servir no tanto para, de la noche a la mañana, crear una sociedad nueva, lo cual es imposible, sino que para invertir la tendencia de la evolución social. Para pasar de una etapa de involución a una nueva etapa de revolución. Siempre que se den unas mínimas condiciones objetivas. Es posible rebelarse frente al sistema, pero para cambiarlo es necesario, además, construir la infraestructura, el contexto, que realmente, que facilite, los cambios.**

Volviendo al símil de la bola de nieve, además de *provocar* la caída de la bola, debemos *facilitar* la caída, debemos *alisar* el *camino*, *suministrar* la suficiente *nieve* para que la bola siga creciendo y cayendo. *Provocar, facilitar, alisar, suministrar*, tienen que ver con la voluntad humana, con los factores subjetivos. Y *nieve* y *camino* tienen que ver con el contexto, con las condiciones materiales, con los factores objetivos. La voluntad humana nos permite intervenir para provocar el fenómeno (caída de la bola de nieve, cambio social) pero también para mantenerlo o acelerarlo, alterando aquellos factores que afectan al fenómeno, alterándolos de la manera adecuada para conseguir el resultado deseado. Con suficiente voluntad, provocando el fenómeno y alterando el contexto de la manera adecuada, dicho fenómeno puede ser controlado y llevado al resultado deseado. En esto consiste esencialmente la *política*, en alterar, en controlar, el funcionamiento de la sociedad para obtener cierto resultado. Quienes dicen que la economía va por sí sola, que es la causa siempre, niegan la política, imposibilitan que ésta afecte a la economía, el motor de la sociedad. Y esto lo

hacen tanto los neoliberales como ciertos “marxistas”, todos ellos presos del economismo, del determinismo económico.

Esto es algo que podemos observar en nuestros días ante las propuestas neoliberales para “combatir” la crisis. El credo neoliberal impone ciertas recetas porque dice que son las únicas posibles. Por cierto, contradiciéndose a sí mismo. Porque al mismo tiempo que nos dicen que las leyes de la economía son las que son y que no es posible oponerse a ellas, los profetas del credo económico dominante propugnan ciertas políticas, ciertas medidas. Pero, si la economía va por sí sola, si tiene sus reglas inmutables, ¿por qué intervenir? Incluso quienes niegan en cierta medida la política (liquidando de paso la democracia, sometiendo la voluntad *popular*, la poca que tenemos, a la voluntad de los *mercados*), la utilizan para sus intereses, contradiciéndose a sí mismos, poniéndose en evidencia. Quienes nos dicen que la economía manda y que debemos someternos a sus leyes, intervienen en ella cuando les interesa, en cierto sentido pero no en otros, y nos dicen que sus intervenciones son las mínimas necesarias y que no es posible intervenir más, ni de otra manera. Pero, ¿cómo podemos saber si al intervenir más no podemos conseguir influir más en la economía?, ¿cómo podemos saber si no hay otras intervenciones posibles? Sólo podemos saberlo probándolo en la práctica, sólo podemos saberlo si aplicamos el método científico, el contraste libre y de igual a igual entre las ideas, entre todas las ideas, y entre la teoría y la práctica. Como en cualquier otra ciencia. El problema es que los mismos que nos aseguran que sus ideas son las únicas realizables, se niegan al debate científico con quienes les cuestionan, impiden que otras políticas puedan probarse. Remito al artículo [Otro sistema es posible](#). La economía es la causa última, pero también es en determinados momentos efecto. Si no fuera así la política no tendría razón de ser. Si no fuera así la *economía política* no existiría, la *política económica* no haría lugar.

En todo caso, para zanjar esta disertación Determinismo vs. Voluntarismo, podríamos distinguir entre el determinismo fuerte y el determinismo débil. Como se nos explica en la Wikipedia:

*El **determinismo fuerte** sostiene que no existen sucesos genuinamente aleatorios o azarosos, y en general el futuro es **potencialmente** predecible a partir del presente (aunque lógicamente predictibilidad y determinación son independientes, ya que la primera requiere además cierto tipo de conocimiento de las condiciones iniciales); mientras que el **determinismo débil** sostiene que es la **probabilidad** la que está determinada por los hechos presentes, o que existe una fuerte correlación entre el estado presente y los estados futuros, aun admitiendo la influencia de sucesos esencialmente aleatorios e impredecibles.*

*Dado que las ciencias sociales estudian tanto la conducta individual, como la conducta de sistemas formados por diversos individuos, existen formas de determinismo que sostienen que el comportamiento global del sistema es determinista (sin afirmar nada sobre el determinismo de los individuos) y formas más radicales que sostienen el determinismo incluso a nivel de individuo. Algunos autores, como Marvin Harris, que no son estrictamente deterministas, han planteado la posibilidad de un **determinismo probabilista**,*

*por el cual no serían los hechos en sí mismos lo que está determinado sino la probabilidad de que un sistema social evolucione en un sentido u otro.*

*Existen varias teorías que postulan alguna forma de determinismo para la evolución de los sistemas sociales. En general, estas teorías postulan alguna forma de determinismo débil, justificando el determinismo no tanto por el hecho de que el comportamiento de los individuos pudiera ser determinista, sino por el hecho de que la propia estructura y las restricciones de los sistemas son lo que producen determinismo, aun cuando los individuos puedan estar dotados de libre albedrío.*

*El **determinismo económico** afirma que la evolución de las sociedades está gobernada o restringida por factores económicos. El filósofo Karl Marx sugirió que las estructuras sociales están fuertemente condicionadas por factores económicos y el modo de producción, a su vez determinado por la tecnología (las fuerzas productivas). Esta posición no debe confundirse con el determinismo económico strictu sensu (la diferencia está en "condicionar" frente a "determinar" completamente).*

Parece pues que, según las teorías más aceptadas, **la sociedad humana se comporta de acuerdo con cierto determinismo débil**. Por otro lado, según los autores del artículo dedicado al determinismo de la Wikipedia, **el marxismo estipula un determinismo económico débil**. Es decir, no niega el libre albedrío. En este sentido, dichos autores interpretan el marxismo de la misma manera que yo. Lo cual no significa necesariamente que ésta sea la única interpretación posible, ni la válida. A mí particularmente, me concuerda más con lo observado, con la historia, la teoría del determinismo débil de la sociedad humana. A mí me parece, por lo que ya he explicado a lo largo de las páginas anteriores, que el libre albedrío, aunque limitado, existe, que la sociedad humana no se comporta de una forma absolutamente determinista, que el determinismo fuerte no se aplica para el comportamiento humano. Pero aun así, incluso admitiendo que la sociedad fuera completamente determinista, incluso que el individuo se comportara de forma totalmente determinista, es tan difícil, por no decir imposible, conocer todas las condiciones iniciales, todos los factores que influyen en el comportamiento del individuo y de la sociedad, que, de facto, sólo podemos explicarlo y preverlo desde el punto de vista probabilístico. Muchas veces los sistemas deterministas nos parecen aleatorios porque no somos capaces de conocer todas las causas que influyen en los efectos. Por esto, aun admitiendo que en el fondo no sean aleatorios, sólo podemos estudiarlos mediante las herramientas de la estadística, sólo podemos aspirar a conocer las probabilidades de los acontecimientos. Sea como fuere, ya sea porque el libre albedrío en verdad existe por el carácter no absolutamente determinista del individuo ni de la sociedad, ya sea porque el libre albedrío represente a aquellos factores desconocidos del individuo totalmente determinista, perteneciendo a una sociedad totalmente determinista, debemos tener en cuenta, nos guste o no, al libre albedrío. Debemos considerar que **el comportamiento humano, y por extensión el de la sociedad humana, tiene una componente determinista, predecible, y una componente aleatoria, imprevisible. Esta última es la que podemos asociar al libre albedrío**. El libre albedrío sería, por tanto, la componente aleatoria del comportamiento de los individuos, causa última, a su vez, de que la sociedad se comporte de forma semialeatoria.

Al margen de las dudas que podamos tener en cuanto a la naturaleza determinista o aleatoria de la sociedad humana, de lo que no parece haber dudas es de su carácter dialéctico. La sociedad es indudablemente un ente complejo formado por muchos individuos complejos que se interrelacionan de forma compleja. De hecho, el carácter dialéctico del ser humano, de la sociedad humana, puede considerarse la causa de la imposibilidad de prever de forma totalmente segura, absolutamente certera, su comportamiento. La dialéctica, incluso podríamos decir que la intensa naturaleza dialéctica de la sociedad humana, sería la causa última del carácter semialeatorio del individuo y de la sociedad humana, de la imposibilidad de conocer con exactitud el comportamiento de los individuos así como del conjunto de ellos, de que las ciencias humanas sean inexactas. La naturaleza dialéctica de la sociedad, la visión de ésta como un ente altamente dialéctico concuerda mucho más con su naturaleza aleatoria, con la existencia del libre albedrío. Por lo que a mí respecta, **la sociedad humana, como el individuo, es dialéctica, tiene una componente determinista y otra componente aleatoria. El libre albedrío del individuo existe, aunque está limitado y condicionado por el contexto social y material.** A este libre albedrío es al que debemos agarrarnos para intentar cambiar tanto al individuo como a la sociedad en conjunto. Mientras tengamos cierto poder de decisión, cierto margen de maniobra, agarrémonos a él, explotémoslo al máximo. ¡Venga de donde venga! ¡Sea cual sea su causa!

Por consiguiente, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, por lo menos sin mucho temor a equivocarnos (todo cuadra, tenemos todos los motivos para decirlo, todas las evidencias para afirmarlo), que los cambios a mejor (o a peor) no son inevitables, pueden ser más o menos *probables*, pero no están *garantizados*, no son *seguros*. Podemos admitir que los cambios son inevitables puesto que nuestro Universo, y por tanto todo lo que hay en él, es cambiante. Pero el sentido de los cambios no es inevitable. Puede estar escrito el destino en cuanto a que la sociedad humana, como el propio Universo del que forma parte, inevitablemente, cambiará. Pero el destino no está escrito en cuanto a cómo cambiará, en cuanto a si cambiará en un sentido u otro, a mejor o a peor. Y esto, como ya dije, se aplica especialmente a la sociedad humana. **Si queremos que la sociedad humana cambie a mejor, debemos luchar activamente para que así sea. Debemos usar al máximo el libre albedrío del que disponemos. Incluso debemos aspirar a aumentarlo. Debemos controlar el cambio. Su sentido, su intensidad. Debemos provocarlo o invertirlo. Debemos realimentarlo en el sentido que nos interese.**

En el momento histórico actual se están produciendo cambios, como así ha sido casi siempre a lo largo de la historia humana. El problema es que los cambios actuales son a peor. Estamos en plena fase involucionista. Debemos intervenir para invertir la tendencia. Debemos transformar la involución en revolución. Y esto sólo será posible si el pueblo retoma la iniciativa. El sentido del cambio depende de quién tome la iniciativa en la sociedad. Lo que está ocurriendo actualmente no es un producto inevitable de la evolución humana. Los cambios no vienen por sí solos. Por lo menos, no todos los cambios. Por lo menos, no estos cambios que estamos viviendo. Son provocados. Las contra-reformas laborales las promueve, las apoya y las aprueba alguien, no nacen de la nada. No son un producto *espontáneo* de la evolución del modo de producción económica. Y si los cambios, por lo menos muchos de ellos, son



provocados por alguien, entonces esto significa que pueden revertirse, que se pueden provocar otros cambios, en otro sentido. Esto es algo que todos los ciudadanos debemos tener muy claro en todo momento. No debemos someternos a la falacia de que el destino de la humanidad sólo puede ser uno, el que nos marquen las élites que nos dominan en la actualidad. Por la forma que tienen ellas mismas de actuar, puede deducirse justo lo contrario. Ellas que nos dicen que la economía, que el sistema social, sólo puede evolucionar de una sola forma, “casualmente” de la manera que a ellas más les conviene, ¡bien que se guardan de no perder el control!, ¡bien que se empeñan en forzar los cambios que a ellas interesa!, ¡bien que insisten en que la sociedad evolucione como ellas dicen que, inevitablemente, sólo puede evolucionar! Ellas que nos venden un futuro que ya está escrito, ¡bien que se empeñan en escribirlo!, ¡bien que procuran, por todos los medios, que sólo puedan escribirlo ellas!

Por tanto, **desterremos de una vez por todas de nuestras mentes la idea de que el cambio en la sociedad humana es imposible o sólo puede ocurrir de una sola manera.** Concienciémonos de una vez por todas de que otro sistema es posible, además de necesario. Y pongamos entre todos toda la carne en el asador para construir nuestro propio futuro, para protagonizarlo, como así nos corresponde. **¡El cambio es posible, es necesario, pero su sentido no es inevitable, debemos trabajarlo activamente!** Todo apunta a esto que acabo de decir. Cuanto más pensamos, cuanto más razonamos, cuanto más recordamos, cuanto más observamos, cuanto más contrastamos, más asentamos esta conclusión que acabo de exponer. No tenemos NINGÚN motivo serio, NINGÚN argumento contundente, NINGUNA evidencia empírica clara, que nos diga que el cambio es imposible o que nos diga que el cambio sólo puede ocurrir de cierta manera. Repito: NINGUNOS. E incluso aunque tuviéramos dudas, que no las tenemos en cuanto analizamos suficientemente, éstas sólo podrían disiparse con la práctica. **Mientras no podamos conocer y probar todas las ideas en igualdad de condiciones, no podremos saber a ciencia cierta si serán posibles los cambios y cuáles serán posibles.** Esto es simplemente el ABC del método científico. Y eso sólo será posible en el marco de la auténtica democracia. La teoría nos dice YA que no hay NINGÚN indicio serio de que los cambios no puedan producirse en el sentido que deseamos, y aún no hemos podido probar en la práctica suficientemente todas las ideas posibles. Entre otros motivos, porque unas se imponen artificialmente sobre otras, porque no podemos conocerlas todas, porque no tienen las mismas oportunidades. Por tanto, no debemos tener NINGUNA duda al respecto: no podemos concluir, no podemos sospechar siquiera, que los cambios son imposibles o que sólo pueden ocurrir en cierto sentido. Todo lo contrario.

Una vez que tengamos del todo claro todo esto, es decir, que seamos conscientes de la necesidad y de la posibilidad de cambiar el sistema en el sentido que deseamos, recordando siempre que estamos limitados, condicionados, centrémonos en *cómo* implementar los cambios, en *cómo* forzarlos, en *cómo* controlarlos. No deberíamos tener dudas a estas alturas en cuanto al *por qué*, al *qué*, o al *cuándo*. Debemos forzar y controlar los cambios *porque* la humanidad está en juego, *porque* la civilización humana se la juega, *porque* la sociedad está degenerando hasta el punto de ponerse en peligro de autoextinción, *porque* una especie inteligente debe aspirar siempre a vivir mejor, por lo menos a seguir viviendo. ¿Qué cambios se necesitan? El desarrollo

pleno de la democracia. Debemos luchar por la democracia porque es la única manera de que el control lo tenga la humanidad por completo. *¿Cuándo* deben producirse los cambios? Ya. Cuanto antes. No podemos seguir esperando a que las cosas degeneren todavía más. Nuestro hábitat, nuestra especie, están en peligro de extinción. En mis otros escritos hablo de la importancia de la democracia, de cómo ésta puede desarrollarse, de cómo luchar por ella. Hablo del *por qué*, del *qué*, del *cuándo*, del *dónde*, incluso del *cómo*. La lucha debe ser colectiva e individual.

**El cambio es un proceso dinámico, dialéctico, por tanto, debemos intervenir a lo largo del fenómeno en aquellos factores que ejerzan de causa en determinado momento, en aquellas partes que provoquen los efectos deseados.** Si nos rebelamos ante estas “democracias” y logramos sentar las bases del desarrollo de la democracia, a la voluntad de los hombres se sumará un contexto favorable, que es también imprescindible. Esto es tanto como decir que no basta con concienciar a los individuos para luchar contra la corrupción, se trata también de establecer mecanismos concretos que la prevengan y la castiguen. No basta con la religión, con los mandamientos, con los utopismos, con la propaganda o el marketing para que los individuos cambien. Hay, además, que construir un nuevo contexto, unas nuevas condiciones materiales de existencia. **Se trata de no perder nunca de vista la relación dialéctica entre el individuo y la sociedad de la que forma parte.**

El desarrollo de la democracia, forzado por la voluntad de los ciudadanos, cuando dicha voluntad sea mayoritaria, implica también y sobre todo la construcción de un contexto que se complemente a dicha voluntad, es más, que la realimente. Sólo con voluntad no se cambian las cosas. Pero sin voluntad tampoco. Esto equivale a decir que tanto el voluntarismo (que se centra en la voluntad de los individuos) como el determinismo (que se centra en las condiciones objetivas ajenas al individuo) imposibilitan el cambio. **Se necesita un poco de ambos. Voluntad y condiciones externas.** Las condiciones externas no tienen por que ser siempre las mismas, los seres humanos podemos en cierta medida, poco a poco, alterarlas. Éste es el objetivo “técnico” básico, en el fondo, de toda revolución: modificar el contexto social. El objetivo último es en verdad cambiar la manera de ser del individuo. Pero como el individuo hace al sistema y a su vez el sistema hace al individuo, **para cambiar el sistema, debe cambiar también el individuo, y, a su vez, para cambiar el individuo, debe cambiar el sistema.** Esto es equivalente a decir que el cambio sólo puede ser posible mediante la combinación de los factores objetivos y subjetivos. **La forma de romper este círculo vicioso es mediante la voluntad humana. Pero ésta no es por sí sola infalible. Una vez roto el círculo vicioso, la voluntad, que sirvió para empezar a cambiar el contexto, debe a su vez ser realimentada por éste si se quiere proseguir en la senda del cambio.**

La nieve, que es la causa última de que se haya formado la bola de nieve, debe seguir realimentando a la bola. Y, a su vez, la propia dinámica de la caída de la bola de nieve por la ladera de la montaña proporciona el mecanismo para que la nieve la realimente. De lo que se trata es de realimentar a la bola de nieve. Y para ello hay que quitar los obstáculos que impiden que la bola siga cayendo y hay que seguirle proporcionando nieve para que siga creciendo. **Los distintos factores del cambio, las distintas partes que entran en juego en las relaciones dialécticas, deben realimentarse mutuamente. La lucha individual debe realimentar a la colectiva y viceversa. El**

**contexto debe realimentar a la voluntad y viceversa. La sociedad debe realimentar al individuo y viceversa.** Cada causa debe provocar el efecto deseado. Pero, como establece la dialéctica, las causas y los efectos se van intercambiando en el tiempo. Se necesita ir influyendo en todos los factores que intervienen sucesivamente como causas para provocar los efectos deseados. Es importante darnos cuenta de todo esto para que los cambios puedan producirse, para que sigan en el tiempo o para que sean exitosos. **No podemos obviar la relación entre el individuo y la sociedad ni la relación entre la voluntad de los individuos y sus condiciones de existencia. Si no consideramos la naturaleza dialéctica de dichas relaciones imposibilitamos los cambios. Es clave pues entender mínimamente en qué consiste la dialéctica.**

Para acabar este capítulo, quisiera aclarar un poco más en qué consiste el determinismo. Para ello, retomo material de un artículo que escribí para refutar una crítica que me hizo un lector al libro [Manual de resistencia anticapitalista](#). Su error provino de confundir *causalidad* con *determinismo*.

Según el diccionario de la Real Academia Española, determinismo es la “teoría que supone que la evolución de los fenómenos naturales está *completamente* determinada por las *condiciones iniciales*”. Ésta es una de sus acepciones más comunes. Es decir, el determinismo es lo que se conoce en el lenguaje común como predeterminación. No hay que confundir *determinación* con *predeterminación*. En la definición del diccionario hay dos partes fundamentales: *completamente* y *condiciones iniciales*. Cuando creemos en el determinismo estamos diciendo que creemos que el destino está escrito de antemano, que la evolución de los acontecimientos está predeterminada, o sea *completamente* determinada por las condiciones iniciales, es decir, que *sólo* depende de las condiciones iniciales.

En la Wikipedia se nos habla, como dije anteriormente, de determinismo *fuerte* (que niega el azar) y de determinismo *débil* (que admite la influencia de sucesos aleatorios, impredecibles). Según la Wikipedia, como ya expliqué, el marxismo estipula un determinismo económico débil. Desde un punto de vista más técnico, la estadística, es decir, la teoría de probabilidades (que estudia los fenómenos aleatorios), define un sistema determinista como aquel en el cual el resultado obtenido en cada repetición, en cada experimento realizado en las mismas condiciones iniciales, es *siempre* el mismo. Esta definición concuerda con la del diccionario de la Real Academia, si bien es más precisa. Si repetimos varias veces un experimento en las mismas condiciones iniciales, un sistema es aleatorio si el resultado del experimento *no siempre* es el mismo.

Concretando un poco más, la teoría de probabilidades dice que un experimento es aleatorio si se cumplen las siguientes condiciones: ha de poderse repetir indefinidamente en las mismas condiciones, los resultados individuales en cada repetición han de ser totalmente impredecibles (es decir, no puede saberse exactamente, con absoluta certeza, de antemano, antes de realizarlo, el resultado del experimento), debe conocerse el conjunto de todos los resultados posibles y los resultados obtenidos han de definir un cierto modelo de regularidad. Nótese que se habla de un cierto modelo de *regularidad*. Esto quiere decir que aleatoriedad no es lo mismo que incomprendibilidad, que ausencia de relaciones causa-efecto. Es posible

comprender y predecir, hasta cierto punto, un fenómeno aleatorio. Desde el punto de vista técnico, un sistema es aleatorio si se *comporta* como tal, al margen de su *naturaleza* intrínseca o “interna”. Si no somos capaces de predecir *exactamente*, es decir, si el resultado del experimento no es *siempre* el mismo, el sistema se comporta de manera aleatoria. Muchos sistemas son modelados en base a la teoría de las probabilidades. Allá donde hay probabilidades, hay aleatoriedad, o viceversa. En cierto sentido, probabilidad y aleatoriedad son prácticamente equivalentes. Por ejemplo, muchos sistemas como las redes de telecomunicaciones, o las infraestructuras de diversos tipos (como las carreteras), son diseñados en base a las *probabilidades* de uso, se dimensionan en base a la *probabilidad* de que cierto número de personas los usen simultáneamente en determinados momentos.

El determinismo fuerte o absoluto (el determinismo a secas se sobreentiende que es el fuerte) niega la existencia de la casualidad. Cuando hablo de determinismo me refiero a su acepción habitual, la del diccionario, es decir, me refiero al fuerte, al absoluto. Cuando algo ocurre por casualidad no significa que no haya causas que lo provocan sino que dichas causas no podían de ninguna de las maneras preverse o relacionarse *exactamente* con los efectos, con el resultado (aunque dispusiésemos de toda la información posible).

La casualidad no es lo opuesto a la causalidad. Según el diccionario de referencia de la lengua castellana, causalidad es “la ley en virtud de la cual se producen efectos”, y casualidad es “la combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar”. Lo uno no excluye lo otro. Según el diccionario, lo aleatorio es algo “perteneciente o relativo al juego de azar” o algo “dependiente de algún suceso fortuito”. Y el azar se define en dicho diccionario como “casualidad, caso fortuito”. Un fenómeno aleatorio también tiene sus causas y sus efectos, también es causal, también es comprensible. Un fenómeno aleatorio no es un fenómeno inexplicable. Lo que le caracteriza no es la ausencia de causas y efectos sino la imposibilidad de conocerlos o relacionarlos *exactamente*, no es la ausencia de causalidad sino la presencia de casualidad, de azar. Un hecho es aleatorio porque además de haber causas perfectamente previsibles hay otras causas imprevistas, fortuitas. En un fenómeno (absolutamente) determinista la casualidad no hace acto de presencia, todo es perfectamente y exactamente previsible, no hay azar. Por tanto, el carácter determinista o aleatorio de un fenómeno no tiene que ver con el hecho de que haya causas o no, sino con la naturaleza de éstas, con el hecho de que haya azar o no, causas fortuitas o no. El determinismo (absoluto) lo que dice es que *sólo* cuentan ciertas causas, las condiciones iniciales. Niega la casualidad, los factores fortuitos.

Si se analizan la mayor parte de los fenómenos reales cotidianos, la aleatoriedad domina abrumadoramente. Podríamos decir que realmente no existen sistemas deterministas, que el determinismo es una invención nuestra, que es un *modelo* teórico que idealiza la realidad, que la simplifica. Los sistemas aleatorios (definidos por la teoría de probabilidades en base a las condiciones expuestas anteriormente) realmente también son un *modelo aproximado* de la realidad, pues en verdad no siempre pueden hacerse los experimentos en las *mismas* condiciones iniciales, no siempre pueden conocerse *todos* los resultados posibles, entre otras limitaciones. Sin embargo, un sistema *modelado* mediante la aleatoriedad se *aproxima* más a la realidad que uno determinista. La realidad es más aleatoria que determinista. Incluso

en los fenómenos que aparentemente son totalmente deterministas, como tirar una piedra y ver en cuánto tiempo cae al suelo (la gravedad es determinista), siempre hay una componente de imprevisibilidad, siempre hay algún factor desconocido (o cuyo efecto sea desconocido, no pueda preverse de manera precisa) que hace que el sistema se comporte realmente de forma aleatoria. Y esto es así porque, tal como dice la dialéctica, todo está interrelacionado con todo. Cuando tiramos la piedra, entra en juego *principalmente* la gravedad, pero no *exclusivamente*. Según nuestros cálculos *teóricos* la piedra lanzada con cierto impulso siempre caerá en x segundos, pero en la práctica esto nunca es así, siempre hay algo imprevisto que hace que caiga *casi* en x segundos, pero no *exactamente* en x segundos. Nuestro cálculo teórico, sobre el papel, se podrá aproximar mucho a la realidad, al tiempo *realmente* medido, pero nunca coincidirá *totalmente* con él. Incluso cabe la posibilidad, aunque muy remota, que la piedra no caiga porque pase por ahí algún pájaro que la coja. El viento es otro factor que puede hacer que la piedra caiga en distintas posiciones y por tanto que emplee tiempos distintos en caer en distintos experimentos (aun lanzada con la misma fuerza y en la misma dirección, es decir, aun en las mismas condiciones iniciales). Y, como es imposible predecir con toda precisión la fuerza y dirección del viento en todo momento (esto es algo demasiado complejo, intervienen demasiados factores que se interrelacionan de manera demasiado compleja), es por tanto imposible predecir exactamente, de manera totalmente precisa, el tiempo empleado por la piedra en caer, incluso el lugar *exacto* donde caerá. La aleatoriedad predomina abrumadoramente sobre el determinismo.

El que realmente no existe en la realidad es el determinismo y no la aleatoriedad. La realidad es fundamentalmente aleatoria. Esto concuerda con el hecho de que la realidad es dialéctica. La realidad es un todo donde sus distintas partes no están separadas (tal como nosotros simplificamos en nuestros modelos), sino que se influyen mutuamente. Por consiguiente, dada la imposibilidad de conocer todos los factores que entran en juego en determinado experimento real, no imaginario, es imposible prever *exactamente* el comportamiento. Sólo es posible hacerlo de manera aproximada. Nosotros, los humanos, debemos aspirar a aproximarnos todo lo posible, pero nunca debemos olvidar que sólo podemos aproximarnos. Esto es tanto más cierto cuanto más complejo sea un sistema. La sociedad humana es menos previsible que la naturaleza muerta porque los seres humanos somos más complejos que la materia inorgánica y porque nos relacionamos de manera más compleja. En mi forma de ser influye mis familiares, mis amigos, mis antepasados, mis circunstancias materiales, etc., etc., etc.

El determinismo económico no es más que el determinismo aplicado a la sociedad humana, es un caso particular de determinismo. Todo lo dicho para el determinismo vale también para el económico. Éste viene a decir que las principales causas de todo lo que acontece en nuestra sociedad residen en lo económico. Si lo entendemos como determinismo fuerte viene a decir que todo depende de manera precisa de la economía (las condiciones iniciales del sistema económico son las únicas que determinan la evolución de la sociedad, incluido el propio sistema económico), si lo entendemos como determinismo débil (como así lo estipula el marxismo) viene a decir que la economía es la *base* de la sociedad, que las causas materiales económicas son las más importantes, pero no las únicas. En este último caso, las condiciones iniciales

*influyen* notablemente pero no determinan *completamente*. En verdad determinismo débil equivale a aleatoriedad. Sin embargo, no todos los sistemas son igualmente aleatorios, no todos son igualmente impredecibles. El determinismo débil viene a decir que hay una parte previsible, pero que también hay otra parte imprevisible, aleatoria. Podemos asociar un sistema débilmente determinista con un sistema "semialeatorio" (en realidad en cuanto hay algo de azar, aunque poco, el sistema ya es aleatorio). En tal sistema hay causas fácilmente identificables que influyen claramente en los efectos, que son fácilmente previsibles, con cierto grado importante de aproximación, pero también hay causas totalmente imprevisibles. La suma de todas esas causas explican los fenómenos que son débilmente deterministas. Pero la suma de factores deterministas y de factores aleatorios hace que el conjunto se comporte de manera aleatoria. Dependiendo de la relación, de la proporción, entre los factores deterministas y los aleatorios, tendremos sistemas más o menos aleatorios, o lo que es lo mismo, lo complementario, más o menos deterministas. Es decir, el determinismo débil viene a decir que ningún sistema es completamente determinista (previsible) ni completamente aleatorio (imprevisible). Siempre podemos prever más o menos, la diferencia entre unos sistemas u otros estriba en el más o menos, en hasta qué punto podemos prever, en el grado de aproximación de nuestras previsiones o explicaciones, en la precisión alcanzada por nuestros modelos que intentan explicar la realidad observada.

Cuando yo afirmo que no hay que caer en el determinismo (se sobreentiende que absoluto) ni en el voluntarismo (se sobreentiende que absoluto también) simplemente quiero decir que no es posible explicar ni prever los acontecimientos humanos al cien por cien, de manera totalmente exacta, por el contexto, por las causas materiales de existencia, por las condiciones iniciales, es decir, por los factores totalmente o prominentemente deterministas, ni tampoco al cien por cien por la simple voluntad de los individuos, por los factores prominentemente aleatorios (en los individuos es dónde más factores aleatorios encontramos, más que en el sistema económico).

Nuestras experiencias vitales diarias nos dicen que la aleatoriedad y el libre albedrío están muy presentes, que existen por doquier. Cada día me cruzo en la calle con otras personas de manera aleatoria, por pura casualidad. La casualidad está a la orden del día, es omnipresente. Nos topamos con ella continuamente, sin querer. No puede prescindirse para explicar cualquier acontecimiento humano (cualquier acontecimiento en general) ni de la causalidad (todo efecto tiene sus causas) ni de la casualidad (existen ciertas causas imprevisibles). Se podrá discutir en determinado momento cuáles causas (las previsibles o las imprevisibles) ejercen más influencia, pero todas ellas existen.

Un sistema que es imprevisible es en verdad, por definición, aleatorio. Al margen de las discusiones filosóficas que podamos tener sobre la existencia de ciertas causas que no alcanzamos a considerar, pero que sabemos que allí están, desde el punto de vista del comportamiento (no de la naturaleza intrínseca), un sistema es aleatorio cuando es imprevisible, cuando no es totalmente previsible, cuando no podemos predecirlo con *exactitud* (en este caso lo predecimos a grosso modo, hablamos de probabilidades). De hecho, en todo experimento de la física siempre existe cierto margen de error que se estudia con herramientas estadísticas (la varianza, la desviación típica, la media). La aleatoriedad se nos aparece siempre en cuanto

acudimos a la realidad, en cuanto hacemos experimentos prácticos de cualquier tipo. Más bien quien tiene que demostrar la inexistencia de casualidad o azar es quien niega las evidencias empíricas, quien no quiere ver la realidad. La impredecibilidad y la aleatoriedad tienen mucho que ver, la primera define a la segunda. Según la teoría de probabilidades, lo que caracteriza a un sistema aleatorio es, precisamente, su impredecibilidad. El azar también existe en la física. Véase lo que ocurre a nivel atómico, véase el principio de incertidumbre de Heisenberg, véase la mecánica cuántica en general. La casualidad, el azar, también existe incluso en el mundo de la materia muerta. Hay leyes físicas que son aleatorias, no totalmente deterministas.

Un suceso es aleatorio no cuando no es posible identificar sus causas, no cuando no es posible relacionar las causas y los efectos, sino cuando no es posible explicarlo o preverlo *con exactitud*, cuando no es posible hacer esa asociación causa-efecto *de manera precisa*. En un suceso aleatorio es posible relacionar las causas y los efectos, es posible determinarlo, pero no es posible hacerlo de manera certera y exacta. Las leyes de la física son siempre causales, pero también pueden ser aleatorias. En la mecánica cuántica, por ejemplo, se habla de la *probabilidad* de que un electrón se encuentre en cierta zona alrededor del núcleo atómico. *Aleatoriedad* tiene que ver sobre todo con *probabilidad*, no tanto con causas o efectos. Es mucho menos predecible el recorrido de una hoja que ha caído en la superficie del río (o el recorrido de las gotas del río) que el río visto globalmente. Microscópicamente el río es menos determinista que macroscópicamente. El cauce global del río es bastante previsible, no tanto el recorrido de las gotas del río.

Un fenómeno es aleatorio cuando sus causas no permiten conocerlo o preverlo con *precisión* absoluta, no porque no haya causas. La estadística estudia los fenómenos aleatorios y los cuantifica. En ellos es posible calcular las *probabilidades* de ciertos acontecimientos. La probabilidad de cara y de cruz es del 50% en cada caso. Si lanzo la moneda el resultado no es determinista puesto que no puedo *asegurar*lo, pero sí puedo *preverlo*, *determinarlo*, con cierto *margen* de error (en este caso de 50%). Si lanzo la moneda un número suficientemente grande de veces saldrá cara en aproximadamente la mitad de las veces y cruz en aproximadamente la mitad de las veces. Aunque también existe la pequeña probabilidad, casi nula, de que la moneda se quede de canto. El lanzamiento de la moneda es aleatorio, pues no es totalmente previsible, pero tampoco es totalmente imprevisible, ni "indeterminado", ni inexplicable. Lo que sí que es totalmente previsible es que la moneda caerá, siempre que se cumplan ciertas condiciones. La moneda *siempre* caerá, si sólo interviene la gravedad. Esto sí podemos asegurarlo. La gravedad (considerada aisladamente) sí es determinista. Pero el experimento de lanzar la moneda para ver si sale cara o cruz es aleatorio. No puede conocerse de antemano el resultado *exacto* del mismo. Sólo pueden establecerse probabilidades, posibilidades.

Para explicar la aleatoriedad a pequeña escala frente a la menor aleatoriedad a mayor escala podría recurrirse a la ley dialéctica de la cantidad que se transforma en calidad. La cantidad a pequeña escala puede traducirse a gran escala en calidad. Por ejemplo, los átomos se agitan según movimientos aleatorios (en función de la temperatura) cuando el objeto de que se trata parece estable y bastante determinista, visto a gran escala. Lo que ocurre a escala microscópica no tiene por que coincidir con lo que ocurre a escala macroscópica. Si uno observa a gran escala puede parecer todo muy

estable o estático, pero si se aproxima el panorama cambia notablemente. Esto que digo no es que sea una creencia mía, reflejo de ninguna religión, es lo que la ciencia en la actualidad nos dice claramente, lo podemos incluso experimentar en la práctica en multitud de fenómenos. El problema de la ciencia actual, precisamente, consiste en enlazar las leyes a nivel microscópico con las leyes a nivel macroscópico. Por ejemplo, la gravedad universal con las fuerzas atómicas. Esto es el santo grial de la actual ciencia física: encontrar leyes universales que lo expliquen todo, tanto lo que ocurre a pequeña escala como lo que acontece a gran escala. Por supuesto, yo no puedo resolver este reto. Tan sólo puedo constatar que a gran escala las cosas ocurren de una manera y a pequeña escala de otra. Y esta constatación no es sólo mía, yo no he aportado nada nuevo en cuanto a todo esto que digo.

¿Por qué a pequeña escala todo es más aleatorio? Porque a pequeña escala hay muchos más factores que entran en juego, hay muchas más partículas u objetos que se interrelacionan. A escala atómica, por ejemplo, en muy poco espacio hay muchas partículas que se influyen mutuamente, por consiguiente es mucho más difícil prever los movimientos de las partículas. Por esto existe el principio de incertidumbre de Heisenberg que dice que a muy pequeñas distancias, es decir, en la mecánica cuántica, a diferencia de en la mecánica clásica newtoniana, no se puede determinar de manera precisa y simultáneamente ciertos pares de variables físicas (por ejemplo, la posición y el momento lineal). Cuanta mayor certeza se busca en determinar la posición de una partícula, menos se conoce su cantidad de movimiento lineal y, por tanto, su velocidad. Esto implica que las partículas, en su movimiento, no tienen asociada una trayectoria definida, exacta, determinista, como lo tienen en la física newtoniana. En la física cuántica, de lo muy pequeño, se habla de la *probabilidad* de que cierta partícula se encuentre en cierta zona. La física cuántica, a muy pequeña escala, es aleatoria, a diferencia de la física clásica, a mayor escala, que es determinista. Es mucho menos difícil calcular la trayectoria de los planetas que la de las partículas subatómicas. Obtenemos mucha más precisión cuando nos movemos en el campo de las grandes distancias (donde hay muchos menos objetos por metro cuadrado, es decir, donde hay mucha menos densidad de materia) porque cuando los objetos están muy distantes no se influyen prácticamente, o se influyen mucho menos, o para que sean influenciados deben existir fuerzas muy poderosas. Por ejemplo, la Luna se ve sobre todo influenciada por la Tierra y por el Sol, y prácticamente no se ve influenciada por Marte. La influencia de este último planeta es despreciable frente a las influencias de la Tierra o el Sol. Sin embargo, todo el sistema solar es influenciado por el supuesto enorme y potente agujero negro que hay en el centro de la Vía Láctea, nuestra galaxia. Este agujero negro está muy lejos pero su influencia es importante pues es muy potente, alcanza grandes distancias. Todo esto no ocurre a escala subatómica. En muy poco espacio hay muchas partículas que se influyen mutuamente. Cuantas más influencias, más complejo es estudiar el movimiento de las partículas o masas. En la escala muy pequeña impera mucho más la dialéctica, la complejidad, la imprevisibilidad, que a escalas más grandes. La física es fundamentalmente determinista a gran escala y esencialmente aleatoria a pequeña escala. Aunque en verdad la realidad es siempre aleatoria (no totalmente previsible) a todas las escalas. A gran escala podemos modelizarla con cierta precisión razonable mediante leyes deterministas, pero a pequeña escala no, ni siquiera un modelo determinista se aproximaría a la realidad. A pequeña escala incluso debemos



considerar la aleatoriedad en nuestros modelos teóricos, simplificados, de la realidad. Y esto es así porque a pequeña escala impera mucho más la aleatoriedad, la imprevisibilidad. En las escalas subatómicas no tenemos más remedio que recurrir a la teoría estadística, la cual podemos evitar cuando tratamos fenómenos a gran escala.

### 3) Relativizando el relativismo

**¿Hasta dónde debemos llegar al aplicar el relativismo? ¿Debe el propio relativismo sucumbir ante el relativismo? ¿Qué ocurre cuando se calcula mal el relativismo? En busca de los errores de fondo del marxismo y del anarquismo. En busca de una reformulación de la teoría revolucionaria.**

Según el diccionario de la Real Academia Española el relativismo es la “doctrina según la cual el conocimiento humano sólo tiene por objeto *relaciones*, sin llegar nunca al de lo *absoluto*”, o bien la “doctrina según la cual la realidad carece de sustrato *permanente* y consiste en la *relación* de los fenómenos”. Es decir, según el relativismo, entendido de manera radical, tal cual dice el diccionario, nada es absoluto, todo depende de otras cosas. No hay verdades absolutas, sólo relativas. Esta visión de la realidad tiene importantes consecuencias en todos los campos, incluido en el revolucionario. Según algunas interpretaciones del marxismo, éste estipula un relativismo “duro”, “puro”, “estricto”, “literal”, para él todo en la sociedad humana es un producto histórico y geográfico, todo cambia en el tiempo y en el espacio. Según otras interpretaciones, el marxismo estipula, sin embargo, un relativismo “débil”, “relativo”, matizado, muchas cosas dependen de las circunstancias, del momento y del lugar, pero también existen ciertos principios universales, atemporales, absolutos.

Si *toda* verdad es relativa, ¿también lo es el relativismo?, ¿también es relativa la verdad que proclama que toda verdad es relativa? Como vemos, por poco que pensemos, rápidamente nos topamos con una contradicción aparentemente irresoluble en cuanto al relativismo. Si asumimos un relativismo extremo nos contradecimos a nosotros mismos. Si *toda* verdad es relativa, es decir, puede dejar de serlo en determinado momento o lugar, el propio relativismo no sería válido, con lo que no tendríamos más remedio que admitir que hay verdades absolutas. Asumir el relativismo, *per se*, sin matices, nos lleva a un contrasentido. Entonces, ¿el relativismo es falso? No necesariamente. No totalmente. Si toda verdad se la asume de manera exagerada, si se la lleva más allá del límite en que puede aplicarse, se convierte en un absurdo. Sin embargo, si dicha verdad se la matiza suficientemente, si se la modera un mínimo, por el contrario, nos permite comprender mucho mejor la realidad. ¿Cómo se puede “salvar” al relativismo? Aplicándole a él mismo un poco de relativismo. **El relativismo debe entenderse de manera *relativa*. Existen verdades más relativas que otras. Los límites de las verdades no son los mismos para todas ellas. Existen verdades relativas y verdades absolutas.** Empezando por esta misma verdad que estamos afirmando: que hay verdades relativas y absolutas. Si asumimos un relativismo “débil” que estipule que hay también verdades absolutas, aparte de relativas, entonces esa contradicción que se nos aparecía como irresoluble se resuelve. Matizando el relativismo, lo salvamos de la hoguera intelectual. Combatimos más eficazmente la falacia de que *todo* es absoluto. ¡Pero sin caer en el extremo opuesto y precipitarnos por el barranco! Sin negar por completo al propio relativismo.

Así mismo ocurrió con el materialismo. Según el materialismo *metafísico*, vulgar, las causas de todos los acontecimientos históricos humanos son *sólo* materiales. Para un materialista “clásico”, las causas de la Revolución francesa de 1789 o de la Revolución rusa de 1917, hay que buscarlas *sólo* en el sistema económico existente en dichas épocas. Para dichos materialistas las ideas son *siempre* consecuencia de las condiciones materiales de existencia, las ideas son *sólo efecto* de lo material. Sin embargo, dichos materialistas no logran darnos respuestas satisfactorias a las siguientes preguntas: ¿por qué la Revolución francesa es *posterior* a las ideas de la Ilustración?, ¿por qué la Revolución rusa es *posterior* al surgimiento del marxismo? ¿Son simples casualidades? Por poco que uno se informe y razone, rápidamente se encuentra con que el materialismo burdo, simple, por sí solo, llevado al extremo, no explica convincentemente la historia humana. Muchos “marxistas” caen presos del materialismo metafísico. Si uno admite que el materialismo hay que tomárselo al pie de la letra, sin matizarlo, tiende a volver hacia el idealismo, por lo menos corre el riesgo de hacerlo, pues el idealismo parece establecer una mejor relación entre algunos efectos y algunas causas.

Y es que el marxismo estipula en verdad el materialismo *dialéctico*, es decir, que las ideas están *enraizadas* en lo material, pero que también influyen en lo material. El materialismo dialéctico es un materialismo más elaborado, menos simple, un materialismo matizado, menos extremo, en el cual se dice que las causas *últimas* de todo están en lo material, pero que debido a la dialéctica (todo cambia, todo influye y es influido) lo material también puede ser *efecto*, además de *causa*, lo inmaterial también puede ser *causa*, además de *efecto*. Así según esta visión más elaborada del materialismo, la historia humana se comprende mucho mejor. Las condiciones materiales de existencia determinan la manera de pensar, pero no de una manera mecánica, unidireccional, sino que dialéctica, bidireccional. Es decir, las ideas son al mismo tiempo el *efecto* de lo material y la *causa*. Las ideas también influyen en lo material. Las causas son materiales e inmateriales, pero si indagamos cuáles son las causas de las causas, tarde o pronto, nos topamos con lo material. Las causas *últimas* son siempre materiales, pero no son las *únicas* ni siempre las *primeras*. Esta visión del mundo está mucho más acorde con lo que observamos, con lo que percibimos. El materialismo histórico es la aplicación del materialismo dialéctico al caso de la historia humana. Según él las causas últimas, pero no únicas, ni siquiera a veces las primeras, las más inmediatas, de los acontecimientos son materiales, se encuentran en el modo de producción, en sus contradicciones. Pero la sociedad humana es compleja, esas causas primarias se traducen en efectos que a su vez vuelven a ser causas y así sucesivamente o incluso simultáneamente. **La realidad es esencialmente dialéctica y material.** Ésta es la concepción marxista del mundo.

Como vemos, la concepción idealista de la realidad (las ideas explican por sí mismas la realidad, ésta es un reflejo de aquellas, la idea como principio del ser y del conocer, lo material es efecto de lo inmaterial) se oponía a la concepción materialista de la realidad (la única realidad es la materia, las ideas son *siempre* efecto de lo material). Como el movimiento del péndulo, se pasaba de un extremo al opuesto, como tantas veces le ha ocurrido al pensamiento humano. Pero ninguno de los dos extremos explicaba por sí mismo satisfactoriamente la realidad. Marx resolvió este dilema. **El materialismo dialéctico sintetiza el idealismo y el materialismo.** Sintetizar no

significa decantarse por una de las dos opciones o tomar de ambas por igual. Significa llegar a una nueva concepción que se nutre de ambos extremos pero que los coloca en su sitio. Marx da la importancia adecuada al idealismo y al materialismo que así pasan de ser dos concepciones completas y opuestas de la realidad a ser dos *partes* de una concepción más completa todavía de la realidad. El idealismo forma parte del materialismo dialéctico, así como el materialismo. Pero tomados en su justa medida, en las proporciones adecuadas. El materialismo dialéctico tiene unos gramos de idealismo y unos cuantos gramos más de materialismo. Pero el materialismo dialéctico no es una simple suma ponderada de idealismo y materialismo, es una combinación de los mismos sustentada en la dialéctica. Ésta reconcilia de alguna manera los antaño irreconciliables idealismo y materialismo. El materialismo dialéctico es como una sopa donde sus ingredientes son el idealismo, el materialismo, y sobre todo la dialéctica, convertida en el principal ingrediente, en el agua sin la cual la sopa no existe, sin la cual los otros ingredientes no pueden estar juntos.

Así pues, como vemos, el materialismo metafísico, burdo, llevado al extremo, “puro”, “fuerte”, tampoco era satisfactorio, el idealismo con los mismos calificativos, tres cuartos de lo mismo, pero, por el contrario, su combinación dialéctica sí lo es. El materialismo y el idealismo combinados adecuadamente nos proporcionan una concepción del mundo muy superior porque nos explica de una manera más completa y convincente lo observado. Pues bien, podemos decir prácticamente lo mismo del determinismo y del relativismo. Llevados al extremo nos conducen a lo absurdo, pero suficientemente matizados, sin embargo, nos permiten dar un importante salto cualitativo en la comprensión de nuestro mundo, natural y humano, y por tanto en la posibilidad de transformarlo conscientemente.

El determinismo, según como se lo interprete, hasta qué punto se adopte, puede pasar de ser una herramienta para la revolución a ser un serio obstáculo. **El marxismo**, a mi entender, y al entender de muchos marxistas, **estipula un determinismo “débil”**: **las condiciones iniciales (que se encuentran el individuo o las masas en la sociedad) influyen notablemente en el futuro, pero no lo determinan por completo**. Esto lo resumía Marx en su famosa cita: *Los seres humanos hacen su propia historia, aunque bajo circunstancias influidas por el pasado*. Esta frase nos dice que la historia humana la hacen los propios humanos, pero que éstos están *condicionados* por el pasado, es decir, por las condiciones iniciales que se encuentran en la sociedad. El determinismo débil, bien entendido, no niega el libre albedrío, tan sólo lo condiciona, lo relativiza, lo limita, lo supedita a las condiciones materiales de existencia del individuo. Sin embargo, algunos “marxistas” interpretan el determinismo marxista de manera excesivamente radical, extrema, caen en el determinismo fuerte, en aquel que dice que *todo* viene predeterminado, que el futuro viene *completamente* determinado por el pasado, por las condiciones iniciales. Ellos niegan el libre albedrío. Y, por consiguiente, caen en la apatía, en la pasividad, el principal obstáculo de la revolución. Esperan que los cambios sociales se produzcan por sí solos, inevitablemente, por los cambios producidos en la economía, cambios disparados por cierta mano invisible. Caen presos del economismo, del determinismo económico exacerbado. Este error fue cometido en gran medida por la socialdemocracia alemana encabezada por Kautsky, imposibilitando el triunfo de la revolución de 1918-19 en Alemania, influyendo decisivamente en el derrotero de los acontecimientos históricos

internacionales. ¿Qué hubiese ocurrido si la revolución triunfante en Rusia, país atrasado en 1917, se hubiera visto acompañada por el triunfo de la revolución en Alemania, uno de los países más adelantados? Los revolucionarios rusos, con Lenin a la cabeza, esperaban el triunfo de la revolución socialista en los países capitalistas más avanzados, especialmente Alemania. Marx y Engels elaboraron sus teorías con esa idea en la mente. En cierta ocasión dijo Marx que la revolución socialista comenzaría en Francia, continuaría en Alemania y terminaría en el Reino Unido. Como suele decirse, el marxismo es un producto histórico de la política francesa, la filosofía alemana y la economía política inglesa.

Los padres del marxismo presuponían que el proletariado tomaría el poder en los países donde el capitalismo estaba más maduro, ellos decían que no podía superarse el capitalismo si éste no estaba suficientemente maduro. En esto se equivocaron. Al menos en parte. Que la revolución socialista sólo pudiera prosperar en los países capitalistas más avanzados no significaba que no pudiera surgir antes en los países más atrasados, como así previeron algunos marxistas, como Trotsky, corrigiendo a Marx y Engels, que dijo que la revolución podía iniciarse en Rusia, como así fue. Sin embargo, dichos países más atrasados sólo podrían suponer la *antesala* del socialismo en el mundo, pero no la *vanguardia*, en el sentido de liderar la transición mundial del capitalismo al socialismo. Rusia dio el primer paso pero sabía que dependía de la metrópolis capitalista, es decir, de Europa occidental. El capitalismo no se podía superar más que a nivel internacional. Las condiciones de madurez debían considerarse a nivel internacional. El que unos países no estuvieran suficientemente maduros no debía impedir el intento. Si Rusia se adelantó, esto debía suponer el acicate para que el proletariado de los países más avanzados que debían liderar la revolución mundial, pues sólo ellos podrían hacerlo verdaderamente, tomara también el poder político. Era primordial que el socialismo fuese poco a poco imponiéndose en la metrópolis capitalista. Pero también era primordial no desaprovechar ninguna ocasión para contribuir a la causa de la revolución socialista mundial. Rusia aprovechó esa ocasión. La cadena se rompió por el eslabón más débil. Pero la cadena debía seguir rompiéndose por otros eslabones. La revolución debía llegar especialmente al centro capitalista mundial.

Los mencheviques en Rusia, presos de cierto determinismo exacerbado, mecanicista, no dialéctico, de cierta visión estrecha, nacionalista y no internacionalista, decían que Rusia no estaba todavía preparada para la revolución socialista, que sólo podía hacer la revolución burguesa. Ellos no sólo no lucharon por la revolución socialista sino que la combatieron. En Alemania, presos de un determinismo exacerbado, relacionado con cierto materialismo metafísico, y añadido a todo esto las traiciones o cobardías personales, la dirección del todopoderoso partido socialdemócrata no estuvo a la altura de las circunstancias y posibilitó el triunfo del nazismo con la consiguiente represión del movimiento proletario, entre otras barbaridades. La mayor parte de los socialdemócratas alemanes pensaba que el dominio del proletariado era inevitable, que no hacía falta encender a las masas, ni seguirlas, por el contrario, había que frenarlas, que era mejor la vía reformista, que poco a poco, inevitablemente, el socialismo surgiría. Los estalinistas del partido comunista de Chile, teledirigidos desde Moscú, apostaron por tres cuartos de lo mismo, a saber, la colaboración con la burguesía para que ésta hiciera su revolución democrático-burguesa, la autorrepresión

del movimiento proletario por miedo a la reacción burguesa. Todos sabemos cómo acabaron dichas colaboraciones y dichas vacilaciones. El movimiento popular y el intento de implantar el socialismo por vías pacíficas en Chile fueron sofocados violenta y contundentemente por la dictadura de Pinochet. La burguesía aplastó al proletariado sin contemplaciones ni vacilaciones. Los errores del proletariado, sobre todo de sus direcciones políticas, los pagó muy caro el proletariado de los distintos países, la clase obrera internacional. Los hechos confirmaron lo equivocados que estaban los reformistas y los estalinistas. Muchos errores estratégicos y tácticos se nutrieron de profundos errores ideológicos.

A principios del siglo XXI, la superación del capitalismo, que lejos de suavizar sus contradicciones, al contrario, con el tiempo las ha agudizado de nuevo, sigue pendiente. Y lo que es peor, estamos retrocediendo, estamos perdiendo no pocos derechos sociales y laborales que tantos sacrificios costaron. El capital se siente crecido y está recrudeciendo la lucha de clases. Las clases altas atacan y las bajas apenas se defienden. El proletariado mundial ha pasado del ataque a apenas la defensa, en el mejor de los casos. La iniciativa la lleva ahora la burguesía. Ciertas interpretaciones del marxismo, incluso avaladas por ciertas contradicciones o errores del propio marxismo, se han convertido en serios obstáculos de la revolución social, de la razón de ser del marxismo. Incluso han facilitado el contraataque despiadado del capital. Es crucial despojar al marxismo de posibles errores de fondo, de malas interpretaciones, de contradicciones. Las cuestiones planteadas en este trabajo son de una importancia suprema para la teoría revolucionaria, y siguen plenamente vigentes en nuestros días. No se trata aquí sólo de pura filosofía, sino del sustento, de las bases, de la teoría revolucionaria. No se trata sólo de recordar, sino de aprender de los errores del pasado para volver a intentarlo.

Trotsky explicaba en *Perspectivas y tareas en el lejano Oriente* la posibilidad de que la Revolución proletaria sugiera en los países donde el capitalismo no estaba tan maduro:

*A primera vista parece haber una contradicción histórica en el hecho de que Marx haya nacido en Alemania, el más atrasado de los grandes países europeos durante la primera mitad del siglo XIX, exceptuando desde luego, a Rusia. ¿Por qué, en el siglo XIX y a principios del siglo XX, Alemania produjo a Marx y Rusia a Lenin? ¡Esto parece ser una anomalía evidente! Pero es una anomalía que se explica mediante la llamada **dialéctica del desarrollo histórico**. Con la maquinaria y los textiles ingleses, la historia proporcionó el factor de progreso más revolucionario. Pero esta maquinaria y estos textiles sufrieron un lento proceso de desarrollo en Inglaterra, y, en su conjunto, la mente y la conciencia del hombre son sumamente conservadoras. [...] Pero cuando las fuerzas productivas de las metrópolis, de un país de capitalismo clásico, como Inglaterra, tienen acceso a países más atrasados, como Alemania en la primera mitad del siglo XIX y XX, y hoy en día en Asia; cuando los factores económicos explotan de un modo revolucionario, rompiendo el orden antiguo; cuando el desarrollo deja de ser gradual y “orgánico” y toma la forma de terribles convulsiones y cambios radicales en las concepciones sociales anteriores, entonces es más fácil que el pensamiento crítico encuentre una expresión revolucionaria, siempre y cuando existan*

*previamente los requisitos teóricos necesarios en el país de que se trate. Por eso Marx apareció en Alemania en la primera mitad del siglo XIX; por eso Lenin apareció aquí en Rusia y por eso observamos lo que a primera vista parece una paradoja, que el país con el capitalismo más antiguo, más desarrollado y próspero de Europa —me refiero a Inglaterra— es la cuna del partido “laborista” más conservador.*

La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad, impregnada de dialéctica por los cuatro costados, es la que explica que si bien la historia se rige por cierto determinismo, por ciertas leyes generales, es posible romper dichas leyes, es posible que la historia no las siga mecánicamente, al cien por cien, inevitablemente, es posible superar ciertas etapas, es posible prescindir de ciertos pasos intermedios. Esto lo comprendieron perfectamente Lenin y Trotsky. No así otros muchos dirigentes socialistas, presos de cierto dogmatismo, con una visión de la historia humana sometida a esquemas rígidos preconcebidos. En suma, impregnados de pensamiento metafísico. Lenin y Trotsky sí lo comprendieron porque no se olvidaron del ABC del marxismo: el materialismo *dialéctico*. Si se prescinde de la dialéctica se prescinde del sustento del marxismo, se prescinde de la principal herramienta para comprender y transformar la sociedad. Es imprescindible, como vemos, comprender la esencia más profunda del marxismo. Considerar correctamente el materialismo, el determinismo y el relativismo. Las bases filosóficas del marxismo. Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. Sin una correcta teoría revolucionaria la praxis fracasa. La praxis fracasó en demasiadas ocasiones no sólo por errores puntuales tácticos o estratégicos, no sólo por traiciones personales, sino que también por profundos errores ideológicos, por la mala interpretación de la teoría revolucionaria, por su tergiversación.

**El determinismo débil es al determinismo lo que el materialismo dialéctico al materialismo.** Por otro lado, **al relativismo le pasa igual que al materialismo y al determinismo. Si nos pasamos de relativistas caemos en el absurdo, obstaculizamos la comprensión del mundo y por tanto su transformación.** Algunos “marxistas” también interpretan el relativismo marxista de manera excesiva. Llegan a afirmar que no hay nada absoluto, que todo lo que es depende del espacio y del tiempo. Pero, como ya hemos visto, si pensamos que no hay ninguna verdad absoluta, el propio relativismo sucumbe. Incluso podríamos llegar al absurdo de negar que haya verdades, pues si todo es relativo, también podría serlo la verdad que afirma que hay verdades (al margen de que éstas sean relativas o no, conocidas o por descubrir). **Defender una idea hasta el extremo de llevarla al absurdo provoca el efecto contrario al deseado: desechar dicha idea.** Si el relativismo no se “relativiza”, lo enterramos. Por el contrario, si lo matizamos, se nos convierte en una útil herramienta para comprender el mundo y por consiguiente para cambiarlo.

Como nos explican en la Wikipedia al hablar del relativismo:

*Bertrand Russell, en su obra "ABC de la Relatividad", expresa claramente que lejos de establecer relativismo, la teoría del Dr. Einstein no hizo más que definir un marco súper-absoluto, inamovible, válido para todo el universo conocido, partiendo de la velocidad de la luz en el vacío. En otras palabras, va en sentido opuesto a una pretendida relatividad de los fenómenos físicos. El mismo autor,*

Russell, expresa su parecer afirmando “cierto tipo de gente que se cree superior suele decir con suficiencia que 'todo es relativo', lo cual es absurdo, porque si todo fuese relativo, no habría nada relativo a ese todo”.

**El relativismo relativo no debemos entenderlo como que no hay nada absoluto, sino como que no todo es absoluto, incluso como que no todo es igual de absoluto o relativo.** El relativismo, bien entendido, no tomado al pie de la letra, matizado, no niega la idea de que haya algo absoluto. Simplemente, y esto ya supone un gran avance, lo que hace es darnos más perspectiva, es permitirnos buscar otro absoluto, es seguir buscando el absoluto, más general, más amplio en el espacio y en el tiempo. Relativizar, en este sentido, equivale a ampliar la escala espacio-temporal de observación. Relativizar es algo parecido a hacer un “zoom” espacial hacia atrás, o a considerar una escala temporal más grande. Si consideramos, por ejemplo, una escala temporal suficientemente amplia, nos daremos cuenta de que muchas verdades que dábamos por absolutas, eternas, no lo son. La ética, las costumbres morales, dependen de la época considerada. Al menos una gran parte de ellas. La ideología dominante es siempre la ideología de la clase dominante dice el marxismo. Es decir, el marxismo nos dice que la ideología cambia pero que hay algunas leyes que no lo hacen, al menos no lo hacen tanto, como la que nos dice qué ideología es la dominante en cada época: la de la clase que domina la sociedad en dicha época. Lo mismo podemos decir en cuanto a otra de las leyes marxistas: *Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de lucha de clases.* A lo largo de la historia y *hasta la actualidad* (esta apreciación es importante porque significa que no sabemos realmente lo que puede deparar el futuro, el determinismo *débil* está aquí presente) han cambiado las clases y las luchas entre ellas, pero no el propio hecho de que la lucha de clases haya protagonizado la historia. La moral, la ética, la ideología, las costumbres, las ideas en general, cambian en el tiempo, incluso dependen de las clases sociales, puesto que dependen de las condiciones materiales de existencia (materialismo dialéctico), pero no así el hecho más radical, la verdad más absoluta, de que toda especie tiene *siempre* sus costumbres, de que toda vida tiene sus leyes, de que todo Universo tiene unas leyes. ¿Sería posible un Universo sin leyes? Podremos relativizar, en mayor o menor medida, las costumbres, las ideas humanas, algunas leyes físicas incluso, pero no el propio hecho de que las haya siempre, de que toda especie inteligente las tenga, de que el Universo se defina por su conjunto de leyes. Al absoluto lo vamos poco a poco acorralando, pero siempre está ahí. Muchas cosas que dábamos por absolutas se convierten en relativas, pero el absoluto sigue existiendo, siempre nos topamos con un nuevo absoluto.

En verdad todo esto podemos reformularlo de otra manera un poco más precisa. Toda verdad tiene un ámbito espacio-temporal de aplicación, tiene unos límites, más allá de los cuales desaparece, deja de ser válida. No todas las verdades tienen los mismos límites. Una verdad es más absoluta que otra, menos relativa, cuando sus límites son más amplios, cuando es válida para un espacio más grande o para una época más larga, cuando se aplica a más lugares y a más épocas. Una verdad es completamente absoluta cuando se aplica para todos los tiempos y todos los lugares, para todo el Cosmos. Una verdad que nos parece a priori absoluta puede dejar de serlo cuando la escala considerada aumenta, cuando supera los límites de dicha verdad. Por ejemplo, la moral (burguesa) se nos aparece como absoluta si sólo consideramos la sociedad



burguesa, los lugares donde existe y las épocas en las que existe. Si miramos en otros lugares o en otras épocas, donde la sociedad no se organiza de la misma manera, la moral (burguesa), que se nos aparecía inicialmente como absoluta, se nos aparece ahora como relativa. Así, la moral en general se nos aparece como relativa, por lo menos muchos aspectos de la misma, aunque no necesariamente todos, *dependen* del tipo de sociedad de que se trate, *cambian* en el espacio y en el tiempo, están *relacionados* con el lugar y la época. Por el contrario, cuando la escala considerada disminuye, lo que antaño se nos aparecía como relativo puede volverse absoluto. Una verdad se nos aparece, por tanto, como *absoluta* cuando sus límites son mayores que la escala de observación considerada, y se nos aparece como *relativa*, cuando ocurre justo lo contrario, cuando sus límites son menores que la escala considerada.

En función de la escala de observación podremos ver que algunas verdades cambian pero otras no. Si analizamos un sistema cambiante, indudablemente, encontraremos más verdades que pasan de ser absolutas a relativas, o al revés. La sociedad humana es mucho más cambiante que el Universo, por consiguiente en ella abundan las verdades relativas, mucho más que en la naturaleza muerta. El relativismo en las ciencias naturales y formales no existe, dado cierto Universo. Las leyes del Universo se consideran constantes en todo él. Sin embargo, por el contrario, el relativismo moral y cultural es un hecho indiscutible, evidente, a pesar de que todavía haya quien lo niegue. Muchas verdades relacionadas con el ser humano cambian en función del lugar y la época. No todas, probablemente, porque el ser humano es ser humano, porque hay algunas verdades que dependen de la especie y no de la cultura. En una misma época dos culturas que no hayan tenido prácticamente contacto alguno tienen valores sociales distintos, y una misma cultura cambia sus valores con el tiempo. Unas verdades relativas podemos compararlas con otras, en base a otras verdades "patrón", que son absolutas para ambas. Por ejemplo, aunque cambien las formas de explotación, el propio hecho de que en distintas sociedades haya *explotación* hace que en todas ellas exista un concepto de *emancipación*, es decir, de *libertad*. Para el esclavo de la antigua Roma, para el siervo feudal o para el proletario del capitalismo existe algo llamado explotación, si bien no todos ellos la perciben exactamente de la misma manera, pues objetivamente no se implementa de la misma manera. Además si cogemos a dos obreros de una misma época, incluso de una misma fábrica, indudablemente, ambos percibirán su explotación no exactamente de la misma manera, pero casi. El subjetivismo no puede ser "fuerte" porque contradeciría al objetivismo, es decir, al hecho de que hay una verdad *objetiva*: ambos obreros son explotados, tienen una situación social idéntica, pertenecen a la misma clase social. Como vemos, tampoco podemos llevar al extremo el subjetivismo ni el objetivismo pues si no llegaríamos a contrasentidos insalvables.

El esclavo aspira a liberarse de su amo, el siervo aspira a producir para sí mismo sin tener que dar nada del producto de su trabajo al señor de las tierras que trabaja, el proletario aspira a que el capitalista le pague un salario justo y a tener unas condiciones dignas en la fábrica en primer lugar, y a expropiar al empresario para liberarse él y todos sus compañeros de su dependencia de la clase capitalista, en segundo lugar, cuando su conciencia de clase aumenta suficientemente. En todos los casos se aspira a un concepto de *libertad* que es, en esencia, el mismo, si bien la manera de implementarla difiere a lo largo del tiempo, porque también cambian las

*formas* de explotación. Las formas cambian pero no tanto el fondo. En la época romana el esclavo no puede elegir su amo, en la Edad media el siervo no puede elegir a su señor o no puede evitar dar parte del fruto de su trabajo a un señor, en la época capitalista el proletario puede elegir para quien trabaja, puede incluso no trabajar, al menos en teoría, no así en la práctica. Sin embargo, en todas las épocas, el esclavo, el siervo o el proletario no controlan su destino, no tienen opción de elegir o esta opción es mínima, a todos ellos les parece claramente insuficiente, aunque no por igual. El esclavo, el siervo y el obrero sienten todos ellos la necesidad de ser libres, aunque no con la misma intensidad ni de la misma manera. Para todos ellos ser libre significa no depender de otros, controlar sus vidas, trabajar para sí mismos y no para otros. Sus cadenas no son idénticas, pero todos ellos llevan cadenas. Todos ellos tienen un concepto de lo que es y de lo que debería ser, es decir, de la ética, de la justicia. Aunque, indudablemente, en muchos aspectos, dicho concepto de justicia difiere, pero en otros no, y no desde luego en el hecho esencial de que exista dicho concepto. A lo largo de la historia permanece la plusvalía, la apropiación del producto del trabajo de unos por otros, es decir, la explotación, el ser humano (civilizado) siempre ha sentido la necesidad de libertad. Ésta se ha mantenido en esencia igual a lo largo de la historia de la civilización humana, aunque, probablemente, por el contrario, un hombre primitivo tenía un concepto de libertad muy distinto, si es que lo tenía. A medida que el ser humano se vuelve más social, a medida que los grupos humanos aumentan en tamaño y se complejizan (división en clases), el concepto de libertad va cambiando. La libertad humana es muy distinta entre el hombre primitivo y el “civilizado”, pero no tanto entre el hombre de distintas civilizaciones. Como dice el materialismo histórico, a medida que las condiciones materiales de existencia, más en concreto el modo de producción, van cambiando, así lo hacen las ideas humanas, las verdades de la sociedad humana. Aquello que permanece tiene su correspondencia en el mundo de las ideas, que también permanece esencialmente, y aquello que cambia produce cambios ideológicos. Pero esto no debe entenderse de manera mecánica y directa, las ideas, a su vez, se van influyendo unas a otras, además de provocar también cambios en lo material. Nunca debemos olvidar la dialéctica.

El “ser” es lo real, el “debe ser” es lo ideal, lo ético, lo utópico, lo perfecto. Si asumimos que la perfección no existe, entonces la contraposición “ser” vs. “debe ser” existirá siempre, en *cualquier* época de *cualquier* especie inteligente, que sea capaz de preguntarse por el porqué de las cosas. En el momento en que una especie sea capaz de preguntarse por el “ser” se preguntará también siempre por el “debe ser”. La comprensión de la realidad, mejor dicho, la aventura de intentar comprenderla, vendrá siempre acompañada de la utopía, del planteamiento de lo ideal, de la persecución de la perfección, aunque ésta nunca se alcance. Cuando nos preguntamos por qué las cosas son como son, al mismo tiempo, nos estamos preguntando por qué son así y no de otra manera, y por consiguiente nos preguntamos también si pueden ser de otra manera. El “ser” no puede existir sin el “debe ser”, o sin el “puede ser”. Son dos caras de la misma moneda. Se relacionan dialécticamente. Ambos conceptos son al mismo tiempo causa y efecto, aunque el “ser” es la causa última. El “ser” produce el “debe ser” (al conocer la realidad, al vivirla, nos preguntamos si es posible cambiarla). Pero el “debe ser” también produce el “ser” (al soñar y aspirar a cambiar la realidad, acabamos, en cierta medida, cambiándola). La realidad genera utopía. Y la utopía cambia la realidad. Siempre, ineludiblemente, el ideal coexiste con lo real. Que alguien

se declare como no idealista no lo convierte automáticamente en no idealista. Todos tenemos cierto ideal. La diferencia estriba en lo que aspiramos, nos diferencian nuestros ideales, pero no el hecho de que unos los tengan y otros no. El más materialista (en el sentido habitual, peyorativo, de la palabra) de todos tiene también un ideal: ser materialista. El ideal es siempre el deseo de ser, el “debe ser”. Un materialista, es decir, una persona que piensa prioritariamente en las cosas materiales, en el dinero, en los bienes que posee o que desea poseer, tiene también, como mínimo, un ideal, se dice a sí mismo “debo ser” materialista. Todos somos materialistas e idealistas, aunque en distintas proporciones.

Que el marxismo se haya declarado amoral, si es que así pensamos que hizo, como así piensan algunos marxistas, no lo convierte en amoral. Que haya sustituido el “ideal” por el simple “interés” no significa que no sucumba ante el idealismo (la búsqueda del “debe ser”). Aunque diga que de lo que se trata es que el proletariado pueda imponerse sobre la burguesía, que el primero está llamado por la historia a relevar a la segunda, no significa que no persiga un ideal, aunque éste se asuma simplemente como el que una clase predomine sobre otra, que una mayoría domine sobre una minoría, que unos intereses se impongan sobre otros. No existe declaración más idealista que la que pronunció Marx en su día: *Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo, de lo que se trata es de transformarlo*. Engels en el discurso del entierro de su amigo y compañero de fatigas dice: *Pues Marx era, ante todo, un revolucionario, cooperar de este o del otro modo, en el derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida*. En palabras de Engels, quien mejor conoció al autor del marxismo, salvo quizás su propia familia, Karl Marx era ante todo un revolucionario. ¿Y qué es un revolucionario sino ante todo un idealista? Marx, lejos de lo que piensan muchos marxistas, tal vez el mismo Marx, fue el paradigma del idealismo, de la búsqueda de un ideal, de una realidad mejor, de un mundo diferente.

En Marx el “ser” y el “debe ser” están muy presentes, más que en la mayoría de las personas de cualquier época. No por casualidad quien más llegó a comprender nuestra sociedad, quien sentó las bases para, por primera vez, comprenderla de verdad, planteó su transformación radical. A Marx el “ser” le permitió desarrollar el “debe ser”. Negar en nombre del marxismo el “debe ser”, la dicotomía “ser” vs. “debe ser”, supone, en verdad, no comprender la esencia más profunda del marxismo. Lo que diferencia al socialismo científico del utópico es que el primero nos muestra el camino para desde el “ser” alcanzar el “debe ser”, no en negar la dicotomía “ser” vs. “debe ser”, sino, por el contrario, en posibilitar su resolución, su superación, mejor dicho, en acercarnos a su superación. Y ello fue posible porque Marx tuvo muy en cuenta esa dicotomía, él trabajó a lo largo de toda su vida contra viento y marea para superarla. Para conquistar el “debe ser” él se empeñó en estudiar profundamente el “ser”. Por si quedara alguna duda acerca de su obsesión por resolver la dicotomía “ser” vs. “debe ser”, basta con recordar alguna de las cosas que dijo: *Mas la guía principal que debe dirigirnos en la elección de una carrera es el bienestar de la humanidad y nuestra propia perfección. La religión misma nos enseña que el ideal de vida, de quien todos se esfuerzan por copiar, se sacrificó por causa de la humanidad*.

*¿Y quién se atrevería a poner en la nada tales juicios?... Si en la vida hemos escogido la posición desde la cual podemos trabajar más por la humanidad, ninguna carga nos puede doblegar, porque son sacrificios en beneficio de todos; entonces experimentaremos, ya no una pequeña, limitada y egoísta alegría, nuestra felicidad pertenecerá a millones. Nuestros hechos se vivirán calladamente, pero siempre por el trabajo, y sobre nuestras cenizas se verterán las ardientes lágrimas de la gente noble.* Esta declaración de intenciones se vio avalada por la praxis. Marx actuó a lo largo de toda su vida coherentemente con esa *guía principal* de la que hablaba cuando era joven, a pesar de que en ciertos momentos pareciera renunciar al idealismo, a pesar de sus errores, incluso de sus miserias. ¿Quién no comete errores? ¿Quién no tiene miserias?

Como nos recuerda Justo Soto Castellanos en *La ética de Marx y el marxismo*, en una carta a S. Meyer, fechada el 30 de abril de 1867, tras una crisis severa de salud y en unas condiciones económicas precarias, Marx reitera su profunda entrega ética a la humanidad y en concreto a la clase que a su juicio, representa el futuro de ésta, ya que se encargará de liberar a la humanidad de la sempiterna explotación y de la lucha de clases: *¿Que por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente el borde de la tumba. Por eso tenía que emplear todo momento en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esa explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres prácticos y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar las espaldas a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente “impráctico” si no hubiese terminado por completo mi libro; por lo menos en borrador.* Marx fue en verdad uno de los últimos grandes idealistas de la historia de la humanidad. Uno de los más grandes de todos los tiempos, sino el que más. No puede decirse que una persona que se sacrifica por los demás esté exenta de moral o ética. Todo lo contrario. El sacrificio es la suprema prueba del Amor. Marx demostró un gran amor por la Verdad, por la Humanidad en general. No puede haber acusación más injusta que acusar a Marx y a sus más fieles seguidores de amorales, incluso asumiendo el concepto genérico o teórico de moralidad aceptado por la sociedad burguesa: el deseo del bien de los demás. Muchos de quienes acusan al marxismo de amoral son, precisamente, quienes practican la hipocresía, quienes en nombre de la moral actúan constantemente contra ella, quienes sólo miran por su propio interés. Y no sólo eso, sino que intentan que la búsqueda del interés propio, el crudo egoísmo, sea la única ley de la sociedad, por lo menos la más importante, la ley de leyes, el sustento “moral” de la sociedad. Marx es mucho más fiel a los ideales moralistas burgueses o cristianos que la inmensa mayoría de burgueses o cristianos.

Es muy difícil, sino imposible, explicarse, cómo personas como Marx y Engels, como tantos otros, que no eran proletarios, que eran intelectuales burgueses, lucharan tanto por los intereses del proletariado, es decir, “casualmente”, por los intereses de las clases más desfavorecidas, por los intereses de la humanidad entera, sin recurrir a conceptos, tan denostados en ciertos círculos “marxistas”, como la ética, el bien o la utopía. Es muy difícil explicarse la lucha personal de Marx y Engels, que les imposibilitó una cómoda vida acorde con su posición social (ellos tuvieron que exiliarse, cual nómadas, a diversos países por la persecución a la que fueron

sometidos, se enfrentaron al orden establecido, una de las luchas más duras y difíciles habidas y por haber), simplemente por su mero interés “científico”. ¡Como si no hubiera muchos científicos o intelectuales que hacen la vista gorda ante el derrotero de los acontecimientos y se refugian en sus laboratorios o cátedras particulares! Aunque Marx y Engels repudien la moral o la ética, (si es que así fue, lo cual es muy discutible) fueron, en la práctica, algunos de sus mejores “apóstoles” en los tiempos modernos. También, como ya dije anteriormente, es muy difícil, por no decir imposible, explicarse la manera de actuar, en todos los campos, de Marx y de Engels si pensamos que el libre albedrío no existe. La praxis de los padres del marxismo, nos confirma la importancia de la voluntad de los individuos en el devenir de la historia, la existencia del libre albedrío, es decir, del carácter *determinista* del ser humano y su sociedad, pero no *completamente* determinista, es decir, la validez del determinismo *débil* frente al *fuerte*; la importancia de las ideas, enraizadas en lo material, pero en cierta forma “elevadas” o “alejadas” de él hasta el punto de parecer en cierta medida independientes, en cierta medida, es decir, la praxis de Marx y Engels nos confirma la validez del materialismo *dialéctico*, lo erróneo que es el materialismo simple, burdo, metafísico, que desprecia a las ideas; y la validez del relativismo *relativo* frente al absoluto, en el sentido de que ciertas ideas, ciertas verdades son más absolutas de lo que pueda parecer a primera vista, el ser humano, a pesar de los pesares, sigue soñando y luchando por un mundo mejor, la ética sigue existiendo, a pesar de que esté tan desgastada por el uso hipócrita que hacen de ella las clases dominantes, a pesar de que frente a ese desgaste algunos intenten negarla, desprenderse de ella o relativizarla hasta extremos absurdos.

A pesar de todo, algunos marxistas han combatido la idea de la pretendida amoralidad del marxismo. Por ejemplo, Lenin afirma en 1920:

*¿Existe una moral comunista?... Ciertamente sí, con frecuencia se pretende que no tenemos nuestra propia moral y más frecuentemente, la burguesía nos reprocha a nosotros, Comunistas, de renegar toda moral. Este es un medio de falsear los conceptos, de echar tierra a los ojos de los obreros y de los campesinos. ¿En qué sentido negamos la moral, negamos la ética? En el sentido predicado por la burguesía, la que deducía la moral de los mandamientos de Dios... Nosotros negamos toda esa moral derivada de concepciones exteriores a la humanidad, exteriores a las clases... Nosotros afirmamos que nuestra moral está subordinada por entero a los intereses de la lucha de clases del proletariado... Nosotros decimos es moral lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora que está creando la nueva sociedad, la sociedad comunista... Cuando se nos habla de moral, nosotros decimos: para el comunista, la moral consiste por entero en la disciplina solidaria y coherente y en esa lucha consciente de las masas contra los explotadores. No creemos en la moral eterna y denunciemos todo tipo de fábulas engañosas acerca de la moral. La moral debe servir a la sociedad humana para superarse, para liberarse de la explotación del trabajo.*

**La moral no es eterna, ni independiente del ser humano. No es externa a él, forma parte de él.** Hete aquí el relativismo moral propugnado por el marxismo. La moral debe servir a la sociedad humana para superarse. Hete aquí la vuelta a la razón de ser original de la moral: servir al ser humano. **El marxismo, lejos de ser amoral,**

**por el contrario, recupera el verdadero sentido de la moral. La reubica en el ser humano y la desubica de lo divino.** Para el marxismo la moral es un producto de la especie humana, nace de ésta y se dirige a ésta. No es un mandamiento divino. Es una necesidad humana. La moral marxista es humana, nace de la humanidad y se dirige a ella. Mientras haya ser humano, habrá moral, mientras haya explotación, el ser humano aspirará a erradicarla. La moral no es eterna, no es absoluta, como no lo es el ser humano, pero perdurará, aunque bajo distintas formas, mientras perdure la especie humana. Ésta sí es una verdad absoluta. Mientras haya humanidad habrá ética, moral, por lo menos humanas. Quienes acusan al marxismo de amoral, en verdad lo que le critican es que su moral no sea la misma que la suya, que la burguesa, poniendo en peligro la moral de la clase dominante, uno de los sustentos ideológicos de la sociedad burguesa. El relativismo moral es atacado porque pone en peligro el absolutismo moral de la clase dominante, la moral dominante. La moral marxista compite con la moral burguesa. La primera se nutre del Hombre, de la Razón, de la realidad, de lo material, de lo concreto, de lo visible. La segunda de Dios, de la Fe, de la imaginación, de lo inmaterial, de lo abstracto, de lo invisible. La segunda pretende negar a la primera, ya sea negando directamente su existencia, ya sea negando el relativismo moral, que podría dar pie a que hubiera otras morales distintas a la dominante, a la que se desea imponer o perpetuar. La primera pretende superar a la segunda pero sin negarla, simplemente reconociendo que también es un producto histórico de la humanidad, y como tal, superable. La moral marxista pretende enfrentarse a la burguesa, pero ésta, sabedora de su probable derrota, elude el enfrentamiento cara a cara, de igual a igual. Como así hace la burguesía, o cualquier minoría dominante, que domina artificialmente, por la fuerza, en tantos otros campos.

No es posible demostrar la existencia de Dios, pero sí es posible demostrar que la religión es un producto histórico de la humanidad. No es posible demostrar que la moral es divina, pero sí que es humana. La naturaleza dialéctica de la materia y de todo lo que de ella depende “creó” a Dios, la comprensión de la dialéctica materialista lo destruirá. Dios no creó el Cosmos, por el contrario, fue el Cosmos quien creó a Dios. El Cosmos creó materia, tal vez sólo la transformó a partir de energía pura, la materia se hizo consciente y la materia consciente, incapaz de comprender que la materia pudiera llegar a ser consciente por sí misma, se inventó un creador. El ser humano se inventó a Dios ante la imposibilidad de comprender, no sólo el mundo a su alrededor, sino que a sí mismo. Creyó que todo aquello que trascendía lo material provenía de otro sitio. La incomprensión de las profundas, complejas y numerosas interrelaciones le impidió ver que las causas de lo inmaterial estaban, allá a lo lejos, en lo material, en la propia realidad, y no en otros mundos imaginarios. Que las ideas no son más que materia bajo otra forma. Energía que nace de la materia que a su vez proviene de energía. Tal vez, un ciclo infinito. Negación de la negación. Dialéctica pura. La distancia entre lo material y lo inmaterial le parecía tan grande al Hombre que se inventó un mundo irreal, inmaterial. La dialéctica materialista le permite comprender que todo aquello abstracto, tan alejado de lo material, tan elevado por encima de él, en verdad proviene también de la propia materia. El materialismo dialéctico le permite al ser humano reubicar el origen de todo aquello que él achacaba a lo divino. La ética, la moral, tiene su origen en el propio ser humano, en sus necesidades *materiales*. La Razón, la comprensión del mundo y de sí mismo, le permite al ser humano ir poco a poco matando a sus dioses. Los dioses son sustituidos por un solo Dios. Incluso

surgen religiones más evolucionadas, no teístas, que niegan a Dios, a cualquier dios, como el budismo. El ser humano necesita creer en otra vida para combatir la idea de la muerte pero va dejando de necesitar a los dioses. Dios le servía para explicar todo aquello que no comprendía, empezando por sí mismo. Pero a medida que comprende se va olvidando de Dios, a medida que la necesidad de Dios va disminuyendo, Dios va desapareciendo. Dios no puede exterminar al Hombre pero éste sí puede exterminar a aquél, simplemente porque Dios es un producto de la mente del Hombre. La ciencia pone en serio peligro a Dios porque permite comprender. La dialéctica pone en serio peligro a Dios porque muestra su origen humano, material. El materialismo dialéctico, y todo lo que se deriva de él, finiquita a Dios. El relativismo moral pone en serio peligro al propio Dios. Pone en serio peligro el orden establecido de las élites dominantes, que se parapeta en el orden divino y eterno. La moral burguesa (heredera de las anteriores morales oligárquicas) pretende eternizarse usando el concepto de Dios, o de cualquier sustituto absolutista que le sirva para eternizarse, como el “eterno” capitalismo. La Ilustración, en base a la cual la burguesía se emancipó respecto de la aristocracia, a su vez, pone la primera piedra para que la propia burguesía sea superada por el proletariado. La burguesía se niega a sí misma intelectualmente, frena el avance de las ideas que ella provocó, sabedora de que en sus ideas se encuentra el germen del fin de la sociedad burguesa, de cualquier sociedad basada en la explotación. El relativismo pone en peligro ese absolutismo, pone fecha de caducidad a la moral dominante, y por tanto, a las clases dominantes. Pero este relativismo, como todo relativismo, tiene sus límites. No se puede relativizar ad infinitum porque esto nos llevaría al absurdo, a contradicciones insalvables. El relativismo puede sucumbir ante él mismo si se lleva demasiado lejos. El relativismo extremo, ilimitado, posibilita el triunfo del absolutismo. Aunque el hombre no pueda prescindir todavía por completo de lo absoluto, éste toma otras formas. Ya no hace falta Dios, éste puede ser sustituido por la Naturaleza, el Cosmos, la Razón, la Verdad suprema.

El relativismo burdo, exagerado, que dice que *toda verdad es relativa* (contradiciéndose a sí mismo pues esta afirmación sólo puede ser válida si es absoluta), que induce incluso a estrechar en exceso el rango de validez de muchas verdades, a relativizar en extremo toda verdad, contradice la dialéctica que nos dice que las cosas, incluidas las ideas, se interrelacionan mutuamente, que las verdades de hoy pertenecen no sólo al hoy, no son sólo reflejo de las condiciones materiales de hoy, sino que también pertenecen en parte al ayer, son también reflejo de las condiciones materiales e incluso de las ideas de ayer, hasta de anteayer. Decir que el Estado es el Estado *burgués*, que la democracia es la *burguesa*, que la moral es sólo la *burguesa*, es tener una gran estrechez de miras, es pensar metafísicamente, es poner barreras donde no las hay, es darle más poder a la clase dominante del que tiene (¡no le demos más del que ya tiene, por favor!). Las ideas de ética, de moral, de justicia, de libertad, por muy ensuciadas que estén, por muy condicionadas que estén por los momentos históricos y por los lugares, que indudablemente lo están, permanecen a lo largo y ancho del espacio y del tiempo de la sociedad humana. Son, indudablemente, verdades relativas, por cuanto sólo pueden aplicarse para la especie humana, podríamos incluso decir que para cualquier especie inteligente, pero no son tan relativas como muchos “marxistas” o “integristas” del relativismo piensan. Si las ideas fuesen sólo válidas en márgenes muy estrechos, si fuesen “muy relativas”, si sólo hubiera una libertad *burguesa*, no sería posible superar la sociedad *burguesa*.

Cualquier etapa histórica es posible superarla porque las ideas, así como las condiciones materiales, se ven muy influenciadas por las del pasado, incluso por las de los posibles futuros, por las expectativas del futuro. La realidad humana es posible cambiarla, ha cambiado, cambia, seguirá cambiando, porque la sociedad humana, a diferencia de la naturaleza muerta, es menos determinista y más relativista. Las leyes de la sociedad humana son más “blandas” que las del Universo. Menos deterministas y más relativistas. Pero hasta un cierto punto. Las verdades tienen fronteras más anchas de lo que muchos se imaginan, no infinitas, por lo menos para la sociedad humana, pero tampoco tan pequeñas como algunos se empeñan, se empeñan porque siguen contagiados de pensamiento metafísico, porque siguen sin considerar suficientemente a la dialéctica. Las verdades relacionadas con la sociedad humana no pertenecen a una sola etapa histórica ni a un solo país. Indudablemente, la ideología dominante de cualquier época es la de la clase dominante. Pero dicha ideología no es la única. Además, dicha ideología se ve contagiada por otras ideologías contemporáneas y pasadas, incluso por ciertas ideologías que especulan con el futuro, dicha ideología tampoco está exenta de contradicciones. Dicha ideología no está totalmente ceñida a su época. En dicha ideología está el germen de su destrucción, como siempre proclama la dialéctica con todo, la tesis se enfrenta a la antítesis y al cabo del tiempo surge la síntesis, una nueva ideología que se nutre de la antigua pero que la supera, la continúa en algunos aspectos pero la contradice en otros. Si nunca perdemos de vista la dialéctica, tan presente en la naturaleza, pero mucho más presente todavía en la sociedad humana, no sucumbimos ante el determinismo fuerte, ni ante el materialismo simplón ni ante el relativismo fanático. La sociedad humana es esencialmente dialéctica. Cualquier visión simplista, extrema, de ella se aleja de la verdad y nos impide por tanto transformarla.

Que el marxismo, con sus padres a la cabeza en determinados momentos, haya “renunciado” a las palabras *ética, moral, ideal, utopía, bien o mal*, si es que así fue, no le exime de haber sucumbido, en el mejor sentido de la palabra, a dichos conceptos. Como decíamos, la dialéctica es la ley básica, mejor dicho el conjunto básico de leyes, de la sociedad humana. No podemos comprender qué ocurre en la sociedad humana si no consideramos a la dialéctica. Nadie escapa de la ideología dominante. Ésta nos influencia a todos, pero no de manera mecánica, absoluta. No nos influencia a todos por igual. Negar esa influencia, “abolirla” en cierta forma, renegar de la ideología dominante de nuestra época, no quiere decir, ni mucho menos, que dicha influencia, de hecho, desaparezca. Proclamar a los cuatro vientos que uno está libre de ella no hace que dicha influencia deje de existir, podrá tan sólo en todo caso disminuir, pero no podrá desaparecer, por mucho que nos creamos ya libre de ella. Pero también, aunque no podamos evitar la influencia de la ideología dominante, la sociedad humana está tan impregnada de dialéctica, es decir, de influencias mutuas, de contradicciones, que, aunque no podamos evitar sucumbir en mayor o menor medida a la ideología dominante, podemos superarla, podemos cambiar la sociedad. Dialéctica es ante todo, sobre todo, cambio. La sociedad humana cambia más que la naturaleza muerta porque es mucho más dialéctica, porque es mucho más compleja, porque está compuesta de muchas partes muy complejas que se relacionan de manera muy compleja. El sistema hace al individuo pero el individuo también hace al sistema. Unos individuos influyen en otros, en ciertos grupos, son influidos a su vez por otros grupos, por otros individuos. Lo mismo podemos decir de las ideas, unas influyen a otras y



viceversa. Las influencias están por doquier, se ejercen en todas las direcciones pero no por igual en todas ellas. Pero se ejercen. Gracias al carácter intensamente dialéctico de la sociedad humana ésta puede cambiar, no sucumbe ante el determinismo fuerte, ni ante el materialismo metafísico, ni ante lo absoluto, ni ante el relativismo estricto. Sociedad humana es dialéctica en acción. Dialéctica es cambio. Las leyes sociales cambian. El marxismo nos posibilita, además de ser conscientes de esto, y precisamente por esto mismo, controlar los cambios, tomar las riendas del destino de nuestra sociedad. Lejos de lo que piensa mucha gente, contagiada más que otras personas del pensamiento burgués dominante, el marxismo nos posibilita ser más libres, pues poder elegir, controlarse a uno mismo, conocerse a uno mismo, es ser más libre.

A las personas, incluso a las ideas, hay que juzgarlas por sí mismas, no por las etiquetas empleadas por otras personas o por ellas mismas, no por cómo lo hacen otras personas o ellas mismas. Para mí, y creo que es imposible no verlo, por poco que se mire, por poco que se haya leído a Marx y a muchos de sus seguidores, por poco que se sepa de las andanzas prácticas del padre del marxismo, de su vida, de sus luchas, Marx, Engels y muchos de sus seguidores más fieles han sido, tal vez, algunos de los últimos verdaderos moralistas de la historia humana. Verdaderos. Ellos, a diferencia de muchos otros moralistas, que haberlos haylos, y muchos, y los seguirá habiendo, practicaron con el ejemplo. Para mí es más moralista Marx que muchos, sino todos, los papas de la historia, que muchos, sino todos, los religiosos, sobre todo de la parte más alta de la jerarquía eclesiástica. Muy probablemente, hartos y asqueados del uso hipócrita y falso hecho por sus enemigos ideológicos de muchos conceptos relacionados con la moral y la ética, en su afán por relativizar también, por combatir lo absoluto, el falso y exagerado universalismo tras el cual se escondía la intolerancia y el deseo de dominio, de imposición, Marx y Engels quisieron hacer ver al proletariado que se trataba sobre todo de *intereses* en vez de *ideales*, como así era también, pero al hablar de *explotación*, al decir que el proletariado debía *emanciparse* él mismo y, de paso, al resto de la sociedad, al asimilar los *intereses* de su clase con los generales de la humanidad (los *intereses* generales de la humanidad son en verdad sus *ideales*), al hablar de *libertad*, de *igualdad*, de eliminación de las clases sociales, asumieron la lucha por una sociedad mejor, es decir, “sucumbieron”, de facto, a la utopía, a la moral, a la ética, a la idea del bien, por mucho que renunciaran a dichos conceptos oficialmente. Su verdadero aporte fue el hacernos comprender que era *científicamente* posible el triunfo del bien sobre el mal en este mundo. Su verdadero aporte fue dar un carácter verdaderamente científico a las antaño pseudo ciencias sociales. Es más, fue darles “calor” a las ciencias sociales, antaño “congeladas”, además de poco científicas, darles una razón de ser. Quienes acusan al marxismo de poco objetivo por su “calidez”, precisamente, se olvidan de que así como el ingeniero necesita imperativamente de la verdad para aplicarla (la ingeniería es la aplicación práctica de la ciencia), quienes pretenden cambiar la sociedad necesitan, más que nadie, de la verdad para poder hacerlo. Que el marxismo sea “cálido”, que reivindique transformar la sociedad y no sólo conocerla, le obliga, precisamente, a ser más objetivo, científico, que ninguna otra ciencia social. Sólo es posible transformar la realidad conociéndola y sólo es posible conocerla si se es objetivo, si se usa el método científico. La razón de ser del marxismo le hace ser más científico, y no menos. Es,

precisamente, por esa razón de ser que las “ciencias” sociales pueden ser realmente científicas gracias al marxismo.

De lo que se trataba era de transformar la realidad, no ya sólo de comprenderla y de mantenerse distante o ajena a la misma, sino de participar activamente en su construcción. **Marx reivindica para el ser humano el papel de dueño en su sociedad.** Nos llama a superar el papel de meras marionetas en manos de un destino errático. Para él, el ser humano debe protagonizar su sociedad, no sólo siguiendo el guión, no sólo actuando, sino que elaborándolo, siendo el autor del mismo. **Marx reivindica la Libertad.** Y trabaja de manera concreta para conquistarla. Permite comprender realmente la sociedad humana, pero no se conforma con ello, nos dice que el conocimiento está para aplicarlo, para transformar la realidad, no es el fin en sí mismo, es el medio. Desde Marx, las ciencias sociales empiezan a ser realmente científicas (o por lo menos se les abre esa posibilidad) y, por si fuera poco, tienen una razón de ser, dejan de ser meros fines para convertirse en medios. El marxismo se convierte en el medio de que la humanidad tome conscientemente las riendas de su propio destino. Marx intenta (y lo consigue en el campo teórico) enterrar la religión atacándola en su propio corazón: la moral. Marx le quita el protagonismo a Dios y se lo da al Hombre. Demuestra que la ética es posible y necesaria, pero que está enraizada en la Tierra, en lo material, y no en el Cielo, en lo inmaterial, que no es necesario recurrir al *opio del pueblo* para construir una sociedad distinta, mejor dicho, para soñar con una mejor, demuestra en verdad que la religión, como tal opio, imposibilita un mundo mejor, que prescindiendo de él es realmente posible realizar nuestros sueños, que el paraíso es posible en la Tierra, que son los propios humanos quienes deben y pueden hacerlo, pero no partiendo de los propios sueños o de las abstracciones mentales sino de la misma realidad tangible.

**En la misma realidad se hallan las semillas de una nueva realidad.** Como Marx y Engels llegan a decir: *Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual.* El marxismo supera la contradicción entre lo real y lo ideal, supone una síntesis dialéctica de dicha dicotomía. Hace real lo ideal. No niega lo ideal, lo integra con lo real. El Cielo y la Tierra, con Marx, se fusionan. Marx convierte en cierta medida al ser humano en un Dios, pues le usurpa a éste el control del destino. No es de extrañar que el marxismo haya sido “excomulgado” y “quemado” en la hoguera intelectual por la Iglesia más poderosa del planeta. No es de extrañar que algunos de los más fieles seguidores del marxismo, de su razón de ser, de la defensa del pobre, de la lucha contra la explotación, contra la injusticia, contra el mal, contra el sinsentido, hayan surgido de algunas capas más honestas de las religiones. No es casual que la Teología de la liberación haya sido rápidamente condenada por la Santa Sede. En Marx lo moral es lo racional y viceversa. Se sintetizan la Razón y la Moral. El marxismo no es moral en el sentido clásico de la palabra, su moralidad no es la antigua, es otra que la supera. La inteligencia es emocional. El ser humano piensa porque siente, siente porque piensa. Raciocinio y Emoción se relacionan dialécticamente, se enraízan en lo material y con Marx se sintetizan. **El marxismo es mucho más que una simple teoría económica o una ideología política. Es ante todo una nueva concepción del mundo que**

**atenta contra la antigua. Sus implicaciones son profundas y abarcan a todos los campos.**

El marxismo hace la competencia a la religión. Sin necesidad de recurrir a la razón de la fuerza, no lo necesita. El marxismo respeta la libertad religiosa, la libertad de conciencia, pero indudablemente le hace la competencia a cualquier religión. Y, además, una buena competencia, una competencia muy peligrosa. Porque la religión lleva milenios “funcionando”, por lo menos intentando funcionar (siempre que asumamos que su único objetivo es la moral, es un mundo mejor, lo cual es muchísimo asumir), y no ha logrado casi nada, el mundo se encamina cada vez más hacia el Infierno, el Cielo en la Tierra está cada vez más lejos. Por el contrario, el marxismo posibilitó en muy pocos años un serio intento de lograr el Cielo en la Tierra. Aunque el tiro salió por la culata. Pero por lo menos hubo un serio intento de construir una nueva sociedad humana. Las religiones tienen un serio enemigo en el marxismo. La Razón siempre es el gran enemigo de la Fe. Es muy sintomático que el poder económico apoye a la Iglesia y combata de todas las maneras posibles al marxismo. Demuestra que éste, a diferencia de aquella, pone en serio peligro el orden social oligárquico establecido. El comunismo, según los padres del marxismo, es el movimiento *real* que anula y *supera* el estado de cosas actual. Es doblemente peligroso porque pretende superar el estado actual de las cosas, como ya hacía el utopismo o las religiones, pero es un movimiento *real*, a diferencia de los utopismos o las religiones, es decir, factible, realizable, porque se nutre de la propia realidad, porque en verdad es un importante salto en la conciencia, permite comprender la realidad y superarla, dominarla. Aquí radica su verdadero peligro para las élites dominantes. Ellas lo combaten de todas las maneras posibles porque pone en peligro su statu quo. Y lo combaten por la fuerza también. En nombre de la democracia, en nombre de la libertad que, según ellos, son puestos en peligro por el marxismo, ellos recurren a la dictadura sin disfraz cuando la dictadura disfrazada de democracia no basta para defender sus status. Por esto al mismo tiempo que nos dicen que el marxismo es barbarie, es totalitarismo, ellos recurren al fascismo o al nazismo cuando el peligro comunista acecha. Al mismo tiempo que ellos acusan de dictadores a quienes intentan democratizar la sociedad, beneficiar por una vez a los más pobres, ellos apoyan golpes de Estado o a dictadores implacables que mantienen el orden burgués establecido. Ellos que dicen que el comunismo es totalitarismo, confundiendo estalinismo con comunismo, obviando lo que tantas veces ha ocurrido en la historia humana, la bárbara tergiversación de las ideas (como si Jesucristo, por ejemplo, hubiese fomentado la Inquisición), mantienen de todas las maneras posibles su totalitarismo sutil, o no tan sutil ya, llamado capitalismo, recurren al totalitarismo puro y duro para salvaguardar el capitalismo, a la dictadura política cuando la dictadura económica peligró, cuando el parapeto de la “democracia” burguesa no es suficiente.

Marx es más peligroso que Jesucristo, hasta que a Marx le ocurra lo mismo que al hijo de Dios, que sus ideas pasen del blanco al negro, se olviden, se banalicen. Si no es posible combatir las ideas más fundamentales del cristianismo, o del marxismo, se las tergiversa, se las distorsiona, se las banaliza, se las limita, se las olvida, se las sustituye por otras menos peligrosas o se las vacía de contenido. En el caso de Marx esto es más difícil porque no es lo mismo combatir unos mandamientos, unos deseos, que unos postulados científicos sustentados en lo material, en realidades fácilmente

comprobables. Es más difícil, pero no imposible, se hace, se lleva haciendo desde que surgió el marxismo. Ya Lenin denunciaba en 1917 la tergiversación del marxismo (más adelante el mismo leninismo fue también distorsionado):

*Ocurre hoy con la doctrina de Marx lo que ha solido ocurrir en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los jefes de las clases oprimidas en su lucha por la liberación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para “consolar” y engañar a las clases oprimidas, castrando el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando su filo revolucionario, envileciéndola. En semejante “arreglo” del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero. Olvidan, relegan a un segundo plano, tergiversan el aspecto revolucionario de esta doctrina, su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano, ensalzan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía.*

Si la Fe no pudo cambiar el mundo, más bien sirvió para posponer indefinidamente un nuevo mundo, la Razón, por el contrario, lo hará, una vez que supere los obstáculos impuestos. La Verdad es el arma más poderosa. Contra ella la Fe, el Dogma, tarde o pronto sucumben. Galileo finalmente triunfó sobre la Iglesia. Así lo hará también Marx. Pero siempre que a éste se le despoje de sus errores, siempre que haya gente que luche activamente por que se abra camino la Verdad. Siempre que antes la civilización humana no desaparezca. A diferencia de a Galileo, a Marx no le queda mucho tiempo. La humanidad está ahora en una peligrosa encrucijada. Por primera vez en la historia, la vida en nuestro planeta, el propio planeta Tierra, están amenazados por su especie dominante.

Como decía Rosa Luxemburgo: *la mayor conquista del movimiento proletario ha sido el descubrimiento de una fundamentación para la realización del socialismo en las condiciones económicas de la sociedad capitalista. El resultado de este descubrimiento fue que el socialismo se transformó, de sueño “ideal” milenarista de la humanidad, en necesidad histórica.* Quien tenga dudas todavía acerca de la moralidad del marxismo, que eche un vistazo al artículo *El socialismo y las iglesias* de Rosa Luxemburgo. En él la gran revolucionaria demuestra en pocas líneas y de manera contundente quién es el moral y quién es el amoral. El marxismo en verdad que recoge el legado del cristianismo original. Da las claves para lograr un mundo donde no haya ricos ni pobres, explotadores ni explotados. El verdadero aporte de Marx es demostrar que *científicamente* es posible que el bien venza al mal, el orden al caos, la conciencia a la inconciencia, lo humano a lo divino. Entendiendo como el bien una sociedad más libre, más justa, más equilibrada, más armónica, menos contradictoria, más próspera, más estable, más segura, una sociedad donde la riqueza generada por toda ella sea disfrutada por toda ella y no sólo por ciertas minorías, una sociedad que podría dar el salto definitivo para salir de la prehistoria, como los padres del marxismo decían. Una sociedad que podría controlar conscientemente su destino, globalmente, para huir de la barbarie o autoextinción a las que parece condenarnos el capitalismo,

para huir del Infierno al que parecen condenarnos los distintos Dioses o la Providencia. Marx y Engels no renuncian a los sueños. ¡Al contrario! Trabajaron arduamente para su realización, tanto en el campo de la teoría como en el de la praxis. Por primera vez en la historia el sueño es realmente posible. No por casualidad poco después de las muertes de Marx y Engels, el proletariado, el campesinado, las clases más pobres y explotadas, por primera vez en la historia, intentaron tomar el poder y construir una sociedad radicalmente nueva, un paraíso en la Tierra. El intento salió fallido. El paraíso tuvo mucho de Infierno. La dialéctica hizo posible que en nombre del marxismo, que reivindicaba el Cielo, se implantara un nuevo Infierno. Las contradicciones del marxismo se volvieron contra el propio marxismo. Algo totalmente acorde con la dialéctica. Quien conozca y comprenda la dialéctica no se puede ver sorprendido por ello. ¡Pero debe, precisamente, por ello mismo, buscar imperativamente las contradicciones del marxismo que posibilitaron la negación del propio marxismo, para que al volver a negarlo, a negar su tergiversación, resurja con inusitada fuerza! Muy optimista, muy iluso, había que ser para pensar que a la primera iba a ser la vencida. ¡Habrá que seguir intentándolo!

Pero para ello, primero habrá que corregir los errores cometidos. **El problema, uno de los principales de fondo, que tuvo el marxismo es que, en su afán de huir de los conceptos burgueses, de su aplicación práctica, en su afán de relativizar, el propio concepto de Estado sucumbió.** Así como Marx o Engels renunciaron de palabra, al menos en algunos momentos, a la *ética*, por identificarla con la burguesa, hicieron lo propio con el concepto *Estado*. Presos de cierto determinismo exagerado, porque ellos también se contradijeron a sí mismos en algunos momentos, también cometieron errores, como seres humanos y no dioses que eran, pensaron que el Estado sólo podía seguir siendo como había sido. Presos de realismo, afortunadamente, y contrariamente a sus “compañeros” de viaje los anarquistas, se dieron cuenta de que no era posible prescindir de él a corto plazo, ni siquiera a medio plazo. Presos de cierto relativismo exacerbado asociaron Estado con Estado *burgués* (oligárquico en general), supusieron que el Estado, todo él, no sólo algunas de sus características, no sólo algunas de sus facetas, no sólo alguna de sus posibles aplicaciones o concepciones, era un producto de una sociedad clasista basada en la lucha de clases. No ya el Estado *burgués* era un producto histórico, sino el mismo Estado. El Estado no podía dejar de ser clasista porque el Estado era ante todo, sino exclusivamente, la dictadura de una clase sobre el resto de clases. Por consiguiente, había que superar la sociedad clasista, ¡pero sin prescindir del Estado clasista! Esta gran contradicción era irresoluble. El anarquismo intuyó el problema, pero no propuso soluciones realistas, se limitó a decir que debía abolirse el Estado de manera inmediata. Si suponíamos que el Estado era imprescindible, al menos por cierto periodo transitorio, pero que al mismo tiempo no podía dejar de ser clasista, el Estado no posibilitaría superar la sociedad clasista. Estas contradicciones las eludieron Marx y Engels llamando a la organización de la nueva sociedad comunista futura sin Estado, *comunidad o asociación de libres productores*. Lo mismo hicieron con la política, ésta era un producto de la sociedad de clases. En la sociedad futura la *política* daría paso a la *administración de las cosas*. Pero esto no resolvía el problema, no bastaba con cambiar de nombre a las instituciones o a las actividades humanas para que éstas cambiaran. No bastaba con decir que del Estado clasista actual sería posible llegar a una sociedad organizada de manera no clasista. Lo que había que ver, al margen de

nomenclaturas, era cómo *en concreto* podría organizarse la sociedad para que se superara su naturaleza clasista, cómo en concreto transitar desde el Estado clasista a una sociedad no clasista. Y la solución no puede ser otra que ir transformando progresivamente el *Estado*, la *Comunidad*, o como demonios se quiera llamar a la manera en que la sociedad se organiza.

La solución estaba en ir despojando al Estado de todas aquellas características que le hacían ser clasista. La solución radicaba en identificar las causas por las que el Estado era clasista, sin prescindir del Estado mismo, es decir, sin prescindir de la organización más o menos centralizada de la sociedad. La completa descentralización sólo podría venir mucho después, si es que vendría. Lo cual no impedía ir descentralizando poco a poco el Estado desde el principio. El poder popular, la verdadera democracia participativa, exige la descentralización del poder, cierta descentralización mínima, debiendo aspirarse a la máxima posible en el menor tiempo posible. Pero el mismo Estado sólo podría desaparecer, en todo caso, en el futuro lejano, como bien reconocieron los marxistas. Sin embargo, Marx y Engels no se preocuparon suficientemente de saber cómo, la experiencia práctica diría. Una experiencia plagada de obstáculos en la que cualquier error sería mortal y aprovechado por el enemigo, como así fue. **El Estado debía dar un pequeño pero al mismo tiempo crucial salto. Un salto que posibilitara un importante cambio cualitativo. La cantidad debía convertirse en calidad. Ese salto debía consistir en desarrollar y ampliar la democracia liberal para que dejara de ser liberal, es decir, en retomar la democracia representativa y hacerla verdaderamente representativa y participativa, y en complementarla con la directa en los ámbitos locales, aplicada a todos los rincones de la sociedad, especialmente al económico.** No se trataba de democracia representativa vs. democracia directa, de contraponerlas, sino de complementarlas, de integrarlas dialécticamente. La nueva democracia incluiría la democracia obrera (es decir, la gestión democrática de los medios de producción), pero no debía restringirse exclusivamente a ella. La solución no era otro Estado clasista, la dictadura del proletariado, por el contrario, era un Estado menos clasista, que sentara las bases para desprenderse gradualmente de su naturaleza clasista o para dar lugar a otro tipo de organización social. **La democracia debía dar un importante salto para que el Estado se librara del dominio de cualquier minoría, y, con el tiempo, pudiera superar la sociedad clasista.** Para dar ese salto se necesita sobre todo la dialéctica (pues la sociedad es ante todo dialéctica en acción), también el materialismo dialéctico, el determinismo y el relativismo, pero en sus justas proporciones. **El salto no fue posible, condujo al colapso, y a la vuelta a la sociedad burguesa, porque, entre otras razones, hubo demasiado determinismo y demasiado relativismo.** Remito al artículo [De marxismo, democracia y relativismo.](#)

Por tanto, como así hacíamos con el materialismo y con el determinismo, el relativismo debemos matizarlo, relativizarlo, considerarlo en su justa medida. De lo que se trata es de transformar el mundo. Para ello necesitamos del materialismo dialéctico, del determinismo débil y del relativismo “relativizado”, que podemos llamar *relativo*. **Si usamos a secas el materialismo, el determinismo o el relativismo, si los tergiversamos, si los interpretamos demasiado al pie de la letra, de manera demasiado exacerbada, demasiado ilimitada, nuestras herramientas se**

**convierten en obstáculos. De posibilitar la revolución la imposibilitamos.** Si caemos presos del materialismo metafísico despreciamos la importancia de las ideas, es decir, de los factores subjetivos, sin los cuales la revolución es imposible. Reconocer que los factores objetivos (las contradicciones en el modo de producción) son la base del cambio social, no impide reconocer también que son insuficientes, que son también necesarias la conciencia, la estrategia o la organización, es decir, las ideas, los factores subjetivos. Si caemos presos del determinismo absoluto, no luchamos por cambiar las cosas porque pensamos que nosotros no podemos hacer nada, que el futuro está escrito de antemano, ya sea en las estrellas, en los genes, o en el sistema económico, caemos presos del fatalismo que tan bien le viene a la burguesía para ejercer el control social, sucumbimos también ante la idea de la mano “invisible” del mercado, tras la cual se esconden las manos bien visibles, para quien no se tape los ojos, de las oligarquías. El Estado burgués se eterniza, imposibilitando su superación, si asumimos que el Estado sólo puede ser como ha sido, es decir, clasista. Y si caemos presos del relativismo radical, caemos en la trampa de pensar que no hay verdades absolutas. Llegamos a lo absurdo. No logramos comprender la realidad y por tanto no podemos transformarla. Contradecimos la dialéctica, que dice que todo fluye, pero también que todo se interconecta con todo. Si consideramos que todas las verdades son *igualmente* relativas, no podemos referenciarlas respecto de otras verdades, no podemos compararlas entre sí, puesto que no tenemos patrones comunes en base a los que comparar.

Realmente el determinismo y el relativismo están relacionados. **El fatalismo y el utopismo son hijos de un mal empleo del relativismo, de su exceso o de su defecto.** Si consideramos los límites temporales de las verdades demasiado amplios, no podremos sustituir unas verdades por otras, caeremos en el determinismo radical, en el fatalismo, pues las verdades antiguas no darán paso a las nuevas. Si consideramos que la verdad de que el Estado es clasista tiene aún mucho ámbito de aplicación temporal por delante, no damos opción a que otra verdad, que el Estado puede no serlo, le tome el relevo. Si consideramos que el Estado clasista no podrá desaparecer por mucho tiempo, si no intentamos cambiarlo a corto plazo, el Estado clasista no podrá superarse. Como dice Murhpy, *la única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlos en dirección a lo imposible*. Por el contrario, si consideramos los límites temporales de las verdades demasiado estrechos, no podremos “conectar” unas verdades con otras. Si pensamos que el Estado *burgués* es el mismo Estado y que por tanto sólo podemos superar el Estado burgués aboliendo todo Estado, entonces no es posible avanzar. **El marxismo cayó en un exceso de determinismo, derivando en cierto fatalismo, y, por el contrario, el anarquismo cayó en un exceso de optimismo, de voluntarismo, al pensar que era posible prescindir de manera abrupta del Estado, cayendo en el utopismo.** El error en ambos casos provino de la idea de pensar que todo Estado sólo podía existir en la sociedad burguesa, oligárquica en general, que el Estado era el producto histórico de dicho tipo de sociedades, que no cabría en otro tipo de sociedad. El diagnóstico de la situación era idéntico en el marxismo y en el anarquismo, para ambos el Estado había sido hasta el presente la dictadura de una clase opulenta, como así fue indudablemente. El objetivo a largo plazo era también idéntico, a saber, una sociedad organizada prescindiendo del Estado, una sociedad no clasista. Pero las previsiones en el futuro inmediato eran distintas, y así fueron también las soluciones propuestas.

En el caso del marxismo se pensó que el Estado que debía sustituir al burgués, debía seguir siendo clasista, es decir, no se aspiró a hacer un cambio en el guión, se aspiró sólo a cambiar los actores principales. El proletariado debía sustituir a la burguesía. La dictadura burguesa debía dar paso a la dictadura proletaria. En el caso del anarquismo se pensó que el Estado debía ser abolido inmediatamente para superar la sociedad clasista, es decir, oligárquica, se pretendió hacer un cambio de guión radical brusco, una ruptura con el presente. El marxismo pretendía a corto plazo un Estado proletario. El anarquismo una sociedad sin Estado. En el primer caso la verdad antigua, el Estado clasista, la estimación de su vigencia en el futuro, se prolongaba demasiado en el tiempo, se impedía cierta ruptura, se producía demasiada continuidad, se eludía la conversión de la cantidad en calidad. En el segundo caso la verdad antigua, la estimación de su vigencia, se acortaba demasiado en el tiempo, se rompía bruscamente la continuidad en el tiempo, se impedía la transición desde la situación inicial, se atentaba contra la dialéctica que dice que todo está conectado con todo, que no puede desconectarse bruscamente el presente del pasado, el futuro del presente.

En ambos casos se erraba en la estimación de los límites de la verdad de la necesidad de un Estado (clasista), en un caso por exceso, en el otro por defecto. Pero ambos errores se nutrían de un error común: suponer que el Estado clasista sólo podía seguir siendo clasista, que el Estado era, por definición, clasista. Se relativizó demasiado el concepto de Estado, confundiendo el Estado *clasista* con el Estado, confundiendo el *estado* del Estado con su *naturaleza*, asociando una de sus formas a la única posible. El Estado sólo podía ser clasista. La verdad de que el Estado era clasista se hacía demasiado amplia en el tiempo. Si lo había sido siempre en el pasado, sólo podía seguir siéndolo siempre en el futuro. Los límites de la verdad del Estado clasista se confundían completamente, coincidían plenamente, con los límites de la verdad de la necesidad social del Estado. Al mismo tiempo que los límites de la verdad de un Estado clasista se ensanchaban para hacerlos coincidir con los de la verdad de una sociedad organizada en base al Estado, los límites de un Estado no clasista se reducían a cero. Por esto digo que el Estado se relativizaba en exceso (los límites de la verdad del Estado no clasista se reducían a cero), al tiempo que el Estado clasista, por el contrario, se absolutizaba demasiado (los límites de esta verdad se ampliaban hasta el punto en que siempre que hubiera Estado sería un Estado clasista).

En definitiva, se suponía que no era posible un Estado no clasista. Por tanto había que prescindir del Estado. El anarquismo fue en este sentido más coherente, pero su falta de realismo imposibilitó cualquier intento serio de llevar a cabo sus postulados teóricos, más allá de intentos muy limitados en el tiempo y en el espacio, prácticamente anecdóticos. El anarquismo no podía dar el salto porque intentaba romper la continuidad en el tiempo, lo cual es imposible de llevar a la práctica, prescindía de la *transición* de un tipo de sociedad a otra. El marxismo cayó en una gran contradicción pues no era posible prescindir del Estado de forma inmediata, pero el Estado debía seguir siendo clasista. El marxismo no nos decía cómo sería posible que el Estado clasista dejara de serlo, tan sólo se limitó a decir que con el tiempo se extinguiría si lo dominaba el proletariado, pero tampoco nos concretó suficientemente cómo el proletariado debía dominarlo. Las experiencias marxistas fueron posibles, porque consideraron la ineludibilidad de una transición, pero sucumbieron ante la contradicción insalvable. El Estado permaneció, se reforzó e incluso se hizo más



clasista: produjo una nueva clase muy especial, la burocracia. Esta clase se convirtió en la nueva oligarquía. Cuando colapsó el “socialismo real” esta burocracia engrosó las filas de la nueva oligarquía capitalista. El contexto de Rusia en 1917 no creó el problema, lo avivó. Las contradicciones en las experiencias prácticas basadas en el marxismo fueron en verdad la visibilización de una profunda contradicción en el campo de la teoría. Hay que tener muy en cuenta también el contexto de la época, el cual no puede obviarse. Pero este contexto no explica por completo, por sí solo, lo acontecido, las contradicciones del marxismo también cuentan, y mucho. La teoría revolucionaria también influye en la praxis revolucionaria. Como decía Lenin, *sin teoría revolucionaria, no hay práctica revolucionaria*. ¡Ya es hora de reformular la teoría revolucionaria! En ello está, humildemente, este ciudadano corriente. En ello debemos estar todos. La emancipación del proletariado debe ser obra del propio proletariado.

Como vemos, no sólo el determinismo mal entendido o mal calculado evita los cambios, también lo hace el relativismo, que en verdad está relacionado con aquél. **Es esencial establecer lo más correctamente posible los límites de toda verdad y estimar convenientemente la extrapolación de dichos límites al futuro. Tanto si nos quedamos cortos como si nos pasamos imposibilitamos el cambio.** Bien porque no posibilitamos la transición, es decir, porque intentamos volar sin acelerar, bien porque la hacemos demasiado larga y finalmente volvemos al punto de partida, es decir, porque aceleramos insuficientemente y no intentamos despegar. Tenía razón el marxismo al criticar al anarquismo de utópico, por no considerar la necesidad de una transición. Pero también tenía razón el anarquismo cuando decía que la solución propuesta por el marxismo no posibilitaría el avance hacia el objetivo común: una nueva sociedad no clasista, donde la explotación del hombre por el hombre fuese sólo un mal recuerdo. **Tiene que haber una transición, pero ésta debe hacerse de tal manera que se produzcan cambios cualitativos fundamentales. El salto debe ser factible pero también suficiente.** En la dialéctica esta ley tiene un nombre muy claro: la cantidad debe transformarse en calidad. El agua debe hervir suficientemente para evaporarse. Para llegar al vapor de agua hay que partir del agua líquida, sólo se puede partir del agua líquida, pero hay que actuar en ella de tal manera que el agua pase del *estado* líquido al gaseoso. Pero para ello debemos, primero, considerar la posibilidad de que el agua pueda estar en otro *estado*.

El Estado debe cambiar suficientemente para asentar la semilla de la aniquilación de su naturaleza clasista, para que pase de ser clasista a ser neutral, pero de tal manera que no se produzca una ruptura demasiado brusca con el presente, de tal manera que podamos partir del presente, que podamos iniciar el camino. Y todo ello sólo es posible si se relativiza correctamente, si se supone que el *estado* del Estado no es su *naturaleza*, que el Estado *clasista* puede dejar de ser *clasista*, si no se considera que el Estado es en sí mismo un producto histórico que sólo puede existir en una sociedad oligárquica, es decir, clasista. Hay que considerar la posibilidad de que el Estado no sea sólo posible en una sociedad clasista, no sea sólo una consecuencia de la necesidad de que una clase se imponga sobre el resto de la sociedad, pero también hay que introducir cambios en el Estado actual que tiendan a que desaparezca su *estado* clasista. Hay que considerar la posibilidad de que una sociedad no clasista se pueda seguir organizando de manera centralizada, si consideramos que el Estado es la organización centralizada de la sociedad. Centralismo no tiene por que coincidir con

dictadura, con dominio clasista. Que la sociedad deba ser gobernada de manera centralizada, si es que así es, no tiene por que significar que lo sea dictatorialmente, que sólo pueda serlo antidemocráticamente. Democracia tiene que ver sobre todo con la descentralización de la *toma* de decisiones, pero no necesariamente con la descentralización de la *ejecución* de dichas decisiones. Una sociedad puede gobernarse a sí misma democráticamente, sin necesidad de desintegrarse en multitud de pequeños grupos independientes. Esto sólo podremos saberlo, en un sentido u otro, para afirmarlo o para negarlo, mediante la experiencia práctica. **Hay que considerar la posibilidad de que el estado actual del Estado no sea su naturaleza, pero procurar cambiar dicho estado. Y esos cambios en el estado del Estado se resumen en una palabra: la democracia. Hay que introducir cambios democráticos suficientes.** Hay que “calentar” el Estado clasista, subiendo el “fuego”, para que pase a un nuevo estado. Una vez que el Estado sea mínimamente democrático, sólo el tiempo dirá si se podrá extinguir o no, si la sociedad podrá organizarse de una manera totalmente descentralizada o no.

Primero hay que romper la presa para ver dónde puede llegar el río. Primero intentemos un Estado no clasista, y luego ya veremos qué ocurre, pongamos el Estado en manos de *toda* la sociedad, liberémoslo de cualquier minoría. Si el Estado heredado no es válido, si la sociedad tiene el control de sí misma, se desprenderá de dicho Estado, lo transformará radicalmente o lo desechará y lo sustituirá por otra cosa. Pero para ello, lo primero es que el Estado esté controlado por el *conjunto* de la sociedad, es decir, lo primero es procurar por todos los medios que el Estado deje de ser clasista, el coto privado de ninguna clase o minoría. **Mientras la sociedad entera no tome el control del Estado, no será posible alterar su estado, no será posible la superación de la sociedad clasista, no será posible acabar con la explotación del hombre por el hombre.** La toma del control del Estado por el *conjunto* de la sociedad es lo que llamamos genéricamente *democracia*. El Estado actual pertenece a ciertas minorías, precisamente, porque no tenemos auténtica democracia, tenemos oligocracia, plutocracia. **El Estado clasista, y no el Estado en general, es un producto histórico de la oligocracia, de la sociedad clasista, no de la sociedad.** Esto es lo único que podemos afirmar con certeza y rotundidad. No podemos afirmar, por el contrario, que es el mismo Estado el que es un producto histórico de la sociedad *clasista*. Podemos decir que el Estado nació con la sociedad clasista, pero esto no implica necesariamente que no pueda sobrevivir a dicha sociedad clasista, que no pueda cambiar y prosperar con una sociedad no oligárquica. Esto sólo podremos saberlo con la práctica, si lo intentamos. Las distintas formas de Estado han sido distintas formas de oligocracia, del gobierno de unos pocos. Que hasta ahora no haya sido posible un Estado no clasista está íntimamente relacionado con el hecho de que hasta ahora no ha sido posible superar la oligocracia. Sólo la experiencia podrá decirnos si es posible un Estado no clasista.

**Superar la oligocracia es superar el Estado clasista. La democracia es la que extinguirá el Estado clasista, pero no necesariamente el Estado.** No es imposible un Estado democrático. No puede afirmarse la incompatibilidad entre democracia y Estado hasta que se intenten compatibilizarlos de verdad. Hasta ahora no se ha hecho. No tenemos ningún argumento serio, ningún indicio contundente, que nos diga que es incompatible la democracia con el Estado, que nos diga que el Estado sólo

puede ser clasista. Las leyes de la sociedad humana, recordémoslo, son “blandas”. En la sociedad humana el determinismo es débil y el relativismo es grande, pero no infinito. Debemos considerar dichas leyes, pero podemos cambiarlas con el tiempo, siempre que usemos la dialéctica de manera acertada. La clave está en la dialéctica. Tanto para comprender nuestra sociedad como para cambiarla. Sólo podemos afirmar, repito, insisto, que el Estado *clasista* es un producto de la sociedad *clasista*. No podemos afirmar que es el mismo Estado el que es un producto histórico de la sociedad clasista. Esto sólo podremos afirmarlo cuando se intente una sociedad no clasista, cuando el Estado, controlado por toda la sociedad, demuestre con los hechos, con la experiencia práctica, que no sirve para construir una sociedad no clasista.

Tal como nos dice la dialéctica, las causas y los efectos pueden intercambiarse. El Estado clasista, que es básicamente un *efecto* de la sociedad clasista, puede, por el contrario *causar* que la sociedad deje de ser clasista si se intenta que no sea clasista. Desde la política puede controlarse también la economía, es decir, toda la sociedad. Quienes caen presos del materialismo metafísico, es decir, quienes se olvidan de la dialéctica, se empeñan en que los cambios sólo son posibles si el modo de producción cambia *primero*, pero éste no puede cambiar si la política lo impide. El Estado burgués no puede superarse obviándolo o infravalorándolo. Las breves experiencias anarquistas lo han demostrado irrefutablemente. El Estado burgués no permite ninguna organización social alternativa dentro de la suya. Impide por todos los medios cualquier intento de otra sociedad. El enemigo en el campo de batalla no puede despreciarse. La burguesía, en este aspecto, es el alumno más aventajado del marxismo, es decir, del materialismo dialéctico. Sabe perfectamente que es posible controlar, a pesar de que proclame lo contrario, la economía desde la política. El reciente rescate de la banca internacional a raíz de la crisis capitalista actual lo demuestra. La burguesía aplica la dialéctica para salvaguardar el capitalismo. El proletariado deberá usarla para superarlo. La sociedad humana es esencialmente dialéctica. La clave está en comprender y usar la dialéctica. No me cansaré de repetirlo, aun a riesgo de ser acusado de ser un pesado incurable, con toda la razón.

En el diario [Rebelión](#) se produjo en su día un interesante debate que tiene que ver, entre otras cosas, con todo esto, con el materialismo, con el determinismo y con el relativismo. En mi blog puede verse en el apartado [Debates](#) las distintas intervenciones. Todas ellas muy interesantes. Es debatiendo, es cometiendo errores, precisamente, como nos acercamos paulatinamente a las verdades, ya sean relativas o absolutas. Incluso si lleváramos al absurdo el relativismo y lo combináramos con el subjetivismo más burdo (*toda* verdad, por lo menos “humana”, depende por completo del sujeto, de su percepción), todo debate sería estéril pues toda verdad sería relativa y además dependería no sólo de factores externos, sino que también de factores internos (del propio individuo). Incluso si llevamos al extremo el relativismo por sí solo (*toda* verdad es relativa al contexto espacio-temporal, depende por completo de él, del contexto más directo, más cercano en el espacio y en el tiempo), dos personas nunca podrían discutir sobre nada puesto que al ser sus contextos inmediatos distintos, las verdades que ellas alcanzarían lo serían por fuerza. Las personas viven circunstancias distintas, y por tanto, si admitimos que toda verdad está relacionada *exclusivamente* con ellas, entonces no hay dos verdades *exactamente* iguales. Así cualquier debate se convertiría en un diálogo de sordos, sería imposible alcanzar ningún acuerdo. Cuando

dos personas debaten no lo hacen sólo para intercambiar sus opiniones, sus “verdades”, sino también porque desean alcanzar ciertas verdades “ajenas”, porque saben que existe alguna verdad que no depende de ellas, de sus particulares circunstancias, que son verdades menos relativas que las propias, es decir, más absolutas. Quiere esto que decir que hasta quien niega tajantemente toda verdad absoluta, inconscientemente o no, la persigue, inconscientemente o no, tiende a pensar que hay algo más absoluto que lo propio o lo vivido en primera persona. Si no existiera el fantasma de ciertas verdades absolutas, no haría lugar la discusión en ningún ámbito. Llevado al extremo el relativismo imposibilitaría la propia convivencia humana. La ciencia no haría casi lugar.

Según interpreto yo los principales postulados marxistas, la sociedad humana tiene sus leyes, el presente y el futuro están fuertemente condicionados por el pasado, pero no por completo. **Es posible transformar conscientemente la sociedad humana.** Pero para ello es imperativo considerar las condiciones iniciales, al mismo tiempo que fijarse un ideal. **Hay que considerar tanto al “ser” como al “debe ser”, sin perder de vista que ambos se relacionan dialécticamente. Hay que ser al mismo tiempo realistas (considerar el “ser”) e idealistas (considerar el “debe ser”).** El “debe ser” viene determinado por el “ser”, pero al revés también. La existencia presente real nos induce también a soñar, a aspirar a otra realidad. Y al mismo tiempo, a su vez, el luchar por cierta realidad hace que ésta se vaya transformando. Gracias a las utopías la realidad poco a poco va cambiando. El futuro, mejor dicho las expectativas del mismo, también condicionan el presente. En función de por qué luchemos, cambiamos así las cosas en el presente. No por casualidad el proletariado alcanzó ciertos derechos cuando aspiró a alcanzarlos, cuando luchó por ellos, cuando se fijó como meta cierto futuro. **En la sociedad siempre debemos considerar a la dialéctica.** Todo está íntimamente relacionado. Las partes se interrelacionan mutuamente. Lo material con lo inmaterial. Lo real con lo ideal. Los factores objetivos con los subjetivos. El pasado con el presente, incluso con el futuro, que no sólo se ve influenciado por el pasado sino que incluso influencia al presente. Pero las partes se contradicen unas a otras, o se realimentan unas a otras. Debemos identificar las relaciones causa-efecto dialécticas y “jugar” con ellas, para que los acontecimientos tomen un rumbo u otro, para avanzar, para que se produzcan ciertos saltos deberemos añadir suficiente cantidad para que la cantidad se convierta en calidad. Esto es lo que fundamentalmente nos enseñó el marxismo. Esta lección básica no debe ser invalidada u olvidada por otros posibles errores.

Las causas *últimas* son las materiales, pero las ideas tienen también una gran importancia, a veces decisiva. La sociedad hace al individuo, pero al revés también. La historia la hacen las masas, pero el individuo también hace su papel, a veces crítico. La sociedad es en gran medida determinista pero la voluntad de los individuos también cuenta. Hay ciertas verdades relativas, la mayoría de ellas lo son, muchas de ellas que se nos aparecen a primera vista como eternas no lo son, pero también hay algunas verdades absolutas. Tanto el “ser” como el “debe ser” son relativos, son productos históricos, son en gran medida influenciados por el momento presente. Cierta realidad produce cierto idealismo. Cada utopía de cierta época es consecuencia de la realidad de dicha época. Y lo mismo podemos afirmar “espacialmente”. Ciertas verdades son relativas al lugar, a la cultura, a la especie. Pero también hay ciertas verdades

absolutas, que dependen de ámbitos espaciales y temporales más amplios que el contexto espacial y temporal más inmediato. **En toda sociedad humana siempre ha existido el “ser” y el “debe ser”.** Toda sociedad ha tenido sus utopías, sus ideales. Los sueños dependen de la realidad. Y la realidad también de los sueños. Como nos dice el materialismo dialéctico, las ideas no son más que la forma que adopta lo material en determinado momento.

En cada época el “ser” ha tenido su correspondiente “debe ser”, aunque sólo sea para identificarlos. A lo largo de los tiempos la gran mayoría de la sociedad ha aceptado el orden establecido cuando el “ser” parecía coincidir con el “debe ser”, o cuando se renunciaba a unirlos. La religión jugó un papel esencial al hacer que la gente aceptara el “ser” como inevitable, al pensar que en la otra vida alcanzaría el “debe ser”. **Todo ser humano, desde que el ser humano es humano, siempre ha sucumbido ante la dicotomía “ser” vs. “debe ser”, la ha vivido en primera persona.** El concepto más profundo de *justicia* tiene que ver con dicha dicotomía. Cuando decimos que lo que ha sido de tal manera *debería* ser de tal otra, estamos definiendo el concepto más básico de justicia. Toda persona se enfrenta tarde o pronto a esa dicotomía. En algún momento se queja del “ser” y reivindica el “debe ser”. Aunque sólo sea para enfrentarse a la enfermedad o a la muerte. ¿Quién no se ha preguntado alguna vez por qué debemos morir, por qué debemos caer enfermos, por qué tal persona ha tenido que morir tan joven o de esa manera tan “injusta”, por qué tal otra ha tenido que nacer con tal defecto o en tal país, familia o clase social? ¿Quién no se ha quejado de las injusticias de la vida? La justicia podemos definirla como la reivindicación del “debe ser”, el enfrentamiento de éste frente al “ser”. El “debe ser” cambia a lo largo del tiempo, incluso es distinto para distintas culturas, pero siempre existe. Lo mismo podemos decir del concepto de justicia. Habrá habido distintas concepciones de la justicia a lo largo del tiempo y a lo largo y ancho de nuestro planeta, pero siempre ha existido el concepto de justicia. Todas las culturas, todas las razas, han utilizado el concepto de justicia. Podremos llamarla de distinta manera, podremos camuflarla, pero siempre ha estado ahí y siempre lo estará. El sentimiento de justicia es inherente al ser humano, incluso podríamos decir que a todo ser inteligente que alcanza cierto grado de conciencia, porque está directamente relacionado con la dicotomía “ser” vs. “debe ser”. Todo ser inteligente que alcanza cierto grado de conciencia se topa con ella, no la puede evitar. Esta contradicción, sin embargo, puede resolverse de distintas maneras. No se la puede negar, pero se la puede encauzar. En unas épocas la gente creía que debía aceptar el “ser” y soñar con otra vida, con el “debe ser”. Cuando esto ya no basta la historia humana se acelera. Los seres humanos tienden a construir un “debe ser” en esta vida, en este mundo, no se conforman ya con soñar, quieren realizar sus sueños. El “ser” se transforma rápidamente porque hay un “debe ser” hacia el que se tiende. En la época actual estamos, por primera vez, ante la posibilidad real de construir ese “debe ser”. El marxismo en su profunda esencia nos posibilita, por primera vez, comprender de verdad nuestra sociedad, y por tanto nos abre las puertas para tomar las riendas de nuestro destino.

**Muchas verdades que se nos aparecen a primera vista como absolutas, dejan de serlo en cuanto ampliamos nuestra perspectiva, en cuanto cambiamos de escala. Pero también muchas verdades que se nos aparecen a primera vista como relativas, dejan de serlo en cuanto profundizamos, en cuanto nos fijamos**

**en el fondo y no sólo en las formas, en los aspectos más esenciales, primarios, y no sólo en los secundarios.**

A lo largo de la historia han cambiado las formas de explotación pero no el propio hecho de que el pueblo haya sido explotado. Ciertos cambios de formas producen ciertos cambios de ideas, pero la invariabilidad de ciertos preceptos fundamentales hace que ciertas ideas permanezcan en esencia iguales. Tanto con la esclavitud de la época romana, como con la servidumbre de la época feudal, como con el trabajo asalariado del moderno capitalismo, se ha mantenido, en esencia, una misma idea: la existencia de explotación. Y por consiguiente, siendo el “ser” en el fondo igual, así lo es el “debe ser”. Mientras haya explotación, existirá la idea de la emancipación, de la libertad. Aunque ésta adopte distintas formas (como consecuencia de las distintas formas que adopta la explotación), la idea central sigue siendo básicamente la misma: el ser humano desea poder elegir, tener opción, controlar su propia vida, su destino. Esto lo hará de una u otra manera en distintas épocas, aspirará a hacerlo de una u otra manera, pero la idea profunda de la libertad seguirá siendo esencialmente la misma. Muchos “marxistas” caen presos de un relativismo exacerbado también porque se fijan más en los detalles que en lo general, porque ven las cosas con poca perspectiva. Muchas cosas cambian pero no todas por igual. Cambian más las formas de explotación que el hecho mismo de si hay explotación. Dichos “marxistas” no se dan cuenta de que el “debe ser” no ha cambiado tanto a lo largo de la historia, relativizan en exceso porque no consideran la generalidad, la esencia de las cosas, porque se quedan en la superficie, porque sólo se fijan en las formas, las ramas no les permiten ver el bosque, las crestas de las olas les impiden ver el océano, que permanece esencialmente igual. Así ellos pasan al extremo de afirmar que todo es relativo, cuando en verdad aun siéndolo la mayor parte de las cosas, lo son mucho menos de lo que ellos piensan. Así, por ejemplo, encuentran diferencias donde realmente no las hay, o les dan más importancia de las que tienen, amplifican los detalles, las pequeñas diferencias, y pierden de vista las similitudes en lo sustancial, los grandes parecidos. Ven gran diferencia entre el Estado burgués y el feudal, cuando en verdad se parecen mucho en su esencia más profunda, en el hecho de que en ambos una minoría controla la sociedad, en el hecho de que en ambos el Estado es clasista, está al servicio de una clase minoritaria concreta. Los cambios en las formas para ellos son críticos, cuando a lo mejor no lo son tanto. Y, lo peor de esto, es que cuando realmente se producen cambios profundos, críticos, ellos no los ven. Como por ejemplo, así le pasó al marxismo en parte cuando sobrevaloró las diferencias entre el Estado burgués y el feudal, pero infravaloró las diferencias entre el Estado que debía ser proletario y el burgués, como consecuencia de infravalorar las decisivas diferencias entre la clase burguesa, o cualquier clase *minoritaria dominante*, y el proletariado, o cualquier clase *mayoritaria dominada*, imposibilitando así el salto hacia un nuevo tipo de Estado.

A lo largo de la historia ha ido cambiando el concepto de *democracia*, la forma de implementarla, pero la idea fundamental ha permanecido la misma. Tal como dijeron los antiguos griegos la democracia es *el poder del pueblo*. Bien es cierto que el concepto de pueblo en la antigua Grecia no es el mismo que el actual, que ha cambiado a lo largo de la historia. En la antigua Grecia los esclavos no formaban parte del pueblo, simplemente no eran personas, eran prácticamente considerados como

objetos o animales. Poco a poco a lo largo de la historia el concepto de *pueblo* se fue ampliando a todas las personas que conforman cierta sociedad. La democracia fue avanzando porque existía ya una vieja idea “absoluta”, es decir, muy antigua, cuya validez era muy amplia en el tiempo, de que todo grupo humano debe gobernarse de acuerdo con el interés *general*, de que no es posible una sociedad que no se fundamente en el interés general, que si se atenta contra ésta dicha sociedad está condenada, tarde o pronto, a la extinción. La democracia, la idea original de ella, la idea de que cualquier grupo de humanos debe convivir de tal manera que lo que afecta a todos sea decidido por todos, y su hermana gemela la libertad, ha sido el motor ideológico de la evolución humana. Motor ideológico. Antes de que mis amigos marxistas más ortodoxos me acusen de idealista (en su sentido filosófico), si no lo han hecho ya, recordemos que dicha idea se nutre de la necesidad material de supervivencia, de que si un grupo humano no toma las decisiones más adecuadas no sobrevive, de que no es posible tomar las decisiones más adecuadas si no hay libertad, es decir, democracia. Las contradicciones en el modo de producción, que se traducen en revoluciones sociales, no son más que un aspecto más de la necesidad de que cualquier grupo tome las decisiones más adecuadas para su supervivencia. La revolución francesa se hizo para que la clase burguesa pudiera prosperar y sobrevivir. La revolución rusa bolchevique para que así lo haga el proletariado.

El problema es que para que la lucha del proletariado se identifique con la de toda la sociedad, hay que superar la mentalidad de clase, y eso no es posible con el concepto de la dictadura del proletariado, es decir, con el Estado clasista. La lucha del proletariado contra la burguesía es mucho más que la lucha de una clase contra otra, es la lucha de una concepción de la sociedad humana, del ser humano, contra otra concepción. En este sentido, el proletariado debe luchar contra la burguesía de una manera diferente a cómo lo hizo la burguesía frente a la aristocracia. Debe hacer una lucha de clases, pero también debe, al mismo tiempo, poner la primera piedra para superar la sociedad clasista. La lucha del proletariado contra la burguesía debe empezar siendo una simple lucha de clases pero debe evolucionar rápidamente hacia otro tipo de lucha. Debe superarse la dictadura burguesa, para lo cual no puede obviarse la naturaleza clasista del Estado burgués, pero debe evitarse sustituir dicha dictadura de clase por otra dictadura de clase. La clase trabajadora debe dominar la sociedad, pero no de la misma manera que lo hicieron la burguesía o la aristocracia. El proletariado aspira realmente a una sociedad radicalmente distinta. Ésta es su misión histórica que nos descubrió Marx. Y esa misión histórica requiere de un método histórico. Ese método histórico es la DEMOCRACIA, con mayúsculas. Habrá que vencer la resistencia burguesa a perder el control social, pero poco después, cuanto antes, al mismo tiempo casi, habrá que sentar las bases para superar el Estado clasista. Ésta es la enorme dificultad de la lucha por el socialismo. Hay que partir de lo actual pero hay que también sentar las bases para superarlo. Si no partimos de lo actual no podemos partir (en esto falló el anarquismo), pero si no se intentan cambios radicales en poco tiempo volvemos al punto de partida (en esto falló el marxismo). **La democracia es ante todo una necesidad vital para el proletariado.**

Cuando el ser humano se enfrenta a su supervivencia más inmediata, cuando se enfrenta *directamente* a la naturaleza para sobrevivir en ella, todas las decisiones que toma las hace con la obsesión de sobrevivir. El jefe de la tribu primitiva es quien posee

mejores conocimientos y experiencia, todos los componentes de la tribu se someten a él porque saben que con él aumentan sus posibilidades de sobrevivir. Quienes no se someten a él se van o intentan imponerse porque ellos piensan que son mejores. Quien gana en la disputa por ser el jefe o es aceptado o los que no lo aceptan se van. Pero todo ello motivado sobre todo por la imperiosa necesidad de sobrevivir. Ese jefe incluso recurre a la libre discusión ante cualquier problema difícil que él no pueda resolver por sí solo, con el fin de dar con la mejor solución. Poco a poco cuando la supervivencia va dejando de ser una obsesión porque va siendo garantizada, y ello se produce sobre todo cuando empieza a haber excedentes, cuando lo que produce el grupo humano de que se trate satisface de sobras las necesidades físicas más inmediatas, surgen la lucha por los excedentes, la división del trabajo, las clases sociales; la ambición por el poder, que hasta entonces era casi sólo embrionaria, protagoniza la historia humana, ciertos individuos, ciertos grupos sociales, acaparan los excedentes y usan su dominio, el control de los mismos, para vivir mejor a costa del resto. A medida que la convivencia social no se ve supeditada a la pura e inmediata supervivencia, la democracia original va desapareciendo. La democracia va siendo cada vez menos necesaria. No es tan crítico tomar las decisiones adecuadas, los errores no se pagan tan caros, la supervivencia del grupo no peligra tanto.

La democracia directa primitiva, lejos de ser una cuestión puramente ética, era ante todo, sobre todo, una cuestión práctica, material, de pura supervivencia. Pero así como la comunidad humana ya no depende tanto de la democracia primitiva para satisfacer sus necesidades, para sobrevivir, porque es capaz de producir en exceso, porque domestica la naturaleza, porque se protege de ella, el hecho de que los excedentes sean acaparados por ciertas minorías despierta el hambre de democracia, de libertad, de igualdad, de justicia, de las clases sociales más desfavorecidas. La sociedad se hace cada vez más contradictoria. Mientras ella es capaz *globalmente, potencialmente*, de satisfacer plenamente sus necesidades, pues la productividad en el trabajo va aumentando en el tiempo, sin embargo, no es capaz de distribuir adecuadamente la riqueza generada. Las contradicciones sociales gobiernan la historia humana. La lucha de clases se convierte en su motor. La lucha por la democracia, que tiene su raíz sobre todo en la lucha por la distribución de la riqueza material, se convierte en la brújula de la sociedad humana. Del mismo modo que la democracia primitiva respondía a causas *materiales* de supervivencia de la comunidad humana, la reivindicación de la democracia en la actualidad, lejos de ser puramente una cuestión exclusivamente ética, es ante todo, sobre todo, pero no exclusivamente, una cuestión *material, práctica*. Sin democracia, sin el reparto del poder, no es posible el reparto de la riqueza social. Es más, sin democracia no es posible dar con las mejores decisiones, el gobierno de los sabios sólo tiene sentido cuando la sociedad se somete voluntariamente a él, cuando los sabios se guían sólo por el saber, cuando sus intereses materiales son los mismos que los del resto del grupo, en suma, cuando las clases sociales no existen o están muy poco contrastadas todavía. Esto ya no es así. Ya nunca podrá, mejor dicho debería, volver a ser así.

La única forma que tiene la humanidad de sobrevivir, llegado a un punto en que la amenaza de autoextinción es muy seria, es tomando *toda* ella el control de la situación, es mediante el desarrollo de la democracia para que la idea original, expresada por los griegos, pero implementada ya en la práctica inconscientemente por



las tribus primitivas, se lleve a la práctica: el *poder del pueblo*. Siendo ahora el *pueblo todos* los seres humanos, incluso en parte el resto de seres vivos de la Tierra. El ser humano, consciente de que vive interrelacionado con el resto de seres vivos de su planeta, empieza poco a poco a pensar en los intereses de los animales, incluso de la madre naturaleza, de *Gaia*. Por supuesto, los animales, los seres vivos en general, no llegarán a ser sujeto político en la sociedad humana, en la sociedad que controla todo el planeta, pero entre los humanos empieza a prosperar la idea de que también hay que defender los intereses del resto de seres vivos que comparten con nosotros el planeta, que éstos también tienen ciertos derechos. La democracia se nos presenta así como una cuestión de supervivencia, de satisfacción de las necesidades humanas, las físicas, pero también las psicológicas (la libertad es también una necesidad humana). De acuerdo con el materialismo dialéctico, la democracia es en última instancia una cuestión de supervivencia y prosperidad *material*. Y de acuerdo con la dialéctica, con la ley de la negación de la negación, la democracia primitiva que en determinado momento fue negada por causas materiales, será restaurada, aunque en un estado muy superior, también por causas materiales. La humanidad ya no necesita el gobierno de los sabios, necesita distribuir también la sabiduría. La democracia posibilitará también un gran salto en la conciencia y en la sabiduría de la humanidad, pues supondrá también el reparto del conocimiento y la información. La democracia irá poco a poco eliminando todo tipo de privilegios. No habrá lugar para el gobierno de los sabios en esta nueva etapa democrática. La humanidad ha aprendido que no puede depender de ninguna minoría, por muy sabia o bienintencionada que parezca. Ésta es una de las tendencias de la humanidad. Tendencia, pues nada está asegurado en nuestra sociedad donde impera también el libre albedrío, la imprevisibilidad.

La humanidad no podrá prosperar ni sobrevivir si a los factores objetivos del cambio social no les acompañan los necesarios factores subjetivos. La humanidad no tiene garantizada ni su prosperidad ni su supervivencia. Tan sólo tiene la posibilidad, el deber, de intentarlo. El primer deber de toda especie es sobrevivir. Es la ley básica de la vida. La democracia es cuestión de vida o muerte para la humanidad. Es ante todo una necesidad *material* de primer orden, básica. Ahora bien, la democracia en el siglo XXI, aunque conceptualmente signifique también el *poder del pueblo*, no puede implementarse de la misma manera que la implementaban las tribus primitivas o el pueblo de la Grecia antigua, pues en esos casos la comunidad humana estaba formada por pocas personas. Ahora se trata de complementar la democracia *directa* con la *representativa*, la *deliberativa*, la *participativa* y el *federalismo*. No es posible que millones de personas se gobiernen a sí mismas con la democracia *directa* exclusivamente. La idea sigue siendo esencialmente la misma, porque la necesidad de supervivencia sigue vigente, pero la *manera* de implementarla no puede ser la misma. Ahora tenemos una sociedad humana formada por miles de millones de individuos. Ahora la especie humana es global, influye en y abarca el planeta entero. Necesitamos una globalización política y no sólo económica. Ahora se necesita implementar la democracia mundial. La comunidad humana es ahora planetaria.

**La humanidad sólo podrá prosperar y sobrevivir mediante una democracia mundial que garantice también la supervivencia de todo el planeta.** Como así nos dice la ley dialéctica de la negación de la negación, la humanidad volverá a sus principios, pero no exactamente a los mismos principios. La democracia directa

primitiva dio lugar al despotismo bajo sus distintas formas, pero éste volverá a dar paso a la democracia, a una democracia acorde con una nueva humanidad donde todos los individuos participarán en ella, donde además el resto de seres vivos tendrán alguna voz, aunque sea humana. Y todo ello, además de por razones éticas, sobre todo por razones materiales. **La humanidad necesita de la democracia para no ser exterminada física y mentalmente por ella misma. La conquista de la verdadera democracia equivaldrá al paso definitivo de la humanidad del primitivismo a la civilización. La civilización empieza con la democracia.** Todo lo ocurrido desde que el hombre dejó la vida en la naturaleza es en verdad una etapa de transición. Etapa que a nosotros nos parece muy larga, pero que a escala planetaria es un segundo. Como decía Marx, quien llamaba *comunismo* a lo que yo estoy llamando *democracia*: *Las relaciones burguesas de producción son la última forma contradictoria del proceso de producción social; contradictoria no en el sentido de una contradicción individual, sino de una contradicción que nace de las condiciones de existencia social de los individuos; sin embargo, las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver esta contradicción. Con esta formación social termina pues la prehistoria de la sociedad humana.*

Asimismo, Engels dice en *Del socialismo utópico al socialismo científico*:

*Al posesionarse la sociedad de los medios de producción, cesa la producción de mercancías, y con ella el imperio del producto sobre los productores. La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización armónica, proporcional y consciente. **Cesa la lucha por la existencia individual y con ello, en cierto sentido, el hombre sale definitivamente del reino animal y se sobrepone a las condiciones animales de existencia, para someterse a condiciones de vida verdaderamente humanas.** Las condiciones de vida que rodean al hombre y que hasta ahora le dominaban, se colocan, a partir de este instante, bajo su dominio y su control, y **el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza.** Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales, como poderes extraños que lo sometían a su imperio, son aplicadas ahora por él con pleno conocimiento de causa y, por tanto, sometidas a su poderío. La propia existencia social del hombre, que hasta aquí se le enfrentaba como algo impuesto por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora obra libre suya. Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace. Y, sólo desde entonces, las causas sociales puestas en acción por él, comienzan a producir predominantemente y cada vez en mayor medida los efectos apetecidos. **Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.***

La prehistoria se caracteriza para el marxismo por la lucha de clases. La historia empieza cuando se supere la división clasista de la sociedad. La propia lucha de clases extinguirá las clases. Pero no de cualquier manera. Sólo cuando dicha lucha

adopte ciertas formas especiales, cuando la gane cierta clase, el proletariado, es decir, la clase mayoritaria, los dominados, los más explotados. La lucha de clases que extinga la sociedad clasista no puede ser calcada de las luchas precedentes que la asentaron. Las armas del proletariado no pueden ser las mismas que las de las clases que le precedieron y se oponen a él. A distintas naturalezas, a distintos objetivos, distintos métodos. Proletariado vs. Burguesía. Mayoría vs. Minorías. Explotados vs. Explotadores. Emancipación vs. Dominio. Democracia vs. Dictadura. Estado neutral vs. Estado clasista.

La auténtica democracia es la única que puede superar dicha prehistoria. La democracia supone el paso de la edad adolescente a la edad adulta por parte de la humanidad, el abandono definitivo de la animalidad. El ser humano que empezó siendo animal, que vivió en la naturaleza al principio en grupos pequeños, siendo social pero no mucho, acaba viviendo verdaderamente en sociedad cuando por fin la vida en sociedad se hace posible, cuando la libertad se ve acompañada por la igualdad y se conquista la fraternidad, cuando la libertad de la jungla da paso a la libertad de la civilización, cuando la libertad del individuo *asocial*, o muy poco social, da paso a la libertad *social*. Lejos de lo que creen muchos “marxistas”, Marx retoma las ideas de la Ilustración, las corrige, profundiza en ellas y sigue adelante. El lema burgués *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, lema abandonado por la burguesía, traicionado por ella, pues la burguesía se ha detenido en el camino que inició para satisfacer sus intereses como clase, porque ha sustituido los intereses de la humanidad por los suyos propios, es retomado por el marxismo y llevado hasta sus últimas consecuencias. El proletariado debe proseguir lo iniciado por la burguesía. Hay que seguir sacando todo el contenido de la Caja de Pandora que la burguesía abrió en su día e intentó volver a cerrar. ¡Y nosotros debemos seguir el trabajo de Marx! Como así hizo Marx con quienes le precedieron, nosotros debemos ampliar y corregir su trabajo. El marxismo sentó las *bases* del cambio social, del dominio consciente del destino de la sociedad humana, pero no está exento de errores, de contradicciones y de malas interpretaciones. Debemos sobre todo reasentar bien las bases del marxismo, entre las cuales están la dialéctica, el materialismo *dialéctico*, el determinismo *débil* y el relativismo *relativo*.

Prosigamos asentando bien el relativismo marxista. El que podamos o no tengamos más remedio que recurrir a las relaciones para explicar ciertas cosas no significa necesariamente que podamos prescindir del concepto de lo absoluto. Un ejemplo típico es el lenguaje. Un relativista radical podría rebatirme de la siguiente manera: la demostración más palpable de que todo es relativo es que sólo podemos definir las palabras con otras palabras, relacionando unas con otras. Y no le faltaría algo de razón. Un diccionario es relativismo en acción. En apariencia. Cuando uno busca el significado de un término el diccionario recurre a otros términos. Esto podría interpretarse como relativismo, el propio diccionario dice que el relativismo es que “el conocimiento humano sólo tiene por objeto *relaciones*”. Por esta regla de tres, si asumimos por tanto que el relativismo extremo es el válido, que sólo es posible conocer las cosas por sus *relaciones*, ante dos definiciones distintas (es decir, ante dos *relaciones* distintas entre palabras), tendríamos dos conceptos diferentes, aunque sólo fuesen ligeramente distintos. Si es cierto que el diccionario es sólo “puro” relativismo, nunca llegaríamos a conocer el significado de ningún concepto, puesto

que dos diccionarios distintos, incluso dos ediciones diferentes del mismo diccionario, dan definiciones distintas. Sin embargo, si asumimos que existe un concepto “puro” al que el diccionario aspira a acercarse todo lo posible, entonces admitimos que existe algo absoluto, algo que no puede describirse siempre por completo, ni de la misma manera, que no puede describirse de manera perfecta, que es abstracto, más o menos abstracto. Un diccionario pretende concretar lo abstracto. Sólo puede concretar de manera relativista, relacionando unas palabras con otras, pero eso no significa que no haya nada abstracto detrás de escena.

Así, por la existencia de los conceptos, de lo abstracto, del patrón común, de lo absoluto, mejor dicho, de lo menos relativo, el lenguaje se nos hace posible. Aunque dos personas acudan a dos diccionarios distintos, los términos empleados en la discusión son esencialmente los mismos, la conversación es posible. Y esto es así porque bajo la apariencia de relativismo, el diccionario sugiere que existen cosas absolutas, los propios conceptos. En verdad, para ser más precisos, el diccionario nos demuestra el relativismo entendido de manera *relativa*: existen ciertas cosas más absolutas que otras, los conceptos son más absolutos que las palabras usadas para describirlos, pero también hay conceptos más absolutos que otros, o menos relativos que otros. Que recurramos a otras palabras para describir las propias palabras no significa que no haya algo por encima de ellas que sea más absoluto que las propias palabras, menos relativo si se quiere: los propios conceptos. Pero no todos los conceptos son igual de absolutos, el lenguaje evoluciona, es algo vivo, aparecen nuevos conceptos, desaparecen otros, y muchos cambian en el tiempo. Incluso podríamos decir que lo que se nos aparece ahora como absoluto en verdad no lo es, el lenguaje cambia. ¿Pero podríamos prescindir del diccionario en algún lenguaje? Si el lenguaje cambia, lo que no parece cambiar es el hecho de que un lenguaje deba tener sus reglas. Cuanto más sofisticado y rico es un lenguaje más necesario se hace el diccionario. Los animales tienen también su lenguaje, pero aunque no tengan diccionario, esto no significa que dicho lenguaje no tenga sus reglas. Lo que sí parece claro e ineludible es que todo lenguaje debe tener sus reglas. Podrá cambiar el lenguaje, es decir, sus reglas, pero no el propio hecho de que haya reglas. Sin reglas no hay lenguaje. Si hay lenguaje hay reglas. Esta verdad parece absoluta, no depende del espacio ni del tiempo ni de la percepción subjetiva de la misma. Así pues, el diccionario que se nos aparecía al principio como puro relativismo en acción, que se nos aparecía en determinado momento como la prueba de que también existe algo absoluto, menos relativo, que se nos vuelve a aparecer como relativista, cuando consideramos que los conceptos, los elementos presuntamente absolutos del diccionario, en verdad también cambian, al final, se nos aparece como la confirmación del relativismo *relativo*: existen verdades relativas, pero también absolutas, lo que se nos aparece como relativo en verdad esconde algo absoluto, lo que se nos aparece en determinado momento como absoluto se nos transforma en relativo cuando ampliamos la perspectiva, pero al final, siempre nos topamos con algún límite, con alguna verdad absoluta, que ya no podemos relativizar más, que acaba con este proceso de relativizar las cosas. El relativismo puro no existe en la realidad, sólo podemos aceptar la existencia de un relativismo *relativo*, limitado. No podemos relativizar ad infinitum.

Por otro lado, el que no demos con ciertas verdades absolutas, no significa que no las haya, ni debemos renunciar a encontrarlas, a seguir buscándolas. ¿Dos más dos son

cuatro o no? ¿Esa suma no es *siempre* cuatro? ¿Es esto una verdad absoluta o no? ¿Podemos relativizarla? ¿Hasta qué punto? Podemos expresar esa afirmación de distintas maneras, podemos hacerla *relativa* al sistema numérico empleado, es decir, al decimal (basado en el número 10, el usado con las nueve cifras: 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, y 9) o, por ejemplo, al binario (basado en el número 2, el usado con dos cifras: 0 y 1). Es decir, podemos “referenciar” dicha afirmación a cierto sistema concreto, pero tarde o pronto nos topamos con lo absoluto. Independientemente del idioma empleado, del sistema numérico de base, dos más dos son *siempre* cuatro. Esta verdad podemos “traducirla” a otro sistema, pero la traducción no consiste más que en expresar *lo mismo* en otro lenguaje, ya sea matemático o natural. El hecho mismo es que cuando sumamos dos objetos a otros dos, *siempre* obtenemos cuatro. Si usamos el sistema binario, el 2 sería 10, y el 4 sería 100. Aunque empleemos distintas bases numéricas, las aritméticas se corresponden. En la aritmética decimal lo expresamos como  $2 + 2 = 4$ , en la aritmética binaria lo expresamos como  $10 + 10 = 100$ . En español decimos *dos* y *cuatro*, en inglés *two* y *four*, en francés *deux* y *quatre*, etc. Y en todos los casos la suma es siempre la misma: cuatro, four, quatre, 4 o 100. Si no hubiera un absoluto, mejor dicho, un sistema de referencia “superior”, no sería posible hacer las conversiones de unos sistemas numéricos a otros, de unos lenguajes a otros. Como concepto dos más dos son *siempre* cuatro, aunque ese concepto lo podamos expresar de múltiples maneras. Es una verdad absoluta, que nadie puede negar, que nadie se atrevería a negar en su sano juicio.

Por esto a las matemáticas se las considera el lenguaje más *universal* que hay. Todas las personas de todas las culturas, aunque lo expresen de distinta manera, conciben las mismas leyes matemáticas (una vez que sus culturas se uniformizan un mínimo, es decir, contactan suficientemente), porque son verdades absolutas. Tan es así que hasta en la exploración espacial en busca de seres extraterrestres inteligentes se usan las matemáticas. Desde el radiotelescopio de Arecibo en Puerto Rico, fue enviado un mensaje al espacio con el lenguaje de las matemáticas, como nos explican en la Wikipedia:

*El mensaje tenía una longitud de 1679 bits y fue enviado en la dirección del cúmulo de estrellas (Cúmulo Globular) llamado M13 (objeto nº 13 del Catálogo Messier de objetos celestes). Este objeto celeste, situado en la dirección de la constelación de Hércules, a una distancia de unos 25.000 años luz está formado por unas 400.000 estrellas. El mensaje contiene información sobre la situación del Sistema Solar, de nuestro planeta y del ser humano. El mensaje fue diseñado por Frank Drake, Carl Sagan y otros.*

*El número 1679 fue elegido porque es el producto de dos números primos y por lo tanto sólo se puede descomponer en 23 filas y 73 columnas o 23 columnas y 73 filas, de forma que quien lo lea decida organizar los datos en forma de cuadrilátero. Hay 8 posibles configuraciones (las 8 simetrías de un mismo patrón) que muestran un dibujo no aleatorio. De esas 8 configuraciones sólo la información organizada de la segunda manera (23 columnas y 73 filas), con los unos y ceros ordenados de izquierda a derecha y de arriba a abajo genera información coherente. Es información sobre la Tierra y la especie humana. En realidad, con los unos y ceros ordenados de derecha a izquierda y de arriba a*

*abajo se obtiene la misma información. Cualquiera de las dos configuraciones contiene información coherente.*

Si no creyéramos que existen verdades absolutas, si no creyéramos que las matemáticas son verdades absolutas, no hubiéramos enviado mensajes al espacio en lenguaje matemático. Y si en ciertas ciencias, en las llamadas exactas, o en las naturales, hay verdades absolutas, si en cierta parte del todo, existen verdades absolutas, entonces, ¿quién puede asegurar que no las hay en otras ciencias, en otras facetas o partes del todo? Si existen verdades absolutas en las matemáticas, en la física, en la biología, en la química, ¿por qué no van a existir en las ciencias humanas, en las ciencias sociales? ¿Quién puede negar el hecho de que las haya? ¿En base a qué? ¿En base a que no las conocemos? Si el Cosmos es un todo al que pertenecemos, ¿quién puede asegurar que las verdades absolutas, que indudablemente existen en él, no nos afectan también a nosotros?, ¿quién puede asegurar que la verdad básica de que hay verdades relativas y absolutas no se aplica también a la sociedad humana, a una parte del Cosmos? Se mire como se mire, no podemos evitar toparnos con la idea de que existen verdades absolutas, no podemos evitar pensar que la sociedad humana, que el ser humano en general, inevitablemente, sucumbirá ante alguna verdad absoluta que no puede eludir, aunque sólo sea por el hecho de pertenecer a un Universo con ciertas verdades absolutas, aunque sólo fuese por someterse a la ley de que todo nace, se desarrolla y muere. ¿Podremos algún día contradecir esta ley absoluta básica? ¿Podremos relativizarla? No lo sabemos, pero mientras llega ese hipotético día, no nos queda más remedio que considerarla como una verdad absoluta. No nos queda más remedio que admitir que existen leyes o verdades que están más allá del ámbito humano, a una escala mayor que la sociedad humana y que afectan a la propia sociedad humana. Simplemente por el hecho de que la sociedad humana no vive aislada, pertenece al Cosmos, existe dentro de él.

Por consiguiente, lo que sí podemos asegurar, aquí y ahora, es que hay verdades que nos parecen más absolutas que otras. Es decir, a los efectos prácticos, no nos queda otra opción que asumir que existen ciertas verdades absolutas, por lo menos hasta que dejen de serlo, aunque sospechemos que puedan dejar de serlo. Que algunas dejen de serlo, no significa que *todas* dejen de serlo. Hasta que *todas* dejen de serlo, no podremos prescindir de la idea de que existe lo absoluto, por lo menos de que existe algo más absoluto a lo considerado, de que siempre puede encontrarse algo más absoluto. Lo absoluto existe. Nos guste o no. Llevar el relativismo demasiado lejos es absurdo, contradice al mismo relativismo y no concuerda con muchas verdades que percibimos a nuestro alrededor, a las que todos podemos acceder. Si bien parece evidente que en toda sociedad inteligente compleja, las verdades absolutas escasean, tienden a ser menos numerosas que las relativas, tienden a relativizarse, esto podríamos explicarlo por el simple hecho de que la complejidad se realimenta a sí misma, de que con el tiempo, un sistema complejo tiende a ser cada vez más complejo, de que cambia más rápidamente y por tanto es más fácil identificar el carácter no eterno de muchas de sus verdades. La sociedad humana es altamente dialéctica, es decir, compleja. En ella el relativismo tiende a dominar, pero no por completo. Si bien es cierto que en la naturaleza muerta abundan más las verdades absolutas, en la sociedad humana éstas no desaparecen por completo. Al menos, no por ahora.

Centrándonos en la sociedad humana, la idea que podemos sacar en claro de todo esto es que hay muchas cosas relativas, en verdad la mayoría lo son, pero que hay unas pocas que no lo son. Que, además, la cualidad de absoluto o relativo depende mucho de la escala considerada. Cuando vemos las cosas con mayor amplitud de miras relativizamos, y, por el contrario, cuando las vemos con más detalle, cuando disminuimos la escala, lo que antes era relativo (el contexto más inmediato, por ejemplo) se torna absoluto. Realmente podríamos decir que las cosas son relativas o absolutas cuando se las compara unas con otras, pero que aun así, existe cierto límite absoluto que lo engloba todo. Algo puede ser el marco de referencia de muchas cosas, en este sentido es *absoluto* para éstas, pero puede a su vez convertirse en *relativo* respecto de otras referencias más amplias. Sin embargo, este proceso de “zoom” hacia arriba, de relativización, tiene sus límites. Al final, tarde o pronto, nos topamos con alguna verdad absoluta, con algo que no podemos relativizar más. Esa verdad absoluta, ese límite infranqueable, podremos llamarlo como queramos, algunos lo llaman Dios, otros Misterio supremo, otros Razón, pero existe. Hasta ahora no hemos podido franquearlo. Por tanto, deberemos considerarlo como infranqueable, como absoluto, aunque no nos guste. Si bien debemos intentar franquearlo. La búsqueda de la Verdad nunca debe detenerse. La especie humana no puede evitar seguir buscándola. Toda especie inteligente la busca. Cuanto más inteligente es, más se acerca a ella, más la busca.

En todo caso, por lo que a nosotros respecta desde el punto de vista práctico, lo importante es considerar el hecho de que podemos relativizar las cosas pero de que hacerlo en exceso, además de imposible, nos impide avanzar. Sin necesidad de relativizar hasta el extremo en que nos topemos con sus límites, lo que sí podemos concluir es que en determinadas escalas hay ciertas cosas más absolutas que otras y a esas cosas “absolutas” debemos agarrarnos, respecto de ellas debemos pensar y actuar. Lo verdaderamente crucial es que nos demos cuenta de que lo que “es” puede ser de otra manera, de que existen un “ser” y un “debe ser”, al cual debemos intentar tender. Si analizamos con suficiente profundidad, además, aquellas cosas que se nos aparecen como demasiado relativas, que dependen a primera vista mucho de la época, de momentos muy puntuales, de intervalos pequeños en la historia de la humanidad, se nos aparecerán como menos relativas de lo que aparentaban. Así el Estado burgués es más parecido al feudal o al romano de lo que aparenta. La explotación en todos ellos se parece más de lo que pueda parecer a primera vista. Y también la libertad. El “ser” y el “debe ser” aun siendo relativos, son muy parecidos en esas épocas. Y, por tanto, sigue siendo válido, en esencia, todo lo dicho en cuanto a la utopía, en cuanto a la búsqueda de una sociedad más libre y justa. Con una salvedad, una importantísima salvedad, ahora somos capaces de comprendernos mejor a nosotros mismos, ahora, más que nunca, los sueños son realizables. El destino de la humanidad puede estar en sus manos, en manos de *toda* ella. El marxismo nos permitió ese importante salto cualitativo en la conciencia. Ahora somos mucho más conscientes de cómo funciona nuestra sociedad, y por tanto de cómo controlarla.

A modo de conclusión de este capítulo, si consideramos al materialismo *dialéctico*, al determinismo *débil* y al relativismo *relativo*, abrimos las puertas de la transformación social. Por el contrario, si nos quedamos tan sólo con el simple y burdo materialismo, el clásico, el metafísico; con el determinismo fuerte, el tomado hasta las últimas

consecuencias, radical; y con el relativismo exacerbado, llevado al absurdo; por el contrario, dichas puertas se nos cierran de nuevo. El marxismo nos abrió las puertas y nos dio las llaves. ¡Abramos las puertas! Despojémosle de las malas interpretaciones o de los errores, de sus contradicciones, que también las tiene. Las llaves no abren por sí solas las puertas, hay que saber emplearlas. Marx y Engels nos diseñaron las llaves, por lo menos el prototipo, y nos enseñaron a usarlas. Nosotros debemos mejorar las llaves y usarlas de manera correcta. **El principal legado del marxismo fue su visión del mundo, su concepción de la sociedad humana. Y en esta concepción los principales ingredientes son: la dialéctica, el materialismo (dialéctico), el determinismo (débil) y el relativismo (relativo).** Bien es cierto que en determinados momentos Marx o Engels parecen caer en cierto materialismo metafísico, en cierto determinismo exagerado o en cierto relativismo absoluto, pero lo que se desprende *en general* de sus escritos, a pesar de ciertas contradicciones *puntuales*, es una concepción del mundo como la descrita. Y si no es así, el marxismo debería ser corregido, completado o matizado para que así sea. No debe importarnos ser fieles al marxismo, sino sobre todo a su razón de ser: la transformación social en busca de un mundo mejor.

Debemos relativizar, moderar, matizar, darles los apellidos adecuados a dichos ingredientes para que la razón de ser del marxismo, la transformación de la sociedad, no se vaya al traste. Para que no se cumpla aquello que decía Lenin: *El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y de perjudicarla consiste en llevarla hasta el absurdo so pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la hace "exorbitante" (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y se extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo. Toda verdad tiene sus límites. La clave está en encontrar dichos límites.* Encontrar una verdad implica también establecer sus límites, tanto espaciales como temporales. Y esto es especialmente difícil por cuanto respecta a las leyes humanas, inherentemente cambiantes. Lo más complicado es prever el rango de duración de dichas verdades en el futuro. Los errores de estimación en cuanto a las verdades humanas futuras son los que imposibilitan la transformación de la sociedad humana. El anarquismo y el marxismo sucumbieron ante dichos errores, aunque a veces por motivos opuestos.

**Se podrá defender o no al marxismo, algunos postulados sí y otros no, pero su razón de ser es la que más importa: de lo que se trata es de transformar la realidad.** Si no transformamos la sociedad humana ésta se encamina hacia su autodestrucción. No sólo hay que luchar por una sociedad más libre y justa en la que realmente merezca la pena vivir, sino que también por la propia supervivencia de nuestra especie y de nuestro hábitat. Sin justicia no habrá paz social. Sin libertad no habrá justicia. Sin igualdad no habrá libertad. Sin paz social la sociedad peligrará. Porque los conceptos genéricos y profundos de *libertad, igualdad, justicia, paz, o supervivencia*, no se circunscriben sólo a la actual sociedad burguesa, tienen unos límites espaciales y temporales bastante amplios, afectan a todas las sociedades humanas y a casi todas las épocas. Gracias precisamente a que son bastante absolutos es posible superar las distintas sociedades históricas que no los satisfacen. La democracia *burguesa* se superará porque existe un concepto genérico, más



absoluto, de *democracia*: el poder del pueblo, el sistema en que todos los individuos de una sociedad participan en las decisiones que les incumben. El proletariado actual, como los siervos de la época feudal o los esclavos de la antigüedad, siguen necesitando la libertad, deben satisfacer sus necesidades físicas y psicológicas. La satisfacción de las necesidades por parte de cualquier ser vivo es una verdad absoluta. Todo ser vivo necesita sobrevivir. La sociedad humana avanza, en primer lugar, para satisfacer sus necesidades físicas, materiales, más elementales, pero también para satisfacer las menos básicas, las menos materiales, como la libertad. Cuanto más consciente e inteligente sea un ser vivo más necesitará también sentirse libre, dueño de sí mismo, de su propio destino. Porque la libertad es una de las principales necesidades intelectuales, y cuanto más desarrollada esté la intelectualidad, más necesaria será la libertad.

A medida que el ser humano vea satisfechas sus necesidades físicas más básicas, tarde o pronto, o dejará de ser humano en el pleno sentido de la palabra, o necesitará también conquistar la libertad. A medida que el ser humano vaya evolucionando intelectualmente la libertad se tornará cada vez más una necesidad básica. Como decía Marx, *el obrero tiene más necesidad de respeto que de pan*. ¡Pero primero necesita el pan! En verdad necesita el pan para sobrevivir como *animal*, pero el respeto, la libertad, para sobrevivir como *ser humano*. ¡Debemos aspirar al pan y al respeto, a ambos! La concepción marxista del mundo, de nuestra sociedad, sin duda, a pesar de los posibles errores, nos ayuda mucho en esta titánica labor de construir una sociedad mejor. No podemos prescindir del marxismo. Lo cual no impide que evolucione. Al contrario, si no evoluciona muere. El marxismo, tan “sólo” estableció las *bases* para que la humanidad se comprenda a sí misma, y por tanto tome el control de sí misma. Dichas bases deben desarrollarse, concretarse, adaptarse al momento y al lugar, pero, por encima de todo, antes de nada, dichas bases deben ser claras y estar libres de errores. Sin comprender las *bases* del marxismo, sin despojarlas de los posibles errores o de las malas interpretaciones, no es posible avanzar, no es posible *basarse* en el marxismo, en la teoría que mejor ha explicado hasta ahora la sociedad humana, en la teoría que más cerca ha estado de posibilitar la superación *práctica* del capitalismo.

## 4) Democracia vs. Oligocracia

La Constitución de un Estado realmente democrático, en mi opinión, debe establecer “tan sólo” las reglas *básicas* del juego político para que dicho juego sea realmente limpio, dinámico, democrático. No es de recibo, no es democrático, que ninguna ideología, que ninguna opción política, que ninguna facción de ninguna opción política, se imponga constitucionalmente, se marque a fuego en la ley de leyes de un Estado que pretenda ser democrático. Es una condición necesaria, pero no suficiente, para tener una democracia real el que no se imponga *ninguna* ideología en la Constitución. Es una condición necesaria pero no suficiente porque la democracia *real* no es posible sin la democracia *formal*, pero ésta aún no es aquélla. Además de leyes, se necesita aplicarlas eficazmente, se necesita crear un contexto material concreto en el que sea posible llevar a la práctica el espíritu proclamado por las leyes. El pueblo debe tener la posibilidad de elegir cualquier opción política, pero también de cambiar de opinión en cualquier momento, y de hacerlo de la manera más rápida y eficaz posible (los cambios constitucionales, con la participación popular, precedidos por amplios y plurales debates, es decir, bien hechos, son lentos). El pueblo tiene derecho a elegir el sistema económico que desee, ya sea éste el capitalismo, el socialismo, o cualquier otro “ismo”, sin trabas legales, sin limitaciones. En todo caso, las únicas limitaciones del juego político deben ser los propios derechos humanos más elementales.

Si reivindicamos la democracia real, no podemos, no debemos, como así le pasó a la izquierda tradicional, tanto reformista como revolucionaria, caer en el error de querer imponer ninguna ideología en la ley de leyes de un Estado que pretenda ser democrático. **La oligocracia capitalista actual sólo puede ser superada con la democracia real, y no con otra oligocracia, aunque adopte otras formas.** Muchos izquierdistas confunden la democracia con la “democracia” *burguesa*, ¡cuando la burguesía, cualquier minoría, sólo puede imponerse sobre la mayoría de la sociedad antidemocráticamente! La dictadura burguesa no puede ser superada con otra dictadura. No se trata de sustituir una minoría dominante por otra, sino de evitar que cualquier *minoría* domine. El fracaso de la izquierda reformista (incluso admitiendo sus buenas intenciones, lo cual ya es mucho admitir) se debió fundamentalmente a confiar en exceso en la democracia burguesa, especialmente diseñada a la medida del capital, de la burguesía. Su error consistió en no percatarse de que realmente la democracia liberal es la dictadura del capital, de los mercados, de la burguesía, en no percatarse de que es una dictadura más o menos camuflada (y aquí reside su eficacia, en que es una dictadura más sofisticada, más elaborada, que cualquier otra dictadura). La izquierda reformista no quiso o no supo desarrollar la democracia burguesa. Sin desarrollar la democracia burguesa (*empezando* por aplicar eficazmente alguno de sus principios teóricos fundamentales, sobre todo la separación de poderes) es imposible que el proletariado, que las clases populares, tengan realmente el poder. A los hechos podemos remitirnos. Era, es posible desarrollar la democracia liberal (no es posible prescindir de muchos de sus principios teóricos esenciales si deseamos la democracia real), pero la izquierda reformista no sólo no lo ha hecho sino que ha contribuido decisivamente a la involución democrática. Es imposible ya no ver esto en los tiempos actuales. Hay que estar ciego o mirar para otro lado para no verlo.

El fracaso de la izquierda revolucionaria consistió en sustituir una dictadura por otra, un Estado clasista por otro, la oligocracia capitalista por la burocracia “socialista”. A dicho fracaso contribuyeron muchos factores. El contexto material de la época no puede ser obviado, pero dicho contexto no explica por sí solo la degeneración que sufrió la URSS. Tampoco podemos explicarla satisfactoriamente tan sólo por las traiciones personales. Esa degeneración se produjo también por los errores metodológicos, ideológicos, del marxismo-leninismo, incluso del anarquismo, el cual fue incapaz de plantear una alternativa seria al capitalismo o al marxismo.

Como expliqué en el capítulo “Relativizando el relativismo”, los errores profundos del marxismo y del anarquismo se produjeron fundamentalmente por aplicar mal el relativismo, mal uso que se tradujo en un exceso o defecto de determinismo. En un caso, en el anarquismo, se dijo que había que abolir el Estado de manera *inmediata*, rompiendo de manera demasiado abrupta con el presente y el pasado, imposibilitando así “conectar” el futuro deseado con el presente; en el otro caso, en el marxismo, se dijo (correctamente, a mi entender) que era inevitable una transición, pero no se especificó suficientemente cómo debía hacerse y se utilizó un concepto (la dictadura del proletariado) impreciso, ambiguo y peligroso, que atentaba en verdad contra el propio marxismo, contra su ADN, el materialismo *dialéctico*. Atentaba porque, tal como proclama la dialéctica, el fin está contenido en los medios, los medios y los fines se influyen mutuamente. No puede alcanzarse una sociedad emancipada si no se va practicando de camino la emancipación, si la democracia va menguando en vez de creciendo, si no se produce un salto *posible* (para lo cual hay que ser suficientemente realista) pero también *suficiente* (para lo cual no hay que caer en el fatalismo, para lo cual hay que también ser suficientemente idealista, es decir, ambicioso). La libertad es al mismo tiempo medio y fin. El camino se hace al andar pero hay que tomar la dirección adecuada y usar el vehículo adecuado. La democracia real es al mismo tiempo la dirección a tomar y el vehículo a emplear. En un caso fue imposible el salto, en el otro fue insuficiente y en la mala dirección. En un caso no fue ni siquiera posible el intento de superar el capitalismo (más allá de intentos anecdóticos que apenas duraron unos pocos meses), en el otro se fracasó estrepitosamente pues se volvió a él. En ambos casos el capitalismo se afianzó.

El pensamiento único capitalista se asentó, entre otros motivos, por el fracaso de todas las izquierdas. La mayor parte de la gente no ve alternativas al sistema actual, a pesar de que el capitalismo se muestra cada vez más cercano a su callejón sin salida. Si bien esto está empezando a cambiar, se vislumbran posibles cambios. Pero, **el resurgimiento de la izquierda, tan necesario en nuestros días, sólo podrá realizarse haciendo una intensa y amplia labor de autocrítica, de debate. Para lo cual es ineludible el análisis crítico de las experiencias prácticas y las teorías en las que se basaron o inspiraron.** ¡La izquierda tiene mucho trabajo por hacer! Por el momento, el único verdadero enemigo del capitalismo es el propio capitalismo, que sucumbe ante sus irresolubles y cada vez más agudas contradicciones. Sin embargo, la posible caída del capitalismo no tiene necesariamente por que significar su sustitución por otro sistema, llámese éste como se llame. El capitalismo puede arrastrar en su caída a la propia humanidad, como ya va haciendo poco a poco, o no tan poco a poco.

Tanto el anarquismo como el marxismo, o cierta interpretación del mismo, pecaron de demasiado deterministas, de fatalistas, en algunos aspectos: si el Estado siempre *había* sido clasista (como así fue, como así ha sido hasta el presente, de esto no hay dudas), no podía dejar de serlo en el futuro. Para el anarquismo había que abolirlo inmediatamente, pero no nos dijo *cómo* hacer la transición desde la sociedad organizada alrededor del Estado a una sociedad sin Estado. El anarquismo obvió la principal dificultad para superar el capitalismo: la resistencia de la burguesía a perder el control de la sociedad. El marxismo reconoció la necesidad de una larga y dura transición pero nos dijo que a corto plazo “tan sólo” se trataba de que el Estado lo dominara otra clase: el proletariado. En esto tenía razón, en el planteamiento de que era necesario despojar a la burguesía del dominio del Estado, y por extensión del resto de la sociedad. Era, y sigue siendo, necesario expulsar a la burguesía del poder político y económico. El problema residió en la *manera* en que se planteó el necesario reto de quitar a la burguesía sus privilegios, gracias a los cuales una minoría domina sobre la mayoría. Ni Marx ni Engels desarrollaron suficientemente el concepto de la dictadura del proletariado, el cual fue desarrollado (y tergiversado) por Lenin (quien tuvo, sin embargo, también muchos aciertos, pues influyó notablemente en la conquista del poder político). Dicho concepto fue todavía más distorsionado por quienes sucedieron a Lenin. Del blanco postulado por los padres del marxismo se pasó al negro.

En el concepto de la dictadura del proletariado está la principal causa *ideológica* de la degeneración del “socialismo real”. Dicho concepto es el talón de Aquiles del marxismo. Posibilitó, o por lo menos facilitó demasiado, que en nombre del marxismo se implantara un régimen en las antípodas de lo buscado por Marx o Engels. El marxismo supuso un gran avance para la humanidad, que, por fin, es consciente de las leyes que operan en su historia, que, por fin, puede tomar control de sí misma, que, por fin, vislumbra que otro mundo es realmente posible. Pero el marxismo no está libre de imprecisiones, de ambigüedades, de errores, de inconsistencias, de incoherencias, de contradicciones. La madre de todos sus errores fue el concepto de la dictadura del proletariado. Que no su razón de ser. Pues no es posible superar la dictadura burguesa si no se la considera. Pero no es posible superarla imitándola, por lo menos imitándola demasiado. La lucha de clases, inevitable en la sociedad clasista basada en la explotación de unas clases por otras, será la que permitirá superar la sociedad clasista. Pero cuando dicha lucha la ganen los explotados, las clases populares, el proletariado. Y, además, dicha clase, cuya naturaleza es *radicalmente* distinta a la de todas las clases dominantes que la precedieron en la historia, deberá hacer una lucha de clases un tanto especial. Al mismo tiempo que necesita expulsar a la actual clase dominante de su dominio, el proletariado deberá procurar por todos los medios posibles evitar sustituir una minoría por otra. Aquí radica la principal dificultad del proletariado, la principal diferencia entre la lucha de clases del proletariado contra la burguesía y la lucha de ésta contra la aristocracia. El proletariado, a diferencia de la burguesía o de la aristocracia, es una clase explotada, y no explotadora, mayoritaria, y no minoritaria, que aspira a su emancipación y a la de toda la sociedad, y no a la dominación. Estas diferencias cualitativas esenciales fueron infravaloradas por el marxismo-leninismo.

El proletariado no puede luchar *exactamente* de la misma manera que la burguesía. La dictadura del proletariado, al menos tal como fue postulada por Lenin, quien pudo postularla de la manera en que lo hizo porque Marx y Engels dejaron la posibilidad demasiado abierta a interpretaciones contrapuestas y peligrosas, era en el fondo la continuación del Estado oligárquico heredado, no posibilitaba el necesario salto para superar la sociedad burguesa, es decir, clasista. Reproducía los viejos males bajo otras formas. Incluso los agravaba. El socialismo no podía prosperar y fructificar sin su ingrediente fundamental: la democracia, la libertad. No era suficiente con estatizar o socializar los grandes medios de producción, se necesitaba, además, sobre todo, “socializar” el Estado, desarrollar la democracia, política y económica. El proletariado, las clases populares, los explotados, la mayoría (y esto es aún más cierto en la actualidad si recordamos que proletario es todo trabajador que no posee medios de producción) sólo podían “dominar” con la auténtica democracia, no con otra oligocracia, no con otra dictadura. No por casualidad la URSS fue controlada por cierta burocracia. No por casualidad el Estado proletario degeneró rápidamente. No por casualidad la dictadura del proletariado se volvió contra el propio proletariado. La burocracia es incompatible con la democracia, al igual que la oligocracia. Como decía el comunista húngaro Gyula Hay: *En modo alguno pueden coexistir varias cracias ¿Es el demos quien gobierna o el buró? Entre ambos existen incompatibilidades, a la vez en el terreno de los principios y en el puramente práctico.*

El pequeño libro [Los errores de la izquierda](#) (el cual es en realidad un extracto del libro [Rumbo a la democracia](#), libro centrado en la cuestión democrática, por qué todavía no tenemos democracia, cómo desarrollarla, cómo luchar por ella) complementa todo lo dicho aquí. Asimismo, en mi libro [¿Reforma o Revolución? Democracia](#) analizo detalladamente la experiencia de la URSS, sin duda el intento más serio hasta la actualidad de superación del capitalismo. Por supuesto, se podrá estar de acuerdo o no con mis análisis, pero creo que es obvio que es imprescindible que aprendamos de los errores del pasado, para lo cual debemos tener un espíritu libre de todo dogmatismo y sectarismo. Sólo mediante el método científico podemos acercarnos a la verdad. Contrastando todo lo posible entre las ideas y entre la teoría y la práctica. Cuanto más contrastemos mayores posibilidades tenemos de acercarnos a la verdad. ¡Debemos practicar el librepensamiento para intentar superar a quienes nos precedieron, quienes también superaron a sus antepasados al practicar el librepensamiento! **Si queremos que los nuevos intentos de superar el capitalismo no vuelvan a fracasar debemos saber por qué lo hicieron en el pasado, debemos retomar los aciertos del pasado y desechar los errores, corregirlos. Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.** ¡Y no puede evolucionar la teoría revolucionaria sin considerar las experiencias prácticas del pasado reciente! Este ciudadano corriente así lo ha intentado. Si no lo ha logrado, el lector juzgará por sí mismo, seguro que otro lo conseguirá. Tal vez, por lo menos, yo haya contribuido al imprescindible debate dentro de la izquierda. Entre todos debemos dar con la “fórmula” que nos permita superar este sistema sin implantar otro parecido, o incluso peor. Para mí la “fórmula” es clara: democracia, democracia, democracia. ¡El poder debe tenerlo el pueblo! Cuando todas las ideas, todos los partidos políticos, tengan las *mismas* oportunidades, la verdad se abrirá camino, el interés general se impondrá sobre los intereses particulares (recordando que la democracia también consiste en proteger a las minorías, al individuo, del posible despotismo de la mayoría, consiste

fundamentalmente en el gobierno de la *mayoría* respetando los derechos elementales de *todos* los individuos), la nueva sociedad nacerá de las entrañas de la vieja.

Se me podrá decir que la igualdad de oportunidades absoluta es imposible, a lo cual yo puedo responder que aun admitiendo eso, todavía hay mucho margen para disminuir la gran desigualdad existente en la actualidad. Debemos tender todo lo posible hacia la igualdad. La verdad sólo puede abrirse camino cuando se enfrenta de igual a igual a la mentira, no cuando elude ese necesario enfrentamiento. Cuando las ideas circulen libremente por la sociedad, ésta será capaz de tomar mejores decisiones, de avanzar, de superar sus problemas. Creer lo contrario es no tener ninguna fe en el ser humano. Y si no tenemos ninguna fe en él, ¿para qué escribir, para qué leer, para qué indignarse, para qué rebelarse, para qué luchar? La fe en la democracia es en verdad la fe en el propio ser humano, en que, dadas ciertas condiciones, en las que todas las ideas puedan ser *igualmente* conocidas, comprendidas, discutidas, cuestionadas, probadas, el ser humano es capaz de dar con las mejores soluciones, es posible resolver aquellos problemas que ahora se nos aparecen como crónicos. Son crónicos porque aún no tenemos las circunstancias adecuadas, necesarias, para que dejen de serlo. Esas condiciones se resumen en una sola palabra: *democracia*. No por casualidad somos capaces casi de comprender el funcionamiento del Cosmos pero todavía no somos capaces de erradicar el hambre, la pobreza o las escandalosas desigualdades sociales (que no sólo no desaparecen sino que incluso crecen). En cuanto podamos aplicar de verdad la ciencia en la política y la economía, es decir, en la sociedad humana (hasta ahora terreno vedado para la ciencia), la ciencia auténtica, sustentada en la libertad, y no la pseudociencia, no la religión disfrazada de ciencia actual, la sociedad podrá sobrevivir a sí misma y seguir evolucionando, alcanzaremos la civilización, abandonaremos por fin la jungla, nuestra sociedad ya no se regirá por la ley del más fuerte, el destino de las personas no dependerá tanto de la suerte, el destino del ser humano estará en manos del propio ser humano, y no en manos de ningún dios.

El pensamiento único, producto de la competencia *desigual* entre las ideas (o de la falta de competencia), de la imposición de unas sobre otras, desaparecerá y dará paso a la verdad, al consenso, producto de la competencia *igualitaria*, es decir, libre, entre las ideas. Ninguna verdad será intocable, podrá ser cuestionada en cualquier momento, y conocido dicho cuestionamiento por la opinión pública. Así la evolución humana continuará su camino. La humanidad evolucionará, no sólo tecnológicamente, sino que sobre todo espiritualmente, moralmente, socialmente, políticamente, económicamente. La actual descompensación entre desarrollo tecnológico y subdesarrollo social se irá resolviendo, la sociedad se volverá más armónica, más estable, más próspera, más segura. La amenaza de autoextinción se irá alejando pues, por fin, aprenderemos a convivir, la sociedad será realmente sociedad y no lucha de todos contra todos, la solidaridad, el egoísmo inteligente, el egoísmo social, tomará el relevo del egoísmo puramente individual. El individuo social se hará realmente social. Abandonaremos, por fin, el mundo animal, nos haremos verdaderamente civilizados. La guerra, el hambre, el reparto desigual de la riqueza irán poco a poco desapareciendo a medida que la humanidad tome el control, en conjunto, de sí misma. El interés general sólo podrá satisfacerse cuando nos liberemos de los dominios de las minorías que, lógicamente, sólo miran por sí mismas.

**La clave reside en que la mayoría tome el control, en evitar *todo* dominio de cualquier minoría, es decir, la clave reside en la democracia.**

Oligocracia es el gobierno de unos pocos sobre el resto (que es lo que tenemos en la actualidad). Democracia es el gobierno del pueblo, de la mayoría. En cualquier oligocracia domina una minoría. En la democracia la mayoría es quien domina de manera natural, sin trampas, pues no las necesita para dominar. **La democracia, la verdadera, es la que extinguirá el Estado clasista.** En el Estado clasista domina una clase minoritaria artificialmente, por la fuerza, evitando la democracia real, pues no puede dominar de otra manera. La mayoría no necesita las mismas artimañas, el mismo Estado tramposo, que las minorías. ¡Al contrario! Necesita desprenderse de las viejas herramientas de dominación, pues de ellas sólo pueden surgir otras minorías dominantes. La vieja máquina clasista debe ser abandonada cuanto antes, aunque no se puede hacer de manera inmediata. Aquí radica el verdadero peligro, en no hacerlo o en hacerlo demasiado tarde cuando una nueva minoría ha tomado ya el control de la sociedad, cuando la máquina creadora de clases o grupos dominantes, es decir, cuando el viejo Estado clasista heredado, ha creado un nuevo grupo dominante. En la URSS ese nuevo grupo se llamó burocracia o nomenklatura. La revolución monopolizada por cierta élite produjo una nueva “clase”, aunque de una manera peculiar, inédita, no por el dominio de la economía, sino por el dominio del sistema político que controlaba la economía, por el monopolio del proceso revolucionario. Así la revolución se transformó en contrarrevolución. Se lograron ciertos avances materiales y sociales temporales nada despreciables (caso único en la historia, Rusia pasó de ser uno de los países más atrasados de Europa a ser una superpotencia mundial, lo cual demuestra la potencialidad del socialismo, aunque en la URSS sólo fuera un pseudo-socialismo, un capitalismo de Estado) hasta que finalmente el sistema colapsó. Dicha élite se convirtió en gran parte en la nueva oligarquía capitalista cuando se restauró el capitalismo. En la sociedad no clasista dominará la mayoría, las clases poco a poco se igualarán (pero no los individuos que realmente podrán realizarse, desarrollarse plenamente, cuando tengan reales opciones de hacerlo, cuando la igualdad de oportunidades sea real). Los ingredientes fundamentales de la democracia son la libertad y la igualdad. En verdad que en la vida en sociedad la una no puede existir sin la otra.

En la “democracia” burguesa está el germen de la destrucción de la propia sociedad burguesa, es decir, de la sociedad clasista. La cantidad debe convertirse en calidad. Desarrollando suficientemente la democracia burguesa, haciendo que sobrepase cierto umbral, lograremos que deje de ser burguesa. No puede prescindirse del pluripartidismo, de la libertad de asociación, de reunión, de expresión, de pensamiento, de la separación de poderes, etc., etc., etc. De esto ya advertían ciertos revolucionarios, que criticaron al leninismo cuando la URSS daba sus primeros pasos, como Rosa Luxemburgo. De lo que se trata es de *empezar* por aplicar los principios básicos de la democracia liberal, los cuales han sido incumplidos por la burguesía, sabedora del peligro que entrañan para ella misma. Logrando una verdadera separación de poderes, de todos, especialmente respecto del económico, fomentando referendos frecuentes y vinculantes, implementando la elegibilidad de todos los cargos públicos (las monarquías ya deberían haber desaparecido hace tiempo si la burguesía no hubiera supeditado sus principios ideológicos, en base a los cuales accedió al

poder político pues alrededor de ellos pudo contar con el proletariado, a sus intereses económicos), la revocabilidad de todos ellos, el mandato imperativo, logrando una ley electoral donde se cumpla el principio elemental “una persona, un voto”, es decir, consiguiendo que todos los votos valgan igual, entre otras medidas concretas y perfectamente realizables a corto plazo (al menos “técnicamente”), y todo esto sólo para empezar, se podrá iniciar una *dinámica* que nos conduzca a la democracia propiamente dicha, al poder popular, que nos permita superar la escasa y simbólica democracia burguesa, pero partiendo de ella misma, que nos permita alcanzar un mejor futuro pero partiendo del presente real. Se trata de desarrollar la democracia *representativa* para que lo sea de verdad, para que los representantes del pueblo respondan ante el pueblo por sus actos, se trata de hacerla más participativa, se trata de complementarla con la democracia *directa*, aplicando ésta siempre que sea posible, dándole la máxima prioridad. Se trata también de expandir la democracia por todos los rincones de la sociedad, llegando a su centro de gravedad: la economía. La democracia siempre estará tocada de muerte, o como mínimo amenazada, mientras no alcance al modo de producción. La dictadura económica, es decir, el capitalismo, es incompatible con la democracia política. Tarde o pronto, o la democracia alcanza a la economía o la dictadura alcanza a la política, de una u otra manera. Democracia política vs. Dictadura económica es una contradicción que sólo puede resolverse haciendo que la democracia avance o haciendo que retroceda. A diferencia del capitalismo, el socialismo, es decir, la democracia económica, sólo puede prosperar, sobrevivir, con la democracia política. Por esto, entre otros motivos, el “socialismo real” sucumbió mientras el capitalismo aún sobrevive.

En suma, **se trata de posibilitar el desarrollo dinámico y continuo de la democracia.** Para lo cual hay que dar un salto, posible pero también suficiente. Ese salto debe forzarlo el pueblo. No hay evolución sin revolución decía uno de los lemas que podían leerse en la Puerta del Sol en el histórico mayo de 2011. Tenemos ahora una ocasión clara de poder forzar la situación: el movimiento 15-M nos marca el camino a andar. ¡Pongámonos en marcha! ¡Pero sin olvidar lo acontecido en el pasado! ¡Aprendiendo las lecciones históricas! ¡Considerando la experiencia práctica acumulada en los últimos siglos por el proletariado, por la humanidad! ¡Reformulando la teoría revolucionaria!

Si alguien tiene otra fórmula, ¿a qué espera para compartirla con los demás? Debemos todos implicarnos y participar activamente, individual y colectivamente, en la teoría y en la práctica, en la construcción de una nueva sociedad donde el ser humano recupere el protagonismo perdido, una sociedad donde todas las personas podamos vivir en condiciones dignas, una sociedad donde todos tengamos las mismas posibilidades (o lo más parecidas posible) de ser felices, de realizarnos como seres humanos, con toda la potencialidad que tiene nuestra especie, donde todos podamos sobrevivir sin dificultades, pero también vivir. No es tan sólo un bello sueño. Es una *necesidad vital*. **Sin democracia no hay civilización. Democracia o barbarie.** O, tal vez, peor aún: Democracia o autoextinción.





## Apéndice A: El materialismo dialéctico

*El materialismo dialéctico está formado y se ha desarrollado dialécticamente. Henri Lefebvre.*

*El método dialéctico es el resumen del estudio del desarrollo histórico: la más alta conciencia que el hombre real puede tomar de su formación, de su desarrollo y de su contenido viviente. Henri Lefebvre.*

*Bajo la forma de teoría general del devenir y de sus leyes, o de teoría del conocimiento, o de lógica concreta, el materialismo dialéctico no puede ser más que un instrumento de investigación y de acción, jamás un dogma. Henri Lefebvre.*

*La praxis es el punto de partida y el de llegada del materialismo dialéctico. Henri Lefebvre.*

*El pensamiento dialéctico no ha cesado nunca de desarrollarse y de aparecer bajo nuevos aspectos. Henri Lefebvre.*

*Marx y Engels, llaman metafísica a la concepción que, frente a los fenómenos de la realidad factual de la naturaleza, de la historia humana y de nuestra propia actividad espiritual, los elabora en conceptos y tesis individuales, y enfrenta dichos conceptos y tesis individuales al mundo como verdades absolutas. Por el contrario, se llama dialéctica a aquella forma de pensar que concibe "al mundo histórico, natural y espiritual" como un "proceso evolutivo", no existiendo ya, por tanto, para ella ninguna verdad absoluta. Karl Korsch.*

*Se decidió concebir el mundo real -la naturaleza y la historia- tal como se presenta a cualquiera que lo aborde sin quimeras idealistas preconcebidas; se decidió sacrificar implacablemente toda quimera idealista imposible de conciliar con los hechos considerados en sus propias relaciones y no en relaciones fantásticas. Y el materialismo no significa verdaderamente nada más. Friedrich Engels.*

*Lo que falta a todos estos señores (los críticos burgueses de Marx), es la dialéctica. Continúan viendo, aquí sólo la causa, allí, sólo el efecto. Es una abstracción vacía, en el mundo real semejantes antagonismos polares metafísicos no existen más que en las crisis, pero todo el gran curso de las cosas se produce bajo la forma de acción y reacción de fuerzas, sin duda muy desiguales, el movimiento económico de las cuales es, con mucho, la fuerza más poderosa, la más inicial, la más decisiva, aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, todo esto, qué quieren ustedes, ellos no lo ven; para ellos, Hegel no ha existido. Friedrich Engels.*

*La gran idea fundamental de la dialéctica materialista es que el mundo no debe ser considerado como un complejo de cosas acabadas, sino como un complejo de procesos en que las cosas, aparentemente estables, al igual que sus reflejos intelectuales en nuestro cerebro, los conceptos, se desarrollan y mueren pasando por un cambio ininterrumpido en el curso del cual, finalmente, a pesar de todos los azares*

*aparentes y todos los retrocesos momentáneos, un desarrollo progresivo acaba por abrirse paso. Friedrich Engels.*

El texto de este apéndice se basa en gran parte en el apartado “El materialismo dialéctico” de la página web dedicada a la filosofía: <http://www.webdianoia.com>. Sin embargo, yo he añadido algunas citas de Engels y Marx.

*La dialéctica es la ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento. Friedrich Engels.*

*El materialismo dialéctico es la ciencia de la interconexión universal. Friedrich Engels.*

*Causa y efecto son representaciones que no tienen validez como tales, sino en la aplicación a cada caso particular, y que se funden en cuanto contemplamos el caso particular en su conexión general con el todo del mundo, y se disuelven en la concepción de la alteración universal, en la cual las causas y los efectos cambian constantemente de lugar, y lo que ahora o aquí es efecto, allí o entonces es causa, y viceversa. Friedrich Engels.*

*Cuando sometemos a la consideración del pensamiento la naturaleza o la historia humana, o nuestra propia actividad intelectual, se nos ofrece por de pronto la estampa de un infinito entrelazamiento de conexiones e interacciones, en el cual nada permanece siendo lo que era, ni como era ni donde era, sino que todo se mueve, se transforma, deviene y perece. Esta concepción del mundo, primaria e ingenua, pero correcta en cuanto a la cosa, es la de la antigua filosofía griega y ha sido claramente formulada por vez primera por Heráclito: todo es y no es, pues todo fluye, se encuentra en constante modificación, sumido en constante devenir y perecer. Friedrich Engels.*

*El pensamiento dialéctico es al pensamiento metafísico lo que la matemática de las magnitudes variables a la matemática de las magnitudes invariables. Friedrich Engels.*

*La dialéctica llamada objetiva domina toda la naturaleza, y la que se llama dialéctica subjetiva, el pensamiento dialéctico, no es sino el reflejo del movimiento a través de contradicciones que se manifiesta en toda la naturaleza, contradicciones que, en su pugna constante en lo que acaba siempre desapareciendo lo uno en lo otro que lo contradice o elevándose ambos términos a una forma superior, son precisamente las que condicionan la vida de la naturaleza. Friedrich Engels.*

*La lógica dialéctica, por oposición a la vieja lógica puramente formal, no se contenta, como ésta, con enumerar y colocar incoherentemente unas junto a otras las formas en que se mueve el pensamiento. Por el contrario, derivan estas formas la una de la otra, las subordina entre sí en vez de coordinarlas y desarrolla las formas superiores partiendo de las inferiores. Friedrich Engels.*

*Incluso la lógica formal es ante todo método para el hallazgo de nuevos resultados, para progresar de lo conocido a lo desconocido, y eso mismo es la dialéctica, aunque en sentido más eminente, pues rompe el estrecho horizonte de la lógica formal y contiene el germen de una concepción del mundo más amplia. La misma situación se encuentra en la matemática. La matemática elemental, la matemática de las magnitudes constantes, se mueve en el marco de la lógica formal, por lo menos a grandes rasgos; en cambio, la matemática de las magnitudes variables, cuya parte principal es el cálculo infinitesimal, no es esencialmente más que la aplicación de la dialéctica a cuestiones matemáticas. Friedrich Engels.*

*Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ejemplo, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, esto se revela [como] falso. La población es una abstracción si dejas de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra hueca si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin trabajo asalariado; sin valor, dinero, precios, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado este punto, habría que reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones. El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que estos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron [a surgir] los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple –trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio– hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es lo concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación. En el primer camino, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. He aquí por qué Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se concentra en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera*

*de apropiarse lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo. Karl Marx.*

El materialismo dialéctico, cuya presentación como tal se debe más a la actividad de Engels que a la del propio Marx, ha sido considerado tradicionalmente como la toma de posición filosófica de Marx y Engels frente al idealismo hegeliano, es decir, como el resultado de su crítica del idealismo y, como tal, se ha presentado por la mayoría de los estudiosos del marxismo como el marco de referencia conceptual desde el que desarrolla el materialismo histórico, que sería la expresión propiamente científica de su pensamiento. La exposición del materialismo dialéctico se encuentra fundamentalmente en las obras de Engels: "Anti-Dühring", (con contribuciones de Marx, publicado en 1878), y "Sobre la dialéctica de la naturaleza", (escrito entre 1873 y 1886), obra, esta última, también conocida por Marx, cuyos contenidos nunca rechazó y que, dada la estrecha colaboración entre ambos hasta su muerte, se suele considerar también como expresión del pensamiento propio de Marx.

## **Oposición al idealismo y al mecanicismo**

*Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como su conciencia. Karl Marx (La filosofía alemana).*

El materialismo dialéctico se opone al idealismo, en el sentido en que considera que no existe más realidad fundamental que la materia; pero la materia no es una realidad inerte, sino dinámica, que contiene en sí la capacidad de su propio movimiento, como resultado de la lucha de los elementos contrarios, (siendo la contradicción la esencia de la realidad, al igual que para Hegel), que se expresa en el movimiento dialéctico. Así, el movimiento hegeliano de la idea a la cosa y a su reconciliación, queda invertido, según la famosa frase de Marx, pasando a convertirse en un movimiento que va de la cosa a la idea y a su futura reconciliación. Todo el bagaje conceptual de la dialéctica

hegeliana es conservado por el materialismo dialéctico, pero orientado ahora en la dirección opuesta.

*Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana. Karl Marx.*

El materialismo dialéctico no se opone sólo al idealismo hegeliano, sino a toda concepción mecanicista y atomista de la naturaleza, es decir, no finalista. "La comprensión del total error por inversión del anterior idealismo alemán llevó necesariamente al materialismo, pero, cosa digna de observarse, no al materialismo meramente metafísico y exclusivamente mecanicista del siglo XVIII" (Engels, *Anti-Dühring*). Se opone, pues, a la concepción que había predominado en la ciencia en el siglo XVIII y que lo seguiría haciendo en los siglos XIX y XX. Es propia del idealismo hegeliano la afirmación de un final feliz de la historia, de una reconciliación de la realidad consigo misma en el Espíritu Absoluto, como resultado mismo del movimiento dialéctico, una finalidad que no desaparecerá del materialismo dialéctico, al conservar, como lo hace, la dialéctica hegeliana para explicar el movimiento en la naturaleza.

*Y así hemos vuelto a la concepción del mundo que tenían los grandes fundadores de la filosofía griega, a la concepción de que toda la naturaleza, desde sus partículas más ínfimas hasta sus cuerpos más gigantescos, desde los granos de arena hasta los soles, desde los protistas hasta el hombre, se halla en un estado perenne de nacimiento y muerte, en flujo constante, sujeto a incesantes cambios y movimientos. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

Las propiedades que el materialismo dialéctico atribuye a la materia derivan de su concepción de la misma como única realidad objetiva, que es captada mediante los sentidos, permitiendo así su conocimiento. Del análisis de la materia se desprende que es infinita en duración, extensión, profundidad y movimiento. Que la materia es infinita en duración quiere decir que es eterna, increada e indestructible, por lo que el tiempo será concebido como una forma de existencia de la materia, constituyendo la eternidad y la temporalidad dos contrarios dialécticos de la materia. Que es infinita en extensión supone afirmar la infinitud del espacio. La afirmación de que es infinita en profundidad se refiere a la inagotable variedad de formas materiales, que se encuentran sometidas a un cambio perpetuo, es decir, a un movimiento infinito: movimiento y materia son inseparables.

*Pero el movimiento de la materia no es únicamente tosco movimiento mecánico, mero cambio de lugar; es calor y luz, tensión eléctrica y magnética, combinación química y disociación, vida y, finalmente, conciencia. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

## **Las formas de conciencia**

En cuanto a la conciencia, se distinguen cuatro formas o tipos de conciencia: la conciencia de sí, por la que accedemos al conocimiento de nuestro propio ser; la conciencia psicológica, por la que conocemos nuestra propia identidad y la

diferenciamos de la de los demás y de las otras cosas; la conciencia de clase, por la que accedemos al conocimiento de los intereses del grupo social al que pertenecemos; y la conciencia social, que se forma en las sociedades humanas como una especie de trasfondo ideológico, por el que asumimos creencias y costumbres al margen de toda consideración crítica.

La relación de la materia con la conciencia no dejará de plantear problemas, al ser concebida la conciencia como el resultado de las fuerzas materiales, que la determinan, no quedando, según la formulación tradicional del problema, espacio para la acción de una conciencia libre, de una conciencia que se autodetermina. La conciencia es necesariamente un producto, una manifestación, de la materia, inseparable de ella. Como tal, representa la capacidad que tiene el ser humano de comprender, pero también de amar y de decidir libremente (voluntad). Pero ¿cuál puede ser el papel de la voluntad en una conciencia que deriva de una materia que existe independientemente del ser humano y de su propia conciencia?

## Las leyes de la dialéctica

*Las leyes de la dialéctica se abstraen, por tanto, de la historia de la naturaleza y de la historia de la sociedad humana. Dichas leyes no son, en efecto, otra cosa que las leyes más generales de estas dos fases del desarrollo histórico y del mismo pensamiento. Y se reducen, en lo fundamental, a tres:*

*Ley del trueque de la cantidad en cualidad, y viceversa;*

*Ley de la penetración de los contrarios;*

*Ley de la negación de la negación.*

*Las tres han sido desarrolladas por Hegel, en su manera idealista, como simples leyes del pensamiento: la primera, en la primera parte de la Lógica, en la teoría del Ser; la segunda ocupa toda la segunda parte, con mucho la más importante de todas, de su Lógica, la teoría de la Esencia; la tercera, finalmente, figura como la ley fundamental que preside la estructura de todo el sistema. El error reside en que estas leyes son impuestas, como leyes del pensamiento, a la naturaleza y a la historia, en vez de derivarlas de ellas. De ahí proviene toda la construcción forzada y que, no pocas veces, pone los pelos de punta: el mundo, quiéralo o no, tiene que organizarse con arreglo a un sistema discursivo, que sólo es, a su vez, producto de una determinada fase de desarrollo del pensamiento humano. Pero, si invertimos los términos, todo resulta sencillo y las leyes dialécticas, que en la filosofía idealista parecían algo extraordinariamente misterioso, resultan inmediatamente sencillas y claras como la luz del sol. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).*

El materialismo dialéctico nos propone, pues, una interpretación de la realidad concebida como un proceso material en el que se suceden una variedad infinita de fenómenos, a partir de otros anteriormente existentes. Esta sucesión, no obstante, no se produce al azar o arbitrariamente, ni se encamina hacia la nada o el absurdo: todo el proceso está regulado por leyes que determinan su evolución desde las formas más

simples a las más complejas, y que afectan a toda la realidad, natural y humana (histórica).

*La materia se mueve en un ciclo perenne, ciclo que probablemente describe su órbita en períodos de tiempo para los que nuestro año terrestre ya no ofrece una pauta de medida suficiente; en el que el tiempo del más alto desarrollo, el tiempo de la vida orgánica y, más aún, el de la vida consciente de sí misma y de la naturaleza, resulta medido tan brevemente como el espacio en el que se hacen valer la vida y la autoconciencia; en el que toda modalidad finita de existencia de la materia, ya sea sol o nebulosa, animal concreto o especie animal, combinación o disociación química, es igualmente perecedera y en el que nada hay eterno fuera de la materia en eterno movimiento y de las leyes con arreglo a las cuales se mueve y cambia. Pero, por muchas veces y por muy implacablemente que este ciclo se opere también en el tiempo y en el espacio; por muchos millones de soles y de tierras que puedan nacer y perecer y por mucho tiempo que pueda transcurrir hasta que lleguen a darse las condiciones para la vida orgánica en un solo planeta dentro de un sistema solar; por innumerables que sean los seres orgánicos que hayan de preceder y que tengan que perecer antes, para que de entre ellos puedan llegar a desarrollarse animales dotados de un cerebro capaz de pensar y a encontrar por un período breve de tiempo las condiciones necesarias para su vida, para luego verse implacablemente barridos, tenemos la certeza de que la materia permanecerá eternamente la misma a través de todas sus mutaciones; de que ninguno de sus atributos puede llegar a perderse por entero y de que, por tanto, por la misma férrea necesidad con que un día desaparecerá de la faz de la tierra su floración más alta, el espíritu pensante, volverá a brotar en otro lugar y en otro tiempo. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).*

Las leyes según las cuales la materia se mueve y se transforma son leyes dialécticas. Al igual que ocurre con la dialéctica hegeliana, que es simultáneamente un método y la expresión misma del dinamismo de la realidad, la dialéctica de Marx y Engels encerrará ese doble significado. No se puede convertir, sin embargo, la dialéctica en un proceso mecánico, en el que se suceden los tres momentos del movimiento (tesis, antítesis y síntesis), como se hace a menudo con Hegel, en un esquema mecánico sin contenido alguno.

La dialéctica nos ofrece, pues, leyes generales, no la particularidad de cada proceso. Que son leyes generales quiere decir que son el fundamento de toda explicación de la realidad, pero también que afectan a toda la realidad (naturaleza, sociedad, pensamiento) y que son objetivas, independientes de la naturaleza humana. Marx y Engels enunciarán las siguientes tres leyes de la dialéctica:

### **1. Ley de la unidad y lucha de contrarios**

*Mientras contemplamos las cosas como en reposo y sin vida, cada una para sí, junto a las otras y tras las otras, no tropezamos, ciertamente, con ninguna contradicción en ellas. Encontramos ciertas propiedades en parte comunes, en parte diversas y hasta contradictorias, pero en este caso repartidas entre cosas distintas, y sin contener por tanto ninguna contradicción. En la medida en que*



*se extiende este campo de consideración, nos basta, consiguientemente, con el común modo metafísico de pensar. Pero todo cambia completamente en cuanto consideramos las cosas en su movimiento, su transformación, su vida, y en sus recíprocas interacciones. Entonces tropezamos inmediatamente con contradicciones. El mismo movimiento es una contradicción; ya el simple movimiento mecánico local no puede realizarse sino porque un cuerpo, en uno y el mismo momento del tiempo, se encuentra en un lugar y en otro, está y no está en un mismo lugar. Y la continua posición y simultánea solución de esta contradicción es precisamente el movimiento.*

*Si ya el simple movimiento mecánico local contiene en sí una contradicción, aún más puede ello afirmarse de las formas superiores del movimiento de la materia, y muy especialmente de la vida orgánica y su evolución. Hemos visto antes que la vida consiste precisamente ante todo en que un ser es en cada momento el mismo y otro diverso. La vida, por tanto, es también una contradicción presente en las cosas y los hechos mismos, una contradicción que se pone y resuelve constantemente; y en cuanto cesa la contradicción, cesa también la vida y se produce la muerte. También vimos que tampoco en el terreno del pensamiento podemos evitar las contradicciones, y que, por ejemplo, la contradicción entre la capacidad de conocimiento humana, internamente ilimitada, y su existencia real en hombres externamente limitados y de conocimiento limitado, se resuelve en la sucesión, infinita prácticamente al menos para nosotros, de las generaciones, en el progreso indefinido. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XII. Dialéctica. Cantidad y cualidad).*

Siguiendo los pasos de Heráclito y Hegel, Marx y Engels consideran que la realidad es esencialmente contradictoria. Todos los fenómenos que ocurren en la Naturaleza son el resultado de la lucha de elementos contrarios, que se hallan unidos en el mismo ser o fenómeno, siendo la causa de todo movimiento y cambio en la Naturaleza, en la sociedad y en el pensamiento. Con esta ley se explica, pues, el origen del movimiento.

Entre los argumentos que se aportan para justificar esta explicación predominan los procedentes de las ciencias (Física, Ciencias naturales, Matemáticas, Economía), pero también de la Historia y de la Filosofía. Entre las parejas de contrarios puestas como ejemplos podemos citar: atracción y repulsión, movimiento y reposo, propiedades corpusculares y ondulatorias, herencia y adaptación, excitación e inhibición, lucha de clases, materia y forma, cantidad y cualidad, sustancia y accidentes.

## **2. Ley de transición de la cantidad a la cualidad**

*Hemos visto ya antes, a propósito del esquematismo universal, que con esta línea nodal hegeliana de relaciones dimensionales en la que, en un determinado punto de alteraciones cuantitativas, se produce repentinamente un cambio cualitativo, el señor Dühring ha tenido la pequeña desgracia de que en un momento de debilidad la ha reconocido y aplicado él mismo. Dimos allí uno de los ejemplos más conocidos, el de la transformación de los estados de agregación del agua, que a presión normal y hacia los 0° C pasa del fluido al sólido, y hacia los 100° C pasa del líquido al gaseoso, es decir, que en esos*

*dos puntos de flexión la alteración meramente cuantitativa de la temperatura produce un estado cualitativamente alterado del agua.*

*Habríamos podido aducir en apoyo de esa ley cientos más de hechos tomados de la naturaleza y de la sociedad humana. Así por ejemplo, toda la cuarta sección de El Capital de Marx -producción de la plusvalía relativa en el terreno de la cooperación, división del trabajo y manufactura, maquinaria y gran industria- trata de innumerables casos en los cuales la alteración cuantitativa modifica la cualidad de las cosas de que se trata, con lo que, por usar la expresión tan odiosa para el señor Dühring, la cantidad se muta en cualidad, y a la inversa. Así, por ejemplo, el hecho de que la cooperación de muchos, la fusión de muchas fuerzas en una fuerza total, engendra, para decirlo con las palabras de Marx, una "nueva potencia de fuerza" esencialmente diversa de la suma de sus fuerzas individuales. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XI, Moral y derecho. Libertad y necesidad).*

*Podemos expresar esta ley, para nuestro propósito, diciendo que, en la naturaleza, y de un modo claramente establecido para cada caso singular, los cambios cualitativos sólo pueden producirse mediante la adición o sustracción cuantitativas de materia o de movimiento (de lo que se llama energía).*

*Todas las diferencias cualitativas que se dan en la naturaleza responden, bien a la diferente composición química, bien a las diferentes cantidades o formas de movimiento (energía), o bien, como casi siempre ocurre, a ambas cosas a la vez. Por consiguiente, es imposible cambiar la cualidad de un cuerpo sin añadir o sustraer materia o movimiento, es decir, sin un cambio cuantitativo del cuerpo de que se trata. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).*

Hablamos de cambio cualitativo cuando una cosa se transforma en otra que es esencialmente distinta. ¿Por qué unas cosas se transforman en otras que tienen propiedades diferentes a las de las cosas de las que proceden? Según la ley de transición de la cantidad a la cualidad, el aumento o disminución de la cantidad de materia influye en la transformación de una cosa en otra distinta. La acumulación o disminución de la materia es progresiva, mientras que el cambio de cualidad supone una modificación radical de la cosa, una revolución. Con esta ley se explica el desarrollo de los seres y los fenómenos naturales, sociales, etc.

Todos los objetos de la Naturaleza poseen características mensurables, por lo que su esencia, su cualidad, es inseparable de los aspectos cuantitativos. Cuando una cosa pasa de poseer una cualidad a poseer otra hablamos de "salto cualitativo". Como todo movimiento es el resultado de la lucha de elementos contrarios, el salto cualitativo supone la resolución de una contradicción, que da lugar a una nueva realidad, que representa un avance en el desarrollo de la Naturaleza. El salto cualitativo no supone el mero cambio de una cualidad por otra, sino por otra que supera, de alguna manera, a la anterior.

### **3. Ley de negación de la negación.**

*En la dialéctica, negar no significa simplemente decir no, o declarar inexistente una cosa, o destruirla de cualquier modo. Ya Spinoza dice: omnis determinatio*

*est negatio, toda determinación o delimitación es negación. Además, la naturaleza de la negación dialéctica está determinada por la naturaleza general, primero, y especial, después, del proceso. No sólo tengo que negar, sino que tengo que superar luego la negación.*

*Tengo, pues, que establecer la primera negación de tal modo que la segunda siga siendo o se haga posible. ¿Cómo? Según la naturaleza especial de cada caso particular. Si muelo un grano de cebada o aplasto un insecto, he realizado ciertamente el primer acto, pero he hecho imposible el segundo. Toda especie de cosas tiene su modo propio de ser negada de tal modo que se produzca de esa negación su desarrollo, y así también ocurre con cada tipo de representaciones y conceptos. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XIII. Dialéctica. Negación de la negación).*

*Ya hoy debe desecharse como no científica cualquier fisiología que no considere la muerte como elemento esencial de la vida que no incluya la negación de la vida como elemento esencial de la vida misma, de tal modo que la vida se piense siempre con referencia a su resultado necesario, la muerte, contenida siempre en ella en estado germinal. No otra cosa que esto es la concepción dialéctica de la vida. [...] Vivir es morir. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).*

La ley de negación de la negación completa la anterior, explicando el modo en que se resuelve la contradicción, dando paso a una realidad nueva que contiene los aspectos positivos de lo negado. El primer momento del movimiento dialéctico, el de la afirmación, supone la mera existencia de una realidad; el segundo momento, el de la negación, supone la acción del elemento contrario que, en oposición con el primer momento, lo niega. El tercer momento, negando al segundo, que era ya, a su vez, la negación del primero, se presenta como el momento de la reconciliación, de la síntesis, recogiendo lo positivo de los dos momentos anteriores.

Una vez alcanzado este estadio del movimiento nos encontramos ante una nueva realidad que entrará de nuevo en otro ciclo de transformación dialéctica, dando lugar, así, al desarrollo progresivo de la Naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento. Un desarrollo que se dirige hacia formas más completas, más perfectas, más integradoras, de la realidad.



## Apéndice B: Las tesis sobre Feuerbach

*Las tesis sobre Feuerbach* fue un documento escrito por Karl Marx en la primavera de 1845. Fue publicado por primera vez por Friedrich Engels en 1888 como apéndice a la edición aparte de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En este breve documento Marx nos resume su concepción del materialismo dialéctico. A continuación transcribo el contenido íntegro de *Las tesis sobre Feuerbach*.

- 1) El defecto fundamental de todo el materialismo anterior -incluido el de Feuerbach- es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad *objetiva*. Por eso, en *La esencia del cristianismo* sólo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica sólo en su forma suciamente judaica de manifestarse. Por tanto, no comprende la importancia de la actuación "revolucionaria", "práctico-crítica".
- 2) El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*.
- 3) La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ejemplo, en Robert Owen).

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*.

- 4) Feuerbach arranca de la autoenajenación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender

ésta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción. Por consiguiente, después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la sagrada familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquélla.

- 5) Feuerbach, no contento con el *pensamiento abstracto*, apela a la *contemplación sensorial*; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana *práctica*.
- 6) Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia *humana*. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.

Feuerbach, que no se ocupa de la crítica de esta esencia real, se ve, por tanto, obligado:

- A hacer abstracción de la trayectoria histórica, enfocando para sí el sentimiento religioso (*Gemüt*) y presuponiendo un individuo humano abstracto, *aislado*.
  - En él, la esencia humana sólo puede concebirse como "género", como una generalidad interna, muda, que se limita a unir *naturalmente* los muchos individuos.
- 7) Feuerbach no ve, por tanto, que el "sentimiento religioso" es también un *producto social* y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad.
  - 8) La vida social es, en esencia, *práctica*. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.
  - 9) A lo que más llega el materialismo *contemplativo*, es decir, el materialismo que no concibe la sensoriedad como actividad práctica, es a contemplar a los distintos individuos dentro de la "sociedad civil".
  - 10) El punto de vista del antiguo materialismo es la sociedad "*civil*"; el del nuevo materialismo, la sociedad *humana* o la humanidad socializada.
  - 11) Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*.



## Apéndice C: El comunismo según Marx

Por su interés, reproduzco parte del capítulo titulado *Recapitulación* del primer tomo de la obra *Las principales corrientes del marxismo*, donde Leszek Kolakowski nos resume la concepción del comunismo que tenía Karl Marx.

- 1) El punto de partida de Marx es la cuestión escatológica derivada de Hegel: ¿cómo puede el hombre reconciliarse consigo mismo y con el mundo? Según Hegel esto es posible una vez el Espíritu, tras desarrollar el trabajo de la historia, llega finalmente a comprender al mundo como una exteriorización de sí mismo; asimila y ratifica al mundo como su propia verdad, le despoja de su carácter objetivo y realiza en él todo lo que originalmente era sólo potencial. Marx, siguiendo a Feuerbach, sitúa en el centro de su esquema la «realidad terrenal» del hombre, en oposición al Espíritu hegeliano que se desarrolla a través de los individuos empíricos o, que usa a éstos como instrumentos. «Para el hombre, la raíz es el propio hombre» la realidad básica, derivada de sí y en sí mismo justificada.
- 2) Marx, al igual que Hegel, prevé la reconciliación final del hombre con el mundo, consigo mismo y con los demás. Una vez más siguiendo a Feuerbach, y en contra de Hegel, no considera esto en términos del reconocimiento del ser como un producto del autoconocimiento, sino en el reconocimiento de las fuentes de alienación de la suerte terrenal del hombre y en la superación de esta situación. Rechazando el «principio crítico» jovenhegeliano, se niega a aceptar el eterno conflicto entre el autoconocimiento negativo y la resistencia de un mundo sin respuesta, pero concibe un estado desalienado en el que el hombre se afirme a sí mismo en un mundo de su propia creación. Por otra parte, está en desacuerdo con la idea de Feuerbach de que la alienación deriva de la conciencia mitopoética que hace de Dios la concentración de los valores humanos; en vez de esto, considera a la propia conciencia como producto de la alienación del trabajo.
- 3) El trabajo alienado es la consecuencia de la división del trabajo, que a su vez se debe al progreso tecnológico y es por ello un rasgo inevitable de la historia. Marx concuerda con Hegel, y en contra de Feuerbach, en considerar a la alienación no meramente como algo destructivo e inhumano, sino como la condición del futuro desarrollo general de la humanidad. Sin embargo, disiente de Hegel en considerar a la historia anterior al presente no como la conquista progresiva de libertad, sino como un proceso de degradación que ha alcanzado su punto más bajo en la sociedad capitalista madura. Sin embargo, para la futura liberación del hombre es necesario que atravesase por los extremos de aflicción y deshumanización, pues no se trata de recuperar un paraíso perdido, sino de reconquistar a la humanidad.
- 4) La alienación significa la subyugación del hombre por sus propias obras, que han asumido la función de cosas independientes. El carácter de mercancía de los productos y su expresión en una forma monetaria tiene por efecto que el proceso social de intercambio se regule por factores que operan independientemente de la voluntad humana, a la manera de leyes naturales. La alienación determina la propiedad privada y crea las instituciones políticas. El Estado crea una comunidad



ficticia para suplir la carencia de una comunidad real en la sociedad civil, mientras que las relaciones humanas toman necesariamente la forma de conflicto de egoísmos. La esclavitud de la colectividad en relación a sus propios productos determina el mutuo aislamiento de los individuos.

- 5) La alienación no se cura entonces pensando acerca de ella, sino suprimiendo sus causas. El hombre es un ser práctico y sus pensamientos son el aspecto consciente de su vida práctica, aunque este hecho esté oscurecido por la falsa conciencia. El pensamiento está gobernado por las necesidades prácticas y la imagen del mundo en la mente humana está regulada no por la calidad intrínseca de los objetos, sino por sus tareas prácticas. Una vez sabemos esto, nos damos cuenta de la nulidad de las preguntas que se han planteado sólo porque los filósofos no entendían las condiciones que las originaban, a saber, la separación de la actividad intelectual de la actividad práctica. Negamos la validez de los problemas metafísicos y epistemológicos derivados de la falsa esperanza de alcanzar una realidad absoluta situada más allá del horizonte práctico de los seres humanos.
- 6) La trascendencia de la alienación es lo mismo que el comunismo, es decir, la transformación total de la existencia humana, la recuperación de la esencia de especie del hombre. El comunismo pone fin a la división de la vida pública en las esferas privada y pública y a la diferencia entre la sociedad civil y el Estado; acaba con la necesidad de instituciones políticas, de la autoridad política y de su origen en la división del trabajo. Destruye el sistema de clases y la explotación; cura la escisión de la naturaleza del hombre y el desarrollo mutilado y unilateral del individuo. Contrariamente a lo que piensa Hegel, la distinción entre el Estado y la sociedad civil no es eterna. También, al contrario de las ideas de la Ilustración liberal, la armonía social no se conseguirá mediante una reforma legislativa que reconcilie el egoísmo de cada individuo con el interés colectivo, sino aboliendo las causas del antagonismo. El individuo absorberá en sí a la sociedad: gracias a la desalienación, reconocerá a la humanidad como su propia naturaleza interiorizada. La solidaridad voluntaria, y no la compulsión o la regulación legal de los intereses, asegurará la armonía de las relaciones humanas. La especie puede afirmarse entonces en el individuo. El comunismo destruye el poder de las relaciones objetivadas sobre los seres humanos, les devuelve el control sobre sus propias obras, restaura la actuación social de su mente y sentidos y salva la distancia entre la humanidad y la naturaleza. Es el total cumplimiento de las exigencias humanas, la reconciliación de la esencia y la existencia de la vida humana. Igualmente afirma la conciencia del carácter práctico, humano y social de la actividad intelectual, y rechaza la falsa independencia de las formas existentes de pensamiento social: filosofía, derecho, religión. El comunismo hace realidad la filosofía, y al hacerlo, la suprime.
- 7) El comunismo no priva al hombre de individualidad o reduce las aspiraciones y facultades personales a la mediocridad. Al contrario, las fuerzas del individuo sólo florecerán cuando las considere como fuerzas sociales, valiosas y efectivas dentro de una comunidad, y no aisladamente. El comunismo también hace posible el uso adecuado de las capacidades humanas: gracias a la variedad del progreso técnico asegura que la actividad específicamente humana estará libre de la constricción de

las necesidades físicas y de la presión del hambre, siendo así verdaderamente creativa. Es la realización de la libertad, no sólo de la explotación y del poder político, sino de las necesidades corporales inmediatas. Es la solución al problema de la historia y también el final de la historia que hemos conocido, en la que la vida individual y la colectiva estaban sometidas a la contingencia. A partir de entonces el hombre podrá determinar su propio desarrollo en libertad, en vez de estar esclavizado por fuerzas materiales que ha creado pero que escapan a su control. Bajo el comunismo, el hombre no será una víctima del azar, sino el dueño de su destino, el creador consciente de su propia vida.

- 8) Al contrario de lo que suponen los socialistas utópicos, el comunismo no es un ideal en oposición al mundo real, una teoría que podía haber sido inventada y puesta en práctica en cualquier momento de la historia. El comunismo es él mismo una tendencia de la historia moderna, que despliega las premisas de este movimiento y tiende inconscientemente hacia él. Ésta es la razón por la que la época actual significa el máximo de deshumanización: por una parte degrada al trabajador haciendo de él una mercancía y por otra reduce al capitalista al status de una entrada en el libro de contabilidad. El proletariado, siendo como es el epítome de la deshumanización y la pura negación de la sociedad civil, está destinado a producir una revolución que pondrá fin a las clases sociales, incluida ella misma. El interés del proletariado, y el de ninguna otra clase, coincide con las necesidades de la humanidad en general. Por ello, el proletariado no es una mera suma de sufrimiento, degradación y miseria, sino también el instrumento histórico por el que el hombre tiene que recuperar su herencia. La alienación del trabajo ha creado al proletariado, y éste será el agente de su destrucción.
- 9) Pero el proletariado es algo más que el instrumento de un proceso histórico impersonal: cumple su destino siendo consciente de su destino y de su propia situación excepcional. La conciencia del proletariado no es una mera conciencia pasiva de la parte que se le ha asignado en la historia, sino una libre conciencia y una fuente de iniciativa revolucionaria. Aquí desaparece la oposición entre libertad y necesidad, pues lo que es de hecho la inevitabilidad de la historia toma de hecho la forma de una libre iniciativa en la libre conciencia del proletariado. Al comprender su propia situación, el proletariado no sólo comprende el mundo sino que *ipso facto* se propone cambiarlo. Esta conciencia no es un mero reconocimiento hegeliano y una asimilación de la historia anterior; se dirige hacia el futuro, en un impulsivo acto de transformación. Al mismo tiempo no es, como pudieran pensar Fichte y los jóvenes hegelianos, una mera negación del orden existente, sino la necesidad de crear un movimiento, ya potencialmente existente, es decir, una tendencia innata de la historia, pero que sólo puede ponerse en movimiento por la libre iniciativa de los seres humanos. De esta forma, la situación del proletariado combina la necesidad histórica con la libertad.
- 10) Mientras que el comunismo es la transformación social de todas las esferas de la vida y conciencia humana, la fuerza motriz de la revolución que lleva a cabo debe ser el interés de clase del proletariado explotado. La revolución tiene una tarea negativa a realizar que consiste en que el proletariado debe proseguir su lucha, contra las clases dominantes hasta cuando sea necesario. El comunismo no se establece meramente aboliendo la propiedad privada; requiere un largo período de

convulsión social, que debe tener su fin en el momento exigido por la historia y en la mejora de los instrumentos de producción. Una condición previa del comunismo es un avanzado desarrollo técnico en un mercado mundial, que cederá su puesto a un desarrollo técnico aún más intensivo; sin embargo, este desarrollo no se volverá contra sus creadores como en el pasado, sino que les ayudará a conseguir una plena realización como seres humanos.



## Bibliografía recomendada

A continuación recomiendo unos pocos libros para introducirse y profundizar en el marxismo. En mi [blog](#), en concreto en el apartado [Libros](#), el lector interesado puede encontrar muchas más obras recomendadas, así como en el capítulo de referencias bibliográficas del libro [¿Reforma o Revolución? Democracia](#).

Las referencias indicadas pueden normalmente encontrarse y obtenerse gratuitamente por Internet introduciendo el título entrecomillado en cualquier buscador.

- *Las ideas revolucionarias de Karl Marx*. Alex Callinicos.
- *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Friedrich Engels.
- *Dialéctica de la naturaleza*. Friedrich Engels.
- *Discurso ante la tumba de Marx*. Friedrich Engels.
- *La ideología alemana*. (Capítulo I: *Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista*). Friedrich Engels & Karl Marx.
- *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring ("Anti-Dühring")*. Friedrich Engels.
- *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Friedrich Engels & Karl Marx.
- *Principios de comunismo*. Friedrich Engels.
- *Sobre Carlos Marx*. Friedrich Engels.
- *Un resumen completo de El Capital de Marx*. Diego Guerrero.
- *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Marta Harnecker.
- *Socialismo y comunismo*. Marta Harnecker.
- *El materialismo dialéctico*. Henri Lefebvre.
- *Introducción al marxismo*. Henri Lefebvre.
- *El Estado y la Revolución*. Lenin.
- *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*. Lenin.
- *Reforma o Revolución*. Rosa Luxemburgo.
- *Introducción al marxismo*. Ernest Mandel.
- *Contribución a la crítica de la economía política*. Karl Marx.

- *Crítica del programa de Gotha.* Karl Marx.
- *El manifiesto comunista.* Karl Marx & Friedrich Engels.
- *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.* Karl Marx.
- *Salario, precio y ganancia.* Karl Marx.
- *Tesis sobre Feuerbach.* Karl Marx.
- *Trabajo asalariado y capital.* Karl Marx.
- *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad.* George Novack.
- *El materialismo histórico.* Georgi Plejánov.
- *El papel del individuo en la historia.* Georgi Plejánov.
- *El pensamiento vivo de Karl Marx.* León Trotsky.
- *Qué es el marxismo.* León Trotsky.
- *Razón y Revolución.* Alan Woods & Ted Grant.

